

DIARIO DE UN TRABAJADOR AGRÍCOLA PURHÉPECHA EN ELBA, NUEVA YORK



Roberto González

**DIARIO DE UN
TRABAJADOR AGRÍCOLA
PURHÉPECHA EN
ELBA, NUEVA YORK**

Roberto González

DIARIO DE UN TRABAJADOR PURHÉPECHA EN ELBA, NUEVA YORK

ROBERTO GONZÁLEZ

Esta obra documenta las vivencias del autor durante el estudio de la migración laboral regulada con visas H2-A como integrante de un grupo de trabajadores agrícolas purhépecha de Michoacán, México, que tradicionalmente migran a Elba, Nueva York. En el diario se explica cómo, cuándo, dónde y por qué se involucró en la migración por contrato, así como los desafíos y obstáculos que tuvo que superar y las enseñanzas alcanzadas. Fungir como *observador participante* le permitió imprimir una mayor objetividad al análisis de las características etnográficas de los migrantes temporales.

A través del recuento cotidiano se describe y analiza el proceso migratorio que viven los trabajadores agrícolas desde la contratación hasta el retorno a México. Se documenta la explotación que sufren por las extenuantes jornadas laborales, además de la sed, la fatiga, el clima adverso, la precaria alimentación, la automedicación, la ira contenida, las exigencias de su masculinidad y la construcción de relaciones sociales de grupo. Cabe destacar la función que desempeña el intermediario purhépecha como *agente del mercado de trabajo* que media entre la oferta y la demanda, gestiona y organiza las relaciones laborales, además de ser un traductor lingüístico y cultural.

331.62723707471
R7636s

González Morales, José Roberto.
Diario de un trabajador agrícola purhépecha en Elba, Nueva York / José Roberto González Morales. – 1a ed. – Ciudad de México : ePrometheum Ediciones Digitales, 2022.

656 p. : il., mapas, fotos ; 22 cm.

ISBN 978-607-99238-3-9.

1. Trabajadores agrícolas migratorios – Estados Unidos – Nueva York. 2. Trabajadores extranjeros mexicanos – Comachuén (Michoacán). 3. Trabajadores extranjeros mexicanos – Estados Unidos – Nueva York. 4. Purhépechas (Indígenas) – Empleo – Comachuén (Michoacán). 5. Purhépechas (Indígenas) – Empleo – Estados Unidos – Nueva York. I. t.

La relevancia cognoscitiva de los libros publicados se garantiza mediante una evaluación dual: i) dictamen de una sinopsis con los objetivos, metodología, capitulado y conclusiones del documento; ii) de aprobarse, se realizan dos dictámenes del escrito completo por investigadores con una obra notable. En ambos casos se utiliza el procedimiento de doble-ciego y al menos uno de los dictaminadores debe pertenecer al Comité Editorial (<https://eprometheum.com>) (Comité Editorial).

D.R. © 2022, ePrometheum Ediciones Digitales

D.R. © 2022, José Roberto González Morales por el texto y las fotos.

Número de registro: 03-2022-081510004100-01

Registro Público del Derecho de Autor, Indautor.

Editor: Gustavo Garza Villarreal

Diseño editorial y maquetación: Mónica Villa Quirós

Portada: Rodrigo Toledo Crow

Libro digital PDF diseñado en la Ciudad de México.

<https://eprometheum.com>



Diario de un trabajador purhépecha en Elba, Nueva York © 2022 by Roberto González Morales is licensed under CC BY-NC-SA 4.0. To view a copy of this license, visit <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Se permite la reproducción parcial de este libro, así como el almacenamiento y transmisión electrónica, citando correctamente su autoría y para fines lícitos de investigación y docencia, no mercantilizables.

ISBN: 978-607-99238-3-9

CONTENIDO

LISTA DE ABREVIATURAS

13

AGRADECIMIENTOS

14

PRESENTACIÓN

Gustavo Verduzco Igartúa

16

INTRODUCCIÓN

22

Objetivos	26
Hipótesis de trabajo.....	28

PARTE I

ESTRATEGIA METODOLÓGICA DE LA INVESTIGACIÓN

Antecedentes del estudio.....	33
Aspectos teóricos	35
Métodos de investigación: ventajas y limitantes	41
El trabajo de campo en Comachuén.....	43
La decisión de migrar a los Estados Unidos.....	47
La contratación como trabajador agrícola H2-A.....	49

PARTE II

PRAXIS DE UN TRABAJADOR AGRÍCOLA MIGRANTE

Julio: inicio de la travesía partiendo de Comachuén hacia Matamoros	55
El trámite de la visa H2-A	58
La cita para la toma de huellas dactilares.....	64

La entrevista en el Consulado estadounidense	67
El trayecto por el vasto estado de Texas	72
La llegada al destino final: Elba, Nueva York.....	74
Elba, Torrey Farms Inc. y el circuito migratorio de los contratados purhépecha	78
La firma del contrato de trabajo	83
Ávidos por trabajar	89
Primer día de trabajo: a plantar repollo	92
A cortar zacate	95
Cooperar para la Virgen María, nadie debería negarse	98
Una extenuante jornada de trabajo	103
Abastecerse de todo lo necesario.....	105
Complicado escribir el diario de campo	109
Me quedé dormido junto a la laptop encendida.....	111
A pizcar el mentado pepino	112
Más por obligación que por gusto	117
El pago de la semana	120
Venimos por necesidad no por gusto	122
La compra de víveres.....	127
El Tío y el <i>field</i> de Stafford.....	129
Encomendarse a una imagen religiosa.....	134
Las comidas del lonche	140
No tiene mucho caso matarnos.....	144
El grito de guerra.....	148
Agosto: adaptación al trabajo agrícola en los Estados Unidos.....	152
Comprar víveres, fatigado	157
Trabajamos hasta medio día	160
No todos ganamos lo mismo	163
Junior: un contratado nuevo	166
Enfermos y cansados, pero pizcando	169
De un <i>field</i> a otro y la Feria en Elba.....	173
De compras, pero con resfriado	178

Pizcar adelante del tractor	178
Así teníamos que entrarle al jale.....	181
La comida del lonche no era suficiente.....	183
Los actos de refunfuño.....	185
Ahora sí ya se enojó el gringo	187
Una jornada de trabajo criminal	189
Jugar futbol con las demás cuadrillas.....	192
Nadie se animó a continuar con la pizca	192
El field de Barker, la bolsa de hielos y los duraznos	195
Los contratados viejos también se cansan	196
Pizcar pepino bajo la lluvia	198
Contentos por el pago de 700 dólares	201
La llamada de atención	202
Convivir en el campo de futbol.....	204
La visita de las Maestras	205
De Barker a Stafford	207
Cansado y complicado limpiar la calabacita	208
Pláticas informales con El Tío.....	210
Todo por no estudiar, así anda uno por aquí.....	213
Tengo que conocerlos y aprenderme el nombre de todos.....	214
Rutina, día de compras y de descanso	221
Exhausto por la competencia entre cuadrillas	221
Septiembre: a media temporada laboral.....	222
Sirve que descansamos, ya andamos muy cansados.....	223
Tú aquí eres un trabajador, no eres un profesionista.....	224
Hubo a quiénes se les hinchó el rostro	227
Si sobra que se lo den a su familia	229
Los víveres de la semana.....	233
Los patrones nos invitaron a comer un refrigerio	233
Insoportable el calor en la pizca.....	235
Cúbrete, aunque sea la espalda	236
Bus, no más trabajo	238
Cosechamos ocho guayines de pepino cada cuadrilla	241

No se ve a qué hora vaya a quitarse la lluvia	242
Enviar remesas.....	244
Bajen rápido del bus porque ahí está el patrón.....	245
Un pepino cuesta como un dólar.....	247
Más difícil pizcar mini pumpkin que pepino	249
Pizcar mini pumpkin, cortar y alinear squash	253
Descansar.....	257
El Maestro	258
El Tío nos filmó.....	259
Las cuadrillas de El Tío y del Shortys.....	260
Charlar, bromear y escuchar música	262
El segundo mejor pago de la temporada.....	264
Sí no hacíamos bien el trabajo nos podían despedir	265
Se invertía en ropa, calzado y aparatos electrónicos.....	266
Ya no era visto como el extraño	267
Llueva o truene nosotros seguimos trabajando	268
Ya pasó la hora del lonche	269
Octubre: el fin de la temporada laboral	270
Hacía un frío insoportable que calaba hasta los huesos	272
Omar y el Vaca	273
Ya andábamos muy fatigados.....	274
La pizza de kabocha o cara de chango.....	275
No tiene caso quejarse, hay que quedar bien.....	277
El retorno a México se avecinaba.....	279
La pizza en el field de Watson	281
No importa si son dos, tres, cuatro o cinco dólares.....	282
Invitación para ir a trabajar al estado de Florida	284
Ya no se enviaron remesas a México	285
Varios contratados purhépecha no trabajaron.....	286
De compras, en la ciudad de Búfalo	287
Juntar la kabocha	290
La pizza de bellota, el último trabajo en Elba	291

Finalizó formalmente el contrato laboral	293
La reunión de despedida con El Tío	296
Nos vemos en el pueblo	300
Alistando el regreso a México	301
Hacia el aeropuerto de Búfalo con destino a Chicago.....	302
De la alegría a la nostalgia	303
Houston, Morelia, Quiroga y Comachuén	306

CONCLUSIONES

La reflexión subjetiva del investigador en la observación participante.....	310
La explotación que se vive en el <i>field</i> no tiene palabras	313
La construcción de la masculinidad y la disputa por demostrar la hombría	316
El Tío y su función como reclutador, enganchador, contratista y mayordomo	317
La migración por contrato como estrategia familiar de sobrevivencia.....	319

COMENTARIOS A LAS NOTAS DE TRABAJO DE CAMPO

Gustavo López Castro

321

REFERENCIAS

328

FOTOGRAFÍAS

Foto 1. <i>Niraxatisi norti</i> : despedida de los trabajadores agrícolas purhépecha.....	57
Foto 2. Hacia el Hotel Venecia.....	60
Foto 3. La visa H2-A.....	70
Foto 4. En territorio estadounidense.	72
Foto 5. La ruta de destino.	73
Foto 6. La casa de hospedaje en Elba.	77
Foto 7. Base de la compañía empleadora.....	80
Foto 8. Rellenar documentos del contrato de trabajo.....	84
Foto 9. La plantación de repollo.....	94
Foto 10. Lavar y secar la ropa.....	106

Foto 11. El corte de zacate en los plantíos de cebolla.	109
Foto 12. Pizar el pepino de sol a sol.	116
Foto 13. Vivir y sentir la dureza del trabajo agrícola.	120
Foto 14. La cuadrilla de Cebolleros estrenó uniformes.	129
Foto 15. Tomar agua de la <i>yoga</i>	137
Foto 16. La devoción a una imagen religiosa.	139
Foto 17. El Monster como revulsivo.	142
Foto 18. A degustar de tacos: bistec, chorizo y al pastor.	158
Foto 19. A cortar zacate en el predio de repollo.	175
Foto 20. Una víbora en el <i>field</i>	180
Foto 21. La hora del lonche.	184
Foto 22. El breve descanso.	193
Foto 23. Trabajar bajo la lluvia.	200
Foto 24. Concluyó la extenuante jornada laboral.	204
Foto 25. La pizza de calabacita.	209
Foto 26. El Tío charla y bromea con los contratados.	216
Foto 27. Limpiar la calabacita.	225
Foto 28. La cuadrilla del Shortys.	237
Foto 29. La pizza de mini pumpkin.	246
Foto 30. La cosecha de mini pumpkin.	250
Foto 31. Recogiendo el squash alineado.	262
Foto 32. Cortando y alineando la kabocha.	276
Foto 33. De compras en la Mall.	288
Foto 34. La fructífera cosecha de bellota.	292
Foto 35. La tarjeta de trabajo.	295
Foto 36. En el aeropuerto de Búfalo, Nueva York.	305

Creo que no nos quedamos ciegos, creo que estamos ciegos.
Ciegos que ven. Ciegos que, viendo, no ven.
José Saramago, Ensayo sobre la ceguera

A mi esposa Erika

Para mis hijas: Atzimba Jósqua,
Irerri Janikua y Erandi de Afrodita

LISTA DE ABREVIATURAS

CAS	Centro de Atención a Solicitantes
CER	Centro de Estudios Rurales
CES	Centro de Estudios Sociológicos
COLMICH	El Colegio de Michoacán A. C.
COLMEX	El Colegio de México A. C.
CONACYT	Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
EE. UU.	Estados Unidos
INEGI	Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática
RGM	Roberto González Morales
NY	Nueva York
TX	Texas

AGRADECIMIENTOS

Cuando inicié mi investigación doctoral nunca imaginé que me integraría en su realización como *observador participante* durante el trabajo de campo, con las enseñanzas y serios obstáculos que ello implicó. El esfuerzo fue más que compensado por hacer posible imprimir una mayor objetividad al análisis de las características etnográficas de los migrantes agrícolas legales a los Estados Unidos.

Cuando finalizó mi estancia en Elba, Nueva York, no podía creer que había logrado mi cometido. Me puse a reflexionar sobre lo que había hecho y francamente me pregunté: ¿lo has logrado Roberto? Recuerdo que los primeros días sentía que desertaba de la pizca de pepino, pero no lo hice porque tenía el compromiso y la responsabilidad de cumplir con mi estancia temporal, así que poco a poco tuve que adaptarme y superar la dureza del trabajo en los *fields*.

En Elba aprendí mucho de los trabajadores agrícolas purhépecha con quienes viví muchas experiencias en el trabajo, en la casa de hospedaje y en los diferentes espacios de socialización. Siempre estaré agradecido con ellos a quienes estimo, respeto y admiro mucho. Este libro se los dedico con toda humildad.

Agradezco de manera especial al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) por las becas que me otorgó para realizar mis estudios de maestría, doctorado y posdoctorado. Doy gracias al Centro de Estudios Sociológicos (CES) de El Colegio de México A. C. (COLMEX) y al Centro de Estudios Rurales (CER) de El Colegio de Michoacán, A. C., (COLMICH) por el apoyo que me brindaron.

Quiero agradecer de manera especial al doctor Gustavo Verduzco Igartúa tutor del posdoctorado, al doctor Gustavo López Castro director de la tesis doctoral y a la doctora Elizabeth Araiza Hernández directora del trabajo de grado de maestría, por la paciencia y el apoyo que me brindaron en todo momento. De igual manera agradezco a los siguientes colegas, amigos y profesores: Fernando F. Herrera Lima, Casimiro Leco Tomás, Miguel J. Hernández Madrid, Philippe Schaffhauser Mizzi, Ofelia Becerril Quintana, Norma Baca Tavira, Laura Velasco Ortiz, Martha García Ortega, Adriana Cruz Manjarréz, María Félix Quezada, Elizabeth Juárez Cerdi, Oscar Ariel Mojica, Carlos Tapia, Nicola María Keilbach, Carmen Ventura Patiño, J. Luis Seefoó Luján, Esteban Barragán, Sergio Zendejas Romero, Víctor Ortiz Aguirre, Salvador Álvarez, Yanga Villagómez Velázquez, Paul Kersey Johnson, Lachlan Williams Asher, Luis Alberto Valdivieso, José Ramón Gómez y Guillermo Fernández-Ruíz. También agradezco de manera particular a María Gallo Reynoso por el gran trabajo que realizó en la revisión y corrección de estilo de este libro. Doy gracias a todos ellos por su apoyo incondicional. Pido una disculpa a todos aquellos colegas y amigos que no he nombrado por falta de espacio que no de afecto.

PRESENTACIÓN

GUSTAVO VERDUZCO IGARTÚA
EL COLEGIO DE MÉXICO

El documento que se presenta es un testimonio personal de Roberto González Morales quien hace algunos años decidió saltar de su asiento como estudiante de doctorado en El Colegio de Michoacán para volverse por un tiempo un trabajador agrícola en los campos del estado de Nueva York en los Estados Unidos.

Quería conocer a profundidad los matices humanos y laborales de aquella experiencia de la que muchos paisanos suyos, de la Meseta purhépecha, le habían contado y sobre la que había leído incontables escritos académicos en El Colegio de Michoacán. Fue por ello que decidió reclutarse como trabajador agrícola a fin de conocer él mismo los varios aspectos del proceso por el que deben pasar aquellos jóvenes que desean ir a trabajar por un tiempo en aquel país.

Una ventaja nueva para él, de apenas hace algunos años, es que la gran mayoría de las personas, hombres y mujeres que desean ir a trabajar a Estados Unidos, lo pueden hacer ahora de manera legal a través de visas catalogadas como H2-A para la agricultura y H2-B para servicios diversos. Y, aunque estas visas han existido desde hace muchos años, apenas hace pocos años que empezaron a ser utilizadas a gran escala mayormente por trabajadores y trabajadoras de México por razones que por el momento me salto.¹ En promedio, durante el último lustro el

¹ Para quienes deseen conocer lo que ha sucedido al respecto pueden consultar los siguientes trabajos: Verduzco, Gustavo: “De las migraciones indocumentadas desde México a Estados Unidos, a los flujos documentados de trabajadores” en la revista *Migraciones Internacionales* (2021) de El Colegio de la Frontera Norte. También

número de personas de México con este tipo de visas ha alcanzado cerca de 300,000 por año. Esto ha significado un gran cambio con respecto a un pasado no lejano cuando lo que dominaba era una movilización laboral indocumentada y masiva que normalmente iba acompañada de historias de sufrimiento y muertes frecuentes tan sólo en los intentos del cruce fronterizo.

Para fortuna nuestra, Roberto aprendió bien su oficio como científico social para acercarse a un contexto amplio de investigación donde él mismo sería también protagonista junto con otros de sus paisanos purhépecha del estado de Michoacán. El hecho de haberse acercado como observador y protagonista ha implicado un cambio trascendente en este tipo de estudios. Lo afirmo como alguien que ha tenido múltiples experiencias de investigación sobre estos temas a lo largo ya de 40 años. ¿Por qué lo afirmo así? Porque cuando entrevistamos a personas que han migrado o que se han movilizado para trabajar en los Estados Unidos, escuchamos lo que cada persona elige contarnos por más que tratemos de profundizar. El límite está, finalmente, en lo que cada quien desea compartirnos de sus propias experiencias sin que podamos (y tampoco debamos) forzar acercarnos a temas que puedan producir ansiedad, temor o vergüenza en nuestros interlocutores. Como ejemplos tengo varios: un joven mexicano por lo común no desea mostrar aspectos que desde la cultura común puedan considerarse como que se es débil y por ello difícilmente admitirá que tuvo situaciones de extremo cansancio cuando realizaba su trabajo; también le costaría trabajo admitir que para poder trabajar tenía que tomar diariamente bebidas energizantes, así como pastillas que ayudaran a relajar sus músculos. Con dificultades aceptaría que algunos días lloró de cansancio. En jóvenes trabajadoras, ¿cómo enterarse de las varias situaciones de acoso que han vivido tanto por parte de quienes las han contratado aquí en el país como de parte de sus compañeros hombres y de los mayordomos

el trabajo de Verduzco, G., y Roberto González: “La migración laboral regulada con visas H2: una alternativa laboral ante la política”, en el libro: *Los flujos migratorios y la COVID 19*; Leco, Casimiro y Tomás J.C. Lenin Navarro, (coordinadores), Universidad Michoacana, 2020.

Presentación

en los campos de trabajo? Ciertamente hay mucho por saber todavía de los diversos aspectos que tienen este tipo de experiencias. Y aunque la observación participante permite llegar a conocer varios aspectos importantes hasta ahora poco conocidos, tampoco puede descubrirlo todo, pero es claro que el ser trabajador y a la vez observador de lo que está pasando, permite conocer detalles que no se habían podido sondear antes. Creo que este es el caso con el trabajo de Roberto.

Como verá el lector, su trabajo nos abre a un conocimiento quizás supuesto, pero no conocido y menos detallado de la manera en que él lo hace. Toca temas muy poco investigados como es lo que tiene que ver con quienes contratan a los trabajadores aquí en México: ¿quiénes son?; ¿socialmente de dónde vienen?; ¿cuál ha sido su trayectoria laboral y de vida?; ¿cómo se mueven?; ¿cómo se relacionan con los empresarios americanos?; ¿qué estrategias ponen en práctica para que sus trabajadores rindan bien laboralmente y a la vez le mantengan lealtad? Todos estos son aspectos que el trabajo de Roberto permite conocer y que se planteen por primera vez.

Un valor enorme del trabajo de Roberto es el hecho de poder seguir día a día sus experiencias diversas tanto como trabajador agrícola, como por ser paisano y compañero de los demás trabajadores. Él podía observar a sus compañeros, a los capataces, al entorno soleado o frío, lluvioso o extremadamente caliente, pero a la vez tenía sus propias sensaciones y percepciones que afortunadamente nos comunica. Asimismo, este Roberto investigador no sólo anotaba diariamente sus observaciones y reflexiones, sino que les hacía preguntas a sus compañeros para saber qué pensaban y cómo experimentaban estas mismas experiencias. Es todo este conjunto lo que hace muy diferente este trabajo y le da un gran valor frente a otras experiencias de investigación que, aunque buenas y útiles, han sido menos profundas y quizás más segmentadas de esas realidades.

Roberto cuenta lo que piensa y lo que observa día a día dejándonos ver un mundo de cosas. Vemos a trabajadores que todos los días dan lo mejor de sí mismos. Vemos a hombres jóvenes caídos de cansancio todas las noches sin mayor consuelo que unas pastillas y unos emplastos

para sus cuerpos. Vemos a quienes además de trabajar duro todo el día deben cocinar sus alimentos y lavar sus ropas. Y los fines de semana acudir a la tienda a comprarse no solo víveres para la comida de toda la semana, sino ropas, guantes y botas de trabajo porque las primeras y segundas y terceras prendas se fueron acabando. También deben comprar bebidas energéticas suficientes, así como pomadas que bajen la hinchazón de sus músculos. Todo a costa de sus dólares ganados y no del empresario que los ha contratado y por quien tienen que llenarse de porquerías para poder seguir aguantando.

Roberto nos invita a su viaje desde el momento en que se le ocurrió tal cosa. Los trámites y esfuerzos para ser contratado. La salida de su pueblo; la llegada a la frontera y los trámites en el Consulado americano; el viaje en autobús hasta Elba, Nueva York. Luego el día a día del trabajo y, finalmente, la vuelta a casa lleno de experiencias y reflexiones: ¿cómo se puede aguantar tanta explotación? Es quizás su pregunta y reflexión final que lo resume todo.

Como verán los lectores cada punto de los anteriores nos lleva a nuevas preguntas, nuevas vetas por investigar que quizás ni se nos habían ocurrido. Pensemos, por ejemplo, en el tema de los contratistas y las contrataciones y la liga que esto tiene con la obtención de visas y los Consulados fronterizos y además las ligas con el Departamento del Trabajo en los Estados Unidos, así como con todo un mundo de empresarios. Son sin duda aspectos importantes y además complejos de los que poco o nada sabemos.

Pensemos además que actualmente, en México, estos acontecimientos con todas sus ligas y circunstancias ya tienen lugar a todo lo largo del país puesto que, como mencionaba más arriba, en promedio se están yendo a trabajar al vecino país de manera legal alrededor de 300,000 trabajadores y trabajadoras por año.

Un gran cambio con relación al pasado es que las movilizaciones masivas de tipo laboral a los Estados Unidos ocurren ahora de manera legal y no indocumentada. Cierto que todavía unos pocos mexicanos siguen cruzando la frontera hacia el norte de manera indocumentada y que por las circunstancias económicas negativas de los últimos años

Presentación

este número que era pequeño ha aumentado un poco más, sin embargo, ha quedado claro que los flujos laborales documentados desde México han crecido sostenidamente principalmente por la escasez de trabajadores agrícolas en los Estados Unidos. Es por esto que un trabajo como el de Roberto adquiere todavía más importancia porque nos muestra aspectos más claros y detallados sobre las condiciones laborales de nuestros trabajadores que dejan mucho que desear.

Por otro lado, nos es útil tener en cuenta que desde el año de 1974 han estado yendo a Canadá a trabajar de manera legal en la agricultura de aquel país miles de trabajadores mexicanos. Con los años esto se ha llevado a cabo bajo la estructura de un programa binacional, es decir, con la intervención clara y los acuerdos oficiales de los dos gobiernos. En México el programa ha estado a cargo de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social. A lo largo de las experiencias de tantos años, este programa (Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales) ha ido mejorando sus procesos de contratación y de protección de los derechos de los trabajadores a través de varios controles y prácticas que han ayudado mucho a que las condiciones de explotación laboral sean menores. Desde mi punto de vista, pienso que no todas las condiciones de explotación se han logrado superar, pero sí que se han reducido varias de ellas. Pensemos, por ejemplo, en el tema del proceso de contratación y los contratistas que Roberto describe en varios de sus aspectos. En el caso del programa canadiense, en México, la contratación se lleva a cabo de inicio a fin en las agencias que la Secretaría del Trabajo y Previsión Social tiene en los diversos lugares del país.

Por otra parte, en Canadá las agencias privadas FARMS y FERMES se encargan de juntar de manera organizada las necesidades de los empresarios agrícolas de aquel país. Además, los Consulados de México en Canadá siguen de cerca los movimientos de los trabajadores mexicanos y se encargan de algunos asuntos que tienen que ver con la protección a sus derechos.

Pero ante un crecimiento tan grande del número de trabajadoras y trabajadores mexicanos que últimamente han estado yendo a Estados Unidos de manera legal, sería importante que nuestro país pueda

Gustavo Verduzco Igartúa

llevar a cabo negociaciones con las autoridades de los Estados Unidos a fin de poder establecer un programa laboral semejante al que ya tenemos con Canadá. La gran ventaja es la larga experiencia que hemos tenido con Canadá y que, además de que nos ha enseñado mucho en términos estrictamente laborales, también ha tenido grandes beneficios tanto para los empresarios como para los trabajadores.

INTRODUCCIÓN

En este libro expongo mi experiencia vivida como trabajador agrícola temporal en el estudio de la migración laboral regulada con visas H2-A¹ a Estados Unidos (EE. UU.). La investigación se centró en el caso particular de los trabajadores agrícolas purhépecha de la comunidad indígena de Comachuén,² municipio de Nahuatzen, Michoacán, México que, año tras año, migran de manera temporal al pueblo de Elba, Nueva York (NY) para emplearse en la cosecha de pepino, diferentes variedades de calabaza y de repollo. La observación participante me permitió documentar el proceso de reclutamiento, contratación, gestión de la visa H2-A, las condiciones de vida y de trabajo que viven los migrantes purhépecha en los *fields* estadounidenses, en las casas de hospedaje y en los diferentes espacios de socialización.

En este estudio se entiende a los trabajadores agrícolas purhépecha como grupos diversos y jerarquizados en su interior porque, a pesar de que todos sean considerados como migrantes autorizados en EE. UU. por contar con la visa H2-A, no todos tienen la misma estancia temporal, la

¹ Con base en la información del Departamento de Trabajo de los EE. UU., la visa H2-A forma parte de un programa de trabajo temporal que permite a los empleadores contratar trabajadores extranjeros, no inmigrantes, para emplearlos en el trabajo agrícola de manera temporal o estacional, siempre y cuando no haya trabajadores locales disponibles. Véase: <https://www.foreignlaborcert.doleta.gov/h-2a.cfm>.

² En el libro aparecerán frecuentemente los nombres de Comachuén, Elba y Torrey Farms Inc., hoteles: Venecia, Los Lirios y Chalet; nombres de distintos negocios o tiendas de EE. UU.; nombres reales donde el autor tuvo su estancia de trabajo de campo. También cabe precisar que los seudónimos de los trabajadores agrícolas purhépecha que se refieren a lo largo de texto son ficticios, lo anterior se tomó como una medida de respeto para no revelar sus nombres reales y para no afectarles.

Introducción

misma función en el trabajo y tampoco obtienen el mismo sueldo. En la comunidad de estudio se les llama y conoce como contratados a todas aquellas personas que migran de manera temporal a EE. UU. por medio de una visa de trabajo: H2-A y H2-B³. Así, esta palabra viene a sustituir a otras que se empleaban anteriormente, no se hace referencia a un migrante ilegal, mojado o indocumentado. Por consiguiente, debemos considerar como significativo el hecho de que se introdujera en la lengua y por tanto en la concepción purhépecha la noción de *contrato* y *contratados*, lo cual indica la introducción de nuevos vocablos. En este texto se les denominará como migrantes temporales, trabajadores agrícolas y contratados purhépecha.

La obra tiene como objetivo central destacar la importancia de la observación participante en el estudio de la migración laboral documentada con visas H2-A. A partir de la propia experiencia como trabajador agrícola, describo, explico y analizo cómo, cuándo, dónde y por qué fue que me involucré en la migración por contrato; los desafíos y retos que tuve que afrontar como investigador y como migrante. En el estudio se presenta la manera en que se construyen las relaciones sociales en la intermediación laboral entre el trabajador agrícola purhépecha y el intermediario; es decir, cómo se da la construcción de relaciones sociales de confianza, respeto y lealtad mutua, entre los trabajadores y el intermediario; mecanismos de mediación y de reducción de la complejidad social, en las relaciones de dominio, subordinación y resistencia.

La travesía de indagar la migración laboral de los purhépecha duró ocho años, lo cual no significa que haya concluido dicha investigación, únicamente he logrado abordar una parte del vasto y complejo proceso migratorio que viven los migrantes temporales que participan en el programa de visas H2-A.

³ Aplica para los trabajadores temporales extranjeros que se emplean en el sector de la construcción, de jardinería y de servicios. La diferencia entre la visa H2-A y la visa H2-B estriba en la cantidad de visas que se asigna para cada una. La visa H2-A no tiene un límite en la expedición anual. La visa H2-B tiene un límite anual determinado de 66,000 al año, aunque puede aumentar de 10,000 a 15,000 visas anualmente.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

En 2011 inicié mis estudios de maestría en el COLMICH, en ese entonces mi proyecto de investigación versaba sobre un estudio comparativo del retorno de los migrantes de dos comunidades indígenas de la Mesa o Sierra Purhépecha de Michoacán: Comachuén y Turicuario. Las conjeturas que planteaba inicialmente eran que, debido a la crisis económica de EE. UU., en 2008, era muy probable que hubiera habido un retorno importante de migrantes. Los medios de comunicación, algunos académicos, y el mismo gobierno vaticinaban un retorno masivo de mexicanos. Ante este contexto partí del supuesto de que el retorno no sólo obedecía a la crisis económica sino también a las deportaciones —durante el gobierno de Barack Obama—, a la instrumentación de la Ley SB1070 en Arizona y a legislaciones similares en los estados de Indiana, Georgia, Alabama y Carolina del Sur.

El objetivo de esa investigación era conocer las causas del retorno y la situación laboral que vivían los migrantes purhépecha retornados. Como parte de una estrategia metodológica seleccioné a las comunidades indígenas de Turicuario y Comachuén que pertenecen al municipio de Nahuatzen, Michoacán, (México). Dichas comunidades están separadas por cinco kilómetros de distancia y se distinguen por ser hablantes natos de su lengua vernácula, el *p'urhe*, y por mantener una migración significativa a EE. UU.

En las dos comunidades realicé trabajo de campo en los meses de julio a septiembre de 2012 y pude detectar el contexto migratorio y laboral que prevalecía. En Turicuario el retorno había sido muy esporádico; los que retornaban volvían a EE. UU. de manera indocumentada. En el caso de Comachuén el retorno había sido mayor, sin embargo, la migración no había disminuido porque sus moradores estaban optando por migrar de manera ordenada y legal mediante visas H2.

En la medida que analicé y contrasté los casos de estudio consideré pertinente acotar y replantear el objeto del mismo porque, más allá de un retorno definitivo al terruño, los purhépecha emigraban otra vez hacia EE. UU. ya fuera de manera indocumentada o autorizada. Al contrastar la situación migratoria de ambas comunidades valoré las condiciones de seguridad, hospitalidad, disponibilidad, etcétera, de cada una

Introducción

para realizar una investigación de esta naturaleza. Por ello opté por trabajar el caso específico de Comachuén en donde una nueva modalidad de migración estaba teniendo un impacto significativo y en donde no sólo se estaban involucrando exmigrantes sino también aquellas personas que por alguna razón nunca se habían atrevido a migrar de manera indocumentada a los EE. UU. Lo que hacía particular a Comachuén es que las personas que enganchaban y contrataban a los trabajadores agrícolas eran oriundas de la misma localidad, lo cual incidía en la migración documentada con visas H₂.

La investigación de la maestría consistió en exponer el proceso de intermediación que desarrollaban los contratistas y los contratados en Comachuén para migrar a EE. UU. con las visas H₂-A y H₂-B. La emergencia de nuevas figuras locales como reclutadores, enganchadores, contratistas y mayordomos estaba contribuyendo a aumentar la migración contratada. Debido a esto la migración indocumentada o *ilegal* había disminuido de manera considerable en la comunidad de estudio. El impacto de dicha modalidad era tal que cada año migraban alrededor de doscientos comachuenses con las visas H₂-A y H₂-B a los estados de Nueva York, Kentucky, Virginia, Missouri, Arkansas, Florida, Colorado, Carolina del Norte y Pennsylvania para emplearse en la pizca de repollo, pepino, tabaco, calabaza, jitomate y naranja; en la siembra de cebolla, en el corte de manzana y en el trabajo de jardinería o de la *yarda*.

A partir de los hechos observados formulé las siguientes preguntas que guiaron la investigación: ¿cuáles son los factores que han motivado que en Comachuén se esté optando por la migración laboral autorizada?, ¿quiénes son los contratados y cuál es su perfil?, ¿cuál es el proceso de contratación que se lleva a cabo en Comachuén?, ¿cuáles son los lugares de destino y en qué tipo de actividades laborales se emplean?, ¿cuál es la función de los enganchadores o contratistas purhépecha y cómo operan durante el proceso de la migración por contrato?

Objetivos

Para responder a las interrogantes anteriores formulé los siguientes objetivos:

1. Realizar una descripción puntual acerca de la comunidad de estudio para conocer las actividades laborales que llevaban a cabo sus moradores en la comunidad.
2. Realizar el recuento histórico del flujo migratorio efectuado por los comachuenses en las últimas décadas a través de los testimonios orales de los habitantes del lugar a fin de conocer los factores que estaban impulsando la migración nacional e internacional de los comachuenses, los lugares de destino, los tipos de trabajos que han desempeñado y cómo esto podía relacionarse con la migración actual.
3. Identificar el perfil de los migrantes temporales para conocer cómo, cuándo y por qué se enrolaron en la migración por contrato; es decir, quiénes eran las personas que podían y tenían la posibilidad económica de migrar, la elección del contratista, los lugares de destino, las actividades que realizaban, el pago por hora de trabajo, las condiciones laborales y el pago o cuota que le otorgaban al contratista por el favor de llevarlos a trabajar.
4. Identificar quiénes eran las personas que realizaban la función de reclutadores, enganchadores y contratistas, cómo llegaron a convertirse en intermediarios, cuál era el proceso de contratación que llevaban a cabo, el número de personas que contrataban y sus lugares de destino, entre otros datos.

Con base en las pesquisas realizadas en la maestría, en el doctorado acoté el objeto de estudio y planteé lo siguiente: la situación sociolaboral de los migrantes purhépecha que se contratan con la visa H2-A para el trabajo agrícola evidencia que: a) en México una de las consecuencias del sistema económico capitalista financiero ha sido el desempleo y la falta de apoyo por parte del Estado mexicano al medio rural e indígena, que ha obligado a campesinos, artesanos y comuneros a vender su fuerza

Introducción

de trabajo a cambio de un mejor salario en EE. UU. como trabajador agrícola temporal; b) la función que realiza el intermediario purhépecha ha dado lugar a que una cantidad importante de personas se esté incorporando al programa de visas H₂-A. Este intermediario, a diferencia de otros enganchadores, contratistas, polleros o coyotes en EE. UU., se convierte en un mayordomo *general* cuya función es orientar y supervisar el desempeño laboral de los contratados, es el principal intermediario del empleador y realiza también la función de traductor cultural; c) en Comachuén la migración documentada con visas H₂-A y H₂-B ha tenido una trascendencia significativa en las familias purhépecha debido a los cambios que se han manifestado en el ámbito económico, social, político y cultural.

Para llevar un orden en la investigación estructuré las ideas con relación a las siguientes interrogantes: a) en el contexto de la migración México-EE. UU., ¿cómo se da la integración laboral de los purhépecha a través de la visa H₂-A y cuáles son las características de la fuerza de trabajo que busca el mercado laboral en el capitalismo flexible? b) ¿la construcción de relaciones sociales en la intermediación laboral forma parte de los mecanismos de mediación en las relaciones de dominio, subordinación y resistencia entre el trabajador agrícola y el intermediario, o es una estrategia que contribuye a la recontratación y al beneficio mutuo? c) ¿quién es un intermediario purhépecha?, ¿cuál es su función en el reclutamiento, el enganche y la contratación?, ¿cómo se distingue su carrera de otros en México y en el extranjero?

A fin de responder a estas interrogantes enuncié los siguientes objetivos:

1. Describir y explicar cómo se integran los contratados purhépecha en el capitalismo flexible puesto que este ha llegado por medio de intermediarios hasta las zonas rurales e indígenas del país en busca de fuerza de trabajo que cumpla con las características que requiere el mercado laboral de agronegocios. Tomo como ejemplo a los purhépecha de Comachuén que migran a Elba, NY.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

2. Estudiar y explicar cómo se da la construcción de relaciones sociales en la intermediación laboral, su influencia en las relaciones de dominio, subordinación y resistencia; asimismo, resaltar la importancia que tienen esas relaciones interpersonales y colectivas, tanto para *merecer* seguir siendo recontratados, como para sobrellevar los ambientes hostiles y solidarios que se dan en el trabajo, en los sitios de hospedaje y en los diferentes espacios de socialización.
3. Describir y explicar el perfil que tiene un intermediario purhépecha y cómo se distingue su carrera de otros en México y en EE. UU., es decir, qué métodos o estrategias utiliza para ejercer su función de enganchador, contratista y mayordomo.

Hipótesis de trabajo

Dentro de este orden de ideas formulé las siguientes hipótesis: consideré que la precarización y la flexibilidad laboral eran fenómenos sociales que se presentan en el medio rural e indígena: un ejemplo de ello eran los migrantes temporales de Comachuén que se contrataban con la visa H2-A. Además, para formar parte de la migración por contrato no bastaba con tener el perfil, los requisitos, el apoyo de redes sociales y los recursos económicos necesarios para ser contratado y recontratado, sino que también cobraban importancia la construcción de las relaciones sociales que se establecían entre el trabajador y el intermediario debido al riesgo que se corría de no encontrar empleo, de perderlo o de conseguir un empleo precario. Esta cuestión se hacía presente en la vida de los contratados purhépecha, de ahí que para ellos fuera importante cuidar y mantener las relaciones de confianza, respeto y lealtad hacia el intermediario. Lo anterior los incitaba a llevar una *competencia* laboral en los campos agrícolas estadounidenses con el propósito de demostrar su valía como trabajador empeñoso y productivo frente al mayordomo y al patrón y así poder ser considerados nuevamente para la próxima temporada.

Introducción

Como segunda hipótesis, conjeturé que la función del intermediario purhépecha era de suma importancia no sólo por los métodos y estrategias que utilizaba para ejercer su función sino porque a la hora de enganchar y de contratar tomaba en cuenta aspectos como el parentesco, el compadrazgo, la amistad, no contar con *récord* delictivo⁴, es decir: no tener deudas pendientes con la ley estadounidense y mexicana. Al evaluar estos elementos el intermediario elegía quién iba o quién se quedaba, dependiendo de la temporada y el tipo de actividad laboral que se fuera a realizar. El intermediario esperaba que los migrantes temporales le guardaran confianza, respeto y lealtad; que volvieran a recontratarse con él, es decir, no cambiar de contratista.

Al centrar mi objeto de estudio en Comachuén realicé una estancia de 110 días en la comunidad entre los meses de julio a septiembre de 2012 y de enero a abril de 2013. Durante estos periodos residí de manera permanente en la comunidad observando con detenimiento las actividades laborales de sus moradores, específicamente de los migrantes retornados, de los contratados y de los intermediarios. En ese periodo me percaté de que los migrantes a su retorno se empleaban en la construcción, la carpintería y otros como jornaleros agrícolas. También pude observar y analizar la dinámica social, económica, política y cultural que se vivía en la comunidad de estudio.

Comachuén está enclavada en la parte más alta de la Sierra Purhépecha de Michoacán con una altura de 2 603 m. s. n. m. Posee un área natural compuesta por zonas montañosas, boscosas, aguacateras y clima templado. La superficie forestal maderable consiste en pinos, pinabetes, encinos y en menor proporción oyameles. Las características del uso de suelo son predominantemente forestales y en menor proporción agrícola y de pastoreo. La población según el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática es de 6, 213 habitantes (INEGI, 2020).

⁴ Es la manera como le llaman los migrantes purhépecha en su lenguaje coloquial cuando una persona no paga la multa de una o varias infracciones que haya cometido en EE. UU.; puede ser por no contar con su licencia de conducir, haber manejado un vehículo en estado de ebriedad, o no renovar las placas de su automóvil, entre otros motivos de infracción.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

Comachuén cuenta con una diversidad de actividades laborales locales. Los hombres comúnmente se dedican a la siembra de maíz y de avena, al comercio, a la construcción, a la producción de aguacate, a la tala clandestina de árboles, a la elaboración de muebles rústicos, de artesanías y al torneado de madera⁵. Asimismo, alrededor de 400 comuneros se emplean como jornaleros agrícolas en los campos de cultivo de Yurécuaro, Zamora, Tangancícuaro, Los Reyes y Uruapan. Las mujeres se encargan de las labores domésticas y la manufactura de distintos tipos de bordados, pero también, un número importante se emplea como jornaleras agrícolas en los campos de cultivo referidos o en las empacadoras de aguacate. Otro pequeño sector de la población masculina y femenina ejerce la profesión de maestros rurales, médicos, enfermeras, licenciados, abogados, arquitectos y músicos. Tanto los profesionistas como los no profesionistas migran a distintas ciudades del país y del extranjero para ejercer sus oficios o para emplearse en el trabajo agrícola o en la construcción.

Las personas que participan en el programa de visas H₂, lo hacen porque no cuentan con un empleo duradero, estable y rentable; otros lo hacen para no dedicarse a la tala clandestina de árboles con la que complementan sus ingresos extraparcelarios y cubren su subsistencia. En Comachuén no todos pueden migrar por medio de una visa H₂, sólo aquellos que tienen la posibilidad económica de hacerlo, los que disponen de aproximadamente \$10,000 para solventar los pagos de pasaporte, visa, transporte, viáticos y hospedaje.

Otro de los requisitos que se requiere para migrar por medio de una visa de trabajo es estar limpio, esto es, no tener deudas con la ley estadounidense, particularmente aquéllos que tuvieron una experiencia como migrantes indocumentados porque el hecho de haber obtenido un *récord* es un motivo más que suficiente para no poder obtener la visa.

El perfil de los comachuenses que se enrolan en la migración por contrato se caracteriza principalmente por ser fuerza de trabajo masculina

⁵ En la comunidad, no hay explotación legal y regulada de recursos maderables hacia el exterior, únicamente de manera local.

Introducción

y productiva, cuyas edades oscilan entre dieciocho a cuarenta años. La experiencia obtenida en el trabajo agrícola y en la tala de árboles en Comachuén les ha permitido desarrollar habilidades y destrezas para la resistencia, la adaptación al trabajo arduo y a los climas adversos en EE. UU.

Durante el trabajo de campo me percaté que la migración temporal de los purhépecha era la novedad, no sólo por lo que significaba para las familias, sino porque en la misma comunidad era visto como el nuevo fenómeno social que cada vez tomaba mayor importancia para los oriundos. En Comachuén era muy común escuchar en el idioma p'urhe, lo siguiente: *niraxatisi norti isi mentaru ánychikurini* —se están yendo otra vez al norte a trabajar—, cuando los contratados partían hacia EE. UU. El significado de esas palabras tenía mucha relevancia y no era que por primera vez estuvieran migrando los comachuenses a EE. UU., sino que volvían a un lugar que no era desconocido para ellos. A pesar de los esfuerzos que realicé en la maestría por terminar mi investigación, por cuestiones de tiempo, no alcancé a recabar suficiente información y dejé varios cabos sueltos, por lo tanto, era necesario y pertinente continuar con la investigación en el doctorado. Fue en esa etapa cuando decidí contratarme y migrar como trabajador agrícola temporal. En el desarrollo del texto iré mencionando cómo abordé la investigación, las causas o razones por las cuales me contraté como trabajador H2-A, las implicaciones teórico-metodológicas, los desafíos y los retos que tuve que afrontar como migrante contratado.

La obra está organizada en dos partes. En la primera realizo una descripción sobre la estrategia metodológica que seguí en el estudio, los métodos, técnicas y herramientas que emplee en la investigación y explico cuándo, cómo y por qué tuve que migrar a EE. UU. En la segunda parte abordo mi travesía como trabajador agrícola migrante, los inconvenientes que sufren los purhépecha durante el viaje de Comachuén a la ciudad de Matamoros, el proceso que implica la gestión de la visa de trabajo, las distintas etapas para obtener la aprobación y la emisión de la visa H2-A. Posteriormente narro el desarrollo del viaje que realizan los contratados de Brownsville, Texas (TX) hasta Elba, NY. Luego, doy una breve contextualización de Elba, de la compañía a la cual acuden

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

los purhépecha, así como de las distintas temporadas laborales a las que acuden durante el año. Después, con base en mi diario de campo, realizo un recuento cotidiano sobre mi estancia en EE. UU.; a partir del 13 de julio hasta el 20 de octubre de 2015. En el relato cotidiano, describo, explico y reflexiono sobre la situación sociolaboral que viven los migrantes temporales en Elba, los distintos trabajos que desempeñan durante la temporada en los 23 campos agrícolas, mi experiencia en la pizca, la relación social y las prácticas informales que sostuve con los contratados purhépecha y con el intermediario. En el desarrollo del se incluye una serie de fotografías tomadas por mí con mis iniciales y el lugar al que corresponden y, finalmente, se presentan las conclusiones.

PARTE I

ESTRATEGIA METODOLÓGICA DE LA INVESTIGACIÓN

La metodología que utilicé en el estudio fue de carácter cualitativo por la elaboración de datos respecto a la manera en que se construyen las relaciones sociales de confianza, respeto y lealtad mutua entre los trabajadores agrícolas purhépecha y el intermediario en la migración documentada con visas H2-A. Apoyarme en la metodología cualitativa contribuyó a describir el modo en que los sujetos sociales entienden sus conductas, acciones, significados, discursos y cómo se interpretan a sí mismos. En el trabajo de campo me apoyé en métodos, técnicas, estrategias y herramientas de investigación para recabar y construir datos, como la observación etnográfica y participante, el diario de campo, la entrevista semiestructurada, las pláticas informales, los testimonios orales, el análisis de fotografías, de estancias de trabajo de campo en México y en EE. UU.

Antecedentes del estudio

Los datos recopilados en la maestría me llevaron a indagar el antecedente migratorio de los comachuenses. Realizar una breve historia me ayudó a conocer que el flujo migratorio en Comachuén se había presentado de manera tardía, aun así, un grupo de comuneros llegaron a formar parte del Programa Bracero (1942-1964). Respecto a la migración indocumentada, los comachuenses tuvieron una participación importante desde finales de la década de los ochenta hasta principios de la primera década del siglo XXI.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

La migración laboral regulada con visas H2-A y H2-B se inició a mediados de la década de los noventa, (aunque de manera esporádica); los comachuenses tenían que acudir a los pueblos de La Cañada de los Once Pueblos o de La Ciénega de Zacapu, Michoacán, para engancharse y contratarse. Según la información vertida por los migrantes purhépecha, en esos tiempos no era muy redituable migrar contratado, era más conveniente migrar como *ilegal*, *mojado* o indocumentado, porque no era muy costoso, aunque sí arriesgado. Además, se tenía la opción de elegir el trabajo que se quisiera y dejarlo si no resultaba cómodo o provechoso. Migrar como indocumentado brindaba mayor libertad¹ para desplazarse de un lugar a otro, se podía trabajar el día que se quisiera, no se estaba sujeto a un patrón en particular, ni a un lugar en específico, lo que sí sucedía con las personas que migraban de manera contratada. En la década de los noventa los migrantes purhépecha preferían emplearse en la construcción o en las fábricas porque estos trabajos eran mejor pagados que trabajar en el campo.

En Comachuén, la migración a EE. UU. tuvo un viraje importante a partir del 2008 por varias razones: 1) el endurecimiento en las medidas de seguridad en la frontera elevó los costos para migrar como indocumentado; 2) muchos comachuenses que habían retornado de manera voluntaria u obligada —los deportados— por la crisis económica de 2008 no lograron regresar a EE. UU.; 3) en la comunidad de estudio surgieron intermediarios que contrataban trabajadores para migrar de manera temporal con la visa H2-A y H2-B; 4) la falta de oportunidades laborales en el país; lo poco redituable que resultaba la producción agrícola, así como el abaratamiento de los muebles rústicos y de las artesanías obligó a muchos comachuenses a contratarse como trabajadores agrícolas temporales. La transición por la que pasaba Comachuén en la modalidad de migración internacional, confirmaba lo que decían sus moradores, *niraxatisĩ norti isĩ mentaru ánichikurini* —se están yendo otra vez al norte a trabajar—.

¹ Con libertad también se referían a poder hacer las cosas que no podía hacer un migrante contratado: cambiar de trabajo regularmente, visitar distintos lugares, ir a fiestas, embriagarse, ir de compras a diferentes tiendas, residir durante varios años en EE. UU., entre otros.

Parte I. Estrategia metodológica

En la investigación de maestría conocí las causas de la migración en la comunidad de estudio, la función que realizaban los intermediarios, los lugares de destino, los flujos migratorios de los contratados por temporada, el perfil y los requerimientos que tenía que cumplir un migrante temporal. En el proyecto de investigación del doctorado, por cuestiones de tiempo, tuve que acotar mi objeto de estudio y elegí específicamente a los purhépecha que migraban al estado de NY porque era uno de los casos más representativos en Comachuén por el número significativo de trabajadores que acudían a dicho lugar. Pero también porque el intermediario purhépecha que los llevaba al estado de NY se distinguía de otros contratistas locales debido a que su función no se limitaba a ser reclutador, enganchador y contratista, sino que en EE. UU. se desempeñaba como mayordomo.

En la investigación del doctorado, planteé el objeto de estudio con base en los resultados que tuve en la maestría; tomé una posición teórica, me apoyé de una metodología que utilicé en el desarrollo de la investigación tal como se presenta en los siguientes apartados.

Aspectos teóricos

En el doctorado continúe con el estudio de los trabajadores agrícolas temporales porque había varias cuestiones que conocer y comprender. Era necesario tomar una posición teórica y buscar una estrategia metodológica para conocer más a fondo la migración por contrato, la intermediación laboral, las condiciones de vida y de trabajo, las relaciones interpersonales que establecían los contratados purhépecha con el intermediario, entre otras cuestiones.

En la investigación doctoral tomé como punto de partida la obra de Richard Sennett² (2000) titulada, *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Retomé varios de sus aportes

² Sennett, Richard (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

e ideas, principalmente el concepto de capitalismo flexible que permite analizar las consecuencias globales, sociales y económicas del sistema económico mundial, y cómo dichas secuelas inciden en la situación sociolaboral de los trabajadores purhépecha que migran de manera contratada hacia EE. UU.

En la migración por contrato, los migrantes temporales tienen que sobrellevar una inestabilidad laboral en el mercado de trabajo internacional; dependen de su desempeño, de su conducta y de las relaciones interpersonales que sostengan con el intermediario y el empleador. Las relaciones sociales que establece el intermediario con los contratados purhépecha cobran importancia y se refuerzan a través de la solidaridad, la cooperación,³ el respeto,⁴ la confianza⁵ y la lealtad⁶. El intermediario es la persona que realiza una función similar a la de un sindicato: se encarga de solicitar empleos, apoyar en el trámite de la visa, negociar el pago y solicitar apoyo en caso de accidentes o problemas de salud. De igual forma, ejerce su función como traductor cultural y lingüístico y como enlace ante los empleadores estadounidenses. Por su parte, el trabajador debe brindar: buena conducta, desempeño, capacidad para soportar arduas jornadas de trabajo y la habilidad para realizar diferentes actividades laborales.

En su opúsculo, Richard Sennett muestra que la situación laboral que viven las personas en la sociedad, particularmente en el medio urbano estadounidense, es muy precaria debido a que los trabajadores se ven obligados a emplearse en periodos de corto plazo, con una alta rotación de un trabajo a otro. La inestabilidad en el empleo y la flexibilización del proceso de trabajo debilitan los lazos sociales más profundos como la lealtad y la solidaridad, por lo tanto, es difícil crear vínculos sólidos cuando las personas cambian constantemente de empresa o de equipo de trabajo. Una consecuencia en la vida de las personas, es la falta de identificación

³ Apoyo mutuo que entre el trabajador agrícola y el intermediario.

⁴ Relación social que marca diferencia entre el trabajador y el intermediario, y que se manifiesta desde la contratación hasta el retorno a México.

⁵ Relación social que mantienen los migrantes purhépecha con el intermediario.

⁶ Acuerdo mutuo que sostiene el trabajador agrícola y el intermediario.

como parte de un gremio o de una empresa. “La cuestión del compromiso y la lealtad. ‘Nada a largo plazo’ es el principio que corroe la confianza, la lealtad y el compromiso mutuo” (Sennett, 2000: 23).

Con base en las ideas de Richard Sennett analicé el trabajo temporal tomando en cuenta que en el capitalismo flexible ya no era posible perseguir objetivos a largo plazo porque prevalecía una sociedad centrada en lo inmediato, en donde la incertidumbre y el riesgo eran los principales desafíos en el trabajo.

En la migración con visas H₂-A, quizá no hay una identificación de los trabajadores purhépecha como parte de un gremio, una empresa o compañía, de manera directa, pero sí hay una identificación con el intermediario. A pesar de la supuesta libertad que ofrece el capitalismo flexible, el poder moverse de un lugar a otro no significa que se consiga un trabajo estable y duradero. Por el contrario, con la nueva organización laboral, el trabajador se vuelve más vulnerable. Ante esta situación, las relaciones sociales que sostiene el intermediario con los migrantes temporales cobran importancia y se refuerzan a través de la solidaridad, la cooperación, el respeto, la confianza y la lealtad, mutua.

En la investigación reformulé el objeto de estudio, las interrogantes, los objetivos y las hipótesis. Uno de los principales objetivos fue analizar la manera en que se establecían las relaciones interpersonales en la intermediación laboral a través de la construcción de confianza y lealtad mutua entre los trabajadores agrícolas y el intermediario.

Como señalé en la introducción, la hipótesis era que, en la migración por contrato, las condiciones del acuerdo implicaban lazos de lealtad, solidaridad, respeto y remuneración con los intermediarios purhépecha lo que coadyuvaba a asegurar que un trabajador pudiera ser considerado nuevamente en la siguiente temporada. Por su parte, los migrantes temporales tenían que mostrar buena conducta y un desempeño laboral aceptable además de tener la capacidad de soportar arduas jornadas de trabajo y la flexibilidad para asumir una explotación hasta el límite de sus capacidades físicas, no sólo para ganar un poco más por horas extras en el trabajo, sino también para demostrarle al mayordomo y al patrón su valía como trabajador empeñoso y productivo.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

El argumento central de la investigación consistió en demostrar cómo y para qué se construían las relaciones sociales en la intermediación laboral entre el trabajador y el intermediario en la migración documentada con visas H2-A, específicamente en los contratados purhépecha de Comachuén que migraban hacia Elba, NY. En el capitalismo flexible, la construcción de relaciones sociales de confianza, respeto y lealtad entre el contratado y el intermediario formaban parte de mecanismos de mediación y de reducción de la complejidad social en las relaciones de dominio, subordinación y resistencia.

Con la reorganización del mercado laboral flexible, las empresas prefieren contratar gente joven no sólo porque sea productiva sino porque ante la necesidad de obtener un empleo (aunque sea temporal) no reniegan de las condiciones laborales ni de la explotación a la que son sometidos. La mano de obra indígena que se emplea en EE. UU. cumple con el perfil y con los requisitos necesarios que requieren las agroindustrias no sólo para resolver la escasez de mano de obra sino porque es una fuerza de trabajo productiva, explotable, dócil y flexible que se adapta a las exigencias del mercado laboral estadounidense.

En Elba, los migrantes temporales no sólo tienen que soportar duras condiciones laborales, sino que la explotación y la competencia laboral se hace presente en el día a día; su fuerza de trabajo no es retribuida según su valor ya que su físico refleja un cansancio que no logra reponerse diariamente. Por su parte, el empleador obtiene una mayor ganancia por las horas extras; un mecanismo de explotación que le permite conseguir el máximo beneficio a través de la intensificación de la jornada de trabajo por la misma paga.

Cuando Adam Smith publicó en 1776 *La riqueza de las naciones*, “[...] creía que la libre circulación de dinero, bienes y trabajo exigiría que la gente hiciera trabajos cada vez más especializados” (Sennett, 2000: 35). En efecto, implicó una división del trabajo tradicional; con la separación de la casa y el trabajo, el trabajador únicamente podría subsistir y encontrar un tipo de trabajo especializado en una empresa, un ritmo rutinario y monótono que traería como secuela una pérdida de oficio.

Parte I. Estrategia metodológica

La situación laboral que viven los migrantes purhépecha es similar a la que vive el obrero en la fábrica. No obstante, la explotación a la cual están expuestos en el capitalismo flexible es sumamente extrema, porque se les exige al máximo su rendimiento, que tengan la capacidad y la flexibilidad de laborar de un trabajo a otro. A tal grado que el trabajo ya no les resulta legible, en el sentido de que ya no comprenden lo que están haciendo; hay una pérdida de oficio porque se convierten en “[...] personas con una identidad laboral débil” (Sennett, 2000: 73). Desconocen el proceso que implica la producción de lo que pizcan: calabacita, pepino, repollo, etcétera, esto hace que su comprensión del trabajo sea superficial.

Para Richard Sennett: “el capitalismo ha bloqueado el camino recto de la carrera desviando a los empleados, repentinamente, de un tipo de trabajo a otro. A lo largo de su vida, la gente hace fragmentos de trabajo” (2000: 9). Esta afirmación es válida para los obreros que se han empleado durante varias décadas en una empresa o fábrica del medio urbano. Sin embargo, habrá que considerar que los campesinos mexicanos han combinado permanentemente su trabajo durante décadas como agricultores tradicionales en sus parcelas y como trabajadores estacionales en las ciudades del país y en el extranjero para complementar sus ingresos económicos extraparcenarios. Mientras que otros dependen hoy en día (casi en su totalidad) de las remesas para su subsistencia, en específico, aquellos que no cuentan con tierras parcelarias.

En la actualidad, la situación laboral de las nuevas generaciones en Comachuén ha cambiado por diversas razones. Por ejemplo, los jóvenes cuyas edades oscilan entre dieciocho a treinta años, no cuentan con tierras de cultivo, y los que poseen tierras parcelarias, no les resulta rentable trabajarlas debido a lo poco rentable que resulta ser la producción de maíz y avena. Por consiguiente, tampoco conocen el proceso que implica la producción agrícola de principio a fin. Como vemos, hay una pérdida de oficio.

En Elba, a los contratados purhépecha se les pide realizar cierta actividad laboral: plantar cebolla, cortar zacate, pizcar calabaza, pepino, repollo o empaacar cierto producto agrícola. La situación laboral de los

migrantes temporales suele ser inestable y de baja calificación, trabajan en condiciones infrahumanas y precarias; tienen que sobrellevar por siempre la incertidumbre en el trabajo —nada es seguro en su futuro laboral—, además, guardan su compromiso de respeto y lealtad al contratista y al empleador. Aunado a ello, por el temor a no ser considerados para la próxima temporada, asumen una explotación hasta el límite de sus capacidades físicas demostrándole al empleador y al mayordomo que son buenos trabajadores y que merecen seguir siendo contratados.

Además de Richard Sennett me apoyé en otros autores como Michel Foucault, James Scott, Pierre Bourdieu, Anthony Giddens, Howard Becker, Michel Crozier, Erhard Friedberg, Ulrich Beck, Saskia Sassen, Niklas Luhmann, Guy Standing, Joseph Boucek, Eric Wolf, Lloyd Fisher, David Griffith, Gustavo Verduzco, Gustavo López, Paz Trigueros, Jorge Durand, Lynn Stephen, Sandy Smith, Daniel Rothenberg, Alejandro Canales, Casimiro Leco, Ofelia Becerril, Elizabeth Juárez, Norma Baca, Sara Lara, Kim Sánchez, Hubert Carton de Grammont, Julio Boltvinik, Gabriel Torres, entre otros, porque sus aportes, ideas, conceptos explicativos y metodologías, se relacionaban y respondían a las necesidades del objeto de estudio. Se trataba pues, de una justificación basada en las necesidades teórico-metodológicas.

En el desarrollo de la investigación revisé y analicé la literatura que ha estudiado la migración laboral regulada con visas H₂: cómo opera el programa de visas H₂-A, el papel del Estado en la política migratoria, los modelos de reclutamiento y de contratación, las condiciones laborales de los migrantes, el rol de las redes sociales, la función de las organizaciones sociales, las relaciones de género, la cuestión étnica, la situación sociolaboral de los trabajadores agrícolas en México, EE. UU., Canadá y España. Sin embargo, aún quedaban pendientes varias cuestiones que atender y profundizar. Por ejemplo, quiénes eran los migrantes que participaban en el programa de visas H₂-A, sus circuitos migratorios y en qué se empleaban, qué estudios aportan luz sobre las relaciones sociales e interpersonales que establecen los migrantes temporales con el intermediario, cuestiones de salud, la alimentación, la

intermediación laboral, el proceso del trámite de la visa H₂-A y la inversión de las remesas, entre otras.

Métodos de investigación: ventajas y limitantes

El proceso metodológico de la investigación etnográfica y autoetnográfica consistió en las siguientes fases: a) preparación y diseño, lo que implicó definir el objeto de estudio, plantear interrogantes, formular objetivos y suposiciones, así como la organización, selección de técnicas y herramientas; en síntesis, el trabajo de gabinete; b) el trabajo de campo se realizó en Comachuén, Michoacán y en Elba, NY. En ambos lugares se recabó información con el apoyo de la observación etnográfica y participante, de notas de campo, de pláticas informales, de entrevistas semiestructuradas —en español y en p’urhe— y del diario de campo. Con la información realicé una descripción, explicación e interpretación de lo observado; c) la fase informativa consistió en el análisis minucioso, la explicación, traducción, interpretación y elaboración de resultados obtenidos.

En la investigación utilicé el método etnográfico para observar, describir e interpretar las causas que incidían en el flujo migratorio de los purhépecha a EE. UU., el proceso de contratación, la gestión de la visa H₂-A, la situación laboral de los migrantes en los *fields*, la construcción de las relaciones sociales en la intermediación laboral y la función que realizaba el intermediario.

Me apoyé en la autoetnografía porque enfatiza en el análisis cultural y también en la interpretación que realiza el investigador de sus pensamientos y de su experiencia a partir del trabajo de campo, en la relación con los otros y la sociedad que estudia. Utilizar dicho método me permitió vincular la experiencia que viví en EE. UU. con los migrantes purhépecha, con quienes trabajé en la pizca, conviví y sostuve pláticas informales en el trabajo, en las casas de hospedaje, en los diferentes espacios de socialización como el campo de fútbol y de basquetbol, en las lavanderías y en las tiendas mexicanas y estadounidenses.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

Las ventajas de apoyarme en la etnografía y la autoetnografía contribuyeron a producir descripciones densas, estéticas y evocativas de experiencias personales e interpersonales. En el trabajo de campo pude comprender por qué y para qué se construyen las relaciones interpersonales entre los trabajadores agrícolas temporales y el intermediario. En EE. UU. conviví a diario con los contratados purhépecha, escuché atentamente sus pláticas, observé sus acciones y su desempeño en el trabajo; conocí sus estilos de vida, sus experiencias migratorias y los objetivos que tenían trazados a corto, mediano y largo plazo, particularmente en lo que atañe a la inversión de sus remesas.

Las limitantes de los métodos de investigación tuvieron que ver con la aplicación de entrevistas, la adaptación al trabajo agrícola y la relación social con los migrantes temporales. En el trabajo de campo establecer un grado de confianza con los purhépecha fue clave porque el hecho de que yo⁷ fuera de Comachuén no garantizaba que hubiese familiaridad con dichos migrantes. En primera instancia, el lector pensará que eso contribuyó para que se realizara una investigación de esta naturaleza; hubo ventajas porque las personas que seleccioné aceptaron ser entrevistados, aunque no se logró profundizar en los temas que se abordaron en las entrevistas. Pero también hubo desventajas, porque no fue nada sencillo ganarme la amistad de los contratados; llegaron a verme como un *extraño*; la confianza la fui consiguiendo poco a poco, a través de la convivencia, de las pláticas informales y del trabajo en la pizca. Una manera de brindarles confianza y seguridad fue comprometiéndome a guardar total discreción sobre la información que pudiera afectarles.

En EE. UU., no fue fácil adaptarme a las arduas y prolongadas jornadas de trabajo, a los drásticos cambios de clima (cálido, frío, vientos, lluvias y caída de aguanieve), al comportamiento de los compañeros, a la precaria alimentación, a los problemas de salud, al trato del mayordomo y del encargado de la cuadrilla. Tuve que aprender de los purhépecha las técnicas, habilidades o mañas para desempeñarme de mejor

⁷ Lugar donde he vivido.

Parte I. Estrategia metodológica

manera en la pizca y para evitar un mayor cansancio físico. En los campos agrícolas aprendí a caminar con las botas de plástico entre los surcos (en ocasiones, con charcos de agua y lodo), a agacharme en la pizca, a levantar y a sostener el cesto de pepino, kabocha, mini pumpkin y bellota arriba de la cabeza, y a depositar lo pizcado en el guayín. También aprendí a hacer uso del paliacate en la frente de la cabeza y en el cuello para contener el sudor, de una faja en la cintura para evitar el dolor de la espalda, de rodilleras para evitar el dolor en los pies y de diferentes guantes de plástico o de piel para protegerme las manos. A diario viví y sentí con los migrantes purhépecha la dureza del trabajo agrícola, la fatiga, el hambre, la sed y la soledad.

En Elba retraté con una cámara fotográfica evidencias del fenómeno migratorio. Tomé más de seiscientas fotografías, desde diferentes ángulos donde se pueden apreciar las diferentes actividades que realizan los contratados en los *fields*, en las casas de hospedaje y en los diferentes sitios de socialización. La riqueza de mostrar y utilizar las fotografías en este estudio formó parte de un testimonio y de un soporte etnográfico que fortalece esta obra.

El diario de campo como instrumento y herramienta de investigación fue fundamental para registrar, organizar y sistematizar la información que recabé durante mi estancia temporal en Elba. En el diario documenté la secuencia de los acontecimientos, conversaciones, datos etnográficos, notas de campo, descripciones densas sobre la observación etnográfica y participante, impresiones y reflexiones personales, códigos, conductas, el lenguaje y los discursos (oculto y público) que construían los trabajadores agrícolas purhépecha, tal como se presenta en la parte dos de este libro.

El trabajo de campo en Comachuén

En el doctorado realicé el trabajo de campo en dos etapas. La primera fue en Comachuén con una estancia de 120 días, entre los meses de julio a diciembre de 2014 y marzo a junio de 2015. Realicé cincuenta

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

recorridos⁸ en diferentes lugares como: la plaza comunal, la cancha de basquetbol, el campo de futbol, las distintas calles de la comunidad, en las residencias habituales y en las diferentes áreas de trabajo en que se empleaban los migrantes a su retorno de EE. UU. Dichos lugares fueron clave para identificar a doce contratistas y a más de cincuenta migrantes purhépecha que habían tenido experiencia laboral en el programa de visas H2-A y H2-B.

En el trabajo de campo, primero realicé una descripción puntual acerca de la comunidad de estudio para conocer la dinámica social, económica, política y cultural que se vivía en Comachuén. Lo relevante fue observar la situación de desempleo, el trabajo de jornalero agrícola y la actividad de la tala clandestina de árboles. Segundo, hice un breve esbozo sobre los antecedentes históricos de la migración internacional en la comunidad de estudio, con el apoyo de testimonios orales de los moradores del lugar. El objetivo fue entender los factores que incidían en el flujo migratorio de los comachuenses, los lugares de destino y los tipos de trabajos que habían desempeñado. Tercero, identifiqué a los trabajadores agrícolas temporales y sostuve pláticas informales con el propósito de conocer cómo se enrolaron en la migración por contrato: quiénes eran las personas que podían y tenían la posibilidad económica de migrar, la elección del contratista, el periodo de tiempo de la estancia en EE. UU., el trámite del pasaporte, la obtención de la visa, el lugar de destino, el tipo de actividad laboral que desempeñaban, el pago por hora de trabajo, el hospedaje y el pago que le otorgaban al contratista. Cuarto, identifiqué a las personas que realizaban la función de reclutadores, enganchadores y contratistas en Comachuén. Esto me permitió conocer la manera en que operaban los intermediarios durante el proceso migratorio, la estrategia y la función que realizaban para reclutar y elegir a sus trabajadores; los requerimientos que solicitaban para migrar contratado, la orientación que realizaban para la obtención de la visa en el Consulado y su labor en EE. UU. durante la estancia temporal.

⁸ Las visitas y la observación etnográfica las realizaba a lo largo del día por lapsos de dos a cuatro horas.

Parte I. Estrategia metodológica

Después, valoré, analicé y consideré oportuno poner mayor atención en el reclutamiento y la contratación que realizaba un contratista local; un caso representativo en la comunidad de estudio por el número significativo de migrantes temporales que lograba enviar a los estados de Nueva York, Florida, Oklahoma y Texas. La función que realizaba el contratista era muy peculiar porque tenía sus propias estrategias de contratación: regularmente citaba en su domicilio a las personas interesadas en migrar de manera contratada, les daba la información necesaria sobre el lugar de destino y la duración de la temporada, así como los requisitos que tenían que reunir. Esta información la brindaba con cierto tiempo de anticipación para la gestión oportuna de la visa. Era sorprendente ver la capacidad de convocatoria que tenía este contratista ya que en un breve tiempo congregaba a alrededor de 200 trabajadores estacionales. Las reuniones las convocaba entre las 8:00 p. m. y las 9:00 p. m. Los purhépecha acudían al lugar de la cita de manera individual o en pequeños grupos de dos, tres o más interesados. En otras reuniones les informaba específicamente sobre la fecha y la hora de salida, el lugar donde se haría la gestión de la visa, el tipo de trabajo que iban a realizar en EE. UU. y el número de personas que irían a trabajar, entre otros asuntos. Cabe mencionar que la información la daba en su lengua autóctona, el *p'urhe*.

En la primera etapa de trabajo de campo realicé veinte entrevistas semiestructuradas y sostuve una cantidad significativa de pláticas informales con los migrantes temporales. Me apoyé en la entrevista semiestructurada porque brindaba mayor flexibilidad a los interlocutores, además de que se ajustaba al tipo de población de estudio dado que los purhépecha tienden a hablar muy poco; generalmente se limitan a contestar cuando se les realizan preguntas directas; en cambio cuando se abordan temas suelen contestar y expresarse con mayor libertad. Los temas que se trataron en las entrevistas versaron sobre la ocupación, la experiencia migratoria, la relación social con el intermediario, el respeto, la confianza, la lealtad, la función del contratista, la salud, la alimentación, las condiciones de trabajo y los beneficios de migrar, entre otros.

Como parte de una experiencia previa que tuve en la aplicación de entrevistas —durante la maestría—, consideré pertinente hacer uso de

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

la lengua vernácula de los purhépecha de Comachuén con el objeto de emprender conversaciones que les permitiera a los contratados tener mayor libertad y seguridad en sus comentarios. La elección del uso del lenguaje *p'urhe* se debe, entonces, a que lo conozco y resultó efectiva porque las pláticas en su lengua materna brindaron a los informantes mayor desenvolvimiento en su expresión. Pero no se logró profundizar en la relación social e interpersonal que mantenían con el intermediario. Noté cierto temor en los migrantes temporales al abordar la cuestión de la confianza y lealtad, sobre todo cuando les cuestionaba sobre la función del contratista, o sobre aquello que se tenía prohibido hablar; es decir, aquello que únicamente se quedaba entre ellos y el contratista, como el pago de una cuota, la elección de ciertos trabajadores para una temporada en específico, la distribución de cuadrillas y la cuestión de la salud.

Como investigador tuve que afrontar varios desafíos. Uno de ellos fue establecer un grado de confianza que me permitiera realizar entrevistas a las personas que había seleccionado y contemplado —incluido el intermediario—. Como mencioné antes, ser oriundo de Comachuén me permitió tener ventajas porque la mayoría de mis informantes aceptaron ser entrevistados, pero también hubo desventajas porque percibí cierto temor en varios de mis interlocutores cuando trataba de profundizar en los temas aludidos. Cabe señalar que en varias comunidades de la región Purhépecha los lugareños tienen cierta desconfianza cuando se está indagando algún asunto, más aún en el contexto de violencia y de inseguridad que se vive en el país.

Otro desafío personal fue obtener respuesta sobre aspectos específicos que se reservan los entrevistados, cuestiones que generalmente no comentan a cualquier persona: aquello que se guarda, lo que no se quiere y lo que no se debe hablar, lo que únicamente queda entre ellos. Así que tuve que buscar la manera de entablar con un mismo lenguaje oral y corporal las entrevistas. Siempre busqué brindarles confianza, seguridad, y la libertad de contestar en el idioma que quisieran, ya fuera en español o en *p'urhe*. También dejaba que eligieran el lugar y la hora.

La decisión de migrar a los Estados Unidos

Al organizar el plan de actividades a desarrollar en el trabajo de campo, no estaba contemplado migrar a EE. UU., esto fue producto de la necesidad de la investigación. A pesar de la información que logré obtener durante el trabajo de campo en Comachuén, esta no era suficiente para concluir mi tesis doctoral. En la medida en que iba presentando mis avances en diferentes congresos, como en la ciudad de Pachuca, Hidalgo, en el marco del Encuentro Internacional sobre Estudios en Migración Indígena en México celebrado en la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, en el mes de agosto de 2014, una de las sugerencias de parte de los y las especialistas —Laura Velasco Ortiz, Martha García Ortega, Adriana Cruz Manjarréz, María Félix Quezada, entre otros— era que fuera —sí tenía la posibilidad y la oportunidad de hacerlo— con los migrantes temporales para observar de cerca el fenómeno de estudio, porque eso me iba a permitir tener un mayor conocimiento sobre la situación laboral que vivían en EE. UU., puesto que una cosa era lo que me decían y otra la que vivían en los campos agrícolas.

Otro de los eventos al que fui invitado para presentar mis avances de investigación fue en el COLMICH, en el marco del Seminario *Braceros de hoy y ayer, jornaleros de aquí y allá: El trabajo agrícola en perspectiva migratoria*, celebrado en la ciudad de Zamora, Michoacán, en el mes de junio de 2015; en ese evento también se me sugirió ir a EE. UU. para que profundizará más en las relaciones sociales e interpersonales, en la vida de los migrantes, su alimentación, la cuestión de la salud y las condiciones laborales. De igual forma, en diferentes seminarios de investigación del doctorado, varios de mis lectores especialistas en migración internacional y nacional me hacían la invitación de atreverme a migrar como trabajador agrícola. Incluso varios profesores y compañeros del CER también me motivaron a hacerlo por lo pertinente que resultaba para una investigación de esta naturaleza.

Después de valorar los resultados de la primera etapa del trabajo de campo del doctorado y de las sugerencias y recomendaciones de mis

lectores en los congresos y en los distintos seminarios de investigación, analicé cuidadosamente qué tan pertinente y relevante era contratarme como migrante puesto que no sólo dependía de mi decisión sino de varios factores personales, familiares, escolares y de la aceptación del intermediario. En lo personal, mi temor giraba en torno a si podría aguantar las jornadas laborales y el ritmo de trabajo de los contratados durante la temporada.

En lo que atañe a la parte familiar tuve que comentarle a mi cónyuge sobre el reto que tenía que asumir para concluir mi tesis doctoral, recuerdo que su primera reacción no fue muy buena y me cuestionó: ¿es necesario que vayas para allá?, ¿por qué tú quieres hacerlo o por qué te están obligando? Le contesté que era la investigación la que me obligaba. Con el paso del tiempo traté de convencerla hasta que finalmente apoyó mi decisión. Entendía su preocupación, vivir sola durante mi ausencia no iba a ser nada fácil; también le preocupaba mi integridad física, la adaptación a un nuevo país, al trabajo, al clima y a la alimentación.

En cuanto a la parte escolar tuve que consultar a mi director de tesis con quien no hubo impedimento, al contrario, siempre conté con su respaldo; me brindó todo su apoyo en cada momento. También tenía que ver los gastos económicos, para ello inicialmente contemplé un ahorro de \$10,000 para el pago del pasaporte, transporte, viáticos y visa.

La contratación del intermediario era una de mis principales preocupaciones porque de él dependía si iba o no a EE. UU. El contratista era muy selectivo a la hora de contratar así que busqué el apoyo de sus trabajadores de confianza para lograr enrolarme a la migración por contrato.

La segunda etapa de trabajo de campo la realicé en Elba, NY. En 2015, después de analizar y valorar los avances de mi investigación, las observaciones, sugerencias y recomendaciones de mis lectores en los diferentes seminarios de investigación en el COLMICH tomé la decisión de migrar a EE. UU. lo que implicó todo un proceso, desde la aceptación del contratista hasta la gestión de la visa H₂-A. De antemano sabía que no iba a ser nada sencillo migrar como trabajador agrícola, no únicamente por mi falta de experiencia, sino porque tenía que incursionar en un fenómeno social que sólo había conocido de manera

Parte I. Estrategia metodológica

superficial; por ende, conocerlo desde adentro y vivirlo *en carne propia* iba a ser muy distinto.

Involucrarme como migrante temporal⁹ formó parte de una estrategia metodológica de investigación que me ayudó a corroborar parte de la información que me habían brindado mis interlocutores durante el trabajo de campo, pero también me dio la oportunidad de conocer, de principio a fin, el proceso migratorio que viven los contratados; logré profundizar sobre aspectos que no siempre se pueden abordar en las entrevistas y tampoco en las pláticas informales. Trabajar desde adentro contribuyó a entender la situación que viven los purhépecha en el enganche, la contratación, la gestión de la visa H2-A, la estancia en EE. UU., la convivencia en las casas de hospedaje y en los diferentes sitios de socialización.

La experiencia como migrante contratado me permitió sentir la dureza del trabajo agrícola en Elba, NY. Sin embargo, como señalé en el apartado anterior, —al principio— migrar como contratado no estaba contemplado, pero resultó necesario hacerlo para observar y constatar la información que me habían vertido mis informantes durante la primera etapa del trabajo de campo.

La contratación como trabajador agrícola H2-A

Una de mis principales preocupaciones al enrolarme en la migración por contrato era convencer al intermediario de mi contratación; debía reunir todos los requisitos que solicitaba, la documentación necesaria y un monto económico que lograra cubrir los diferentes gastos que se generaban en el proceso de contratación y durante el viaje.

Lo primero para poder migrar de manera contratada fue hacer una inversión que ascendió a unos \$15,000 con la beca que me otorgaba

⁹ Cabe aclarar que, este diario de campo, se escribió en dos formas: “voz presente”, el día en que el autor observó e hizo sus registros de trabajo de campo; “voz actual”, lo que el autor vivió, sintió y comprendió en el momento. En síntesis, el lector encontrará a lo largo del libro el relato cotidiano del autor y la reflexión posexperiencia del día a día; esta precisión le permitirá al lector tener una mejor comprensión del texto.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

CONACYT. Ese dinero me ayudó a cubrir los gastos del trámite del pasaporte, del viaje, de la visa H2-A, además de la ropa de trabajo, los víaticos, y algunas cuotas que me solicitó el intermediario para el papeleo.

Una vez cubiertos los requerimientos necesarios para migrar debía convencer al contratista de que me aceptara. Para ello tuve que pedir apoyo a algunas personas allegadas al contratista para que me recomendaran y le dijeran de mis ganas e interés por migrar a EE. UU. La recomendación fue clave pues llegar de manera repentina a solicitar mi contratación quizá no hubiese sido lo más pertinente. Señalo lo anterior porque en el trabajo de campo supe que los intermediarios no contrataban a cualquier persona pues eran muy selectivos.

Aun así, no tenía nada garantizado porque necesariamente tenía que explicarle en persona al intermediario los motivos de solicitar la contratación. Debo mencionar que dudé y temí al rechazo porque el contratista sabía que yo era estudiante y que realizaba una investigación sobre los migrantes. Anteriormente había tenido un acercamiento con el contratista, cuando realicé el trabajo de campo para mi tesis de maestría, entonces busqué entrevistarle, pero no aceptó; primero me había dicho que sí, agendamos el día y la hora, pero por alguna razón se negó, nunca me dijo los motivos. Cuando iba a su domicilio a buscarlo, sus familiares siempre me decían que no estaba, entendí que no había aceptado y no insistí más.

A pesar del antecedente, el martes 9 de junio de 2015 acudí al domicilio del contratista. Al llegar a su casa traté de actuar como cualquier otro trabajador, ese día no me invitó a pasar a su casa, sólo me preguntó el motivo de mi visita, le dije que quería ir a los EE. UU. con él. Lo único que me dijo fue que reuniera los siguientes documentos: pasaporte, acta de nacimiento, credencial de elector y el acta de nacimiento de mis padres y de mi esposa, cada documento con dos copias. Me dijo que cuando tuviera la documentación acudiera a su domicilio para continuar con el trámite de la contratación. En ese instante me sentí más tranquilo porque no había cuestionado mi razón para migrar, pero aun así no había nada seguro porque el contratista acostumbraba recibir la documentación y seleccionaba a los que él consideraba como

Parte I. Estrategia metodológica

indicados para migrar en cierta temporada laboral. Una cuestión que lo caracterizaba era que no sólo enviaba a los migrantes temporales en una ocasión a EE. UU., sino dos o tres veces, ya fuera a NY, Florida, Oklahoma o Texas. De hecho, a NY los enviaba en tres temporadas durante el mismo año, pero a distintos trabajos.

Después de reunir todos los documentos, el jueves 11 de junio de 2015 regresé al domicilio del contratista para entregarle la documentación y continuar con el trámite de la contratación. Al llegar me pasó a su casa y pidió mis documentos. En su escritorio tenía un formato en donde iba registrando mis datos personales, el domicilio y las fechas de nacimiento de mis padres y el de mi esposa. Luego me interrogó sobre mi grado escolar, si había realizado el servicio militar y si tenía familiares en EE. UU. Me puse nervioso ante las preguntas, sobre todo por el antecedente de la entrevista que me negó para mi tesis de maestría.

Pedí autorización al contratista para hacer una copia del formato de llenado, pero me dijo que no era necesario ya que me lo entregaría al llegar a Matamoros, porque esas eran las preguntas que allá nos harían, pero que yo podía sacar las fechas de nacimiento de las actas. Posteriormente me explicó a detalle el objetivo del formato:

Yo hago esto porque hay personas que llevo y no sé si sea por nerviosismo, pero allá, cuando los están entrevistando, no recuerdan ni el nombre completo de su papá o de su mamá. Por eso hago este documento y se los entrego allá, pero no sólo esto es lo que te van a preguntar, también te van a preguntar a qué vas a EE. UU. y tú tienes que contestar que vas a trabajar a la compañía que les voy a dar el nombre después, ahí también, tienes que decir que vas a cosechar pepino, repollo y a empacar ejote. Pero yo los voy a citar más adelante para decirles más cosas. Por el momento te he recibido estos documentos, pero yo a partir del lunes comienzo a recibir todos los documentos.

Lo que pude percibir del contratista era que, desde ese momento, tomaba precauciones sobre el proceso que implicaba el trámite de la visa H2-A. Es decir, el formato era una guía que contenía información personal

que se le preguntaba al migrante temporal en la solicitud de la visa no inmigrante y en la entrevista del Consulado. Para el contratista era importante que todos los trabajadores tuvieran conocimiento sobre las respuestas que deberían dar durante la gestión de la visa. Él sabía que a las personas que contrataba se les dificultaba contestar en las entrevistas debido a que la mayoría no manejaba correctamente el español, por lo tanto tenían problemas al expresarse, o porque les daba temor a equivocarse, de ahí que señalara: “no sé si sea por nerviosismo, pero allá cuando los están entrevistando no recuerdan ni el nombre completo de su papá ni el de su mamá”.

Después de la entrega de la documentación y breve charla, el contratista me pidió la cantidad de \$300 para el papeleo y para los gastos que se originaran en la contratación. Posteriormente me dijo que fuera preparándome físicamente porque el trabajo en EE. UU. era pesado y cansado. Asimismo, que estuviera al pendiente de otras indicaciones.

Valoré las sugerencias del contratista respecto a mi preparación física, consideré oportuno emplearme por unos días en el trabajo agrícola con el propósito de conseguir una condición que me permitiera aguantar las prolongadas jornadas laborales en EE. UU. En Comachuén, durante los meses de mayo a junio, los campesinos realizan la escarda en sus milpas así que me entrené con ellos por unos días. Debo señalar que de niño y de adolescente llegué a emplearme de manera esporádica en el trabajo agrícola y en la carpintería. Como adulto me dediqué principalmente a cursar mis estudios de nivel superior y de posgrado. Tenía que volver a sentir la dureza del trabajo agrícola y una buena prueba era la escarda, que consiste en cortar zacate con un azadón, lo que implica trabajar de sol a sol todo el tiempo agachado. Ese trabajo de entrenamiento lo realicé por cinco días antes de la partida a EE. UU.

El jueves 2 de julio de 2015 el contratista volvió a citarme a su domicilio para darme otras indicaciones —al igual que en la segunda ocasión—, me pasó a la sala de su casa. Observé que en su escritorio tenía un número significativo de pasaportes, documentos y varias listas en las que iba subrayando a las personas que iba atendiendo. Después me dijo que me había citado porque mi salida a EE. UU. estaba programada

Parte I. Estrategia metodológica

para el día 7 de julio a las 12:00 p. m.; me avisaba para que organizara las cosas que me llevaría y para que estuviera puntual a la hora de la partida ya que el objetivo era llegar con tiempo al hotel donde íbamos a hospedarnos durante varios días en la ciudad de Matamoros. También me solicitó la cantidad de \$1,200 para cubrir los gastos del transporte, de Comachuén a Matamoros. Luego me dijo que me llevara entre 200 a 300 dólares para cubrir el pago de la visa y \$5,000 para costear el pago del hotel, de los viáticos y demás gastos que se originaran durante los días del trámite de la visa. Me pidió que volviera a su casa a los dos días porque me iba a dar las últimas instrucciones.

Para entonces ya habían partido ochenta personas con destino a Elba, NY, sólo faltaba el grupo del cual yo formaba parte. Sinceramente no lograba asimilarlo todo, no podía creer que estaba a punto de migrar, me sentía nervioso porque iba a ser mi primera experiencia como migrante y una cosa era estudiar a los migrantes y otra vivir su realidad.

El sábado 4 de julio volví a la casa del contratista para recibir las últimas instrucciones. En p'urhé me dijo: “*niuakari sani kualaparhani* (vas a ir a quebrarte un poco la espalda)”, yo le dije pues sí, dicen que es difícil. El contratista me contestó lo siguiente: “no es pesado si estás acostumbrado a trabajar, al menos, yo así lo veo. Además, los del pepino ya se adelantaron el lunes pasado, (supuestamente la pizca de pepino era el trabajo más arduo), no te preocupes, el asunto es echarle ganas”. Después de la breve conversación me dio dos hojas de media cuartilla, me pidió que las revisara y que pusiera mi nombre y firma. Se retiró unos metros para que yo lo hiciera con calma y sin presión. En esas dos hojas se establecía un acuerdo en el que yo como trabajador me comprometía a obedecer, a desempeñarme y a comportarme de la mejor manera en el trabajo durante mi estancia en EE. UU. Asimismo, aceptaba que los empleadores y el contratista no se hacían responsables sobre cualquier acción indebida de mi parte. Al final de la carta compromiso aparecían dos nombres, el del empleador y el del contratista. Cuando terminé de leer los dos documentos puse mi nombre y firma y se los entregué, después me entregó una de esas hojas, el pasaporte y dos copias de mis documentos personales que le había dado con anterioridad. Lo último

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

que me dijo fue: “pues te previenes para el martes, yo me voy el lunes, pero los espero allá en Matamoros en donde harán los trámites, allí les voy a dar más instrucciones y sería todo, a echarle ganas”.

Con la entrega del pasaporte y la firma de la carta compromiso se formalizaba la primera etapa de la contratación. La segunda fase correspondía a la gestión y aprobación de la visa H2-A. En la medida en que se acercaba el día de mi partida me sentía más inquieto, no tanto por las ansias de migrar sino porque esperaba obtener la aprobación de la visa. La contratación oficial de la primera etapa no garantizaba mi pase directo a EE. UU., tenía que obtener necesariamente la aprobación de la visa y ese asunto dependía exclusivamente de la valoración que hicieran las autoridades estadounidenses en el Consulado.

Independientemente de lo que fuera a suceder en la gestión de la visa H2-A tuve que reunir y organizar las cosas que me llevaría a EE. UU. Primero me aseguré de tener listo el pasaporte, la credencial de elector y el suficiente dinero en dólares y en moneda nacional para cubrir el pago del hotel, los viáticos y el pago de la visa. Segundo, compré ropa: un par de botas de trabajo, medicamentos (analgésicos) para el dolor muscular, para el resfriado, para la diarrea y una crema para la alergia de la piel. Tercero, me llevé dos libretas para registrar mis notas de campo, dos bolígrafos, mi laptop y una cámara fotográfica. Debo señalar que al momento de hacer las maletas antes de la partida a EE. UU., desconocía el tipo de prendas que tenía que llevar para el trabajo, el tipo de calzado e, incluso, qué era lo que podía pasar por la aduana fronteriza. Recurrí a algunos trabajadores de confianza para que me orientaran sobre lo que podía y tenía que llevar. Ellos fueron los que me recomendaron que llevara pastillas y ropa ligera debido a que, en los meses de julio, agosto y septiembre, el clima era muy caluroso en Elba, NY. Después de reunir y organizar todas las cosas sólo esperé el día y la hora de mi partida hacia EE. UU.

PARTE II

PRAXIS DE UN TRABAJADOR AGRÍCOLA MIGRANTE

*Julio: inicio de la travesía partiendo de Comachuén hacia Matamoros
martes 7*

Este día inició mi travesía como trabajador agrícola migrante. La salida de Comachuén hacia la ciudad de Matamoros estaba programada a las 12:00 p. m. en una de las entradas del pueblo. Por la mañana empaqué en una maleta grande y en una mochila lo que iba a llevarme a EE. UU. En la maleta llevaba la ropa, suéteres, playeras y pantalones, calzado —un par de tenis y un par de botas de trabajo—, también víveres como botellas de agua, fruta, pan y galletas que iba a consumir durante el trayecto del viaje. En la mochila llevaba mis documentos personales, dos libretas, bolígrafos, una laptop, una cámara fotográfica y los medicamentos.

Por la mañana, tenía una sensación muy rara, me daba tristeza dejar a mi familia y mi terruño, pero a la vez me daba alegría por vivir la experiencia como migrante. Recuerdo que el día de mi salida a la hora del desayuno mi esposa me había preparado un rico atole de arroz, pero yo no tenía ni apetito porque estaba nervioso; obviamente mi esposa se percató de ello. Me tomé el atole y platicué con mi esposa sobre asuntos que no tenían nada que ver con mi despedida, lo hacía para que no se preocupara, aunque eso era imposible, su rostro reflejaba tristeza en la medida que se acercaba la hora de mi partida.

El resto del día traté de concentrarme y de actuar como si fuera un día normal. Una hora antes de la partida fui a despedirme de mis familiares: suegros, cuñados, primos y tíos. Varios de ellos no entendían por qué migraba, sabían que estaba estudiando un posgrado, estaban

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

desconcertados y atónitos. No les di más detalles, me desearon suerte y que me cuidara. A mi esposa le di las últimas indicaciones sobre lo que haría durante mi ausencia y le pedí que no se preocupara porque yo iba a cuidarme bien y que pronto iba pasar la temporada laboral. Desde luego la noté muy triste, lloró por momentos, mi hija de seis años también y la más pequeña, de dos años, aún no lograba percibir lo que estaba pasando. Al ver sus rostros tristes sentí y comprendí cómo es esa etapa de la despedida del migrante porque muchas veces se piensa que el que sufre es únicamente el que se va, pero no, también sufren los que se quedan y eso lo constaté ese día.

A las 11:50 a. m., con equipaje en mano, acudí con mi esposa al lugar de la salida de la comunidad. Cuando llegué vi dos autobuses, había alrededor de ochenta personas esperando la partida de los migrantes temporales, entre ellos hijos, sobrinos, tíos, hermanos, esposas y padres. Yo me sentía extraño porque todos no paraban de mirarme con cierta suspicacia, estaban sorprendidos de ver a un estudiante migrar. Algunos ya me catalogaban como profesionalista, por lo tanto, era un caso especial y para muchos en la comunidad esto era una novedad. Mi esposa se percató y me preguntó ¿cómo te sientes?, chistoso, le contesté, porque todos no paran de mirarme. Lo único que me dijo fue: “quizás porque eres nuevo, pero no te preocupes, todo va a salir bien”. A las 12:00 p. m. uno de los hijos del contratista dio la instrucción de subir las maletas al autobús y tomar nuestro asiento. Tuve que despedirme de mi esposa y seguir las instrucciones. Lo mismo hacían los demás contratados purhépecha. En ese instante noté que para algunos la despedida era algo normal, en el sentido de que se había vuelto una costumbre, pero para los nuevos era algo atípico (véase foto 1).

A las 12:10 p. m. subió al autobús el hijo del contratista y pasó lista para verificar que todos estuviéramos en el camión, faltaban cinco personas por llegar y tuvimos que esperarlos; entre ellos estaban el mentado Mosquito y el Pingüino. Debo señalar que a los contratados viejos¹ no se les notaba tristeza durante la partida, al menos, eso era lo que yo

¹ Contratados purhépecha con experiencia migratoria.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

percibía. De hecho, el reencuentro entre los migrantes temporales se hacía familiar e inmediatamente se saludaban de palabra (en *p'urhe*) o con la mano, excepto los nuevos². Otros se hacían burlas o se reían sobre algún chiste o *carrilla*; también percibí que la mayoría se dirigía más por su apodo que por su nombre. Algunos iban callados y otros pensativos. Los nuevos se notaban nerviosos, como yo; de hecho, los demás los veían diferente, en particular a mí como un *extraño*³, tal vez porque aún no me aceptaban como migrante. Ante esto tuve que entender y comprender que tenía que ganarme su confianza, comportarme como cualquier otro trabajador agrícola, no como un estudiante ni mucho menos como un investigador.



Foto 1. Niraxatisí norti: despedida de los trabajadores agrícolas purhépecha.
Comachuén, Michoacán, julio de 2015

² Trabajadores que migraban por primera vez como contratados.

³ Me refiero a que no me veían o no me aceptaban como parte de su grupo.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

Otra cosa que me sorprendió fue que en el autobús no iban exclusivamente migrantes temporales de Comachuén, también iban catorce personas de la comunidad indígena de Pichátaro y dos de la comunidad indígena de Arantepacua. Lo que me llamó la atención fue que estaban familiarizados con los contratados viejos, se saludaban de mano, se hablaban por su apodo e incluso algunos compartieron asientos. También pude ver que entre los trabajadores agrícolas iban creándose lazos de amistad y de solidaridad, pero eso tendría que comprobarlo durante todo el proceso migratorio.

El camión partió a las 12:15 p. m., en él íbamos cuarenta personas. De Comachuén viajamos hasta la cabecera municipal de Cherán donde hicimos la primera escala para cambiarnos a otro autobús que estaba en mejores condiciones. La segunda escala fue en la ciudad de La Piedad, Michoacán, como a eso de las 4:30 p. m., ahí nos dieron una hora para comer. Después realizamos la tercera escala en el estado de San Luis Potosí a las 10:35 p. m., nos dieron una hora para cenar. Continuamos viajando durante toda la noche y la mañana siguiente.

*El trámite de la visa H2-A
miércoles 8*

Alrededor de las 5:30 a. m. agentes federales de migración detuvieron al camión, revisaron los pasaportes de cada uno de los que íbamos en el autobús. Para cerciorarse de la validez de los pasaportes llevaban un aparato parecido al detector de billetes falsos, afortunadamente nadie salió afectado y continuamos con el viaje.

Cerca de las 7:45 a. m. nos detuvo nuevamente la policía federal, al igual que los agentes de migración, revisaron los pasaportes y bajaron del autobús, pero a los dos minutos volvió a subir un policía quien se dirigió directamente al último asiento, yo estaba en el penúltimo. Al joven que iba en ese asiento lo interrogó: ¿adónde vas?, ¿a qué vas?, ¿en qué vas a trabajar?, ¿quién los lleva? El propósito era intimidarlo. El joven ya tenía experiencia como migrante temporal, pero era la primera vez que

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

iba a NY, así que trató de no ponerse nervioso y contestar las preguntas del federal; fue al único al que interrogó. Nunca supimos cuáles eran las intenciones de ese interrogatorio, pero estuvimos nerviosos por el temor al pago de una cuota o a que nos detuvieran y no nos dejaran seguir con nuestro viaje. En la pregunta de ¿quién los lleva? nunca mencionó al contratista, sólo dijo “el patrón me solicitó, por eso voy para EE. UU.”. Esa respuesta fue clave porque si no probablemente nos hubieran detenido para investigar al intermediario.

En la medida en que avanzábamos y con lo que nos iba sucediendo yo me ponía cada vez más nervioso porque llevaba mi laptop y temía que se me cuestionara para qué la llevaba si iba a trabajar al campo. Traté de tranquilizarme esperando que todo saliera bien. Otra vez como a las 8:05 a. m. nos volvieron a parar, cerca de Matamoros, en esta ocasión fue el ejército mexicano, la revisión no era únicamente para nosotros sino para todos los que pasaban por ese tramo carretero. La revisión se demoró porque nos pidieron que bajáramos todos del autobús con nuestras maletas porque también iban a revisar el camión. Conforme bajábamos del autobús los del ejército colocaron las maletas en una mesa, las recogimos, luego nos formaron y pasaron a una caseta en la que nos revisaron con un aparato; afortunadamente nadie tuvo problemas y pudimos continuar el viaje.

A las 11:20 a. m. llegamos a la ciudad de Matamoros. El autobús nos dejó en el hotel Venecia (véase foto 2) en donde nos esperaba el contratista junto con otras personas del hotel que se encargaban de organizar el papeleo de la visa. Ahí se hospedaban otros migrantes temporales de Comachuén que habían salido desde el lunes. Al grupo del que yo formaba parte nos dividieron en varios grupos más pequeños para hospedarnos en algunas habitaciones del hotel, pero otras seis personas y yo no alcanzamos lugar. El contratista nos llevó a otro hotel, Los Lirios, que estaba junto al hotel Chalet; en ambos hoteles se hospedaban 80 personas de Comachuén. El primer día me tocó quedarme en el Chalet y el segundo día en Los Lirios. A simple vista parecían ser hoteles como cualquier otro, pero no lo eran, las personas que trabajaban en ellos, incluso me atrevo a decir que el dueño o los dueños de los hoteles, estaban

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

involucrados en la migración por contrato. En realidad, eran hoteles de paso y resguardaban la integridad de los trabajadores agrícolas, no dejaban, por nuestra seguridad, que nos alejáramos del hotel si salíamos a la calle. Nos daban tres comidas sencillas al día y parte del personal se encargaba del papeleo y de conseguir el transporte (taxis) para los movimientos que tuvimos que realizar durante tres días.



Foto 2. Hacia el Hotel Venecia.
Matamoros, Tamaulipas, julio de 2015

Ese primer día en la ciudad de Matamoros, en una de las oficinas del hotel Venecia, el contratista junto con personal del hotel nos reunió para darnos indicaciones sobre el procedimiento para tramitar la visa H2-A. Nos solicitaron la cantidad de 190 dólares para el pago de la visa, luego nos entregaron una carpeta con una copia de la certificación laboral avalada por el Departamento de Trabajo de los EE. UU., una copia del pasaporte, una copia de la credencial de elector y una guía de preguntas.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

La guía era precisamente ese documento que el contratista había realizado en la primera etapa del contrato y de la que me había dicho que nos sería entregada después.

La guía contenía siete preguntas: 1) ¿Lugar dónde sacó el pasaporte?; 2) ¿Lugar, nombre y año de escolaridad?; 3) ¿Nombre de los padres, lugar y fecha de su nacimiento?; 4) ¿Nombre de la esposa, lugar y fecha de su nacimiento?; 5) ¿Lugar dónde prestó el servicio militar?; 6) ¿Nombre y dirección donde está trabajando?; 7) ¿Tiene familiares en los EE. UU.? En esa guía aparecían las respuestas que cada contratado le había dado anteriormente. A todos nos pidieron que nos aprendiéramos de memoria las respuestas porque iban a hacernos esas preguntas en una oficina donde más tarde se nos tramitaría un documento.

En Matamoros me hospedé con otras seis personas en el hotel Chale, donde había 30 purhépecha de Comachuén. Cuando nos dirigimos a la habitación que nos habían asignado, un contratado viejo le preguntó a uno de los que iba conmigo de nombre Juan, más conocido como Pully, en p'urhe: “*inde ambe uni juraxaki ixoxi, ixoxi amu lápiz jupiquecha uetalinaxaki* (él para qué viene por acá, por aquí no se están necesitando los que utilizan lápiz o estudiantes)”. En un tono de broma Juan le contestó en el mismo idioma: “*inde juraxatí ixoxi, jamp'eri k'amaraka vacacionicha* (él está viniendo por acá en lo que terminan las vacaciones)”, entonces el contratado viejo le dijo en voz baja, “*inde amu oh ixoxi, arhí escka eratsintaka, sesku kuanhatsintati* (él no va a poder por acá, dile que lo piense, al mero alcanza a regresarse)” y Juan le contestó lo siguiente: “*haberu na jamachká* (a ver cómo le hace pues)”.

En ese momento me sentí nervioso y apenado porque no sólo me veían como un extraño sino también diferente y no esperaban que un estudiante, cómo me catalogaban, pudiera sobrevivir al trabajo agrícola en EE. UU. Además de esa persona que le hizo preguntas a Juan, veía cómo otros contratados viejos estaban sorprendidos al verme migrar con ellos. Insisto, me veían como un extraño⁴ y eso lo viví desde que salimos

⁴ Los primeros días y semanas seguían viéndome como un extraño, fue con el paso del tiempo que me fueron aceptando como parte de su comunidad. Trataba de convivir y establecer pláticas informales con ellos para ganarme la confianza; luego, logré tener muchas amistades.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

de Comachuén, en Matamoros, y después en EE. UU. Luego de ese incidente, Juan, para darme ánimos me dijo, “tranquilo, no te preocupes, sí la vas a librar, ellos —los viejos— dicen eso para espantar a los nuevos”. Traté de centrarme y de no preocuparme y me dije: “tengo que salir adelante, ya estoy en esto”.

En el desayuno me tocó sentarme al lado del contratista quien me preguntó cómo había sentido el viaje. Le dije que había sido cansado, él me contestó: “mil veces contratado que de *mojado*, yo de *mojado* no me vendría por nada, ni porque me dijeran que me cargarían todo el camino, es mejor contratado, además ahorita sale muy caro para que te pasen de *ilegal*”. Otro compañero que estaba a mi lado le dijo: “Tío, dicen que cobran como 5,000 dólares”, el contratista respondió “más, a mí me han dicho que hasta 7,000 dólares”. Mientras desayunábamos el contratista iba saludando a todos los que habíamos llegado ese día, ese gesto era parte de las acciones que realizaba para ganarse la amistad, la confianza y el respeto de los trabajadores agrícolas. Los contratados viejos estaban familiarizados con él, los nuevos poco a poco íbamos adquiriendo su confianza y respeto.

Al concluir el desayuno nos pidieron que esperáramos afuera del hotel porque iban a pasar unos taxis para llevarnos al domicilio de la entrevista. En efecto, a las 2:20 p. m. nos trasladamos a un Despacho Jurídico Integral de nombre Pérez Garza, ahí había diez personas atendiendo en cuatro oficinas. Nos dieron un formato que decía: “Información del solicitante de visa de trabajo”. Tuvimos que rellenar el formato con los datos que se nos solicitaban. Posteriormente nos pasaron de manera individual a una oficina, el licenciado que nos atendió nos pidió el pasaporte y la credencial de elector. En su computadora ingresó en el sitio web del Departamento de Estado de los EE. UU. la información que iba tomando del pasaporte y de la credencial de elector, lo registraba en el formulario DS-160⁵ conocido también como solicitud inteligente. El objetivo de ese

Me consideraron y me aceptaron como parte de su grupo porque al igual que ellos, viví en carne propia lo que implicaba trabajar como trabajador agrícola en los EE. UU..

⁵ Véase: <https://mx.usembassy.gov/es/embassy-consulates-es/nogales-es/visas/solicitud-inteligente-ds-160/>

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

registro era obtener una cita que nos permitiera realizar el trámite de la visa H2-A.

Cuando me tocó el turno de pasar a una de las oficinas, el licenciado que me atendió preguntó los nombres de mi papá, de mi mamá y de mi esposa, sus fechas de nacimiento, mi grado de estudios, el domicilio, y a qué me dedicaba. Las preguntas eran precisamente las mismas que contenía la guía que nos había dado el contratista, por lo tanto, era importante responder de manera correcta. Cuando terminó de llenar los datos, imprimió un documento que yo tendría que entregar en otro lugar, me pidió que pasara a la sala de recepción del despacho para pagar la cantidad de \$100. Luego, esperamos el taxi para retornar al hotel.

Una encargada del hotel pasó por la tarde a la habitación a pedirnos la carpeta que nos habían entregado por la mañana en el hotel Venecia. Nos dijo que más tarde pasáramos a recogerla porque nos iban a dar indicaciones sobre lo que haríamos el siguiente día.

A las 7:00 p. m. acudimos a cenar al comedor del hotel Los Lirios. En el comedor, los migrantes purhépecha se saludaban, yo me sentía nervioso porque todos me miraban y era el único nuevo, así que en cuanto terminé de cenar regresé a mi habitación para descansar y escribir mis notas y diario de campo. Cerca de las 7:40 p. m., la recepcionista me dijo que acudiera a Los Lirios y que pasara con el contador al fondo del hotel. El contador tenía varias carpetas con distintos documentos, entre ellos mi expediente. Lo primero que me pidió fue el pago del hospedaje del hotel, \$1,800, luego revisó el documento que me entregaron en el Despacho Jurídico, vio que coincidiera el número de pasaporte. Después me dijo: “mañana hay que estar listo a las 5:00 a. m. afuera del hotel porque tienen que pasar a las huellas”. Esas fueron las indicaciones, no especificó detalles, ni de lo que podía o no podía llevar a ese lugar; al parecer daba por hecho que yo conocía el procedimiento que seguía en la gestión de la visa. Lo que me llamó la atención en su oficina fue la información que tenía en unos documentos que estaban en su escritorio sobre la llegada de trabajadores agrícolas temporales de otros estados del país, los lugares de destino, y las compañías a las cuales iban a emplearse, sin duda no éramos los únicos que pasábamos por ese hotel.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

La cita para la toma de huellas dactilares

jueves 9

Nos levantamos a las 4:40 a. m. para prepararnos, asearnos y poner en orden los documentos que llevaríamos a unas oficinas en donde se nos tomarían las huellas. Para los contratados viejos era algo normal y lo veían como parte del proceso del trámite. Yo como nuevo no tenía muy claro qué era lo que íbamos a hacer, incluso pensaba llevar mi cámara fotográfica, pero uno de los migrantes temporales me dijo seriamente: “no lleses eso, sólo los papeles que nos piden porque no te van a dejar pasar los de seguridad en las oficinas si llevas otras cosas que no están permitidas”. Obedecí y no me arriesgué a llevar mi cámara fotográfica; de hecho, me dijo que no llevara ni el cinto, llaves o aretes si usaba.

Las seis personas de la habitación nos presentamos a la hora programada en Los Lirios, ahí estaban los que habían salido desde el lunes de Comachuén; ellos pasaron por las huellas un día antes así que les tocaba ir a la entrevista al Consulado estadounidense, entendí que nosotros íbamos a otras oficinas. En el hotel estábamos reunidos más de 80 personas. En la sala de espera del hotel recibimos indicaciones del contador y del contratista sobre lo que haríamos respecto al trámite de la visa H2-A.

A las 5:15 a. m. el contador fue organizando y sacando grupos de cinco personas del hotel para que los trasladaran en unos taxis al Consulado, la mayoría de ellos eran huéspedes de Los Lirios y del Chalet. Los que formábamos parte del grupo, tuvimos que esperar hasta que acudieran todos los contratados que les tocaba ir al Consulado; según el contador era importante que llegaran a tiempo para que pudieran recibir la visa ese mismo día.

El grupo de trabajadores agrícolas que teníamos que ir a las huellas salimos del hotel a las 5:50 a. m., nos llevaron al Centro de Atención a Solicitantes (CAS)⁶, una institución que pertenece al Departamento de

⁶ Véase: <https://ais.usvisa-info.com/es-mx/niv/information/asc>

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Estado de los EE. UU. Los solicitantes de visa debíamos ir primero al CAS porque en ese lugar se recababa la información biométrica que incluía huellas dactilares y fotografías digitales y ya después acudiríamos a la cita para la visa al Consulado.

Cuando llegamos al CAS, a las 6:20 a. m., había alrededor de 30 personas haciendo fila y esperando a que abrieran las oficinas. Nos incorporamos a la fila y a los quince minutos llegaron los que se hospedaban en el hotel Venecia. A las 7:30 a. m. abrieron las oficinas y dos personas de seguridad nos formaron en varias filas, para esa hora ya había más de 100 personas esperando su turno. Desde luego no únicamente los que íbamos a la compañía Torrey Farms Inc., sino también otros que iban a otras compañías. En la fila alcancé a escuchar una plática entre dos personas que iban al trabajo del camarón, parecían ser costeños por el físico y por el acento de su habla y otros que se encontraban cerca decían que iban a la *yarda*⁷ que consistía en realizar el trabajo de jardinería o el corte de césped.

Nos tocó entrar a las oficinas del CAS a las 8:20 a. m., pasábamos en grupos de cinco personas; nos antecedía una persona quien llevaba los pasaportes y las hojas del despacho jurídico. Una secretaria recibía los documentos y verificaba la información sobre cada persona. Posteriormente un guardia de seguridad nos realizó una revisión minuciosa para que no lleváramos cosas prohibidas como celulares, aparatos electrónicos, mochilas, cintos, aretes, llaves, etcétera. Después nos pasaron a las ventanillas en donde nos tomaron una fotografía de rostro, una toma biométrica y una toma de huellas dactilares de los dedos de las dos manos.

Al terminar con el trámite en el CAS regresamos al hotel en donde estuvimos todo el día. Las pláticas que sostenían los migrantes temporales en las habitaciones versaban sobre el trabajo en EE. UU. y la aprobación de la visa, pero en especial sobre las comidas del hotel, la mayoría se quejaba de la calidad de las comidas. En efecto, las tres comidas que brindaba el hotel no eran de muy buena calidad. La molestia de los

⁷ Término que comúnmente utilizan de manera coloquial los latinos y migrantes temporales para referirse al trabajo de la jardinería, que consiste en podar árboles, regar plantas, aplicar fertilizantes y cortar el césped.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

contratados giraba en torno al pago que realizaban por las dos noches de hospedaje y por las tres comidas. No estaban de acuerdo con el hospedaje porque se compartía con varias personas, además las comidas no estaban bien preparadas, algunos llegaron a enfermarse del estómago. Lo que no alcanzaban a percibir los purhépecha era que el servicio del hotel y las comidas de mala calidad que ofrecían eran parte de las ganancias que obtenían los dueños. En los dos días que llevaba comiendo en el comedor del hotel a mí me tocó encontrar dos piedritas en los frijoles, pero no se lo dije a nadie.

Por la tarde, cerca de las 4:30 p. m., a las seis personas que estábamos hospedados en el Chalet nos cambiaron a Los Lirios. En la entrada del hotel nos pidieron que esperáramos hasta que desalojaran los que iban a partir hacia EE. UU. En cuanto desocupaban sus habitaciones pasaban directamente a la oficina del contador para que les entregaran su visa y pasaporte. Observé que todos pasaron excepto uno al que no se le había aprobado la visa, desde luego estaba triste y preocupado. Mientras que los demás se veían satisfechos y contentos porque su pase a EE. UU. estaba asegurado. En ese momento me percaté sobre la importancia y la satisfacción que le brindaba a un migrante temporal obtener la aprobación de la visa H2-A.

Antes de partir hacia EE. UU., varios contratados se acercaron a la persona que no obtuvo la aprobación de la visa para preguntarle el motivo por el cual se le había negado. Él les decía que las autoridades del Consulado le habían dicho que tenía que regresar en un mes para ver si podía tener la aprobación de la visa. Por su parte, el contratista les pidió a los migrantes temporales que cooperaran económicamente con lo que fuera su voluntad para que el trabajador pudiera retornar al terruño, la mayoría le dio entre \$20, \$50 y hasta \$100, no pude conocer la cantidad que se logró juntar, pero con lo que recibió le alcanzó para regresar esa misma tarde a Comachuén. Dicho contratado estaba desolado, no creía lo que le estaba pasando, estaba desconcertado porque anteriormente ya había migrado de manera contratada y nunca se le había negado la visa, aunque él sabía que con su antecedente migratorio como indocumentado estaba expuesto a que algún día fuera rechazado y ese día llegó.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

La entrevista en el Consulado estadounidense
viernes 10

Tuvimos que despertarnos a las 4:40 a. m. para acudir al Consulado estadounidense. Un taxi llegó al hotel por nosotros y nos llevó directamente al Consulado a donde llegamos a las 5:35 a. m. Tanto a los de Los Lirios como los del Venecia nos formamos en una fila. En el Consulado ya esperaban turno alrededor de 100 personas. El taxista que nos llevó reunió a todos los que íbamos a la compañía Torrey Farms Inc. y nos organizó en grupos de cinco personas; al primero de los cinco le dio una lista de acuerdo a los nombres y de esa manera fue como nos pasaron al Consulado. Empezaron a atender hasta las 7:30 a. m. En Matamoros algunos taxistas que trabajan para los hoteles están involucrados directamente en la migración por contrato y tienen conocimientos sobre el procedimiento que deben realizar los migrantes temporales para obtener su visa H2.

Antes de que nos atendieran en el Consulado un asistente de la institución nos dio un pequeño folleto para que conociéramos nuestros derechos como migrantes legales; noté que la mayoría lo revisó someramente, no hicieron una revisión minuciosa, quizás porque cada que iban a EE. UU. les daban uno, o tal vez porque no era de su incumbencia, es decir, sabían que no era posible recurrir a lo que se indicaba en el folleto debido a las represalias que pudieran tener en su recontractación.

En el Consulado nos atendieron muy rápido. Antes de entrar a las oficinas nos hicieron una revisión minuciosa, luego pasamos a varias ventanillas en grupos de cinco tal y como nos programaron en la lista que nos había dado el taxista. Todos los que pasaban a las ventanillas se notaban nerviosos y debían de estarlo, hasta yo lo estaba, porque de la aprobación de la visa H2-A dependía el futuro de cada uno, ya fuera para avanzar al lugar de destino o para retornar al terruño.

Las personas que atendían en las ventanillas eran hombres y mujeres estadounidenses. Me tocó una persona (varón) como de sesenta años

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

con una computadora a su lado en donde verificaba los datos. Al primero de mi grupo que pasó le preguntó en qué iba a trabajar, dónde iba a trabajar, cuánto iba a ganar por hora y si había tenido problemas con la ley estadounidense. Cuando me tocó pasar a mí sólo me dijo que si había ido de manera indocumentada anteriormente a EE. UU., le contesté que no, me pidió que pusiera los dedos de mi mano izquierda para tomar mis huellas y me dijo que pasara a las 3:00 p. m. por mi visa. En ese instante sentí una gran emoción y felicidad porque estaba autorizado mi pase hacia EE. UU., lo mismo noté en los demás contratados purhépecha que recibieron la aprobación de la visa.

Al salir del Consulado nos recogieron los taxis y regresamos a los hoteles. Supuestamente iríamos al Consulado a la hora programada para recoger la visa, pero no fue así, el contador del hotel no nos dio instrucciones para regresar al Consulado por la visa. La recepcionista del hotel sólo nos dijo que nos llamaría a cierta hora para darnos algunas indicaciones. En efecto, a las 4:30 p. m. nos citaron a la oficina del contador quien nos entregó personalmente la visa H2-A y el pasaporte, y también 140 dólares. Yo no entendía porque nos devolvía esa cantidad, luego nos explicó que cuando se aprobaba la visa se realizaba el reembolso, pero cuando no se aprobaba, no se regresaba nada.

El contador también nos aclaró que de los 190 dólares se habían descontado 50, por eso nos entregaba 140 dólares. Sobre el descuento dijo que estaba autorizado por el contratista, por lo tanto, no teníamos que cuestionarlo. No nos especificó porqué era dicha cantidad, sólo que era para cubrir los gastos que se habían generado en la gestión de la visa.

Del grupo de trabajadores agrícolas que formaba yo parte solamente una persona no pudo obtener la visa, pertenecía a la comunidad indígena de Pichátaro. Al igual que el contratado de Comachuén que había retornado el día anterior, él también tuvo que hacerlo ese mismo día. La mayoría nos solidarizamos con una cooperación voluntaria para que pudiera retornar a su terruño. A los que estábamos en Los Lirios nos tocó cooperar con la cantidad de \$100 por persona porque varios de los que se hospedaron en dicho hotel eran de Pichátaro, de ahí el monto de la cooperación. La gran mayoría de los que se hospedaron en el Venecia

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

eran de Comachuén, aproximadamente 34 personas, ellos cooperaron con la cantidad de \$50 cada uno. Todo lo que se logró juntar en la cooperación se le entregó al trabajador para que pudiera regresar a su pueblo. Ante la curiosidad de la desaprobación de su visa, varios le preguntaron su situación, él les comentó que sólo le habían dicho las autoridades del Consulado que regresara en quince días para que le dieran una respuesta. También mencionó que posiblemente la negación de la visa era porque tenía un antecedente como migrante indocumentado, aunque a la vez lo dudaba, porque un año antes no había tenido problemas en la aprobación de la visa; a pesar de su hipótesis se encontraba triste y decepcionado, sin la esperanza de recibir una respuesta favorable en los próximos quince días.

Al presenciar los dos casos logré comprender lo importante que era para los contratados purhépecha pasar las diferentes etapas de la gestión de la visa H2-A. Una cuestión que no resulta ser nada fácil porque es un proceso riguroso, desde el registro del formato para la solicitud de la visa, la prueba biométrica y la toma de huellas dactilares en el CAS, hasta la entrevista en el Consulado. Cabe señalar que en el Consulado el trabajador agrícola no debe dudar a la hora de contestar las preguntas en la entrevista porque si muestra inseguridad o miente es muy probable que le sea negada la visa a pesar de que haya sido autorizada por el Departamento de Estado de los EE. UU.

La entrevista en el Consulado suele ser la prueba más complicada para los contratados. No importa si se es nuevo o viejo debido a que siempre está presente el temor a la negación de la visa. En ocasiones no se entrega porque haya problemas con la información y con la documentación del solicitante sino por actos racistas, es decir, simplemente porque el entrevistador anglosajón notó inseguro o sospechoso al entrevistado.

La inseguridad de los purhépecha a la hora de contestar las preguntas en el Consulado no se debe a que quieran mentir sino más bien al temor a equivocarse. Eso le puede suceder a cualquier persona que esté solicitando algún tipo de visa, tenga o no un antecedente migratorio. Yo que iba por primera vez sentí esa inseguridad, incluso estaba muy nervioso porque en algún momento pensé que no me iban a aprobar la visa H2-A.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

El trámite del formulario se demoró debido a que había aproximadamente 100 personas esperando. Cuando tocó nuestro turno entregamos el pasaporte y la visa, luego nos llamaron de manera individual para tomarnos una fotografía de rostro y otra vez las huellas dactilares. A algunos les hicieron preguntas relacionadas sobre su antecedente migratorio y sobre el lugar de destino. El trámite del formulario fue el último filtro. Lo que observé durante el trámite del Formulario I-94, fue que cuando notaban a alguna persona sospechosa, un rostro parecido en la base de datos, o si dudaban de la información, pasaban a esa persona a una oficina para interrogarlo. En mi grupo no hubo problemas. Aunque debo señalar que sí estábamos nerviosos y preocupados a pesar de que ya contábamos con la visa H2-A.

En las oficinas de la estación fronteriza terminamos con el trámite del formulario hasta las 8:10 p. m., posteriormente, un oficial de la aduana revisó minuciosamente las maletas, luego nos pidió la tarjeta blanca, la visa y el pasaporte. Durante la revisión pensé que el oficial me iba a preguntar por qué llevaba una laptop y una cámara fotográfica si iba a trabajar al campo, al parecer no le dio mucha importancia y no me dijo nada. Al terminar la revisión, el oficial nos dio la autorización de pasar, caminamos como diez metros para salir de la estación y otros cien metros para llegar a la central de autobuses de Brownsville, TX. En la central cenamos y esperamos el camión que nos llevaría hasta Elba, NY (véase foto 4).

En la migración laboral regulada con visas H2-A la contratación del intermediario es una cosa y la aprobación de la visa, otra. En otras palabras, el ser contratado no significa ni garantiza que un trabajador pueda cruzar de manera legal hacia los EE. UU., además es una cuestión que no depende del intermediario ni del empleador sino de la valoración que realicen las autoridades estadounidenses en el Consulado y en la aduana fronteriza. La aprobación y la entrega de la visa es clave porque no únicamente está en juego el pase a EE. UU. sino también la inversión económica y el futuro laboral del migrante.

A las 11:30 p. m. comenzó el viaje de la central de autobuses de Brownsville, TX, con destino final, Elba, NY. El autobús no era muy

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

cómodo, pertenecía a la línea Greyhound. Nos subimos, tomamos asiento y comenzó el viaje. El primer conductor del camión era bilingüe, hablaba español e inglés, su dominio del idioma español nos daba confianza para solicitarle que hiciera algunas paradas ya fuera para comer o para ir al sanitario. El recorrido fue muy largo y cansado, viajamos cientos de kilómetros, del sureste al noreste de los EE. UU.



Foto 4. En territorio estadounidense.
Brownsville, TX, julio de 2015

*El trayecto por el vasto estado de Texas
sábado 11*

En la mañana, como a la 1:30 a. m., hubo una revisión por parte de los agentes de migración estadounidense, aproximadamente a 60 kilómetros de Brownsville, TX. La inspección consistió en verificar el estado de los pasaportes y de las visas de todos los que íbamos en el camión.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

No hubo ningún problema en la supervisión porque todos contábamos con los pasaportes vigentes y con las visas autorizadas. Al finalizar, continuamos el viaje. La primera parada fue en una gasolinera a las 2:10 a. m., el chofer nos dio veinte minutos para pasar a los sanitarios y comprar algunos víveres.

La siguiente parada fue a las 4:15 a. m. en otra gasolinera, la mayoría únicamente bajó a los sanitarios, algunos se quedaron dormidos en el camión. La llegada a la central de San Antonio, TX, fue a las 5:00 a. m., ahí pasamos a los sanitarios y esperamos más de una hora para retomar el viaje; nos bajaron del camión porque se le hizo limpieza, cargaron combustible y cambiaron al primer conductor (véase foto 5). En esa escala me llamó mucho la atención el número de celulares que pusieron a recargar los migrantes temporales en las conexiones de la central de autobuses. Me quedé impresionado no porque todos contaran con un celular, sino por el uso que le daban durante el trayecto del viaje. Los celulares se utilizaban para escuchar música, para tomar fotografías, para conectarse a una señal de wifi cuando tenían la posibilidad de hacerlo, para navegar por internet, específicamente en Facebook. La mayoría utilizaba dicho sitio web para subir alguna fotografía, escribir comentarios o para comunicarse con amigos o familiares. Realizar ese tipo de acciones era algo normal para los contratados viejos, la mayoría contaba con experiencia migratoria y con buenos celulares. Los teléfonos no tenían cobertura para hacer llamadas telefónicas a México, por el cambio de país; sólo se pudiera navegar por internet y escuchar música por medio de auriculares.



Foto 5. La ruta de destino.
San Antonio, TX, julio de 2015

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

El viaje lo retomamos a las 6:20 a. m., el autobús lo conducía una mujer, era la segunda conductora, también hablaba inglés y español. Según ella nunca había conducido de San Antonio a Dallas, TX. La primera parada fue a las 11:30 a. m., a esa hora desayunamos en un restaurante de Subway. La siguiente parada fue hasta la central de autobuses de Dallas a la 1:00 p. m. Pasamos a los sanitarios y otros aprovecharon el tiempo para recargar el celular y navegar por internet.

A las 2:30 p. m. retomamos el viaje, hubo una demora en la central de autobuses porque tuvieron que cambiar un neumático que se había pinchado. También cambiaron de conductora, tomó el turno otra mujer, fue la tercera chofer del viaje; no hablaba español, sólo inglés. Afortunadamente en ese grupo iba un joven del estado de Jalisco que hablaba y entendía el idioma anglosajón; él y otras tres personas del mismo lugar se habían incorporado a nuestro grupo en la ciudad de Matamoros. Este joven sirvió como traductor entre los migrantes temporales y la conductora.

A las 5:20 p. m. paramos en una gasolinera todavía en el estado de TX. Cerca había varios restaurantes de comida rápida: Subway, Burger King y un McDonald's. Nos distribuimos en los tres lugares para comer, yo elegí Burger King, para después continuar con el viaje. La siguiente parada fue a las 9:00 p. m. en una gasolinera en el estado de Arkansas, ahí solamente pasamos a los sanitarios y compramos algunos viáticos. Luego continuamos hasta la central de Memphis, Tennessee, a las 11:26 p. m. Pasamos a los sanitarios y nuevamente algunos purhépecha recargaron sus celulares, compraron agua, refrescos, Sabritas, galletas, etcétera. En Memphis tuvimos que esperar a que nos asignaran al cuarto conductor, nos demoramos mucho tiempo porque le dieron mantenimiento al autobús y porque no llegaba el chofer designado.

*La llegada al destino final: Elba, Nueva York
domingo 12*

A la 1:30 a. m. salimos de la central de Memphis con destino a Nashville, Tennessee. El conductor era de pocas palabras pues no hablaba español.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Desde que salimos de Memphis el autobús no se detuvo hasta llegar a la central de autobuses de Nashville, a las 4:23 a. m. En esa central no nos bajamos porque a los diez minutos subió al camión la quinta conductora que tampoco hablaba español.

Nuestro próximo destino era Cincinnati, Kentucky. La primera parada la tuvimos en una gasolinera en el estado de Kentucky a las 7:12 a. m., pasamos a los sanitarios y compramos algunos víveres para el camino. No quisimos desayunar a esa hora porque aún era temprano así que continuamos con el recorrido hasta llegar a la central de autobuses de Cincinnati a las 10:20 a. m. Aprovechamos la parada únicamente para pasar a los sanitarios porque nos dieron sólo treinta minutos.

En ese lugar nos asignaron a la sexta conductora (no hablaba español) que nos llevó hasta Columbus, Ohio. Desde la central de Cincinnati no hicimos escala sino hasta la central de autobuses de Columbus a las 12:20 p. m. Como no habíamos desayunado, todos esperábamos hacerlo en la central, pero no fue posible porque no había servicio de comida rápida, posiblemente porque era domingo. Así que tuvimos que comprar galletas, Sabritas, jugos, refrescos y agua embotellada para calmar el hambre. Retomamos el viaje a la 1:35 p. m., nuestro siguiente destino era Búfalo, NY. La conductora era la misma; aparte de que no hablaba español no tenía buen carácter. Cerca de las 5:15 p. m. paramos en un McDonald's, en una de las salidas de Cleveland, donde aprovechamos para comer hamburguesas. Retomamos el viaje sin ninguna otra parada hasta llegar a la central de autobuses de la ciudad de Búfalo.

Llegamos a las 8:58 p. m. a la central de Búfalo y nos pidieron que bajáramos las maletas del autobús; era la primera vez que durante el viaje bajábamos nuestro equipaje, estábamos sorprendidos porque teníamos entendido que el camión nos iba a llevar hasta Elba, NY. Esperamos veinte minutos hasta que nos dieron la orden de volver a subir las maletas al camión. A la conductora se le notificó que tenía que continuar con el viaje, se notaba molesta y no sé si por el cansancio o porque no estaba de acuerdo con las instrucciones que le habían dado en la central; al parecer ella tenía entendido que su destino final era Búfalo. Sin embargo, tuvo que acatar la orden y continuar con el recorrido hasta

la ciudad de Batavia, NY. Se le complicó mucho llegar porque no conocía la ruta, eso la incomodó aún más. Incluso se desvió de la ruta pero no se atrevía a preguntarle a los migrantes purhépecha. Más adelante tuvo que detener el camión y preguntarles cómo podía llegar al lugar de destino. Los contratados viejos educadamente la guiaron por la ruta correcta que le permitió llegar a Batavia a donde llegamos a las 11:06 p. m.

El autobús que nos trasladó desde Brownsville, TX, paró cerca de una tienda de Walmart en Batavia. Ahí nos esperaban dos camiones de color amarillo, parecidos a los camiones escolares y en los que trasladan a los jornaleros agrícolas de Tangancícuaro, Michoacán. El primer camión lo conducía el contratista de Comachuén y el segundo un contratado viejo. En ese lugar también estaba una de las empleadoras de la compañía Torrey Farms Inc. En cuanto bajamos las maletas del autobús nos fueron distribuyendo entre los dos camiones, excepto a seis personas a quienes el contratista les solicitó que esperaran. Ellos se quedaron en un hotel de Batavia. Según la opinión de los migrantes temporales esas personas habían sido separadas porque iban a ser colocados en una de las cuadrillas que pizcaba calabacita.

Después de la distribución de los trabajadores nos llevaron directamente a Elba donde fuimos colocados en tres casas; nos distribuyeron de acuerdo al camión que tomamos en Batavia. A mí me tocó hospedarme con otras nueve personas en la segunda planta de una casa que estaba al lado de una estación de bomberos. El inmueble era de concreto y madera; en su interior contaba con varias literas distribuidas en dos cuartos y en la sala. A mí me tocó quedarme en la cama de arriba de una litera de la sala. La casa contaba con una pequeña cocina integral, un refrigerador, tres mesas, siete sillas, una televisión, una estufa, un horno de microondas, una licuadora, utensilios de cocina y un sanitario (véase foto 6).

Esa noche el contratista pasó a supervisar y a cerciorarse de que todos tuviéramos una cama para descansar y nos pidió que nos aprendiéramos la clave de la puerta de la entrada. Era una puerta de madera que tenía una chapa de seguridad que se abría a través del código 4589. Lo último que nos dijo fue: “descansen, mañana los van a acomodar en

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

diferentes lugares a todos, por el momento se van a quedar aquí”. Después del largo viaje me sentía muy cansado y estresado, nunca había viajado esa distancia en autobús ni tantas horas de trayecto. Los contratados viejos se veían más tranquilos o no hacían notar su cansancio, sin duda estaban acostumbrados al viaje. Desempacamos algunas cosas de las maletas y a dormir, eran a las 2:10 a. m. En resumen, el viaje de Brownsville, TX a Elba, NY tuvo una duración de alrededor de cincuenta horas incluyendo las escalas. Los estados que atravesamos fueron: Texas, Arkansas, Tennessee, Kentucky, Ohio y Pensilvania.

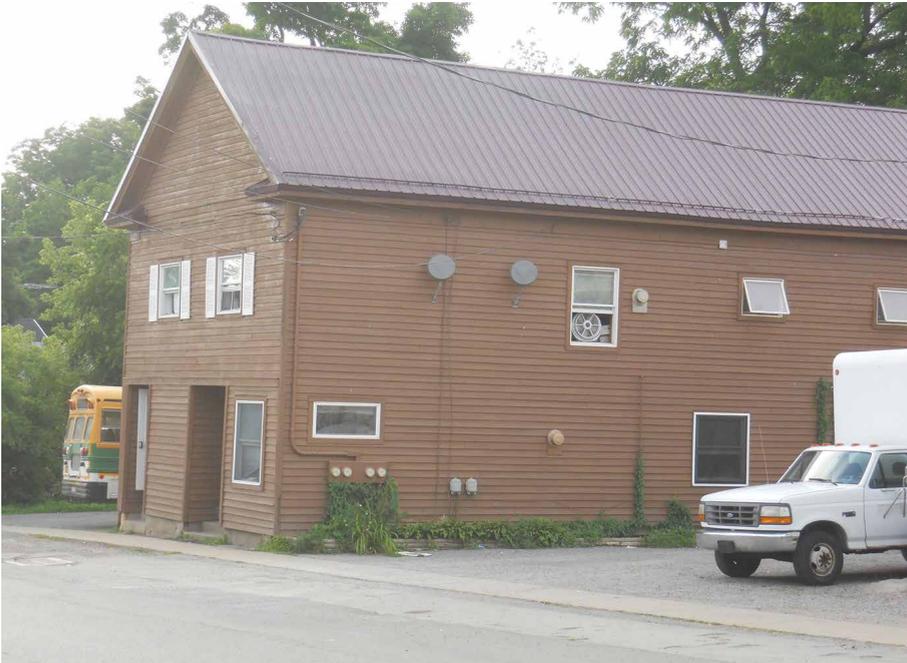


Foto 6. La casa de hospedaje en Elba.
Elba, NY, julio de 2015

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

Elba, Torrey Farms Inc. y el circuito migratorio de los contratados purhépecha

Para contextualizar voy a describir de manera sucinta el pueblo de Elba, la compañía empleadora Torrey Farms Inc., y el circuito migratorio que han seguido los contratados purhépecha de Comachuén durante los últimos años. Elba se ubica en el condado de Genesee, NY, colinda con las ciudades de Rochester, Batavia y Búfalo; se caracteriza por la cría de ganado, la producción de leche y principalmente por ser una comunidad agrícola. El pueblo también es conocido como la capital mundial de la cebolla. Cada año, el 8 de agosto se realiza el festival de la cebolla. Durante mi estancia no pude presenciar el desfile alegórico porque estaba pizcando pepino, aunque por la noche pude acudir a la feria.

El clima suele ser muy variable dependiendo de la temporada del año. Por ejemplo, de noviembre a marzo el clima es totalmente frío por la caída de nieve, de abril a junio es la temporada de lluvias, de julio a octubre hace mucho calor, aunque ocasionalmente suelen presentarse fuertes lluvias. Este ciclo del clima explica la producción agrícola de temporal, además de que las tierras en esa zona del país son muy fértiles. Esto justifica por qué los migrantes temporales son requeridos en ciertas temporadas del año ya sea para la plantación, la pizca o para el empaque de diferentes productos agrícolas.

Acerca de la infraestructura en Elba, cuenta con una escuela pública llamada Casa de los Lanceros, restaurantes, un gimnasio, una estación de servicio de combustible o gasolinera, un Departamento de Bomberos Voluntarios y un parque que cuenta con un área de juegos para niños, canchas de voleibol, tres campos de béisbol, cuatro canchas de tenis y dos canchas de básquetbol para diferentes actividades recreativas.

En lo que atañe a la cuestión religiosa existen varias Iglesias: la Iglesia Católica de San Padre Pío, la Primera Iglesia Presbiteriana, la Iglesia Metodista Unida, la Primera Iglesia Bautista, la Iglesia del Amor Fraternal, la Nueva Capilla del Pacto y la Comunidad de la Cruz. Con relación a su población, en el año 2014, contaba con 664 habitantes: 328 hombres

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

(45.9%) y 336 mujeres (50.5%). Según el censo de 2010, el 87.4 % está conformado por anglosajones, el 10.1% por hispanos, el 1.2% por dos o más etnias, el 1.0% por afroamericanos y el 0.3% por los indios americanos.⁸

La mayoría de las viviendas son de madera y tienen techos de *roofing*, regularmente las casas cuentan con un jardín y una cochera. En el pueblo es poco común ver a la gente caminar por las calles, por lo general se transita en vehículos particulares para ir al parque, al restaurante, al gimnasio, a la escuela, al trabajo, etcétera.

Muchos de los negocios en Elba están relacionados con la agricultura, de hecho, la producción agrícola es una de las principales fuentes de subsistencia para los lugareños. Los productos agrícolas son: cebolla, zanahoria, repollo, diferentes variedades de calabaza, pepino, papa, ejote, maíz, trigo, alfalfa y col, así como otros cultivos hortícolas que se distribuyen al interior del país y se exportan al extranjero. El pueblo también cuenta con varias granjas, empresas o compañías agrícolas, algunas con renombre nacional e internacional; entre las que destacan: Torrey Farms Inc., CY Farms Inc., Porter Farms CSA, Provitello Farms Inc., Triple G Farms y Lee Shuknecht & Sons, Inc.

La compañía Torrey Farms Inc. (véase foto 7) es una de las principales compañías productoras, no sólo produce en las tierras de cultivo en Elba sino también en otros pueblos aledaños como Barker, Stafford, Lyndonville, Clarendon y Canandaigua, entre otros. Con base en la información que nos proporciona la compañía⁹, los antecedentes históricos refieren que la familia Torrey dejó Inglaterra en 1626 por desacuerdos o discrepancias con la Iglesia y desde hace más de 300 años se ha dedicado a la producción agrícola en EE. UU. Primero se establecieron en Connecticut y lentamente se movieron al oeste en busca de mejores tierras. En 1803, John Torrey llegó a Betania, Condado de Genesee, NY. En el año de 1948 Elbert Torrey compró la granja Higley; en 1954 Charles, el hijo mayor de Elbert, trasladó la granja a Elba y más tarde, a mediados de la década de los 70, la compañía adquirió una

⁸ Véase: <http://www.city-data.com/city/Elba-New-York.html>

⁹ Véase: <http://www.torreyfarms.com/history.html>

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

empacadora y 146 acres¹⁰ de tierra, lo que incrementó la producción. Actualmente diez miembros de la familia participan activamente en las operaciones de cultivo.



Foto 7. Base de la compañía empleadora.
Elba, NY, julio de 2015

Los integrantes de la compañía Torrey Farms Inc. tienen el control en todos los aspectos del cultivo y la venta de sus productos, desde la semilla hasta la estantería, manejan todas las operaciones de siembra, cosecha, empaque, comercialización y transporte; todos los productos agrícolas que producen los envían al interior del país y al extranjero. Durante los últimos años han cultivado más de 12,000 acres en cinco condados en el oeste de NY. El manejo adecuado de las prácticas agrícolas y ambientales les ha permitido mantener seguridad productiva.

¹⁰ Un acre equivale a 4,046.94 metros cuadrados.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Con relación a su producción agrícola, regularmente practican la rotación de cultivos y controlan la calidad del suelo a través de un muestreo con el objeto de aplicar adecuadamente el agroquímico que se requiera. El uso de la tecnología del Sistema de Posicionamiento Global (GPS),¹¹ les ha proporcionado servicios fiables de posicionamiento, navegación y cronometría en cualquier condición atmosférica, de día o de noche. El cuidado de sus tierras y de los recursos les ha permitido producir hortalizas de alta calidad.

Torrey Farms Inc. se caracteriza por ser una organización familiar, los integrantes se encargan de las diferentes etapas de producción y venta del producto agrícola en el mercado. Por ejemplo, hay un grupo de colaboradores que se encarga de supervisar exclusivamente las operaciones del campo: siembra, plantación, fumigación, escarda, cosecha y las operaciones de empaque.¹² Otro grupo se encarga de las ventas, del marketing, del aspecto financiero, de los recursos humanos de la empresa, del mantenimiento, de la contratación de mano de obra y de su pago.

Durante mi estancia en Elba nos rotaban constantemente en los campos agrícolas y pude observar y conocer las vastas tierras de la compañía que se caracteriza por cultivar productos hortícolas, la crianza de abejas para la producción de miel y la reproducción de ganado vacuno lechero.

La migración de Comachuén a Elba data desde 2008; en ese año un grupo de 17 purhépecha acudieron por primera vez a la compañía Torrey Farms Inc. para emplearse en la cosecha del pepino, la calabaza y el repollo. A partir de entonces el número de trabajadores ha ido aumentando gradualmente, algunos contratados llegan a ir hasta dos veces en el mismo año. Actualmente acuden más de 300

¹¹ “El GPS se compone de tres elementos: los satélites en órbita alrededor de la Tierra, las estaciones terrestres de seguimiento y control y los receptores de propiedad de los usuarios. Desde el espacio los satélites del GPS transmiten señales que reciben e identifican los receptores, ellos a su vez proporcionan por separado sus coordenadas tridimensionales de latitud, longitud y altitud así como la hora local precisa”. Véase: <http://www.gps.gov/spanish.php>

¹² Véase: <http://www.torreyfarms.com/>; <http://torreyfarms.geneseeny.com/AboutUs.aspx>

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

comachuenses a trabajar en esta compañía en diferentes temporadas del año.

En la primera temporada, durante los meses de abril a junio, acude un grupo de aproximadamente 150 personas a la plantación de la cebolla. Al finalizar esta primera temporada retornan cerca de 80 personas al terruño, el resto se queda en la compañía mediante la extensión del permiso de la visa por cuatro meses más y son empleados durante ese tiempo en el corte de zacate, plantación y corte de cebolla que se realiza con tijeras.

A la segunda temporada, de julio a octubre, acuden alrededor de 200 migrantes purhépecha a la pizca de pepino, calabacita y diferentes variedades de calabaza: mini pumpkin, squash, kabocha y bellota, así como a la pizca de repollo; también se emplean en el empaque de calabacita, pepino y ejote. Al terminar esta temporada la mayoría regresa a Comachuén, excepto 40 personas a quienes se les amplía la visa por dos meses más, ellos retornan hasta diciembre. En esta temporada los trabajadores agrícolas se dedican a la pizca de repollo freezer, laboran con la caída de agua nieve.

A la tercera y última temporada del año que va de diciembre a julio acuden durante tres meses cerca de 25 personas al empaque de repollo, luego se emplean temporalmente en la plantación de la cebolla, en el corte de zacate y, finalmente, en la plantación de repollo. Cabe mencionar que los purhépecha que se emplean en dicha temporada son los que logran tener una estancia más prolongada en Elba.

En resumen, varios son los factores por los que los migrantes purhépecha de Comachuén han creado un circuito migratorio hacia Elba, entre ellos: la contratación, la seguridad y confianza que brinda el contratista local y por el pago que reciben por hora de trabajo. Algunos migrantes temporales suelen ir dos veces el mismo año pues el empleo suele ser estable, casi nunca están sin trabajar y se han adaptado a las condiciones laborales que la compañía empleadora exige.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

La firma del contrato de trabajo

lunes 13

El primer día en Elba, el señor Javier Cruz, encargado del grupo, pasó a la casa a decirnos que nos previniéramos porque a las 8:45 a. m. iríamos a las oficinas de la compañía a firmar algunos documentos del contrato de trabajo. A la hora señalada llegaron dos buses por nosotros, las oficinas estaban a cinco minutos de distancia de donde nos hospedábamos. Una vez ahí tuvimos que esperar más de treinta minutos a Molly una empleadora de la compañía. Cuando llegó a las instalaciones nos llevó a una bodega, puso varias carpetas sobre una mesa y comenzó a pasar lista, luego fue entregando un cheque a cada trabajador y pidió que le firmáramos de recibido. Posteriormente volvió a pasar lista y nos pidió que firmáramos en una hoja donde aparecían nuestros nombres y que le entregáramos el cheque que nos había dado previamente. Luego le entregó a cada trabajador un sobre blanco que contenía la cantidad de 121 dólares.

Según la patrona Molly¹³, el dinero que nos había entregado formaba parte del reembolso de los gastos que realizamos en la compra de viáticos que consumimos durante el viaje. Los contratados viejos decían que era la primera vez que se les entregaba el reembolso completo ya que anteriormente sólo se les entregaban 20 dólares y les daban un préstamo de 100 dólares que posteriormente se les descontaba.

Después llevaron a treinta personas a unas tiendas para que compraran los víveres que consumirían durante la semana. A mí y a otras ocho personas nos llevaron a la casa de hospedaje y nos pidieron que esperáramos hasta que regresaran los demás contratados purhépecha. Algunos aprovecharon para dormir un poco durante el tiempo de espera, otros se pusieron a ver películas en la televisión, yo aproveché ese momento para realizar mis notas de campo.

A las 2:20 p. m. regresamos a las oficinas de la compañía, nos pidieron nuestras visas, pasaportes y el Formulario I-94, que nos dieron en la

¹³ En la compañía había varios patrones, más adelante se irán mencionando a los demás. El término *patrón* se utilizará a lo largo del texto para señalar únicamente a los empleadores de Torrey Farms Inc.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

aduana fronteriza de Matamoros. Después tuvimos que llenar con nuestros datos siete formatos que formaban parte del contrato de trabajo, algunos estaban en inglés, otros en español y otros en ambos idiomas (véase foto 8). Las hojas de los formatos eran de color blanco, amarillo y verde, en cada una llenamos ciertos datos que nos iba indicando un ayudante bilingüe de la compañía que era mexicano residente en EE. UU.



Foto 8. Rellenar documentos del contrato de trabajo.
Elba, NY, julio de 2015

En la mayoría de las hojas registramos los datos personales, del pasaporte, del Formulario I-94 y firmamos. Ahí pude observar que los migrantes temporales no se tomaban la molestia de revisar a detalle los documentos que firmaban, solamente cumplían con llenarlos tal como se les solicitaba. De hecho, a algunos se les complicaba llenar los datos debido a que no sabían escribir y leer bien. Otros, con el temor a equivocarse, solicitaban el apoyo y la orientación de otros contratados. Fueron muy

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

pocos los que leyeron de manera rápida los documentos y la parte que más les llamaba la atención era un apartado en el que se preguntaba si el trabajador estaba dispuesto a trabajar agachado durante todo el día, sin quejarse. Al respecto uno de ellos dijo lo siguiente: “aunque no quiera aceptarlo lo tengo que hacer porque a eso vine, a trabajar, si le pongo que no, no me dan el trabajo y me regresan, no nos queda de otra más que aceptar todo lo que dice el contrato”.

Me percaté de que algunos purhépecha tenían conocimiento de la explotación laboral que enfrentaban durante la temporada, por ende, no tenía sentido negarse a firmar dicho contrato, no hacerlo implicaba que no se les contratara y por consiguiente que no fueran considerados para la próxima temporada.

En la migración por contrato el trabajador está sujeto a las exigencias del empleador, tiene que aceptar todas las condiciones laborales que la compañía empleadora determina. Por su parte, los empleadores cumplen con la formalización del contrato, con ello se justifican ante el Departamento de Trabajo de los EE. UU.

Una vez terminado el trámite nos entregaron unas tarjetas del tamaño de las tarjetas bancarias, tenían un chip en forma de un imán de acero pequeño y redondo. En la tarjeta aparecían en la parte de arriba dos números como una clave, el nombre de la compañía y el nombre del trabajador. El chip tenía como objetivo registrar las horas trabajadas¹⁴, por lo tanto, cada que ingresáramos a trabajar se checaba ese chip a través de un aparato que utilizarían exclusivamente los mayordomos y los empleadores. Cuando se nos entregó la tarjeta firmamos un documento, se nos dijo que la cuidáramos mucho y que siempre la lleváramos al trabajo porque sin ella no podríamos trabajar. También se nos advirtió que, si alguien la perdía, la multa por su reposición sería de siete dólares.

Más tarde nos entregaron los pasaportes, las visas y las tarjetas blancas del permiso —Formulario I-94—, así como copias de esos documentos, dos hojas más, una de color blanco y otra de color rosa, la primera

¹⁴ Se realizaba el chequeo del chip antes y de después de concluir la jornada laboral.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

estaba escrita en inglés y la segunda en español y en inglés. La hoja blanca era un documento emitido por el Departamento de Seguridad Nacional de los EE. UU. en el cual se especificaba la petición del trabajador no inmigrante, el nombre de la compañía empleadora, la cantidad de 325 dólares que se había recibido por la solicitud de la visa H₂-A. En otros apartados del documento se exponía el tiempo de duración de la visa y la aplicación de las pruebas biométricas, entre otras cuestiones.

La hoja de color rosa declaraba que el trabajador estaba obligado a salir de los EE. UU. al finalizar su período de empleo certificado por el Departamento de Trabajo. Respetar lo anterior era importante para poder continuar en el programa de visas H₂-A y participar en los nuevos programas de trabajo que ofrecía el gobierno de los EE. UU. En la hoja también se mencionaban a detalle las directrices de inocuidad alimentaria para los trabajadores tales como higiene y saneamiento, enfermedad/accidente, de procedimientos adicionales y de la política hacia los visitantes. Ningún migrante temporal se tomó la molestia de revisar minuciosamente la información, sólo los guardaron en una carpeta.

También nos entregaron una bolsa blanca con una almohada, un pequeño cobertor, dos sábanas, una toalla grande y otra más pequeña, una cuchara, un tenedor, un cuchillo, un vaso y dos platos de plástico. Después la mayoría de los contratados viejos pasaron a la bodega de la compañía a buscar los cestos en donde guardaban su ropa y herramienta de trabajo que habían utilizado en la temporada pasada. Lo anterior se realizaba con el propósito de ahorrar dinero en su compra, con ello evitaban hacer un gasto innecesario, pero también lo hacían porque visualizaban su retorno en próximas temporadas.

Antes de retirarnos de las oficinas de la compañía los contratados purhépecha le preguntaron a la patrona cuándo comenzaríamos a trabajar, como éramos los últimos que habíamos llegado a la compañía ella les dijo que tal vez hasta el miércoles. Varios dijeron: “ni modo, hay que esperar”. Había inquietud por trabajar, de ahí la pregunta, porque para ellos era importante estar laborando durante su estancia temporal, no hacerlo no tenía sentido. En otras palabras, estar en EE. UU. de manera legal y no laborar era como si no se estuviera allá, por lo tanto,

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

para el migrante temporal era muy importante trabajar todos los días y las horas que pudiera hacerlo durante la temporada para que le resultará redituable continuar migrando.

A las 3:40 p. m. regresamos a la casa de hospedaje. Los compañeros que habían ido a comprar víveres por la mañana se pusieron a preparar su comida. Los que aún no habíamos ido lo hicimos a esa hora. El encargado de la casa nos llevó a una tienda americana y a otra mexicana cerca de Elba. En la tienda americana compramos cosas básicas para nuestras comidas y para el lonche en el trabajo, en la tienda mexicana compramos tortillas y tostadas, entre otras cosas. Lo que me llamó la atención en la tienda mexicana fue que lo primero que hicieron los trabajadores agrícolas fue reactivar sus celulares para poder hacer llamadas telefónicas de EE. UU. a México y tener acceso a internet; pagaron 60 dólares por un plan que tenía vigencia por treinta días.

Después nos llevaron a la ciudad de Batavia a una tienda de Walmart para surtirnos de más cosas. La mayoría de los que formábamos este pequeño grupo nos hospedábamos en la misma casa así que nos pusimos de acuerdo para surtir en conjunto los víveres de la semana. Nos tocó cooperar con 50 dólares por persona. Compramos carne, pollo, jamón, chorizo, huevo, atún, pan Bimbo, leche, galletas, verduras, frutas, agua embotellada, sodas, Gatorade y pollos rostizados. Cada quien compró su ropa de trabajo, una lonchera, varios recipientes de plástico, un termo para comida, guantes de hule, de látex o de piel, botas de piel y de plástico y fajas de cintura, entre otros utensilios. Debo señalar que durante las compras los migrantes temporales estaban muy familiarizados con las cosas que se vendían en dichas tiendas, sabían qué comprar y para qué; los nuevos como yo, desconocíamos lo que era necesario y obligatorio comprar.

Al terminar de surtir nuestros viáticos y demás compras un contratado viejo le pidió al chofer que nos llevara al condado de Stafford que estaba a una hora de distancia de Batavia. Dicho contratado había dejado ropa de la temporada pasada, de abril a junio, en una de las casas de hospedaje de Stafford y quería recoger su ropa. Ahí se encontraban hospedados dos hermanos suyos quienes le guardaban la ropa.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

A las 8:30 p. m. regresamos a la casa de hospedaje en Elba, bajamos del bus todo lo que habíamos surtido y acomodamos los víveres en el refrigerador. Después cenamos. Como a las 9:20 p. m. llegó a visitarnos el contratista, se notaba cansado, su rostro lo evidenciaba. Durante el día lo vimos manejar un tractor que traía jalando un *guayín*, parecido a un remolque, en el que transportaba la calabacita que los purhépecha habían pizcado en los *fields* de Elba. El traslado lo hacía de un campo agrícola que se encontraba a tres kilómetros de las bodegas de la compañía. Lo único que nos dijo el contratista fue que descansáramos lo más que pudiéramos porque en los próximos días la carga de trabajo iba a ser tan fuerte que hasta se nos iba a complicar ponernos de pie. Un compañero le ofreció un refresco y lo aceptó.

El intermediario aprovechó la visita para comentarle a un compañero del cuarto que se preparara para el siguiente día porque a las 6:00 a. m. iría a trabajar. Le dijo: “hay que echarle ganas, prepárate, mañana pasan por ti”, luego volvió a dirigirse a los demás, “mañana paso a visitarlos en la mañana a ver qué les ponen a hacer”, —nos dijo—, y se retiró de la casa. En ese instante me percaté de que el contratista conocía bien a sus trabajadores, él decidía a cuál sí y a cuál no debía emplear en ciertos trabajos. La persona que le invitó el refresco era de la comunidad indígena de Arantepacua. Esa noche comentaron los demás contratados que él se caracterizaba por ser un buen trabajador y por ser muy disciplinado, además era corpulento lo que le permitía resistir prolongadas jornadas laborales.

Antes de dormir hicimos aseo general en la casa porque los contratados purhépecha que la habían ocupado en días pasados dejaron mucha basura, entonces platicamos entre todos que para estar cómodos teníamos que mantener la casa limpia y que debíamos de organizarnos para realizar el aseo en los próximos días. Esa noche barrimos, recogimos la basura, trapeamos, lavamos el baño y limpiamos la cocina. Cuando terminamos de realizar el aseo, el compañero que iría a trabajar el día siguiente preparó su lonche, ensalada de verdura con camarón, y puso a enfriar en el refrigerador dos Gatorade, dos botellas de agua y dos refrescos de lata. Los demás tomamos una ducha; después

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

algunos se pusieron a hablar por teléfono con sus esposas, otros a navegar por internet y yo me dispuse a escribir mi diario de campo.

Ávidos por trabajar
martes 14

El contratista pasó a las 6:00 a. m. por el trabajador que iba a emplearse en la pizca de calabacita. Los demás seguimos durmiendo, nos levantamos hasta las 9:00 a. m. para desayunar. Preparamos unos sándwiches para el desayuno; como era comida ligera otro compañero del cuarto preparó caldo de pollo para complementar nuestra alimentación. La mayoría de los que se hospedaban en la casa se sentían incómodos porque estaban ávidos de trabajar. Durante el día estuvimos a la espera de que nos dieran alguna información, pero no recibimos instrucciones.

A las 11:30 a. m. comimos el caldo de pollo. Luego platicamos sobre diversos temas, después, sorprendentemente llegaron a visitarnos dos contratados de la planta baja que, también estaban desesperados porque tampoco les había tocado ir a trabajar. Nos visitaron, además, tres personas que se hospedaban al lado, estaban en la misma situación. Como no había nada que hacer, los contratados viejos motivaron a los demás para ir a jugar básquetbol en una pequeña unidad deportiva que se ubicaba a unos 400 metros de distancia. Programaron la ida a la 1:00 p. m. pero a esa hora llovió muy fuerte, luego llovizó un poco. Fue hasta las 2:30 p. m. cuando pudieron ir a la unidad deportiva. Yo no fui a jugar a pesar de la invitación que me habían hecho, me quedé en la casa y me puse a platicar con un compañero de la comunidad indígena de Arantepacua de nombre Juan, conocido como el Paisa. La charla giró en torno a las veces que se había contratado como migrante temporal, me contó que lo había hecho en cuatro ocasiones. Juan me comentó que su papá estaba en Elba, pero en otra cuadrilla y que él había migrado a EE. UU. desde los 18 años, tanto como ilegal como contratado; había ido no sólo a NY sino también a otros estados de la Unión Americana.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

Durante la conversación con el Paisa le pregunté hasta qué año había estudiado, porque era muy joven, tenía entre 20 a 22 años; yo sospechaba que había cursado varios grados de escolaridad porque tenía un lenguaje fluido en español. Me dijo que sólo pudo estudiar dos semestres de ingeniería eléctrica, en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Tuvo que dejar la universidad porque contrajo matrimonio y los gastos ya no le permitieron continuar con sus estudios, además su esposa estudiaba la licenciatura en enfermería, por ello optó por dejar de estudiar y decidió apoyar a su esposa para que concluyera con la licenciatura. Le pregunté si pensaba concluir a futuro su carrera y me dijo que posiblemente porque trabajar siempre en NY estaba difícil: “Vieras cómo fue difícil trabajar en la plantación de cebolla, siempre tienes que andar agachado, te duelen los pies, pero vas a ver que en el pepino también está difícil”. Cuando terminé de platicar con el Paisa me acosté en la litera; luego escribí algunas notas de campo. Me puse a pensar en lo que me esperaba en la cosecha de pepino, aunque no dudaba de mis capacidades físicas.

A las 4:15 p. m. regresaron los contratados que habían ido a la unidad deportiva, llegaron un poco mojados, agitados y sudados. Me dijeron que habían jugado una *casarita* de 25 dólares con los migrantes temporales de la casa vecina y que habían perdido. A su regreso traían varias Sabritas y dos películas que compraron en una tienda. Luego se pusieron a ver una película de comedia titulada *The Hangover* mientras disfrutaban la botana. Después cada uno pasó al baño a ducharse. Cerca de las 6.00 p. m. dos compañeros se pusieron a preparar la comida, hicieron carne de res en salsa verde. Una cosa que me llamó la atención era el consumo de refrescos, lo hacían frecuentemente, no únicamente en las comidas sino en cualquier momento. Cuando surtimos nuestros víveres la mayoría compró un paquete de doce refrescos de lata, a mí se me hizo exagerado, no creía que ese doce fuera exclusivamente para una persona y mucho menos que lograra tomárselos en una semana. En fin, tenía que observar y constatarlo; en un primer momento pensé que era por adicción, pero tenía que comprobar mi hipótesis.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Después de ver la primera película comimos la carne en salsa verde. Luego un contratado purhépecha puso la otra película que era *The Hangover II*. La mayoría se quedó viendo la película, disfrutaban la comedia porque no paraban de reír. Otros se pusieron a navegar por internet, otros más hacían llamadas telefónicas a sus familiares; yo aproveché el tiempo para ducharme.

A las 7:20 p. m. llegó el compañero que había ido a trabajar, la apariencia de su semblante lo decía todo, se veía muy cansado, llegó con las botas de plástico llenas de lodo, mojado, y en la mano traía su lonchera vacía. Le preguntamos con quiénes había trabajado y nos dijo que se había unido a la cuadrilla que traía el contratista en el corte de calabacita verde. A los diez minutos pasó a echarse una ducha, cambiarse de ropa y se puso a comer, o mejor dicho a cenar porque ya era tarde; después preparó su lonche para el siguiente día y descansó en su cuarto.

Los demás esperábamos por la noche a que alguien nos diera indicaciones, pero nadie llegó a la casa. Comenzábamos a preocuparnos porque si no trabajábamos no íbamos a tener suficiente dinero para surtir los víveres de la semana ni mucho menos para enviar a México. A las 9:20 p. m. subió un contratado viejo que se hospedaba en el primer piso de la casa y nos dijo que el encargado le había comentado que los que habíamos llegado el domingo por la noche a Elba nos previniéramos porque posiblemente el contratista le iba a hablar al encargado para darle instrucciones sobre dónde y en qué íbamos a trabajar el siguiente día.

Al escuchar la conversación, los contratados dijeron que teníamos que estar listos con el lonche porque podían hablarnos en cualquier momento. A las 10:00 p. m. algunos prepararon camarones y atún con ensalada (jitomate, cilantro y cebolla) para el siguiente día, otros se pusieron a enfriar refrescos, bebidas energéticas, Monster, aguas embotelladas, Gatorade y sueros electrolitos. Sin duda los migrantes purhépecha sabían qué era lo que se tenían que llevar al trabajo, desde el tipo de comida, de bebidas, de ropa y de calzado. En cambio, los nuevos tratábamos de observar lo que hacían los viejos para guiarnos, incluso varios les preguntaron qué más se necesitaba llevar al trabajo o que era lo más indispensable. Yo también les pregunté.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

En mi primer lonche preparé cóctel de camarón y lo guardé en el termo, enfríe dos refrescos de lata, dos Gatorade, dos botellas de agua y un suero electrolito. También busqué mi ropa: la faja, los guantes, los paliacates, las botas de plástico y de piel. Traté de tener todo listo para el siguiente día porque según los contratados viejos había días que el horario variaba, por lo tanto, siempre debíamos estar preparados porque el encargado sólo decía: “ya es hora, vámonos a trabajar”.

*Primer día de trabajo: a plantar repollo
miércoles 15*

Nos despertamos desde las 5:30 a. m. para recibir instrucciones respecto al trabajo, pero no tuvimos ninguna indicación. El migrante temporal que iba a la pizca de calabacita tomó un vaso de leche con dos plátanos antes de que pasara el bus de la compañía. Se vistió como el típico jornalero agrícola: ropa de trabajo, paliacate en la frente, gorra y botas de plástico. Calculó la hora en que iban a pasar por él así que bajó y en la puerta esperó un par de minutos hasta que el contratista pasó por él.

Esa mañana estuvimos ávidos e inquietos por trabajar, pero al ver que no había ninguna indicación optamos por seguir durmiendo. Luego nos despertamos y preparamos huevos revueltos para desayunar. La mañana estuvo nublada, parecía que iba llover, pero como a las 11:30 a. m. se despejó el cielo y comenzaron a expandirse los rayos del sol por todo Elba.

A las 12:20 p. m. el encargado de la casa nos dijo que era hora de ir a trabajar pero que sólo irían 36 personas. Todos nos aglutinamos afuera de la casa, teníamos la necesidad de trabajar porque los días pasaban y aún no obteníamos ningún pago. Como mencioné, 36 fueron los elegidos, a nueve personas no les tocó ir a trabajar. Yo sí fui considerado. No sabíamos a dónde ni en qué iban a emplearnos, lo único que queríamos era trabajar, aunque fuera para sacar lo del lonche de la semana.

A las 12:40 p. m. salimos de las casas de hospedaje hacia el lugar de trabajo, hicimos un recorrido en el bus de aproximadamente 40 minutos,

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

pasamos a Stafford por dos trabajadores más; ahí nos dividieron en dos grupos. El primer grupo se quedó en un *field* cerca de la casa donde se hospedaban otros contratados purhépecha de Comachuén. El segundo grupo, en el que yo iba, se quedó a dos kilómetros de distancia. En el campo agrícola, el encargado nos pidió que bajáramos las loncheras, luego nos dividió en grupos de diez personas. Vimos dos tractores que traían por detrás unas máquinas, también dos camiones de carga con plantas de repollo, un camión con una pipa de agua y dos baños portátiles.

A la 1:30 p. m. nos checaron las tarjetas de trabajo¹⁵ que recibimos el lunes e inmediatamente comenzamos a plantar repollo. Ocho personas nos subimos a la máquina que se encargaba de plantar, en donde metíamos una plantita lo más rápido posible, de manera correcta, tal y como nos había explicado un contratado viejo que anteriormente se había empleado en la plantación. Cuando me tocó subir a la máquina eso que se veía fácil resultó ser muy complicado porque había que hacer unos movimientos que se aprenden con el paso del tiempo; sin embargo, tenía que desempeñar bien la tarea, así que observé cómo lo hacían los demás. El clima fue otro factor que comenzó a sofocarnos, el calor iba aumentando a medida que avanzaba el día y eso provocaba que nos agotáramos más rápido.

La dinámica de la plantación consistía en que ocho personas subían a la máquina para ir acomodando la planta de repollo que la máquina plantaba durante el recorrido del tractor por el *field* (véase foto 9). La máquina plantaba en los ocho surcos miles de plantitas. Los trabajadores que no subían a la máquina iban detrás de cada surco para cerciorarse de que todas las plantas estuvieran bien plantadas, si no, ellos lo hacían con la mano. La rotación se realizaba cada que finalizaban los surcos, era una distancia de 200 a 400 metros, los que iban encima de la máquina tenían que bajarse y hacer lo mismo. Aprovechábamos ese momento para tomar agua, refresco o una bebida energética, también para ir al baño. Otros trabajadores bajaban las plantas del camión de carga y las remojaban con el agua de la pipa del camión.

¹⁵ A lo largo del texto sólo aparecerá el término tarjeta.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha



Foto 9. La plantación de repollo.
Elba, NY, julio de 2015

Alrededor de las 3:30 p. m. pasó uno de los patrones a supervisarnos y le dio algunas indicaciones al mayordomo, luego se retiró durante 30 minutos. Nosotros seguimos trabajando todo el día, no tuvimos *break time* ni tiempo para comer el lonche, el trabajo fue de corrido. Me sorprendía la resistencia de los migrantes temporales, nadie se quejaba del horario laboral, todos trataban de llevar un mismo ritmo en la plantación. Se les notaba la práctica y la experiencia que habían logrado adquirir temporada tras temporada. A los nuevos sí se nos dificultó mucho, desde luego, por la falta de experiencia; yo tuve que *armarme* de valor, siempre traté de seguir el ritmo de los demás y hacer lo mismo. El mayordomo me llamó la atención porque no estaba acomodando bien las plantitas en la máquina y me dijo: “de seguro eres nuevo”. Me explicó cómo debía de hacer de mejor manera el trabajo, me puse nervioso no sólo por las instrucciones sino porque me sentía apenado con los demás. Era mi primera prueba en EE. UU., entonces pude sentir y comprender el ritmo laboral que se les exigía a los contratados purhépecha.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Otra cuestión que nos incomodaba eran los mosquitos que nos picaban a cada momento, teníamos que aguantarnos y soportar las picaduras, lo que era molesto, y más cuando nos tocaba estar arriba de la máquina porque nos impedían hacer de mejor manera nuestro trabajo y no era posible distraernos quitándolos porque si perdíamos el ritmo de la plantación el mayordomo nos llamaba la atención.

La ardua jornada laboral terminó hasta las 8:00 p. m. Nos checaron nuestras tarjetas de trabajo, luego, antes de regresar a la casa de hospedaje, el bus pasó a dejar a los dos trabajadores a Stafford. Tuvimos que comer el lonche durante el retorno a Elba, ya ni apetito teníamos por el cansancio, pero debíamos que comer para reponernos. En los rostros de los purhépecha se reflejaba la fatiga, algunos iban dormidos en el camión, la mayoría iba en silencio. Llegamos a las 9:00 p. m. a la casa de hospedaje, nos echamos una ducha porque estábamos sudados y sucios de tierra, luego cenamos y preparamos el lonche para el siguiente día. Ya eran las 10:40 p. m. y yo todavía tenía que hacer mi diario de campo, porque en Elba no sólo me desempeñaba como trabajador agrícola sino también como investigador. Realizar el diario de campo me tomaba mucho tiempo porque tenía que recordar todas las cosas que acontecían en el día, lo que se platicaba, lo que se hacía y los lugares a los cuales nos dirigíamos. Siempre buscaba observar a los contratados viejos y nuevos, al encargado de la cuadrilla, al mayordomo y tomar en cuenta mi experiencia personal. En ocasiones no era posible plasmar todo en el diario porque la fatiga era tan fuerte que apenas si tenía fuerzas para recordar y escribir en mi laptop lo acontecido en el día, a pesar de ello, hacía todo el esfuerzo para documentarlo.

*A cortar zacate
jueves 16*

No me tocó ir a plantar repollo. La mayoría continuó yendo al mismo lugar, a otros contratados les tocó ir a la pizca y al empaque, coloquial-

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

mente le llamaban el *tianguís*, porque al momento de cortar el repollo también lo iban empacando en cajas de cartón.

La cuadrilla de la cual formé parte estaba conformada por nueve personas, nos tocó ir a un plantío de repollo que medía cerca de dos hectáreas. Al parecer la plantación se había realizado unos quince días antes, el tamaño de la plantita era todavía muy pequeña y a su alrededor había mucha maleza que le impedía crecer. Precisamente el trabajo que nos encomendaron fue cortar la maleza que estaba en los surcos; teníamos que arrancarlo con las manos y ponerlo a un lado del surco. Trabajamos aproximadamente tres horas. Después nos cambiaron a un plantío de cebolla que estaba a quince minutos de distancia.

En los plantíos de cebolla, el zacate era de mayor tamaño, conforme lo cortábamos lo teníamos que depositar en unos botes que vaciábamos al final del surco. Entre las 11:00 y las 11:15 a. m. llegó un empleador de la compañía a supervisarnos, no nos dio ninguna instrucción, sólo observaba el trabajo que realizábamos y se retiró del lugar. A las 11:30 a. m. se incorporaron más de cuarenta migrantes temporales de Comachuén que desde el mes de abril habían llegado a Elba. En cuanto llegaron cada uno eligió un surco y comenzó a cortar el zacate; noté que tenían una gran pericia para cortar y avanzar rápido en el corte de la maleza. Durante el día aprovecharon para saludarnos y comentarnos sobre su trabajo durante la estancia temporal en Elba. Mencionaron que lo primero que hacían en la temporada era plantar cebolla, cortar el zacate, cortar la cebolla y empacarla en cajas de madera.

En el *field* me llamó la atención que la mayoría utilizara sus celulares para escuchar música por medio de auriculares o audífonos. Escuchar música era una manera de distraer la mente del cansancio físico, pero también de acelerar el ritmo de trabajo; los géneros de música que escuchaban variaban de acuerdo a los gustos personales. Los géneros musicales que más escuchaban eran las *pirekuas*, la grupera, la banda regional mexicana y la música nortea. La música también se disfrutaba en las casas de hospedaje y en los diferentes espacios de socialización. Otros trabajadores solían platicar discretamente en los surcos. Las pláticas versaban sobre asuntos familiares, comunales y

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

sobre lo que sucedía con las demás cuadrillas. La plática, al igual que la música, ayudaba a olvidar por momentos el cansancio, el tiempo y la dureza del trabajo.

A las 12:00 p. m. nos dieron treinta minutos para el lonche, cada quien buscó un espacio para acomodarse y comer. Después continuamos, y hasta las 2:50 p. m. terminamos de cortar el zacate de dos *fields* contiguos, posteriormente el empleador pidió que nos cambiaran a otro predio. Este estaba a unos cincuenta metros de distancia y a diferencia de los demás contaba con surcos muy largos que llegaban a medir entre 300 a 400 metros, tenían muchísima maleza, razón por la que no lográbamos avanzar en el corte tanto como lo hicimos en los otros plantíos. En ese predio trabajamos primero veinte personas, luego llegaron cincuenta más; como eso de las 4:05 p. m. se sumaron otros treinta, en total éramos cerca de cien personas.

Ese día lo sentí muy arduo, y no sólo yo, sino también otros contratados nuevos. Como a las 5:00 p. m. yo creí que renunciaría a la jornada de trabajo, pero no lo hice, mejor me armé de valor porque no me quedaba otra opción más que echarle ganas. Los contratados purhépecha se compadecieron de mí y me ayudaron por momentos, también me dieron una botella de agua y un refresco de lata —que por cierto me cayeron muy bien—, hacía tanto calor que el cuerpo necesitaba hidratarse. Durante el día bebí tres botellas de agua, dos Gatorade y dos Coca-Cola de lata. Así fui comprendiendo porqué consumían tanto refresco, no era parte de un vicio como suponía en un principio, era para mantenerlos activos. En el campo agrícola todos traían consigo en sus loncheras diferentes tipos de víveres.

La jornada laboral concluyó a las 6:00 p. m., cada cuadrilla regresó a su casa de hospedaje. Al llegar a la casa encontramos al compañero que había ido a la pizca de calabacita preparando su comida en la cocina, se notaba fatigado, tanto así que cuando trataba de agacharse decía que no podía hacerlo por el dolor muscular. Yo me eché una ducha, luego preparé la comida. Como a las 6:50 p. m. llegaron los que habían ido al *tianguis*; también se notaban cansados. Los que habían ido a la plantación de repollo regresaron agotados a las 9:00 p. m. La mayoría se tomó

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

una ducha, prepararon su lonche y estuvieron comentando sobre el trabajo del día. Mientras platicaban yo me esforzaba en escribir mi diario de campo, apenas si lo podía hacer por tanta fatiga.

Cooperar para la Virgen María, nadie debería negarse
viernes 17

En la mañana tomamos leche con pan. Todos los que nos hospedábamos en la casa salimos a las 6:30 a. m. hacia el trabajo. Unos se dirigieron a la plantación de repollo, otros al tianguís, yo junto con otros nos fuimos al corte de zacate. A la cuadrilla se sumaron dieciséis personas más y regresamos al mismo *field*. Ahí éramos más de noventa personas las que estuvimos cortando la maleza. La mayoría retomó los surcos que no logró concluir. Los migrantes temporales se acompañaban de dos o de tres personas para ir platicando. Como mencioné anteriormente, escuchar música y platicar era una manera de distraer la mente del cansancio, a diferencia de trabajar en silencio, sin platicar y sin escuchar música.

Yo aproveché ese día para preguntarles a los contratados si no les llamaban la atención por escuchar música en el trabajo y dijeron que en un principio no los dejaban porque estaba prohibido hacerlo pero que con el paso del tiempo los dejaron porque ellos argumentaban que escuchando música avanzaban más rápido. En efecto, noté que al empleador y al mayordomo no les disgustaba que los purhépecha escucharan música siempre y cuando desempeñaran bien su trabajo.

A las 12:00 p. m. tomamos un breve descanso para el lonche. Salimos de los surcos muy cansados, en nuestros rostros se podía apreciar la fatiga y el hambre. En la hora del lonche tratábamos de alimentarnos de la mejor manera con el objeto de superar la extenuante jornada laboral. Después del lonche noté que la mayoría de los trabajadores traían en sus loncheras y en sus pequeñas hieleras varias botellas de agua, sodas, Gatorade, bebidas energéticas, termos de comida, fruta (plátano y manzana), gelatina, yogurt, etcétera.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Me tocó trabajar al lado del señor Javier Cruz, a quien ya me he referido en este diario. Durante el día entablamos varias conversaciones tanto de su vida personal como de su experiencia como migrante. Según Javier esta era la tercera temporada que acudía a NY, anteriormente había estado en otros lugares de EE. UU. tanto como indocumentado como contratado. Durante el curso del día observé que el desempeño laboral de Javier no era el mismo que el de los jóvenes; en su rostro se podía apreciar la fatiga y la impotencia de no poder avanzar como los demás, de hecho, me decía: “aunque uno quiera avanzar más rápido, el cuerpo nomás no da más a mi edad”, a pesar de ello le echaba muchas ganas; en varios surcos nos tocó apoyarlo.

A las 3:10 p. m. comenzó a lloviznar, yo olvidé llevar mis botas de plástico, pero sí traía un impermeable. La mayoría de los migrantes temporales llevó sus botas, sus impermeables, algunos utilizaron bolsas negras grandes de plástico para protegerse de la lluvia. En ese momento puse mucha atención en la reacción de los trabajadores agrícolas, el mayordomo y el empleador respecto a la llovizna. Desde que comenzó a lloviznar nadie se rehusó a seguir laborando. El mayordomo y el empleador tampoco dieron una orden para no seguir trabajando. Trabajamos bajo la lluvia cerca de cuarenta minutos, luego se intensificó más la lluvia, a tal grado que ni los impermeables evitaron que nos mojáramos. A las 3:55 p. m. el empleador dio la orden de que dejáramos de trabajar porque vio que con la lluvia no realizábamos bien el trabajo, además la tierra se puso muy blanda y pegajosa. Todos nos retiramos de los surcos para volver a los buses, nos checkaron nuestras tarjetas a las 4:00 p. m., después nos llevaron a las casas de hospedaje. En cuanto llegué a la casa tomé una ducha y colgué mi ropa mojada en la litera para que se secase. Los que habían ido a la plantación ya habían regresado, según ellos sólo habían trabajado cinco horas. Los que habían ido al tianguis regresaron a las 5:00 p. m. agotados y muy mojados.

Después de que terminamos de comer los compañeros comenzaron a hablar sobre el pago de la semana. Según los contratados viejos el pago semanal lo recibiríamos cada viernes. En efecto, a las 6:00 p. m.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

nos llevaron a las oficinas de la compañía Torrey Farms Inc., únicamente a los que trabajamos desde el miércoles; aquéllos a quienes les tocó trabajar a partir del jueves no fueron considerados porque su pago sería hasta el próximo viernes. La compañía contabilizaba las horas de trabajo desde el miércoles. Cuando llegamos a las instalaciones de la compañía sólo bajó el encargado de la casa, se fue directamente a la oficina y regresó con varios sobres blancos y una hoja blanca, en cada sobre aparecía el nombre de cada trabajador, así como el nombre del banco Five Star Bank que realizaba el depósito. Antes de entregar el sobre pasó lista, luego le pidió a cada trabajador que firmara de recibido donde aparecía su nombre y después le entregaba su sobre.

Al recibir cada trabajador su sobre de pago lo abría inmediatamente para verificar el monto de la semana. El primer pago fue de 87.27 dólares. En el comprobante del pago aparecía el nombre de la compañía, su domicilio, el nombre del trabajador, la fecha de inicio y la fecha final que correspondía al pago. En el documento se señalaba el pago por día, el tipo de trabajo realizado, las horas trabajadas y el pago por hora. El pago de 87.27 resultaba de la multiplicación de 7.75 horas por el pago de 11.26 dólares. El trabajo que realizamos correspondió al pago del día 15 de julio de 2015, y fue clasificado como *sorting cabbage hours worked* y *transplant cabbage hours available*. A pesar del pago, los contratados purhépecha no se veían satisfechos, algunos dijeron: “sólo salió para el lonche y muy apenas, ni modo, a ver cuánto nos llega para el siguiente viernes”.

Cuando volvimos a la casa de hospedaje, a las 8:15 p. m., el contratista nos citó en el patio. No teníamos idea sobre lo que nos iba a decir, algunos sospechaban sobre algunas indicaciones relacionadas al desempeño laboral o sobre el cambio de integrantes a otras cuadrillas; ninguna de las dos suposiciones resultó certera.

El motivo de la reunión era para realizar una cooperación económica. Supuestamente en Comachuén, durante la estancia en el mes de junio del 2015, el Concejo religioso, un grupo de personas que se encargan de la organización en la iglesia de la comunidad, le pidió de favor que si podía, junto con los migrantes temporales, apoyar económicamente

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

para comprar vitrales porque los que había en la iglesia ya estaban en muy mal estado; pedían ese favor a nombre de la Virgen de Guadalupe.

El contratista les había dicho que no se podía comprometer porque primero tenía que consultarlo con todos los migrantes temporales para ver qué opinaban al respecto. Sin embargo, él ya se había tomado el tiempo para investigar el costo de los vitrales en la ciudad de México y en la ciudad de Guadalajara a través de unos familiares que radicaban en ambos lugares. El contratista mencionó que en Guadalajara se manejaba un mejor precio, no tenía la cantidad exacta del costo total de los vitrales, pero estimaba que podría ser entre \$400,000 a \$500,000. En la reunión dijo que él no obligaba a nadie a cooperar, aunque enfatizó que nadie debería negarse a cooperar para la Virgen María puesto que sólo serían unos cuantos dólares. Según sus cálculos, tomando en cuenta a la mayoría de los trabajadores agrícolas, estimaba que nos tocaría 200 dólares por persona, en caso de que todos aceptaran. Un dato que me llamó la atención fue que nunca mencionó el número de los contratados que trabajaba en Torrey Farms Inc., únicamente dijo que la mayoría tenía conocimiento sobre dicho asunto. A los únicos que les faltaba comentarles era a los que se empleaban en la pizca de pepino y en el empaque de ejote.

Como he mencionado, los migrantes temporales en Elba no sólo eran de Comachuén sino también de Pichátaro, Arantepacua, Nahuatzen, Zamora, Queréndaro y del estado de Jalisco. Para la cooperación estaban considerados todos. Aunque primero se hacía la consulta porque no se quería obligar a nadie a la cooperación, el discurso que utilizó el contratista obligaba de cierta manera a hacerlo, tal como lo dijo: “a cooperar para la Virgen María nadie debería negarse, bueno, así lo veo yo, aunque yo sé que va a haber personas que no quieran cooperar y se respeta, a nadie se le va a obligar, pero si cooperamos para la Virgen, ella nos lo va a multiplicar y nos va a ir mejor”. El discurso del contratista trataba de convencer a todos los contratados purhépecha porque justificaba la importancia del aporte económico más allá de la cantidad, además a la Virgen María no se le debía negar nada porque se le considera una deidad que podía multiplicarles los ingresos económicos.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

Después de explicarnos a detalle la compra de los vitrales —con su discurso de convencimiento—, el contratista señaló que si aceptábamos el compromiso él se iba a comunicar con los del Concejo de la iglesia de Comachuén para pedirles el presupuesto total. Posteriormente, con base en la cotización de los vitrales, haría los cálculos para ver cuánto nos tocaba aportar a cada uno. Asimismo, propuso que fuéramos cooperando poco a poco con lo que pudiéramos porque el primer objetivo era enviar 7,000 dólares como anticipo. Dejó a un encargado por casa para que anotara quién sí y quién no iba a participar en la cooperación. Sólo nos dio un día para pensarlo porque se tenía que dar una respuesta a los encargados del Concejo lo más rápido posible.

Antes de concluir la reunión, el contratista se despidió a nombre de la Virgen María dándonos las gracias a todos. Después, nos retiramos del lugar —éramos alrededor de ochenta personas—, y algunos trabajadores se fueron susurrando sobre el asunto que se había tratado. Yo estaba sorprendido por el tema de la reunión, sin duda el aporte económico a la iglesia de Comachuén iba a ser algo histórico. Había mucha incertidumbre sobre cuántos iban a aportar y cuántos no, las opiniones discrepaban porque había contratados que no eran católicos y otros que no eran muy creyentes. Los que no eran de Comachuén decían:

sí cooperamos con lo que nos toca a nosotros nunca nos lo van a reconocer porque no somos de ese pueblo, pero si no cooperamos puede que el contratista no nos vuelva a contratar, aunque se supone que eso no debe influir en la contratación, pero quién nos garantiza que no sea así. No nos queda de otra más que aportar con tal de que nos sigan contratando¹⁶.

Varios trabajadores agrícolas de Comachuén no se veían muy convencidos de cooperar a pesar de que era para la Virgen María. Señalaron: “los que van a quedar bien con el templo y con la comunidad van a ser los del Concejo, vamos a ver de a cómo nos toca y ya veremos, pero lo más seguro es que sí vamos a cooperar, si no, ya no nos traen”.

¹⁶ Estas palabras eran vertidas por los migrantes temporales de Pichátaro y de Arantepacua.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

*Una extenuante jornada de trabajo
sábado 18*

Todos nos levantamos a las 6:00 a. m. para ir a trabajar, hubo quienes se tomaron un licuado y otros un café con pan. La mañana estaba muy nublada porque llovió toda la noche. Estuvimos esperando a que llegara el bus pero el chofer sólo pasó a decirnos que posiblemente no íbamos a trabajar porque el suelo estaba muy mojado y, que, si trabajábamos, sería más tarde; según él, pasaría a la hora que le dijera el mayordomo. Al compañero que iba a la pizca de calabacita si le tocó trabajar a la misma hora porque había mucha demanda en el mercado.

Toda la mañana estuvimos en la casa descansando y platicando. A las 9:35 a. m. desayunamos y poco a poco comenzó a limpiarse el cielo así que teníamos la esperanza de ir a trabajar. En efecto, cerca de las 10:20 a. m. pasó el bus a recogernos para ir nuevamente al corte de zacate; únicamente los que iban a la plantación de repollo tuvieron que descansar.

El chofer del bus nos checó las tarjetas, cada quien retomó el surco que no logró terminar el día anterior; un empleador nos supervisaba. Entre las 11:20 y las 11:40 a. m. la temperatura aumentó y la humedad nos sofocó aún más. A la hora del lonche, 12:00 p. m., vi cómo los contratados se tomaron varios Gatorade, botellas de agua, sueros y sodas bien frías. Después del lonche la mayoría regresó con sus hieleras y loncheras a los surcos, los dejaron a un lado para aprovechar cada que pasaran a vaciar el zacate que llenaban en los dos botes para tomar alguna bebida. Otros cargaban una botella en la bolsa trasera del pantalón.

Entre más avanzaba el curso del día la temperatura se incrementaba más y más, la mayoría no parábamos de tomar diferentes bebidas para no deshidratarnos, incluso algunos me dijeron que hasta les dolía la cabeza. Sudábamos tanto que los paliacates que traíamos en la frente se empaparon. En ese momento me quedó más que claro que los migrantes temporales se ganaban sus dólares con el sudor de su frente.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

La ropa ligera que utilizan los trabajadores purhépecha se ajustaba a las condiciones climáticas. Las camisas, playeras, gorras, los pantalones —parecidos a los que usan los del ejército—, los paliacates y las fajas de cintura tenían como objetivo cuidar la integridad física y contribuir con el desempeño laboral. Por ejemplo, usar la faja no era tanto porque levantarán cosas pesadas sino para que no les llegara el frío en la espalda; no cuidar esa parte del cuerpo podría traerles serias consecuencias como fuertes dolores de espalda a corto, mediano o largo plazo.

Al patrón no le importaba ver y saber si los migrantes temporales estaban agotados, su prioridad era que se avanzara con el corte de la maleza lo más rápido que se pudiera porque quería obtener una buena producción de cebolla. De hecho, cuando veía que alguien no avanzaba en los surcos le llamaba la atención; hasta esa fecha no me había tocado ver que se descansara¹⁷ a alguien, pero los contratados viejos me decían que cuando al empleador no le gustaba el desempeño de un trabajador lo descansaba a esa hora y que incluso a veces hacía descansar, como castigo, a toda una cuadrilla uno o varios días.

Como a las 4:20 p. m. todos sentíamos que ya no podíamos más con el trabajo, pero seguíamos únicamente con la intención de cumplir con el cometido; estábamos exhaustos. El calor era insoportable, queríamos que el patrón diera por finalizada la jornada laboral, pero eso ocurrió hasta las 6:00 p. m. Cuando el patrón dio la orden de que saliéramos de los surcos sentimos un respiro, llegamos a los buses, checaron nuevamente las tarjetas y regresamos a las casas de hospedaje. Yo llegué muy cansado, sudado y con la ropa llena de tierra, las manos se me habían puesto muy negras. Esperé a que mi cuerpo se enfriara un poco y luego me duché, después me puse a preparar la comida. Hasta las 7:45 p. m. me tocó comer, ya más que la comida era también la cena. Luego platiqué un rato con los compañeros sobre diversos temas, escribí mi diario de campo y finalmente me dormí.

¹⁷ Consistía en retirar a un trabajador del *field* cuando no desempeñaba bien su trabajo.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

*Abastecerse de todo lo necesario
domingo 19*

No fuimos a trabajar, excepto el compañero que iba a la pizca de calabacita. A él le tocó trabajar desde las 6:00 a. m. hasta las 12:00 p. m. Los demás nos levantamos entre 8:00 a 8:20 a. m. El domingo, por lo regular, acostumbábamos comprar los víveres de la semana, la ropa de trabajo, guantes de plástico, etcétera. También aprovechábamos para lavar la ropa y enviar dinero a México. El itinerario del día consistía en acudir a distintas tiendas estadounidenses y mexicanas para comprar diferentes tipos de víveres y bebidas. Luego íbamos a lavanderías, en horarios distintos a los de otras cuadrillas para no demorarnos mucho tiempo, pero a veces no era posible porque llegábamos a coincidir en las tiendas o en las lavanderías.

El primer domingo salimos de la casa a las 10:00 a. m. A mí me tocó ir en un *bus* con veinticinco personas. Primero nos dirigimos a un Walmart en Batavia, ahí todos nos pusimos de acuerdo en que tendríamos una hora y media para comprar las cosas que nos hicieran falta. Observé que un grupo de contratados viejos se fueron directamente a donde estaban los guantes para el trabajo y compraron varios pares. Otros compraron pastillas y pomadas para el dolor muscular.

Posteriormente pasamos al área de bebidas en donde compramos varios paquetes de agua embotellada, de refrescos de lata (Coca-Cola, Sprite, entre otros), de bebidas energéticas como el Monster, Gatorade y sueros. Ya no me sorprendía la cantidad de líquidos que compraban, hasta yo lo hice y tenía que hacerlo porque con los días que había trabajado me di cuenta de lo indispensable que era contar con suficientes líquidos en el trabajo. Compré un paquete con 32 botellas de 600 ml de agua embotellada, dos paquetes de refrescos de lata, uno de Coca-Cola y otro de Sprite, contenían 12 latas cada paquete, dos paquetes de Gatorade, cada paquete tenía diez piezas, varios paquetes de galletas, fruta (plátano y manzana), atún, huevos, unas pocas de verduras, un paquete de gelatina y hasta un pequeño ventilador porque no soportaba el calor durante la noche.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

No compré productos para preparar la comida porque una señora mexicana que radicaba en Elba se iba a encargar de prepararnos el lonche y la comida de lunes a sábado. El costo por el servicio iba a ser de 90 dólares por persona. La señora no sólo iba a prepararnos la comida a los que nos hospedábamos en la casa sino también a otros contratados purhépecha que trabajaban para Torrey Farms Inc. Yo, al igual que los demás, opté por esa opción debido a que terminábamos tan cansados del trabajo que nos resultaba muy complicado preparar el lonche y la comida diariamente. Algunos compañeros continuaron preparando su comida y su lonche, generalmente lo hacían para ahorrarse un poco de dinero. Después de surtirnos de víveres en Walmart fuimos a una lavandería en donde nos encontramos otro bus de otra cuadrilla. Nos saludamos y aprovechamos para platicar brevemente porque durante la semana no llegábamos a coincidir en los campos de cultivo.



Foto 10. Lavar y secar la ropa.
Albión, NY, julio de 2015

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Para lavar la ropa en la lavandería teníamos que depositar varios *coras*, moneda estadounidense de 25 centavos, dependiendo de la cantidad de ropa que fuéramos a lavar (véase foto 10). Teníamos que llevar nuestro propio detergente y depositar en la lavadora lo que consideráramos necesario. Cuando terminaba de lavar la lavadora, pasábamos la ropa a las secadoras, ahí también teníamos que depositar varios *coras*; un *cora* permitía que la máquina trabajara durante cinco minutos. A la 1:20 p. m., después de lavar y secar la ropa, fuimos a una tienda de nombre Monte Albán —los propietarios de la tienda eran del estado de Oaxaca— donde había una gran variedad de productos mexicanos. La mayoría compramos tortillas, tostadas, salsas y otros artículos. En esa tienda también hacíamos el envío de dinero a México; en esa ocasión nadie lo hizo. Los migrantes temporales estaban muy familiarizados con la tienda porque muchos productos no se encontraban en las tiendas estadounidenses, además, al sentirnos rodeados de productos mexicanos teníamos la impresión de estar en México.

A lado de la tienda había una taquería que pertenecía a los mismos propietarios de Monte Albán. La taquería ofrecía quesadillas y tacos de bistec, al pastor y de chorizo. Todos consumimos una orden de tacos que costaba entre ocho a doce dólares, dependiendo del tipo de taco. A Monte Albán llegaron dos buses más de la compañía Torrey Farms Inc., en cuanto bajaron los trabajadores de los camiones nos saludaron y platicamos brevemente. De hecho, en uno de esos buses estaba el contratista, él había trabajado con su cuadrilla en la pizca de calabacita hasta las 12:00 p. m. Su presencia se hizo sentir en Monte Albán, la mayoría de los asistentes lo saludaron con gran respeto, incluso los que atendían la taquería y la tienda lo identificaban muy bien; le ofrecieron una orden de tacos y un refresco. El contratista mostraba su sencillez al saludarlos, pero a su vez, aprovechaba el momento para observar discretamente el comportamiento de los contratados viejos y nuevos, así como para platicar brevemente con los encargados de las casas para cerciorarse de lo que ocurría en cada una y darles algunas indicaciones.

Cuando terminamos de comprar en Monte Albán y de comer los tacos nos dirigimos a una tienda americana de nombre Save-A-Lot y a

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

otra tienda mexicana más chica de nombre Los Lorenzos. En estas dos tiendas los migrantes temporales compraron los víveres que les hacían falta, otros activaron sus celulares. Al concluir con las compras, cerca de las cinco de la tarde, regresamos a las casas de hospedaje, estábamos muy fatigados y estresados por el recorrido y las diversas actividades del día. Aun así, en cuanto llegamos a la casa fuimos a jugar a las canchas de basquetbol y de futbol. La mayoría nos dirigimos a las canchas de futbol que se encontraban al lado de Elba Central School. Nos encontramos cerca de ochenta purhépecha, la gran mayoría jugaba futbol, otros platicaban y algunos más hablaban por teléfono con sus familiares en México.

Después de jugar y convivir regresamos a la casa a las 8:20 p. m., nos duchamos y preparamos el lonche; los contratados se comunicaron por teléfono con sus familiares y otros decidieron descansar. Yo, después de tomar una ducha y de alistar las cosas que me iba a llevar al trabajo el día siguiente salí de la casa a las 9:30 p. m., caminé aproximadamente 15 metros para llamar por teléfono, —buscaba algo de privacidad— cuando de manera sorpresiva llegaron dos vehículos de la policía local, me detuvieron y me preguntaron en inglés sobre lo que andaba haciendo. Me puse nervioso porque no traía ninguna identificación oficial, traté de explicarles que era un trabajador del campo, un oficial me preguntó si yo era un trabajador de Torrey Farms, le dije que sí, y me dijeron en inglés *no problem* y se retiraron del lugar. Observé que luego realizaron una breve inspección. Como era de noche utilizaban linternas para iluminar los espacios de revisión. Afortunadamente no pasó a mayores, pero sí me llevé un susto, en algún momento creí que me iban a detener y a trasladar a otro lugar, pero no pasó nada. No le comenté a nadie sobre lo sucedido. Después me puse a escribir mi diario de campo y luego me dormí.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Complicado escribir el diario de campo
lunes 20

Continuamos con el corte del zacate en los plantíos de cebolla (véase foto 11). La jornada de trabajo comenzó a las 7:30 a. m., en total éramos más de cien personas. El clima estuvo muy caluroso todo el día, observé que todos tenían en sus loncheras y en sus pequeñas hieleras bastante líquido para consumir durante el día. Mientras trabajábamos, el patrón y el mayordomo nos supervisaban e insistían en que cortáramos bien la maleza y que tratáramos de avanzar lo más rápido que pudiéramos. Nosotros hacíamos todo el esfuerzo, pero, por más que le echábamos ganas, el cuerpo no daba para más.



Foto 11. El corte de zacate en los plantíos de cebolla.
Elba, NY, julio de 2015

Ese día me tocó trabajar al lado de dos jóvenes, uno de 18 años y el otro de 19. Aproveché el momento para entablar pláticas informales respecto a su experiencia en el trabajo agrícola en México y en EE. UU. La habilidad

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

que demostraban en el corte del zacate reflejaba su práctica. En efecto, me dijeron que anteriormente se habían empleado como jornaleros agrícolas en Yurécuaro y en Tangancícuaro, Michoacán, y en el estado de Jalisco en la pizca de jitomate, chiles, arándano, zarzamora y fresa. Los dos jóvenes formaban parte de las cuadrillas que habían plantado cebolla durante los meses de abril, mayo y junio, su contrato concluía hasta octubre. Me compartieron su experiencia en la plantación, literalmente la denominaron como un trabajo *criminal*. Con la palabra no hacían alusión al significado que conocemos sobre un delito o asesinato, sino a la dureza del trabajo. Dijeron que terminaban tan cansados y adoloridos de la espalda que hasta se les complicaba ducharse.

Según los dos jóvenes, a la plantación de cebolla no cualquiera le entraba por lo difícil que resultaba el trabajo, implicaba estar todo el tiempo agachado, soportar el dolor de los pies, de las rodillas y de la espalda, aunado a ello se tenía que aguantar todo el día un clima muy caluroso. Señalaron que hubo contratados que no aguantaron las jornadas laborales porque llegaron a lastimarse la espalda lo que provocó que tuvieran muchos problemas para caminar. Con base en sus experiencias mencionaron que había días en que sentían, como a las 3:00 p. m., que renunciaban, sin embargo, tenían que seguir plantando porque la hora de la salida era hasta las 7:00 p. m. Enfatizaron que también había *competencia* en la plantación entre todos por avanzar más rápido, lo que exigía que se esforzaran aún más ya que era muy evidente cuando un trabajador se atrasaba. Reconocieron que dentro de las cuadrillas había personas muy hábiles para la plantación de la cebolla, aunque era muy difícil mantener un mismo ritmo de trabajo¹⁸ durante el día.

Conversamos también en torno a sus proyectos de vida, en particular sobre su futuro laboral y vida personal. Ambos coincidían en continuar migrando para poder construir una casa, comprarse un vehículo,

¹⁸ Actualmente, hay una *pirekua* que refiere sobre la plantación de cebolla que realizan los contratados purhépecha de Comachuén en Elba, NY; se puede escuchar y visualizar en YouTube con el título, *Newyork ix niran anchikurin o Me voy para New York pirekua*, Leo Montana 2017 Véase: <https://www.youtube.com/watch?v=lAwDMPqnxg> - <https://www.youtube.com/watch?v=wpYeps6UoJE>

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

matrimoniarse y abrir un negocio en la comunidad que les permitiera sostenerse económicamente.

Terminamos de trabajar a las 6:00 p. m., el patrón dio la orden y todos salimos agotados de los surcos; en ese momento pude percibir la fatiga de los contratados. Todos se subieron al bus en silencio, sin bromas ni pláticas durante el retorno, unos iban dormidos, otros escuchando música con sus auriculares. En el rostro de todos se evidenciaba la fatiga, lo que querían era comer, descansar y recuperarse físicamente lo más que se pudiera.

A la casa de hospedaje llegamos a las 6:40 p. m., todos optamos por bañarnos debido a que estábamos sudados y llenos de tierra. La señora que nos preparaba el lonche y la comida llegó a las 7:40 p. m., recibimos la comida y el lonche en dos recipientes de unicel, en el primero iba la comida y en el segundo el lonche. Después, calentamos las tortillas para comer, luego guardamos el lonche, pusimos a enfriar en el refrigerador varias botellas de agua, bebidas energéticas, refrescos y Gatorade para el siguiente día. Respecto al diario y a las notas de campo, cada vez se me fue complicando más. Terminaba tan cansado que apenas si podía escribir en mi laptop. Sin embargo, trataba de hacer todo el esfuerzo para registrar a detalle las observaciones, pláticas y experiencias que estaba viviendo como trabajador agrícola en EE. UU.

*Me quedé dormido junto a la laptop encendida
martes 21*

Hoy amaneció nublado, a pesar de ello fuimos al corte del zacate; en el field estábamos más de ochenta personas. La mañana estuvo tan nublada que el sol no salió, al principio pensamos que nos favorecería el clima, pero no fue así porque como a las 10:10 a. m. comenzó a llover muy fuerte, así que el patrón dio la orden para que saliéramos de los surcos, para entonces ya estábamos muy mojados; pasaron cuarenta minutos antes de que diera la orden de salir. Durante la lluvia nadie se rehusó a seguir trabajando, tampoco escuché que alguien incitara a los demás a

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

salir de los surcos, al parecer todos estaban conscientes de que se tenía que continuar trabajando bajo esas condiciones climáticas.

Ese día no dejó de llover y tuvimos que retornar a la casa de hospedaje a las 11:20 a. m. El patrón mencionó que si dejaba de llover volveríamos, así que pidió que aprovecháramos el tiempo para comer el lonche. En la casa nos cambiamos de ropa y comimos el lonche. A las 12:40 p. m. dejó de llover y el cielo se limpió así que el encargado nos dio la indicación de que nos alistáramos porque íbamos a volver al *field*. Cuando regresamos al trabajo, la humedad y el calor nos deshidrataron, tanto que no parábamos de tomar líquidos. La jornada laboral terminó hasta las 6:00 p. m., nos checaron las tarjetas y retornamos a la casa de hospedaje. Yo estaba agotado, aun así, tomé una ducha, comí, y cuando me puse a escribir mis notas y mi diario de campo me quedé dormido junto a la laptop encendida, no supe qué hora era cuando me pasó eso, estaba extenuado por los efectos del clima y de la fatiga. Me desperté como a las dos de la mañana para concluir el diario, para enfriar en el refrigerador las botellas de agua, refrescos y Gatorade que iba a llevarme el siguiente día, puse en la lonchera lo que iba a consumir y me volví a dormir.

A pizar el mentado pepino
miércoles 22

Nos alistamos para salir al trabajo desde las 6:00 a. m., esperamos a que el encargado del bus nos llamara, pero lo hizo hasta las 6:30 a. m. Afuera de la casa dos choferes nos separaron en dos grupos, uno se conformó de 18 trabajadores y el otro de 16, yo quedé en el primer grupo; no nos dijeron a dónde íbamos ni qué íbamos a hacer, sólo nos pidieron que subiéramos al camión. Durante el trayecto del viaje varios contratados viejos comenzaron a decir: “estamos yendo al pepino”, en efecto, íbamos a pizar el *mentado* pepino. Digo *mentado* porque desde que llegué a Elba los migrantes temporales no paraban de hablar sobre dicha pizca. Según ellos era el trabajo más arduo en esa temporada, incluso para algunos era más complicado que plantar cebolla. Había una polémica entre

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

quienes sostenían que la plantación de cebolla y la pizca de pepino eran los trabajos más arduos; unos afirmaban que el más difícil era el primero, otros que el segundo. Los que se habían empleado en ambos trabajos presumían y expresaban su hombría.

Los contratados si tenían la opción de elegir, preferían cortar repollo, zacate, calabaza, emplearse en el *tianguis* o empacar ejote. Durante mi estancia noté que para emplearse en dichos trabajos se necesitaba haber acumulado experiencia y jerarquía. Me percaté también de que cada temporada que regresaban los purhépecha a Elba había cuadrillas que eran colocadas en los mismos trabajos de la temporada anterior.

Según los trabajadores agrícolas, había quienes se llegaban a desmayar durante la pizca de pepino, a otros les salía sangre por la nariz¹⁹. Con los *pepineros* se buscaba mantener la fuerza de trabajo más productiva y eficiente. La cuadrilla de la que yo formé parte estaba compuesta por jóvenes y adultos jóvenes cuyas edades oscilaban entre los 19 y los 30 años. En el *field* también había otra cuadrilla conformada por jóvenes que tenían casi la misma edad. La razón por la cual habían sido seleccionados esos trabajadores era porque tenían la resistencia para soportar prolongadas jornadas de trabajo. Esto lo pude constatar porque las dos cuadrillas logramos llenar veinte guayines de pepino; a un guayín le cabían aproximadamente tres toneladas.

En el *field* comenzamos a pizcar la primera cosecha de la temporada. A las 7:00 a. m. uno de los empleadores de Torrey Farms Inc. nos checó las tarjetas. Antes de iniciar con la pizca yo estaba muy preocupado por lo que comentaban los contratados purhépecha, literalmente decían: “en el pepino no cualquiera aguanta”. Traté de serenarme y me concentré únicamente en salir adelante del trabajo, tuve que darme valor y confianza a mí mismo.

Todos corrieron a escoger el surco más cercano al tractor y al guayín, yo y dos compañeros nuevos no teníamos ni idea de por qué corrían a dichos surcos, luego entendimos la razón. Por cierto, a mí me tocó el último surco. La cuadrilla se conformaba de 18 personas, pero se tenía

¹⁹ Un compañero de Pichátaro le sucedió.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

que dividir en dos, es decir, nueve tenían que ir en el lado derecho del tractor y los otros nueve en el lado izquierdo. El trabajo consistió en pizcar y llenar en un cesto de plástico el pepino que recogíamos, luego con las dos manos, alzábamos el cesto arriba de la cabeza y corríamos a depositarlo al guayín, enseguida volvíamos otra vez lo más rápido que podíamos al surco a realizar la misma rutina. Yo no tenía idea de cómo debía cortar el pepino y cómo tenía que subir el cesto de plástico arriba de la cabeza. Tuve que observar rápidamente cómo lo iban haciendo los demás, lo hacían ver fácil por la práctica que tenían, yo no podía hacerlo igual, poco a poco fui tomando práctica. Aunque en ese momento no había tiempo de estar experimentando, sino que había que avanzar lo más rápido que se pudiera con la pizca porque el tractor avanzaba y si se alejaba más del surco; era más complicado caminar con lo cosechado y depositarlo en el guayín.

Durante varias horas estuve pizcando a mi manera, pero me demostraba mucho tiempo. Los migrantes temporales me observaron y me dijeron: “así no vas aguantar todo el día”; me dieron varios tips de cómo tenía que hacerle para avanzar más rápido y no cansarme tanto; sin duda *gajes del oficio* que se aprenden con la experiencia y con la práctica. Vi cómo ellos diseñaban sus propios métodos y estrategias para avanzar y no fatigarse tanto. También cómo se solidarizaban cuando algún compañero no avanzaba o llegaba a atrasarse con la pizca, eso sucedía por lo regular cuando el surco tenía más pepino que los otros.

Esto me sirvió para comprobar por qué los purhépecha hablaban tanto de la pizca de pepino. Cuando logramos llenar el primer guayín me sentí cansado, pero me dijeron los contratados que aún faltaban nueve o más, yo creí que era broma lo que me decían o que lo hacían para espantarme, pero no, ese era el número que teníamos que cosechar. En ese momento me pregunté a mí mismo ¿aguantaré?; tuve que *armarme* de valor para continuar, concentrarme en la pizca y no en el cansancio.

En la pizca de pepino se sentía mucho dolor de espalda porque todo el tiempo teníamos que trabajar agachados. Un guayín lo llenábamos en una hora y veinte minutos, pero en la medida en que avanzaba el día

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

nos demorábamos un poco más, por el cansancio y porque el cuerpo se debilitaba, además el calor nos agotaba demasiado.

Durante las primeras tres horas estuvieron dos tractores con sus guayines trasladando lo cosechado, posteriormente agregaron otro con su guayín, el propósito era que no nos detuviéramos por mucho tiempo cuando se llenaba un guayín. Durante la pizca el patrón y el mayordomo iban en los surcos detrás de nosotros para supervisar que estuviéramos cortando bien el pepino, insistían en que cortáramos el grande, el chico lo teníamos que dejar porque en una segunda pasada se iba a cortar; no querían errores, así que nos observaban detenidamente, no se inmutaban por nuestro cansancio, más bien querían que avanzáramos lo más rápido que pudiéramos con la cosecha.

Durante la jornada de trabajo todos le echábamos muchas ganas porque decían los contratados viejos que cuando el patrón veía que alguien no le echaba ganas lo descansaba. Cuando el patrón se nos acercaba nos esforzábamos aún más en la pizca, aunque también nos sentíamos más presionados; regularmente el patrón y el mayordomo juntaban los pepinos que no cortábamos sin querer o por el ritmo acelerado. Durante la pizca el mayordomo general le llamó la atención al compañero que iba a mi lado, le dijo que tratara de pizcar bien porque iba dejando en el surco muchos pepinos que debía cortar.

La hora del lonche fue a la misma hora, las 12:00 p. m. Para no deshidratarnos todo el día estuvimos tomando líquidos, sodas, Gatorade, Monster y agua embotellada, pero también agua que nos brindaba la compañía a través de un termo de agua que le llamaban *yoga*; era como una especie de barril que contenía veinte litros de agua. El agua del termo tenía un sabor y un olor desagradables, al parecer era la misma agua que utilizaba la compañía para regar los cultivos. A la mayoría de los purhépecha no les gustaba, pero tuvieron que tomarla *por necesidad*, no *por gusto*. En los surcos no era posible cargar las loncheras o el agua embotellada, la *yoga* se colgaba detrás del guayín y cuando un trabajador tenía sed bebía de dicha agua.

La pizca de pepino fue *criminal* (véase foto 12). Eran las tres, las cuatro, la cinco y las seis de la tarde, yo tenía un hambre insoportable, pero

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

después de que pasó ese tiempo ya ni apetito tenía por la misma fatiga. Sin embargo, debíamos continuar. Por la tarde observé que la mayoría pizcaba en silencio, ya no había pláticas ni bromas, sólo miradas fijas que expresaban y reflejaban el sacrificio, la fatiga y la molestia de seguir trabajando *por necesidad y no por gusto*.



Foto 12. Pizcar el pepino de sol a sol.
Elba, NY, julio de 2015

La jornada laboral concluyó a las 7:00 p. m. a pesar de que el patrón quería que continuáramos pizcando hasta las 8, pero ya nuestro cuerpo no daba más aunque nos esforzábamos. Vi en los rostros de los compañeros cansancio, pero también los vi hambrientos; yo también lo estaba. Cuando había una oportunidad aprovechábamos para comernos algunos pepinos, sin lavarlos, con el propósito de calmar el hambre y obtener fuerzas que nos ayudara a continuar con la cosecha.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Todos se subieron en silencio al bus, cada quien tomó su asiento; algunos se durmieron, otros escuchaban música a través de sus auriculares y los demás iban pensativos y con miradas fijas. Yo comenzaba a preguntarme si podría continuar con mi estancia en Elba porque cada día que pasaba sentía que no la libraba; no estaba siendo nada fácil mi observación participante. Durante el trabajo de campo en Comachuén los comentarios de los purhépecha sobre su situación laboral en México no se comparaba con lo que vivían en EE. UU.; eso lo estaba comprobando *en carne propia*. Cuando llegamos a la casa nos duchamos, comimos y cenamos al mismo tiempo, alistamos el lonche y las bebidas para el siguiente día, y nos dormimos.

Más por obligación que por gusto
jueves 23

Salimos de la casa hacia el trabajo a las 6:30 a. m. y nos dirigimos directamente al mismo *field* para terminarlo. Mi físico comenzaba a resentir el cansancio y los cambios de clima, tenía escalofrío. Esto ocurrió porque en la pizca solía sudar mucho por el movimiento de manos, por la fuerza que hacía para alzar el cesto de pepino arriba de la cabeza y por el recorrido para vaciar el cesto al guayín. Por cada guayín que llenábamos yo estimo que cada trabajador llegaba a vaciar entre treinta a cuarenta cestos. Un cesto llegaba a pesar entre doce a dieciocho kilos. Sin duda mi cuerpo no estaba acostumbrado a ese ritmo de trabajo, ni a sudar ni a enfriarse a cada momento, por lo tanto, resintió el cambio bruscamente.

Para aliviar los síntomas del resfriado me tomé un par de pastillas Neo-Melubrina que me había llevado de México, dichas pastillas contienen metamizol sódico, me ayudaron a solucionar el problema de salud. Sentía un fuerte cansancio, la verdad iba *más por obligación que por gusto* a la pizca. En algún momento dudé de mi capacidad, no sabía si iba a superar la jornada. El cansancio también lo pude ver en los migrantes temporales, sobre todo en los nuevos, se quejaban del dolor

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

muscular, de la espalda y de las rodillas, pero no había opción de dimitir, había que entrarle al *jale* como decían ellos, a eso habíamos venido.

En el *field* el patrón nos esperaba para darnos instrucciones, sólo estuvo nuestra cuadrilla al principio, más tarde, a las 8:20 a. m., se incorporó otra, supuestamente se habían demorado debido a que el bus tuvo algunos problemas para encender. Pero en cuanto entraron a los surcos tomaron un ritmo acelerado en el corte de pepino.

Antes de la incorporación de la segunda cuadrilla algunos compañeros habían dicho que íbamos a trabajar de manera normal —se referían a no llevar un ritmo acelerado— porque no teníamos competencia en la pizca. En efecto, así lo hicimos, pero en cuanto llegó la segunda cuadrilla aceleramos el ritmo; yo quería decirles que no tenía sentido trabajar de manera acelerada, pero me aguanté y no dije nada. Me percaté de que entre las cuadrillas había una *competencia* por llenar más rápido los guayines de pepino, por lo tanto, la cuadrilla ganadora demostraba su hombría, pero a la vez, quedaba bien con el empleador y con el mayordomo. El hecho de ser considerados como los mejores trabajadores les permitía obtener prestigio sin importar el desgaste físico al cual se exponían.

Como mencioné, el desgaste físico se daba mayormente en la espalda y en las rodillas. En la pizca se tenía que trabajar todo el tiempo agachado para cortar y recoger el pepino. Yo tenía más dolor en las rodillas, no sabía si era por la falta de calcio en los huesos, por el frío, o porque forzaba demasiado mis rodillas, lo cierto es que el dolor era insoportable. Para lidiar con los dolores musculares varios contratados usaban pomadas naturales que habían traído de México: de coyote, de serpiente, de tigre, etcétera. Dichas pomadas se las aplicaban en los pies, en las rodillas y en la espalda después de bañarse y antes de dormir para que hicieran efecto toda la noche.

Durante la primera semana que estuve trabajando en Torrey Farms Inc., yo no entendía ni aceptaba la alimentación que teníamos. Trabajar más de diez horas con una sola comida no era suficiente para aguantar una ardua y prolongada jornada laboral. Observé que la mayoría se traspasaba porque no comían en los horarios habituales que se acostumbraba en México, además los treinta minutos de tiempo que nos daban para

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

la hora del lonche no eran suficientes para comer adecuadamente, sólo comíamos lo básico para calmar el hambre. Sin embargo, lo que más me llamaba la atención era que nadie decía algo al respecto, a pesar de que durante el curso del día se les notaba hambrientos y decían tener hambre, regularmente por la tarde.

Trabajamos a un ritmo tan acelerado que cada cuadrilla llenó antes de las 12:00 p. m. cinco guayines de pepino; fue todo lo que pizcamos. Después de la hora del lonche nos llevaron a cortar zacate a otro campo agrícola en donde otros contratados purhépecha trabajaban. Ahí duramos todo el día hasta las 5:00 p. m.

Francamente yo no imaginaba la dureza del trabajo agrícola en EE. UU. tal y como lo estaba viviendo. Si bien se obtiene un pago que quizás en México no podría obtenerse como jornalero agrícola, pero la explotación que se vive en NY no tiene palabras o no sé cómo describirla literalmente. La verdad, mis respetos para los contratados. Si para mí, que fue la primera vez, decía que nunca más volvería a ese lugar no podía comprender ni mucho menos podía entender, cómo es que continuaban migrando los purhépecha a Elba, aun sabiendo el tipo de explotación que tenían que sufrir. Decían que era *por necesidad* y no *por gusto*, pero, ¿era sólo eso?, porque había compañeros que ya habían migrado durante varios años y aún pensaban hacerlo en los próximos años; sinceramente no encontraba una explicación contundente que me permitiera entender la idiosincrasia de los migrantes temporales. Lo único que me quedaba hacer era seguir observándolos y vivir la experiencia de trabajo de campo; apenas tenía una semana trabajando y no me era posible concretar algunas conclusiones, esperaré hasta que finalizara la temporada.

Cuando una persona no conoce cómo se ganan los dólares piensa que con el hecho de estar en EE. UU. se obtienen fácilmente, pero allá me di cuenta de que no es así. Trabajar en el *field* implica estar sujeto a una rigidez y a una disciplina a las que en muchas ocasiones el mexicano no está acostumbrado; además tiene que trabajar sin quejarse y hacerlo bien. Con lo que observaba en Elba me preguntaba si los empleadores imaginaban lo que sentía un contratado al trabajar más de diez horas, con un ritmo acelerado, con una sola comida y bajo condiciones

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

climáticas desfavorables. Lo que sí logré observar y comprender era que les preocupaba que se les echaran a perder sus cosechas. Llegué a pensar que nos utilizaban y nos veían como máquinas porque no nos querían ver descansar para nada.

Como el dolor de espalda, de pies y de rodillas era insoportable, a veces descansábamos momentáneamente a escondidas, de igual manera comíamos un dulce, una galleta, un pan, un yogurt o un refresco cuando teníamos la oportunidad de hacerlo, porque si no difícilmente



Foto 13. Vivir y sentir la dureza del trabajo agrícola.
Stafford, NY, julio de 2015

aguantaríamos las jornadas laborales. Al vivir en carne propia (véase foto 13) la explotación en EE. UU. entendí que en el capitalismo para los empleadores lo más importante es la producción y la acumulación de riquezas. Los trabajadores agrícolas temporales éramos considerados únicamente fuerza de trabajo explotable que recibíamos el mismo pago por hora a pesar de laborar más de ocho horas al día.

El pago de la semana
viernes 24

Fuimos al corte de zacate. En el field andábamos alrededor de 140 personas; como era muy temprano los plantíos se encontraban muy

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

mojados. Acostumbrábamos usar botas de plástico en las mañanas para no mojarnos los pies, así como bolsas negras de basura o impermeables para taparnos de los pies hasta la cintura. Después de la hora del lonche nos cambiábamos las botas de plástico por otras botas de piel, de trabajo. Dejábamos de usar las bolsas e impermeables porque la temperatura del sol nos agotaba más rápido, además era insoportable usar las botas de plástico después del mediodía porque nos sudaban los pies.

Ese día yo estaba muy emocionado y sorprendido de ver a tantos purhépecha laborar en el mismo campo agrícola, era increíble ver como avanzábamos en el corte de la maleza. Insisto, ver a tantos trabajadores nos motivaba, incluso sentíamos como si estuviéramos en Comachuén; la mayoría estábamos familiarizados o nos conocíamos de vista. Durante el curso del día nos saludábamos, bromeábamos, reíamos, escuchábamos música a través de bocinas portátiles, de bluetooth o de memoria USB, o por medio del celular. Algunos migrantes temporales que se encontraban en los surcos no me habían visto desde la llegada a Elba. Me preguntaban qué andaba haciendo por allá, les explicaba brevemente que estaba trabajando al igual que ellos pero que, a la vez, realizaba una investigación para El Colegio de Michoacán donde todavía estudiaba. No me cuestionaron más al respecto sólo me dijeron que le echara ganas. Nos tocó coincidir porque no hubo pedidos de repollo ni de pepino, así que para que no estuviéramos sin trabajar nos llevaron a cortar la maleza de los plantíos de cebolla.

Entre los trabajos que iba desempeñando en EE. UU. el corte de zacate quizás era uno de los menos pesados, aunque si provocaba un desgaste físico, específicamente, de la espalda. Cuando trabajábamos en el corte sentíamos que el curso del día no avanzaba rápido, pero ese día no lo sentí tan largo porque cada que cambiábamos de surco nos tocaba ir platicando con otro contratado, incluso cuando alguien se atrasaba nos apoyábamos. Ese apoyo ayudaba a que no nos cansáramos tanto, también nos motivaba a seguir adelante.

A la hora del lonche varios trabajadores aprovecharon para reunirse con sus familiares, amigos y conocidos, regularmente conversaban sobre

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

diversos asuntos. La jornada laboral concluyó a las 4:30 p. m., cada cuadrilla se retiró en los buses para retornar a sus casas de hospedaje. Como era viernes de pago todos estaban ávidos por conocer el pago de la semana. A nosotros nos tocó cobrar a las 6:15 p. m. en las oficinas de la compañía Torrey Farms Inc. La dinámica del pago se dio de la misma manera que la última vez, el encargado de la cuadrilla se encargó de ir por los sobres blancos de cada trabajador, luego pidió que firmáramos en una hoja donde aparecían nuestros nombres.

Noté que los contratados que iban en el bus les preguntaron a los demás cuánto les había tocado ganar (en el pago) porque durante la semana no todos los que estábamos en el bus habíamos trabajado las mismas horas, ni en los mismos trabajos, por lo tanto, el pago no iba a ser igual para todos. A mí me tocó el pago de 520 dólares, otros recibieron entre 450 a 500 dólares. El que recibió un pago muy elevado fue el compañero de la pizca de calabacita, él recibió un pago de 1,050 dólares. Cuando terminaron de entregarnos los sobres también nos dieron una copia de los documentos del contrato, esos que llenamos y firmamos el día que nos presentamos con la compañía por primera vez; no vi que le pusieran interés los contratados. Varios de esos documentos estaban escritos en inglés y en español.

Regresamos a la casa de hospedaje, cenamos, preparamos el lonche, y como a las 9:30 p. m. pasó el contratista con una lista para que nos anotáramos las personas que nos hospedábamos ahí, al parecer eran indicaciones de los empleadores porque el encabezado de dicha lista estaba escrito en inglés. Cuando terminamos de anotarnos el contratista pidió que le echáramos muchas ganas al trabajo para que nos siguieran contratando, luego se retiró de la casa.

*Venimos por necesidad no por gusto
sábado 25*

Amaneció muy nublado pero el clima no fue pretexto para no ir a trabajar; según las indicaciones de los encargados de los buses una cuadrilla

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

iría a cortar zacate y la otra a pizcar pepino. A mí me tocaba ir a la pizca, pero un compañero del cuarto le dijo al encargado que él quería ir. El encargado preguntó por quién iría, la mayoría dijo “que lo haga por ti Roberto”, yo no dudé en aceptar. El joven contratado que me sustituyó, tenía 21 años de edad, él nunca había pizcado, era su primera vez, aunque ya había trabajado en la plantación de la cebolla durante los meses de abril a junio y, desde que llegamos a Elba, le había tocado trabajar en el tianguis.

Como he mencionado, en Elba los purhépecha siempre hablaban sobre la dureza de los trabajos, particularmente de la pizca de pepino. Algunos jóvenes que no habían sido empleados en dicha pizca y que tenían buena condición física buscaban emplearse en dicho trabajo para comprobar porqué tanto se hablaba de dicha pizca, pero también para demostrar su hombría y valentía. El joven que me sustituyó llevaba varios días escuchando lo difícil que era pizcar pepino, incluso los contratados lo retaban y le decían que él no la iba a librar tan fácil si se empleaba en ese trabajo. Ante la provocación se animó a ir a la cosecha.

Con la breve experiencia que había vivido pude observar que para aguantar en la pizca uno debía conocer las mañas o tips básicos para realizar bien el trabajo y para no desgastarse demasiado físicamente. En otras palabras, debía saber cómo pizcar adecuadamente, echar suficiente pepino en el cesto, subirlo correctamente arriba de la cabeza, llevarlo y vaciarlo bien en el guayín. Durante la cosecha era importante mantener un buen ritmo porque hasta que se llenaba el guayín había un breve descanso de cinco minutos, y eso era porque en ese tiempo llegaba el tractor junto con el guayín al surco, no era oficialmente un tiempo de descanso. Mantener un ritmo en la pizca era clave para poder llenar más de diez guayines al día. Mientras llenábamos los tres primeros nuestra condición física respondía bien, pero en la medida en que avanzaba el día el calor, la deshidratación y la fatiga disminuían nuestra condición física. Para aguantar en el corte de pepino se necesitaba tener mucha resistencia, fortaleza y pericia. La gran mayoría de los migrantes temporales que se emplearon en dicho trabajo bajó de peso por la mala alimentación y por quemar muchas calorías al día.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

En el campo agrícola estuvimos dos cuadrillas que sumamos en total 56 personas. El día estuvo muy nublado, cerca de las 9:35 a. m. comenzó a lloviznar, posteriormente cayó un fuerte aguacero. En ese instante todos corrimos a los buses por las bolsas e impermeables para cubrirnos de la lluvia, nadie se rehusó a seguir trabajando, todos continuamos cortando el zacate. La tierra de los plantíos de cebolla era una tierra negra que cuando se mojaba se ponía muy blanda y pegajosa lo que provocaba que nos atascáramos y nos hundiéramos en la tierra, por lo tanto, no era posible continuar con el trabajo.

Al observar el mayordomo anglosajón que no era factible trabajar en esas condiciones desde su camioneta ordenó que saliéramos de los surcos. Lo hicimos, pero ya estábamos muy mojados. Nos subimos a los buses y retornamos a las casas de hospedaje. Al llegar nos cambiamos de ropa, desayunamos y esperamos el llamado para regresar nuevamente al campo. A las 11:40 a. m. volvimos al *field*, que estaba muy húmedo, el calor se intensificó durante el resto del día y bajo esas condiciones climáticas tuvimos que trabajar hasta las 5:00 de la tarde.

Posteriormente regresamos a la casa de hospedaje, nos duchamos, cenamos, nos pusimos a descansar, a ver la televisión y a platicar. Debo decir que esos primeros días que estuve en Elba se me hacían muy largos, no sé si por la falta de adaptación, por laborar de ocho hasta once horas al día o por lo que vivía cotidianamente, lo cierto es que en todos los trabajos que me había empleado había sufrido un fuerte desgaste físico, principalmente de la espalda y de las rodillas, eran las partes del cuerpo que más me dolían.

Para calmar el dolor físico y muscular acostumbraba tomarme una pastilla Flanax que contiene naproxeno sódico, también me untaba una crema de nombre Icy-Hot que contiene mentol y silicato de metil en la espalda y en las rodillas después de bañarme. Aun así, persistía el dolor al siguiente día porque los analgésicos controlaban el dolor de manera temporal. Con la experiencia que vivía en el trabajo agrícola me planteaba las siguientes preguntas: ¿por qué los contratados purhépecha siguen viniendo a EE. UU. aun cuando saben que el trabajo es muy arduo?, ¿será por necesidad?, ¿o será por lo redituable

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

que son los dólares en México?; esas y otras preguntas más me hacía a cada momento.

Antes de concluir el día ocurrieron cosas que me sorprendieron y que dudé en algún momento plasmarlo en mi diario de campo, pero lo hice, porque mi trabajo como investigador era documentar todo aquello que los migrantes temporales realizaban dentro y fuera del área laboral. El sábado, por lo regular, por la tarde y parte de la noche, los contratados descansaban con mayor tranquilidad y sin presión porque el domingo no acudían a trabajar, así que como no tenían que preparar el lonche buscaban reponerse físicamente. Era la tarde-noche para relajarse, para hablar por teléfono con la familia, para platicar cómodamente con los compañeros, para cortarse el pelo, para ordenar la ropa que se iba a lavar, para realizar la lista de lo que había que surtirse de víveres o de algún medicamento. Yo por mi parte aprovechaba el tiempo para escribir el diario de campo, realizar notas que no podía plasmar en otros días, entablar diversas pláticas informales con los purhépecha y desde luego para convivir.

Cuando parecía ser un sábado como cualquier otro, como a las 8:00 p. m. unos contratados viejos solicitaron bebidas alcohólicas a un residente mexicano que vivía en Elba, para que les llevara un doce de cerveza Bud-Light y de Budweiser. El raitero, como le llamaban, les llevó las bebidas solicitadas y le pagaron cuarenta dólares por el servicio. Durante el consumo de las bebidas no participaron todos los que nos hospedábamos, sólo seis personas. Como a mí me tocaba quedarme en la segunda planta de la litera de la sala no podía dormir y escuchaba todo lo que conversaban. Me invitaron una cerveza Bud-Light, que “para el cansancio”, no acepté la invitación porque yo me sentía destrozado física y mentalmente, lo único que quería era reposar lo más que pudiera, pero no era posible hacerlo ante dicha situación. Tampoco me sentí muy incómodo porque mientras bebían expresaban su sentir en Elba, la experiencia que habían tenido en los trabajos, la convivencia con distintas cuadrillas, la impresión que tenían del contratista, de los mayordomos y de los empleadores, así como de sus proyectos de vida personal a corto, mediano y largo plazo.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

La borrachera estuvo tranquila durante el curso de la noche, no hubo ninguna riña o incidente, los contratados sólo platicaban, fumaban y escuchaban música. En la medida en que les iba haciendo efecto el alcohol comenzaban a presumir acerca del desempeño que habían tenido en los trabajos más arduos que habían realizado en Elba. La cuestión laboral era un tema central porque hablaban sobre quiénes eran los mejores pizcadores de pepino y de repollo, así como los mejores plantadores de cebolla. Desde luego también hacían mención de aquellos que no pudieron destacar en dichos trabajos, los que se desmayaron, a los que les sangró la nariz, los que llegaron a quedarse hincados sin poderse levantar y los que nunca más volvieron a regresar a NY, porque no pudieron con el ritmo de trabajo, porque se lastimaron la espalda, por su mala conducta o porque no volvieron a ser solicitados por el empleador.

Después de escuchar las conversaciones hubo un momento de la noche en que me quedé dormido por el cansancio. Más tarde, alrededor de las 12:30 a. m. escuché tres voces distintas en la sala que no pertenecían a los compañeros de la casa, no intenté ver quiénes eran para no incomodarlos, pero me di cuenta de que también se encontraban en estado de ebriedad, el tono de su voz lo evidenciaba. El tema de la plática era sobre la pizca de pepino y la plantación de cebolla, cada persona que intervenía en la conversación expresaba su hombría y valentía al haberse empleado en ambos trabajos, nadie quería ser superado, todos decían ser los mejores.

Posteriormente, cerca de la 1:00 a. m. se escucharon gritos más fuertes, al parecer se iba a desatar una riña por algún mal entendido, pero no pasó a mayores, escuché que separaron a los involucrados; luego oí que les pidieron que mejor se retiraran de la casa para evitar problemas, en efecto se retiraron. El día siguiente escuché comentarios de que esas tres personas habían tenido una riña con otros contratados de la casa de al lado; no supe a detalle porqué ni cómo fue que se dio el enfrentamiento, lo cierto es que nos enteramos de lo acaecido por los comentarios que se vertían en las lavanderías y en las tiendas donde realizábamos las compras de la semana. Esos tres contratados viejos se hospedaban a cuatro cuadras, cerca de la matriz de la compañía.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Ellos habían estado en Elba desde el mes de marzo, cuando acudieron a la plantación de cebolla.

Después de lo que observé y escuché esa noche me pregunté el por qué bebían los migrantes temporales cuando la fatiga era tan fuerte en el trabajo. El consumo de bebidas alcohólicas no sólo sucedía en la casa en que me hospedaba sino también en las demás. Evidentemente se realizaba de manera clandestina para que no se dieran cuenta el contratista y los empleadores de la compañía porque estaba prohibido hacerlo. Me cuestionaba si embriagarse tenía algún sentido porque no lo hacían por gusto, ni porque quisieran gastar dinero, mucho menos por vicio. Insisto, el sábado era común beber porque no se trabajaba el día siguiente, sin embargo, yo me preguntaba si valía la pena embriagarse cuando se trabajaba arduamente durante la semana, no encontraba una respuesta. Poco a poco fui dándome cuenta de que lo hacían para distraerse del trabajo, así como para olvidarse momentáneamente de la fatiga. Los contratados purhépecha eran conscientes de su explotación y estaban resignados a vivirlo porque como ellos mismos lo decían, *venimos por necesidad no por gusto*, estas palabras tenían mucho significado porque migrar era sinónimo de sacrificio y de sobrellevar una explotación hasta el límite de sus capacidades físicas.

*La compra de víveres
domingo 26*

Salimos de la casa a las 8:45 a. m. para surtirnos de los víveres de la semana, lavar la ropa, comprar ropa de trabajo y enviar dinero a México. Primero llegamos a lavar la ropa a una lavandería de Albion, NY. En ese mismo lugar aprovechamos el tiempo para comprar viáticos en la tienda Save A Lot y en la tienda mexicana Los Lorenzos. En Save A Lot los trabajadores agrícolas compraron plátanos, manzanas, uvas, jitomates, tomates, cebollas, chiles verdes, ajos, agua embotellada, refrescos, sueros y bebidas energéticas. En Los Lorenzos compraron tortillas, tostadas, salsas, y además degustaron de tacos de bistec, de chorizo y al pastor.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

Durante las dos horas y media que estuvimos en la lavandería y en las tiendas nos vimos con más de cien migrantes temporales que se empleaban en Torrey Farms Inc. Posteriormente fuimos a la tienda Monte Albán ubicada en 507 East Center Street, Medina, NY, para complementar la compra de algunos productos mexicanos. En dicha tienda los contratados purhépecha enviaron dinero a México. Después nos fuimos a Batavia a una tienda de Walmart en donde la mayoría compró guantes de plástico y de piel, ropa y víveres. Otros acudieron a otras tiendas para comprar zapatos de fútbol, tenis, ropa, entre otros artículos. Salimos de Batavia a las 4:00 p. m. A la casa de hospedaje llegamos a las 4:30 p. m. y descargamos nuestras compras, luego ordenamos los víveres en el refrigerador y en la cocina integral y posteriormente, descansamos por un momento en nuestras literas. Otros decidieron cortarse el cabello entre ellos con el apoyo de una máquina que compraron en Walmart. Yo aproveché ese instante para pedirle de favor a un compañero que me cortara el cabello, él no era peluquero, pero tenía cierta habilidad para el corte de cabello.

A las 6:30 p. m. nos fuimos a las canchas de básquetbol y de fútbol. Yo opté por jugar fútbol. Como he señalado, éramos más de doscientos trabajadores agrícolas en Elba, cada cuadrilla tenía un equipo de fútbol y los domingos competían, los juegos eran amistosos o se hacía una apuesta de 100 hasta 200 dólares por partido. Por citar un ejemplo, los que pizcábamos pepino jugamos con los *Cebolleros* como les llamaban en Elba. Un grupo muy unido; por lo regular, cada temporada del año migraban los mismos integrantes, por lo tanto, estaban muy familiarizados. En el campo de fútbol estrenaron uniformes de color azul de un equipo inglés de la Premier League de nombre Chelsea (véase foto 14). El juego terminó con el marcador de tres goles a cero a favor de los *Cebolleros*; nos ganaron una apuesta de 100 dólares. Al terminar el partido se tomaron algunas fotografías con sus celulares para el recuerdo, yo les tomé unas fotos con mi cámara fotográfica.

Regresamos a la casa, agotados, frustrados por la derrota, pero satisfechos porque jugamos fútbol y convivimos con los demás contratados. En Elba eran las únicas distracciones que teníamos fuera del trabajo.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Por la noche descansamos, nos echamos una ducha, cenamos, preparamos el lonche para el siguiente día y los migrantes temporales se comunicaron por teléfono a México con sus familiares.



Foto 14. La cuadrilla de Cebolleros estrenó uniformes.
Elba, NY, julio de 2015

El Tío y el field de Stafford
lunes 27

Me tocó ir a la pizca de pepino, fue uno de los días más cansados que tuve durante mi estancia en Elba; en palabras de los contratados purhépecha fue un día *criminal*. La cuadrilla de la cual formé parte fue comandada por el contratista de Comachuén conocido por todos como El

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

Tío²⁰ o el “chalequito”²¹. He hablado de él a lo largo del texto, específicamente en su función de enganchador, de contratista y un poco de su función como mayordomo; no utilicé dicho seudónimo anteriormente porque en EE. UU. fue donde me di cuenta de que los purhépecha se referían a él con dicho distintivo. A partir de esta parte del texto utilizaré el seudónimo de El Tío²², no sólo por una cuestión metodológica sino porque era la manera como se dirigían los contratados a él para externarle algún asunto en particular.

Hablar sobre la función de El Tío es muy complejo porque a diferencia de otros intermediarios él se ha forjado toda una trayectoria como migrante indocumentado y contratado. La función que realizaba como intermediario no se limitaba a reclutar, enganchar y contratar, regularmente acompañaba y guiaba durante todo el proceso migratorio a los trabajadores agrícolas, desde la partida del terruño al lugar de destino, a la gestión de la visa H₂, y retornaba junto con ellos cuando terminaba la temporada laboral.

En EE. UU., El Tío cumple el papel de mayordomo general, es decir, a diferencia de otros mayordomos no sólo se encarga de supervisar a los purhépecha en el área de trabajo sino también de organizarlos y disciplinarlos en la casa de hospedaje y en otros espacios de socialización. La autoridad y el poder que ejerce sobre los contratados le han sido delegados por los empleadores, de ahí que todos acaten sus órdenes e indicaciones sin cuestionarlas. Más adelante mencionaré su trayectoria migratoria y su tarea como mayordomo general, tal cual como me lo compartió en las pláticas informales que sostuve con él en Elba.

Como señalé párrafos arriba, El Tío se encargó de dirigir y supervisar a nuestra cuadrilla a partir del día en que llegamos a Elba. Fue

²⁰ Como una medida de respeto a esta persona que realiza la función de intermediario no revelaré su nombre en esta investigación. La información que obtuve de El Tío fue a través de pláticas informales en trabajo de campo, así como de la observación participante y de la información que obtuve de los trabajadores agrícolas temporales en Comachuén y en EE. UU.

²¹ Este apodo se lo asignaron porque usaba diariamente un chaleco que lo diferenciaba de los demás mayordomos mexicanos y anglosajones.

²² También utilizaré la categoría de mayordomo general para referirme a El Tío.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

desde esa fecha cuando comencé a observar y a estudiar a detalle su personalidad y su función como mayordomo. Todo lo que conocía de él era únicamente a través de los comentarios que me habían vertido los contratados, así como de lo poco que yo había observado durante el proceso de contratación, la estancia en Matamoros, y sobre los pocos días que teníamos en NY. Sin embargo no había tenido la oportunidad de ver y conocer su comportamiento en el *field* y en otros espacios de socialización.

Era conocido por su rigidez como mayordomo, la disciplina era una virtud que le caracterizaba. Yo no sabía, en un primer momento, si era parte de su personalidad o lo había aprendido de los empleados estadounidenses con quienes había colaborado durante más de dos décadas en diferentes lugares de EE. UU. Lo cierto es que la disciplina, la puntualidad y la responsabilidad, eran virtudes que distinguían su personalidad.

El Tío pasó a la casa de hospedaje por nosotros con el bus a las 5:30 a. m., fue la primera vez que salimos a trabajar a esa hora. No alcanzamos a comer nada así que lo fuimos haciendo en el camino. Tampoco sabíamos a dónde íbamos a trabajar porque el recorrido duró más de treinta minutos. Después, un contratado viejo dijo: “creo que vamos a Stafford”. Cuando llegamos había cuatro guayines y cuatro tractores. El Tío dijo: “vamos a esperar a Travis”, éste era uno de los principales empleadores de Torrey Farms Inc. que se encargaba de supervisar las cosechas. Durante el tiempo de espera llegaron tres buses con cerca de 60 trabajadores, al poco tiempo llegó Travis con otro empleador llamado Lucas con los cestos de plástico para la pizca.

El campo agrícola de Stafford era enorme y muy temido debido a la gran cantidad de pepino que se recogía al año. Éramos cuatro cuadrillas integradas por dieciocho personas cada una, es decir, alrededor de ochenta personas. En cuanto bajamos de los buses Travis le pidió al mayordomo que fuera distribuyéndonos de acuerdo a los surcos. Luego checó las tarjetas y comenzamos a trabajar a partir de las 6:20 a. m.²³

²³ En esa época del año a partir de las 6:00 a. m. ya amanecía en NY.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

En cuanto nos dieron la orden para pizarcar noté que todos se encontraban muy motivados por el vasto número de migrantes temporales que había en el *field*. Trabajaron con toda la actitud, digo con toda la actitud porque en la medida que iba pasando el tiempo en EE. UU., por más que buscábamos echarle ganas el cuerpo no daba para más por el fuerte desgaste cotidiano. Ese día observé que la cuadrilla más experimentada utilizó desde la mañana las botas de plástico, hacían uso de dichas botas porque las ramas y las plantas amanecían muy mojadas, por lo tanto, al momento de pizarcar, los pies y una parte de las rodillas se mojaban. Las otras tres cuadrillas, incluyendo la mía, no llevamos las botas de plástico, por eso El Tío nos llamó la atención y nos dijo: “ni modo, se tendrán que mojar, pero ya saben que siempre tienen que traer sus botas”.

Desde luego que tenía razón porque cuando pizcábamos nos mojábamos las botas, los pantalones y las camisas, no había ni tiempo de cambiarnos. Cuando llenábamos un guayín, aprovechábamos el breve descanso de cinco minutos para exprimir los guantes, secarnos el sudor de la frente y de la cara, tomar agua y, por supuesto, para descansar la espalda. Luego Travis incorporó otros tres tractores junto con sus guayines para sustituir a los que llenábamos. Durante la pizca era impresionante ver el ritmo acelerado que llevaban a cabo los contratados purhépecha. Observé que ninguna de las cuatro cuadrillas quería quedarse atrás, había una muy consolidada que año con año pizcaba pepino; había otra, en la que yo estaba, que contaba con la mitad de sus integrantes con experiencia en el corte y las otras dos estaban debutando excepto ocho de sus integrantes.

La experiencia y el desempeño de las cuatro cuadrillas se vieron reflejados durante la cosecha. Por ejemplo, las dos primeras que contaban con cierta experiencia en la pizca llenaban más rápido los guayines. Por su parte, las otras dos se demoraban un poco más, obviamente por la falta de experiencia y porque no conocían las “mañas” para pizarcar más rápido. Yo notaba que a los contratados nuevos les costaba mucho trabajo avanzar al ritmo de los contratados viejos, yo lo viví, pero no nos quedaba otra opción más que tratar de llevar el ritmo de los demás.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Respecto a los integrantes de las cuadrillas quiero señalar que la mayoría estaba integrada por jóvenes de entre 18 a 35 años, sin duda la mejor edad para tener mayor fuerza física y capacidad de trabajo productivo.

El calor fue insoportable, los meses de julio y agosto eran los más calurosos en Elba; era asombroso ver cómo nos mojábamos de sudor, el cuerpo y la ropa. No parábamos de beber agua, refrescos, sueros y bebidas energéticas para no deshidratarnos. En esas fechas la temperatura en el campo era de aproximadamente cuarenta grados centígrados, el calor era asfixiante y agotador, no había descanso, teníamos que trabajar bajo esas condiciones climáticas. Como a eso de las 2:40 de la tarde yo sentía que no daba más; sudaba como nunca lo había hecho en mi vida, entre más me acaloraba, más me debilitaba y obviamente más me cansaba. Yo no era el único, veía en los demás la misma fatiga, sin embargo, trataban de seguir pizcando con la misma actitud aunque después llegaron a decirme: “no creas que porque hemos pizcado pepino en otros años ya no nos cansamos, nos cansamos porque no somos de madera, nuestro cuerpo también siente el cansancio”.

Con la experiencia que estaba viviendo volvía a hacerme la pregunta: ¿cómo aguantan y cómo siguen regresando los contratados puzhépcha cada año a Elba aun conociendo la explotación que viven en la pizca, así como el aguante a climas adversos? Una de mis respuestas era que no aguantarían muchos años trabajando a ese ritmo porque su cuerpo se desgastaba cada año y su rendimiento no sería el mismo en los próximos años. Continuaban contratándose porque les resultaba más redituable trabajar en EE. UU. como jornaleros que en México; si no fuera redituable no seguirían participando en la migración documentada con visas H2-A. Asumían la explotación laboral porque era parte de las exigencias de los empleadores y para sobrevivir recurrían al consumo de bebidas energéticas y de pastillas.

Durante la pizca me tocó ver a quienes les llegó a sangrar la nariz, pero nunca me había tocado ver que se les hinchara la cara y ese día me tocó constatarlo; como a las 3:00 p. m. observé que a varios compañeros se les había hinchado la cara. Le pregunté a un contratado viejo por qué pasaba eso y él me dijo: “por el calor y porque se aprietan demasiado el

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

pañó (paliacate) en la frente”. A pesar de que tenían la cara hinchada continuaban trabajando, en ocasiones ni se percataban de que sus rostros estuvieran hinchados hasta que alguien se los hacía saber. Incluso a mí me llegó a pasar y ni cuenta me había dado hasta que me lo dijo el compañero que iba al lado de mi surco: “ya se te hinchó la cara”.

Aparte del desgaste físico, el calor nos agotó bastante. Por la tarde, la temperatura aumentó aún más; era insostenible. El patrón, los mayordomos y los tractoristas sólo observaban como sufríamos con las altas temperaturas y la fatiga, aun así no paraban de limpiarse el sudor de la frente y cubrirse del sol.

A las 4:00 p. m. Travis dio por finalizada la jornada laboral, dejamos los cestos en el lugar donde nos quedamos para continuar con la cosecha el día siguiente. Travis se veía satisfecho, no era para menos, habíamos cosechado treinta guayines. Todos sentimos un respiro y un alivio cuando se nos pidió que dejáramos de laborar.

El calor que nos tocó soportar durante el día fue muy intenso. Los trabajadores agrícolas se habían quedado sin líquidos porque se tomaron las botellas de agua, Gatorade, sueros, refrescos y demás productos que se habían llevado en sus loncheras. Al retirarnos de los surcos todos se subieron a sus buses y luego retornaron a las casas de hospedaje.

Cuando llegamos a la casa dejamos un poco que nuestros cuerpos se enfriaran, luego nos echamos una ducha, comimos y alistamos el lonche. Durante la tarde-noche optamos por dormir temprano y reposar lo más que pudiéramos porque sabíamos que el siguiente día nos esperaba otra ardua jornada de trabajo; un día *criminal*.

Encomendarse a una imagen religiosa
martes 28

El Tío pasó por nosotros a la casa a las 5:30 a. m., la hora de entrada al trabajo fue a las 6:00 a. m. Los migrantes temporales que iban al corte de zacate, al tianguis y a la pizca de calabacita lo hicieron a la misma hora. Una de las razones por las que teníamos que trabajar desde las

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

6:00 a. m. era por las altas temperaturas de calor que predominaban en el estado de NY.

La persona que se encargó de chearnos las tarjetas fue Lucas, luego con El Tío se encargaron de supervisar y de indicarnos las partes que íbamos a pizar. Debo mencionar que en la primera cosecha de pepino se nos pedía mucho que no pisáramos las partes donde volvía a retoñar y que tampoco cortáramos los más pequeños. Yo no entendía por qué solicitaban eso, luego unos contratados viejos me dijeron que era porque íbamos a volver en los próximos días o semanas. Según ellos en cada campo agrícola se llegaba a cosechar dos, tres o hasta cuatro veces debido a que el pepino retoñaba muy rápido y más cuando le caía lluvia. En un principio no les creía, tenía que comprobarlo, incluso llegué a pensar que me lo decían de broma, pero tenían razón porque después llegamos a pizar varias veces los mismos predios.

En el *field* estuvimos las cuatro cuadrillas de Comachuén, excepto dos personas oriundas de la cabecera municipal de Nahuatzen, Michoacán; ellos formaban parte de la cuadrilla más experimentada, supuestamente no acudieron a la pizca porque no se sintieron capaces de librar la jornada del día por la fatiga. No dudé sobre lo comentado porque sinceramente no cualquiera aguantaba el ritmo que llevaban a cabo los purhépecha en la cosecha.

Sobre la resistencia en la pizca voy a tomar como ejemplo el reemplazo de un contratado de Comachuén por un trabajador del estado de Jalisco. El trabajador de Jalisco que acudió a la pizca de pepino era nuevo en la migración por contrato, tenía aproximadamente 35 años de edad, físicamente era corpulento —musculoso—, se sentía muy fuerte y capaz de laborar en cualquier trabajo. Durante las dos primeras semanas en Elba sólo se había empleado en la plantación de repollo y como chofer de camión se encargaba de trasladar las cosechas a la bodega de la compañía. Como los trabajos que había desempeñado no le exigían un fuerte desgaste físico les comentaba a sus compañeros que se iba a comprar unas pesas para realizar ejercicio por la noche porque no se cansaba. Los comentarios no tardaron en llegar a oídos de El Tío, así que varios contratados le solicitaron que lo enviara a la pizca para que

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

sintiera la dureza del trabajo agrícola, esa fue la razón por la cual lo llevaron a cortar pepino.

En este diario he señalado que para emplearse en la pizca había que contar con buena condición física y mucha resistencia. Un trabajador agrícola no necesariamente tenía que ser un hombre corpulento y muy alto, debía tener un perfil *especializado*, es decir, contar con experiencia en el trabajo agrícola y con suficiente condición física. La mayoría de los contratados purhépecha tenían una estatura de 1.60 a 1.70 metros, no eran muy corpulentos ni obesos, pero tenían una gran pericia para pizar. La baja estatura les permitía agacharse y desempeñarse de mejor manera en la pizca. Los más altos tenían muchas dificultades para agacharse y se quejaban mucho del dolor de rodillas, esforzaban demasiado su físico para pizar.

Respecto al trabajador del estado de Jalisco pude constatar cómo su perfil y su falta de experiencia en el trabajo agrícola se hizo evidente durante la cosecha. A pesar de su corpulencia y de su estatura, de aproximadamente 1.75 metros, no fue suficiente para aguantar la jornada laboral ni mucho menos para llevar el ritmo de los demás, siempre iba al final en el surco. Alrededor de las 11:00 a. m. el contratado de Jalisco, iba casi hincado y arrastrándose en el surco, por momentos su semblante expresaba su fatiga y frustración. Los demás trabajadores agrícolas avanzaban a buen ritmo a pesar de que se notaban cansados. Yo sentía que gritaba, que lloraba, que pedía a gritos un descanso o que adelantaran la hora del lonche para descansar y retomar fuerzas, pero no era posible hacerlo porque las reglas estaban claramente establecidas desde el contrato de trabajo que firmamos el primer día, por lo tanto, tuvimos que continuar a pesar de la explotación que estábamos sufriendo.

Durante el curso del día tanto Lucas como el mayordomo estuvieron supervisándonos minuciosamente, verificaban que en los surcos no hubiera pepinos. El Tío era muy exigente, pedía constantemente que avanzáramos lo más rápido que pudiéramos, desde luego con su exigencia buscaba quedar bien con el patrón y demostrar su capacidad de mando en la supervisión laboral. Observando su desempeño como

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

mayordomo me quedé muy sorprendido porque no mezclaba el paisaje, la amistad ni el parentesco en el trabajo, era muy riguroso con todos. Evidentemente que su rigor no era bien visto ni aceptado por los migrantes temporales porque eso exigía que hiciéramos un mayor esfuerzo físico que iba más allá de nuestras capacidades físicas, sin embargo, no había otra opción más que cumplir con las órdenes.

Durante la pizca utilizábamos botas de plástico para cubrirnos del agua en las ramas y en las plantas. Trabajar con dichas botas era incómodo, constantemente nos resbalábamos o nos caíamos por lo mojado del suelo. Después de las 12:00 p. m. nos sudaban los pies por el calor, así que luego de la hora del lonche nos cambiábamos las botas de plástico por las botas de trabajo. Como he referido, las altas temperaturas de calor provocaban una sudoración impresionante en cada trabajador. Por ejemplo, yo sudaba tanto que la camisa de manga larga que usaba se empapaba totalmente del sudor, me decían los compañeros de la cuadrilla: “tú sí que estás quemando grasa”, un tractorista me dijo: “pues ¿qué te pasó, te echaron encima la yoga?” (véase foto 15) — contenedor de agua—; yo sólo me limpiaba a cada rato la cara, ni el paliacate que traía en la frente podía detener el sudor.



Foto 15. Tomar agua de la yoga.
Elba, NY, julio de 2015

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

El desempeño laboral de nuestra cuadrilla fue muy bueno, superó a las otras tres en la pizca por un guayín, aunque eso implicó un mayor desgaste físico para todos. Yo sentía que renunciaba, pensé que era el único pero los demás me decían: “tampoco creas que estamos con tantas fuerzas para seguir trabajando”, no se diga del trabajador de Jalisco que iba arrastrándose en los surcos. Luego me dijeron los compañeros que iban a su lado: “y eso que le ayudamos desde que iniciamos”.

Todos salimos a la hora del lonche, 12 p. m., con un hambre insoporrible que apenas si llegamos al bus por nuestras loncheras. Yo no aguantaba un fuerte dolor de rodillas, pero tuve que comer aún con el dolor. Sentí que le diría al mayordomo que no seguía más con la pizca, pero no lo hice y mejor me concentré en continuar. El contratado de Jalisco se veía destrozado físicamente, comía por comer. El Tío, que había visto su desempeño laboral, se compadeció y lo mandó a descansar porque más tarde lo iba a incorporar en la plantación de repollo. Los demás tuvimos que volver a los surcos con muy pocas ganas porque el cuerpo estaba enervado, además sabíamos que el calor iba a agotarnos aún más pero no había opción de dimitir, sólo había que continuar con la cosecha.

Una cuestión que me llamó la atención durante el lonche fue que los tractoristas estuvieron registrando los guayines que habíamos pizcado. Yo me preguntaba para qué lo hacían si a todos nos pagaban lo mismo, o al menos que hubiese un pago extra para quienes cosecharan más, tenía esa duda. Pero luego me comentaron unos contratados viejos que lo hacían para ver qué cuadrilla trabajaba mejor para mantenerla cada año en dicho trabajo. La jornada laboral concluyó a las 3:30 p. m. debido a la alta temperatura ambiental, hasta esa hora logramos cosechar entre todos treinta guayines, eso sí, terminamos muy fatigados.

Posteriormente cada cuadrilla se subió a su bus y retornó a su casa de hospedaje. Cuando llegamos a la casa yo no podía subirme a la segunda planta de la litera debido al dolor de rodillas, de espalda y de los calambres que tenía en los pies. El dolor de rodillas fue uno de los principales problemas de salud que padecí en Elba. Para calmar el dolor me aplicaba Icy-Hot. A partir de ese día comencé a tomar dos pastillas de Caltrate que había comprado el fin de semana en Walmart, una por la mañana

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

y otra por la noche para fortalecer mis huesos. Aparte de esa pastilla acostumbraba tomar una pastilla de Flanax para el dolor muscular.

Durante el trabajo, cuando de plano sentía que no podía más con la pizca, me tomaba dos o hasta cuatro pastillas Sedalmerck, no sólo lo hacía yo, la mayoría se tomaba algún tipo de analgésico —Piralgina o Complejo B—. Otros recurrían al consumo de bebidas energéticas como el Monster; no había nadie que no recurriera al consumo de pastillas, de bebidas energéticas o de sueros, sólo de esa manera se podía aguantar la jornada laboral.

Otra cuestión que no he referido en este diario pero que me tocó observar constantemente en las casas de hospedaje era la devoción que se tenía a alguna imagen religiosa, como a la Virgen María de Guadalupe, a la Virgen de la Asunción, a la Virgen de la Candelaria, al Niño Dios, a San Isidro Labrador, a Juan Soldado y a San Judas Tadeo. Las imágenes se colocaban en ciertas partes de los cuartos y junto también ponían veladoras y flores (véase foto 16). En Elba, cada que retornábamos del trabajo varios contratados acostumbraban a encender una veladora al mismo tiempo que se persignaban. Apagaban la veladora cuando íbamos a trabajar el siguiente día para evitar algún incendio y también porque eran indicaciones del mayordomo general, quien tenía conocimiento de lo anterior. Otros solían tener una pequeña foto o una estampa de las imágenes religiosas en sus carteras. Me di cuenta



Foto 16. La devoción a una imagen religiosa.
Elba, NY, julio de 2015

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

de que los purhépecha eran conscientes de que su integridad física y su protección no sólo dependía de sus capacidades físicas sino también del *apoyo* o de la *ayuda* de una deidad. Todos sabían que estaban propensos a un accidente, o simplemente a no salir adelante del trabajo porque el cuerpo no siempre se encontraba en óptimas condiciones para trabajar debido al desgaste, o a causa de algún malestar físico o de salud. En Elba, me tocó ver frecuentemente que muchos migrantes temporales antes de empezar a trabajar se persignaban con el objeto de que todo saliera bien en la jornada laboral.

Las comidas del lonche
miércoles 29

Nos levantamos muy temprano para ir al trabajo, yo me tomé un café con un pan. Después guardé en mi lonchera todos mis víveres: el termo de comida, tres botellas de agua, tres refrescos de lata, dos Gatorade, un suero, un paquete de galletas, dos plátanos, un yogurt y un pan. También organicé mi equipo de trabajo: las botas de plástico, la faja, dos paliacates, y un par de guantes de plástico. Acostumbraba a pasar al sanitario antes de ir a trabajar porque en el *field* ni tiempo había, aparte de que los baños portátiles por lo regular solían estar muy lejos, hasta la orilla del surco. El momento oportuno para hacer una necesidad fisiológica era durante la hora del lonche ya que durante la pizca era muy complicado porque no teníamos que dejar la cosecha ni por un momento; no le agradaba al patrón que dejáramos de pizcar. Realizar una necesidad fisiológica en horarios laborales era un gran problema por lo que teníamos que aguantarnos con tal de no quedar mal con el mayordomo ni con el empleador.

No he mencionado las comidas que llevábamos para la hora del lonche. En Elba solían ser diferentes tipos de guisados: carne de res, carne de puerco con frijol, con calabacitas, con papas y tinga de pollo. En ocasiones llevábamos atún, cóctel de camarón o ensaladas, estas tres

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

comidas eran pertinentes porque no tenían que estar calientes para consumirlos. Las comidas del lonche iban acompañadas con pan Bimbo o tostadas. De postre acostumbrábamos comer alguna gelatina, plátano, manzana o yogurt. La mayoría calentábamos los guisados de la comida en el microondas antes de ir al trabajo, luego lo vaciábamos en un termo para mantenerlo caliente o tibio para la hora del lonche. Por las mañanas antes de ir al trabajo solíamos tomar un café, un licuado, un yogurt, una galleta, un pan o un cereal con leche, a esa hora ni apetito teníamos, sin embargo, lo hacíamos obligadamente porque trabajar sin ningún alimento hasta las 12:00 p. m. era muy complicado.

La cosecha se centró en Stafford. Desde que comenzamos a trabajar yo no podía retomar el ritmo de otros días, quizás por el cansancio. Sentía que no avanzaba con la pizca, me dolían los pies y las rodillas. Los demás contratados se veían como si no padecieran la fatiga, pizcaban normalmente como en días pasados. Yo por mi parte tuve que reanimarme, aun así, me atrasé varias veces. Me tocó un surco con mucho pepino, trataba de ir a la par del tractor, me esforcé lo más que pude, pero no fue suficiente porque los trabajadores agrícolas avanzaban más rápido.

Las cuatro cuadrillas cosechamos hasta las 9:20 a. m. y sólo llenamos dos guayines cada una porque concluimos con el *field*. Por instrucciones de Lucas y del mayordomo mandaron a dos cuadrillas a otro predio. Eran las que más se habían destacado en la pizca de pepino, yo formaba parte de una de ellas, no supe que pasó con las otras dos.

Cosechamos en el campo agrícola que habíamos trabajado en días pasados. Los contratados viejos me explicaron que así era como volvían, el propósito del retorno era para pizcar lo que no se había recogido en la primera pasada. La pizca por segunda ocasión era un poco más rápida, pero más cansada porque no se cosechaba la misma cantidad que en la primera pasada, además solíamos cargar y arrastrar más tiempo el cesto de pepino hasta que lográbamos llenarlo para luego depositarlo en el guayín. El día fue muy caluroso, yo me empaqué de sudor varias veces, mis compañeros me decían: “no paras de mojar te de sudor”. Ellos también sudaban, los más robustos y “gorditos”

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

sudaban un poco más. Yo terminé empapado de sudor, la verdad no sé cuántos kilos bajé durante mi estancia en Elba, lo cierto es que quemaba muchas calorías en la pizza, cada día que pasaba la ropa me quedaba más floja.



Foto 17. El Monster como revulsivo.
Elba, NY, julio de 2015

El calor se intensificó como a las 2:00 p. m. lo que provocó que la mayoría de los contratados se agotaran. Para soportar el calor se hidrataron y para reconfortarse tomaron de sus loncheras una bebida energizante, el Monster, dijeron: “para salirle al día”, incluso me regalaron un poco (véase foto 17). El Monster contenía glucosa y estimulantes como el ginseng, taurina, cafeína, L-carnitina y vitaminas. La toma de dicha bebida energética era un revulsivo que supuestamente les daba fuerzas y les permitía trabajar con más ímpetu, en efecto, sus cuerpos se alteraban porque al momento de pizcar andaban muy activos. Lo que percibí más bien era que el Monster incidía más en la parte mental que física porque

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

los trabajadores que tomaban esta bebida no manifestaban sentir cansancio, aunque después volvían a resentir la misma fatiga, por eso llegaban a tomar de dos a tres Monster al día para mantener el cuerpo y la mente activos. Otros acostumbraban tomar un suero, un Gatorade, un refresco o agua embotellada. Los que no tomaban Monster decían que no bebían dicha bebida porque podían enviarse y temían que en un futuro les fuera a causar un malestar físico y de salud.

Cuando llenábamos un guayín yo aprovechaba el breve instante que pausábamos para tomarles fotografías, para platicar y preguntarles su sentir y experiencia en el trabajo. En ese campo agrícola llenamos dos guayines y medio cada cuadrilla hasta las 3:30 p. m. Antes de retirarnos, al momento de limpiarnos el sudor de la frente a la orilla de los surcos, platiqué brevemente con un contratado de la otra cuadrilla para preguntarle sobre lo que había sucedido con las dos personas de Nahuatzen que se rehusaron a seguir trabajando. Lo que me comentó fue que cuando regresaron a la casa de hospedaje ya no estaban ahí, se habían ido de ese lugar, no supieron a dónde porque tampoco dejaron un mensaje ni mucho menos llegaron a comentarles a dónde iban a irse, en síntesis, desertaron. Las especulaciones que surgieron fue que no aguantaron el ritmo de trabajo, que sólo se contrataron para llegar a EE. UU. y para quedarse como indocumentados; era la primera vez que esas dos personas participaban en la migración por contrato. No supimos la reacción que tuvieron el mayordomo y los empleadores por lo acaecido.

Después de la breve charla que sostuve con el contratado, cada cuadrilla se subió a su bus para retornar a las casas de hospedaje. Entonces esperamos a enfriarnos un poco y nos echamos una ducha, descansamos y comimos; algunos se fueron a comprar más víveres a un minisúper que se encontraba a cinco cuerdas de distancia. Posteriormente ordenaron sus cosas para el siguiente día, yo me puse a registrar mis notas y mi diario de campo en la laptop.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

No tiene mucho caso matarnos
jueves 30

Nos levantamos a las 5:30 a. m., alistamos el equipo de trabajo y los víveres y estuvimos al pendiente de la llegada del bus. Ese día nos tocó otra vez ir a la pizca de pepino. La mañana estuvo nublada y el suelo muy mojado porque llovió durante la noche. El clima era un asunto que los empleadores tomaban mucho en cuenta porque con base en ello programaban las cosechas. La compañía tenía en Elba y en sus alrededores grandes cantidades de tierras de cultivo; de hecho, los empleadores solían anticipar a los mayordomos sobre las lluvias del día y de la semana para que les informaran a los trabajadores y se tomaran las precauciones necesarias.

Desde las 6:00 a. m. pizcamos en el *field* lo que no concluimos el día anterior. Sólo éramos dos cuadrillas. Hasta las 8:30 a. m. cosechamos sólo dos guayines, después nos llevaron a otro predio que se encontraba a veinte minutos de distancia. Ahí estaba Lucas con dos guayines y dos baños portátiles. A las 8:55 a. m. Lucas nos indicó en dónde teníamos que iniciar la pizca. La mañana estuvo nublada y con viento lo cual nos favoreció un poco para trabajar porque no estuvimos sudando como en otros días. En ese campo agrícola me sentí más cómodo porque a su alrededor había árboles y una vía férrea, cada cuarenta minutos pasaba un ferrocarril que nos distraía y que nos ayudaba a olvidar momentáneamente la fatiga.

Trabajamos intensamente durante todo el día, yo observaba cómo todos los contratados purhépecha laboraban a su ritmo. Me llamó la atención que la mayoría usaba audífonos o auriculares para escuchar música a través de su celular, pero a diferencia del corte de zacate, en la pizca de pepino resultaba ser muy incómodo por el constante movimiento que realizábamos a la hora de pizar y de llevar el cesto al guayín. Para solucionar ese problema los migrantes temporales buscaban distintas maneras para acomodárselos y así poder escuchar su música y trabajar con energía.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Como he referido, escuchar música durante el trabajo era una manera de distraer la mente del cansancio y de los dolores musculares del cuerpo, pero también se utilizaba como una motivación, como lo suelen hacer las personas que realizan ejercicio en un gimnasio, en un parque o en una unidad deportiva. Evidentemente, cada trabajador escuchaba el género de música que más le agradaba, yo también tuve que hacer eso porque, en efecto, escuchar música a través de los auriculares resultaba ser una estrategia importante que ayudaba a distraer a la mente del cansancio.

En la cosecha no sólo teníamos que lidiar con el cansancio y con la presión del tractor que cada vez que avanzaba exigía que pizcáramos más rápido, sino también al ataque de víboras que vivían entre las ramas. Cuando nos atacaban directamente teníamos que reaccionar inmediatamente para matarlas recurriendo a los mismos pepinos como arma, a piedras, palos de madera o lo que tuviéramos a la mano. Por ejemplo, ese día a un compañero le tocó ver y agarrar una víbora a la cual sostuvo por la cabeza, luego la aventó muy lejos de lugar donde nos encontrábamos, no se atrevió a matarla porque era muy pequeña. Yo estaba a tres surcos de distancia de él, desde luego que nos llevamos un susto, varios se pusieron nerviosos porque a cualquiera se le podía aparecer una víbora en el surco.

Para esos tiempos la cuadrilla de la que yo formaba parte ya se había consolidado en el trabajo y en la socialización de sus integrantes. Regularmente interactuábamos cada que terminábamos de llenar un guayín, en el bus, en las casas de hospedaje y en otros espacios de socialización. Durante mi estancia logré socializar con todos mis compañeros, en cada plática que sostenía con alguno de ellos le preguntaba sobre la situación laboral que vivían en el terruño, las razones por las cuales se contrataba como trabajador agrícola temporal, sobre su sentir en el trabajo y sobre sus proyectos de vida. La mayoría coincidía en que iba a EE. UU. *por necesidad* a pesar de lo difícil que era pizcar, además porque era redituable el pago que obtenían durante la temporada, por ende, era más conveniente migrar como contratado que como *ilegal*. Los de Pichátaro, que eran alrededor de cuarenta personas, me dijeron que en

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

meses anteriores habían estado en el estado de Florida y que varios de ellos se encontraban en NY. Eran buenos trabajadores, muy reservados en sus comentarios, aunque si reconocían que los de Comachuén eran muy guerreros en la pizca; decían: “no se cansan, hasta compiten para ver quién es mejor que los demás, se matan (se esfuerzan) mucho”.

A las 12:00 p. m., hora del lonche, no sólo consumíamos los víveres sino también intercambiábamos experiencias, metas o proyectos de vida a futuro. Era un momento clave para el descanso y para la socialización; regularmente se comentaban chistes, bromas, anécdotas y sobre lo que acontecía en el terruño. Otros compartían parte de su lonche, alguna bebida, una fruta, una gelatina o un cigarro.

Después de la hora del lonche continuamos pizcando arduamente; después llegó a supervisarnos Travis porque Lucas se había retirado a las 10:20 a. m. Además de Travis, El Tío también supervisaba nuestro desempeño laboral y también se encargaba de trasladar los guayines de la cosecha a las bodegas de la compañía.

Ese día puse mucha atención en la reacción que tenían los migrantes temporales cuando el patrón nos supervisaba en los surcos que pizcábamos. En ese momento todos buscaban realizar su mejor desempeño sin mostrar indicios de cansancio, como sí se les estuviera aplicando una prueba. Como decía uno de Pichátaro: “quieren demostrarle a Travis que trabajan rápido y que le echan ganas”, pero al mismo tiempo decía: “no tiene mucho caso matarnos (esforzarnos) trabajando rápido porque nos pagan por horas, a destajo tal vez si valdría la pena”. Su observación evidenciaba la explotación de los purhépecha quienes tenían que trabajar hasta el límite de sus capacidades físicas con el objeto de demostrarle al empleador que eran buenos trabajadores.

Como a las 2:40 p. m. los contratados se veían agotados, varios se tomaron pastillas (analgésicos), una bebida energética o suero para recobrar fuerzas. Ese era el momento oportuno para activar el cuerpo y la mente.

La cuadrilla de la que yo formaba parte era una de las mejores en la pizca de pepino, ese día lo volvimos a ratificar, cosechamos más guayines que la otra cuadrilla. Otro detalle que observé fue que cuando nos dijeron que era la hora de la salida, como a eso de las 3:45 p. m., la cuadrilla

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

que estaba con nosotros acató inmediatamente la orden y se retiraron de los surcos, nosotros no lo hicimos. Los contratados viejos de Comachuén dijeron: “vamos a salir del trabajo hasta que llenemos el guayín”, los de Pichátaro dijeron: “está bien (aunque no se veían muy convencidos)”, nadie se echó para atrás y continuamos pizcando. Yo tuve que asumir el reto a pesar de mi dolor de espalda. Terminamos de llenar el guayín a las 4:35 p. m., estábamos muy cansados, pero lo logramos. Me quedé sorprendido, no porque hubiésemos trabajado más tiempo sino porque me percaté de que haber llenado el guayín se realizó con la intención de demostrar la hombría a la otra cuadrilla y también para demostrarle a Travis y al mayordomo nuestra entrega al trabajo. Aunque también se realizó con el propósito de ganar un poco más porque el pago dependía de las horas trabajadas. Yo me preguntaba sí valía la pena hacerlo porque eso implicó que nos esforzáramos más, o como decían algunos, a “matarnos más”. Después regresamos a la casa de hospedaje, comimos y nos echamos una ducha, luego platicamos sobre diversos temas.

A las 9:05 p. m. recibí una llamada telefónica a mi celular de parte de mi primo Pablo que se encontraba en Elba desde el mes de marzo, él formaba parte de los *cebolleros*, ahora cortaba zacate. Me preguntó cómo me encontraba porque le habían dicho sus compañeros que andaba renqueando, obviamente estaba preocupado por mi salud, él sabía que yo andaba en el corte de pepino y que era muy probable que estuviera en malas condiciones físicas, no sólo por mi falta de experiencia sino por lo arduo que resultaba ser ese trabajo.

Pablo me comentó que no cualquiera aguantaba en la pizca de pepino, me pasó algunos tips o “mañas” de cómo debía pizcar más rápido y de cómo debía hacerle para no esforzarme tanto. También me recomendó que tomara algunas precauciones para no lastimarme. Me sugirió alimentarme bien, comprar algunas vitaminas para los huesos y pomadas para el dolor muscular. Debo señalar que en un primer momento escuché preocupado a Pablo, pero le dije que poco a poco iba adaptándome; sobre mi condición física le comenté que me encontraba bien, que no andaba cojeando como le habían dicho. Lo último que me dijo mi primo fue que le echara ganas, que no me desanimara, que poco

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

a poco iba a adaptarme al ritmo de los demás, que sólo era cuestión de que aprendiera las “mañas” y de que adquiriera experiencia.

Veinte minutos más tarde de mi conversación con Pablo llegó El Tío a visitarnos a la casa con el propósito de corroborar nuestros datos personales, sobre todo los de los contratados nuevos. La información que nos dio fue que el lunes siguiente los empleadores nos iban a pedir el pasaporte y la tarjeta blanca para que nos realizaran el trámite del seguro social. El Tío quería que nos previniéramos con tiempo para que lleváramos dichos documentos al trabajo porque iría por nosotros la patrona Molly, o Sammy. Luego charló brevemente con los demás, incluso trataba de realizar algunas bromas con la intención de hacernos reír.

La personalidad de El Tío era muy abierta, no era el típico mayordomo que buscaba cumplir únicamente con las peticiones de los empleadores y guardar distancia con los migrantes temporales, sino que también quería ganarse la amistad, la confianza y el respeto de todos a través de la interacción; una estrategia que utilizaba para mantener el control y la comunicación, como se dice coloquialmente, “sabía cómo llegarles”. Después de darnos la información y de la breve plática se retiró, no sin antes decirnos que le echáramos ganas para que nos volvieran a contratar. Antes de dormir todos organizaron las cosas que se iban a llevar el día siguiente. Yo realicé mi diario de campo y luego me puse a descansar.

El grito de guerra
viernes 31

Volvimos a la pizca de pepino, El Tío pasó por nosotros a las 5:30 a. m. y nos dirigimos nuevamente al mismo field. Llegamos a las 6:00 a. m., al poco tiempo llegó otra cuadrilla, Travis nos checó las tarjetas y después comenzamos con la cosecha. El ritmo de la pizca entre las dos cuadrillas se dio de manera muy acelerada, tanto así que antes de la hora del lonche cada una llevaba cinco guayines de pepino, eso implicó que nos esforzáramos más. Sinceramente por dentro yo pedía a gritos la hora

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

del lonche debido al fuerte desgaste físico y mental que estábamos sufriendo, aunado a ello tenía un hambre insoportable y obviamente mi cuerpo se debilitaba.

Cuando nos dieron la indicación de parar para el lonche yo sentí un respiro, aproveché al máximo los treinta minutos para comer lo mejor que pude, sabía que la jornada iba ser muy extenuante. En efecto así sucedió, a las 2:00 p. m. concluimos con la cosecha.

Posteriormente El Tío nos cambió a otro lugar. Al principio no sabíamos a dónde íbamos porque realizamos un recorrido de veinte minutos. Llegamos a un campo agrícola en el que habíamos pizcado los días lunes, martes y miércoles pasados. Ahí estaban dos cuadrillas pizcando, Travis y Lucas los supervisaban. En ese campo realizamos la segunda pasada, pero había tanto pepino que parecía como si hubiese sido la primera; en dos horas y media cada cuadrilla pizcó dos guayines. Como he mencionado antes, la cosecha no se realizaba una sola vez sino varias, para ello era clave que lloviera en los *fields* o que fueran regados anticipadamente. En ocasiones era sorprendente ver que se cosechara mayor cantidad de pepino en la segunda que en la primera pasada. Tal como sucedió ese día.

Durante la pizca me llamó mucho la atención la *competencia* que tenían los migrantes temporales cuando les tocaba pizcar pepino y más cuando se encontraban en el mismo lugar las cuatro cuadrillas. Durante la jornada laboral no tardó en lanzarse *el grito de guerra*, no entendí en un primer momento a que se referían, sólo noté que los trabajadores agrícolas aceleraban el ritmo en la pizca. El grito era un reto que las cuadrillas se lanzaban para ver cuál de ellas lograba llenar más rápido los guayines.

Fue alrededor de las 3:20 p. m. cuando los contratados purhépecha se retaron en la pizca, un horario en el cual apenas si se podía trabajar a un ritmo acelerado; por ejemplo, yo a esa hora trabajaba por trabajar porque el cuerpo no daba para más, es decir, era un horario en el cual se sentía un mayor desgaste físico no sólo por el ritmo de trabajo sino también por el hambre y el calor, el cuerpo solía debilitarse y evidentemente requería de algún alimento para retomar fuerzas. Pero no era posible ingerir alguna comida, sólo nos quedaba la opción de recurrir

a una galleta, a un pan, a un refresco, a una bebida energética, a un plátano o a la toma de algún analgésico.

El grito de guerra obligaba a cada trabajador a esforzarse hasta el límite de sus capacidades físicas. No había otra opción más que seguir a los demás. En el lapso en que se dio la *competencia* laboral, —que fue de dos horas—, las dos cuadrillas llevaron un ritmo muy acelerado en la pizca. Nuestra cuadrilla fue la que llenó más rápido el guayín. Sinceramente yo no logré ir al ritmo de los compañeros, como me atrasaba en el surco tuvieron que apoyarme durante varios momentos para lograr nuestro cometido.

Después de haber llenado los dos guayines escuché a los de Pichátaro no estar de acuerdo con el ritmo de trabajo que desempeñamos cuando se dio el grito de guerra. Según ellos no tenía sentido esforzarse tanto porque el pago por hora iba a ser el mismo, es decir, no por el hecho de que cosecháramos más rápido nos iban a pagar más. Observé que los de Pichátaro eran conscientes de que estábamos matándonos. En Elba debíamos seguir el ritmo de trabajo de los demás porque no había otra opción, si no lo hacíamos corríamos el riesgo de ser descansados o de que no nos consideraran los empleadores para la próxima temporada. A las 4:50 p. m. Lucas dio por finalizada la jornada laboral, yo terminé destrozado físicamente.

Cuando nos retiramos de los surcos El Tío nos trasladó directamente a las oficinas de la compañía para que recibiéramos el pago de la semana. En el trayecto pude observar la fatiga de los migrantes temporales a través de sus semblantes, a pesar de ello estaban contentos porque era el día de pago. Cuando llegamos a las oficinas nadie de los trabajadores agrícolas bajó del bus por el pago, sólo lo hizo El Tío. A los cinco minutos regresó con los sobres de pago de cada trabajador, luego nombró y entregó a cada quien su sobre. Posteriormente pidió que firmáramos una hoja de recibido. Al momento de recibir su sobre los contratados revisaban inmediatamente el pago semanal. Todos obtuvieron el pago de 550 dólares. Como he señalado anteriormente el pago correspondía a las horas trabajadas, no al tipo de trabajo; ese día noté inconformidad en los contratados porque según ellos, había quienes se empleaban en trabajos menos arduos, trabajaban más horas y por

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

consiguiente recibían pagos que iban de 700 hasta 1,100 dólares. Los purhépecha que se empleaban en la cosecha decían: “la chinga es más fuerte en el pepino que en los demás trabajos y te pagan menos”.

Entendía la molestia y coincidía con la opinión de los inconformes porque yo vivía la misma situación, sin embargo, el cuestionamiento que se realizaba sobre el pago no era correcto porque se pagaba por las horas trabajadas y no por el tipo de trabajo realizado. En Elba no se podía elegir el trabajo que uno quisiera desempeñar, la colocación de los trabajadores le correspondía a los mayordomos y a los empleadores. Con base en la observación y en los comentarios de los contratados, emplearse en la pizca de pepino era muy temido, además no se obtenía el mismo pago que recibían los que se empleaban en el corte de calabacita. Desde mi punto de vista el pago semanal que recibíamos en Torrey Farms Inc. no era justo por la explotación que sufríamos en la pizca.

Durante mi estancia me percaté de que había cuadrillas seleccionadas para desempeñar cierto tipo de trabajos. Para que un trabajador pudiera formar parte de las cuadrillas mejor pagadas y en las actividades laborales menos pesadas debía tener muy buena relación con los mayordomos y con los empleadores, además de demostrar un buen desempeño laboral. El parentesco era un factor importante en la colocación de los puestos de trabajo; por ejemplo, los familiares de El Tío regularmente se empleaban en los trabajos donde se obtenían pagos que oscilaban entre 700 hasta 1,000 dólares. Aparte de los familiares, sus trabajadores de confianza solían obtener buenos pagos, se empleaban como tractoristas, como choferes de bus y supervisaban discretamente a la cuadrilla.

Esto me ayudó a comprender por qué los purhépecha buscaban esforzarse al máximo en la cosecha. En otras palabras, la competencia laboral o el grito de guerra era la plataforma oportuna para demostrar a los mayordomos y a los empleadores su potencial como trabajador agrícola, esto con el propósito de buscar ser colocados en las cuadrillas mejor pagadas.

Después de recibir el pago retornamos a la casa de hospedaje, nos enfriamos un poco, me duché, luego me dormí un rato para descansar y posteriormente cené. A las 9:20 p. m. llegó a la casa sorpresivamente

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

El Tío y solicitó que bajáramos a la planta baja porque nos iba a dar una pequeña charla, nos agrupó en uno de los cuartos más grandes de la casa de al lado. Había mucha incertidumbre sobre el tema que se iba a tratar. El Tío se veía molesto y preocupado. La charla versó sobre el consumo de bebidas alcohólicas que realizaban algunas personas durante los fines de semana. Nos llamó la atención a todos, no estaba de acuerdo en que se estuvieran embriagando los fines de semana, insistió en que él y los empleadores de la compañía no iban a hacerse responsables si se llegaba a presentar un problema de gravedad por el consumo de bebidas alcohólicas. Enfatizó que los raiteros que conseguían las cervezas no tenían la culpa ni eran responsables, sino las personas que les solicitaban dichas bebidas.

Asimismo, nos recordó a todos que no se estaba respetando el documento o la carta compromiso que firmamos antes de ir a EE. UU. Nos pidió que leyéramos nuevamente ese documento porque ahí se especificaba que íbamos a trabajar y no a beber; según él, no entendía por qué se embriagaban si había un acuerdo que cada trabajador se comprometió a respetar. Señaló que la prohibición del consumo de bebidas alcohólicas era por el bien de todos, porque de eso dependía que se conservara el empleo. Desde luego la disciplina y el buen comportamiento eran otros requisitos importantes que se tomaban en cuenta para la recontractación. Por último, solicitó que lo ayudáramos comportándonos y desempeñándonos bien en el trabajo, el compromiso era que él nos ayudaba con la recontractación y nosotros con el buen comportamiento y desempeño laboral.

*Agosto: adaptación al trabajo agrícola en los Estados Unidos
Renunciar a la observación participante
sábado 1º*

Fuimos al trabajo a las 6:40 a. m. y volvimos al campo agrícola de Stafford; ahí se encontraba Lucas supervisando. Nuestra cuadrilla se incorporó

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

inmediatamente junto con las otras tres que ya se encontraban en ese lugar. Percibí el cansancio de los contratados purhépecha desde que comenzamos a pizar, eran las secuelas de los intensos días de trabajo. Aun así, tratábamos de dar nuestro mayor esfuerzo.

Durante el curso del día Lucas observaba detenidamente el ritmo que llevábamos en el corte de pepino. Al parecer vio que no estábamos pizcando con el mismo ímpetu que en otros días. Después de la hora del lonche El Tío estuvo acercándose a cada cuadrilla, cuando llegó a la nuestra nos reunió rápidamente para decirnos lo siguiente:

acérquense rápido les voy a decir algo —yo ya presentía que sería sobre el trabajo—, miren dijo Lucas que están cortando bien el pepino pero que van un poco lentos, así que me pidió que les dijera que después del lonche tomen un ritmo más rápido, enfatizó, no quiero que se vayan *echo a la chingada* (se refería a ir muy rápido), es decir, ni tan rápido ni tan lento, agarren un ritmo, en pocas palabras, échenle ganas...

Al escuchar las indicaciones y sugerencias de El Tío noté preocupados a los compañeros, su rostro lo decía todo, desde luego yo también lo estaba. No era que no quisiéramos llevar el ritmo de trabajo acostumbrado, el problema era que el cuerpo no daba para más, estábamos exhaustos, pero teníamos que obedecer las órdenes del empleador y del mayordomo general, de no hacerlo corríamos el riesgo de ser descansados o, simplemente, a no ser considerados para la próxima temporada. Así que no nos quedó otra opción más que echarle ganas y esforzarnos al máximo.

Durante la pizca reflexioné sobre la explotación, me cuestionaba si valía la pena trabajar a esa intensidad por el pago que recibíamos. Por la tarde algunos contratados que habían pizcado pepino durante varios años hacían comentarios de no estar de acuerdo en que cada temporada laboral fueran colocados en el mismo trabajo. Señalaban que había trabajadores que no duraron más de dos temporadas en el corte de pepino y que posteriormente fueron colocados en la cosecha de calabacita; uno de los trabajos más codiciados debido a que se obtenían los mejores pagos semanales.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

Para los migrantes temporales era importante trabajar suficientes horas, pero de preferencia en trabajos menos arduos. La pizca de pepino era el trabajo más arduo de julio a octubre y no necesariamente donde se obtenían mayores ingresos económicos. No era posible trabajar la misma cantidad de horas que en la pizca de calabacita, por lo regular trabajábamos entre ocho a diez horas. Los empleadores sabían que si nos empleaban más de diez horas no íbamos a tener el mismo rendimiento, además tardaríamos más en llenar los guayines y estaríamos propensos a desmayarnos.

No era casualidad que en la cosecha estuviera empleándose a la mano de obra más joven y productiva. El Tío y el empleador observaban minuciosamente el desempeño de cada trabajador durante la pizca para determinar si lo mantenían trabajando ahí o lo colocaban en otra área de trabajo. La pizca era uno de los filtros para ascender a otro trabajo. Durante mi estancia en Elba pude percatarme que la mayoría de los purhépecha que anteriormente habían pizcado pepino, fueron colocados en la pizca de repollo, de calabacita y en el empaque de repollo y de ejote.

Los trabajadores de confianza eran los que se empleaba en los trabajos donde se laboraban más horas al día, por ejemplo, la pizca de calabacita. Para formar parte de dicho grupo se tenía que convencer a El Tío y al empleador a través del buen desempeño laboral, de la obediencia, de la confianza y de la lealtad, relaciones interpersonales que jugaban un papel importante en la colocación de los trabajadores agrícolas.

Pude corroborar quién era un trabajador de confianza por la plática informal que sostuve con el Paisa quien mencionó que su papá ya no quería regresar a Elba debido a que cada temporada le tocaba emplearse en el pepino. Su papá tenía 42 años, a esa edad era muy complicado trabajar en la cosecha. El Paisa señaló que su papá temía emplearse en el pepino porque no se sentía capaz de superar la temporada laboral, además consideraba injusto que cada año le tocara emplearse en el mismo trabajo. Según el Paisa, El Tío invitó personalmente a su papá para que volviera a Elba pero su papá le dijo que volvería sólo si lo empleaba en otro trabajo. En efecto, en esa temporada su papá se empleó en la pizca de calabacita, formó parte de los trabajadores de confianza y de los mejor

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

pagados. Los pagos semanales que obtenían quienes tenían esos trabajos oscilaban entre 800 hasta 1,100 dólares, aunque eso implicaba que trabajaran todos los días de la semana incluyendo los domingos hasta mediodía. Habitualmente el papá del Paisa trabajaba de 6:00 a. m. a 8:00 p. m. dependiendo de la demanda de calabacita en el mercado.

Como he aludido en este diario, en la casa de hospedaje tenía un compañero que se empleaba en la pizca de calabacita. Durante mi estancia en Elba nunca escuché que se quejara severamente del trabajo ni de la cantidad de horas que laboraba durante la semana. Hablaba de su fatiga, aunque no la comparaba con la que tenían los que se empleaban en la pizca de pepino. Literalmente decía: “mil veces en la calabacita que en el pepino, el pepino es un trabajo criminal, ganas menos y más chinga”, con esas palabras volvía a confirmar lo que otros opinaban al respecto.

La jornada laboral concluyó a las 4:30 p. m., terminamos abatidos sobre todo por la exigencia de el mayordomo general. Los empleadores de Torrey Farms Inc. buscaban beneficiarse lo más que pudieran de nuestro trabajo, querían obtener grandes resultados en la pizca. Ese día Lucas estaba muy contento por la cosecha que realizamos.

Posteriormente retornamos a la casa de hospedaje, nos echamos una ducha y luego merendamos. A las 9:34 p. m., El Tío nos visitó en la casa, nos saludó y tomó asiento en una de las sillas de la sala. El motivo de su visita era para reacomodar a dos trabajadores cuyas edades oscilaban entre 19 a 21 años. Les dijo que recogieran sus cosas porque iban a cambiarse a otro lugar. Ellos trabajaban en el tianguis pero los iban a incorporar a la pizca de pepino; ambos estaban sorprendidos, pero eran órdenes del mayordomo general y tenían que acatarlas así que no cuestionaron su cambio.

Indagué a qué cuadrilla habían sido integrados los dos excompañeros de la casa, supimos que habían sustituido a dos personas que pertenecían al grupo de confianza de El Tío y que fueron incorporados en la pizca de calabacita. Anteriormente estuvieron pizcando pepino. Según la opinión de los contratados viejos era el lugar que les correspondía porque se lo habían ganado por su desempeño laboral y por su antigüedad.

Dichos contratados sabían cómo cortar bien la calabacita —una hortaliza muy delicada— y eso era muy valorado por los empleadores.

Al observar los movimientos estratégicos de El Tío me di cuenta de que era una persona muy sagaz para distribuir a sus trabajadores, siempre buscaba dar buenos resultados a sus empleadores y, desde luego, trataba de mantener la confianza, el respeto y la lealtad de los migrantes temporales.

Llevaba más de quince días empleándome como trabajador agrícola en Elba y a pesar del corto tiempo, los días se me hacían eternos, sentía que el tiempo no avanzaba como en México, cada día verificaba el calendario y contaba los días que me restaban de la temporada en EE. UU. Ya me había familiarizado con los contratados purhépecha, ya no me veían como un *extraño* porque me consideraban como parte de su comunidad. También me había adaptado a la comida y a los cambios de clima. Lo que sí se me complicaba aún era adaptarme al trabajo, o mejor dicho, sentía que no iba a salir adelante de la temporada. En Elba viví un momento crítico, no aguantaba más la fatiga, los dolores musculares eran insoportables, sobre todo el dolor de las rodillas y de la espalda.

En esos días pensé en *renunciar* al trabajo, no se lo comenté a ningún contratado ni al mayordomo, de hecho, ni a mi esposa se lo dije. A quienes se los comenté fue a mi asesor de tesis el doctor Gustavo López Castro, a mi lector de los seminarios de investigación, el doctor Casimiro Leco Tomás, profesor investigador de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y a un profesor de inglés y amigo del COLMICH, el maestro Paul Kersey Johnson. Les escribí en un correo electrónico sobre mi situación laboral y personal en NY, les describí los trabajos que había desempeñado, la dureza de los mismos y mi estado de salud. A los investigadores les pedí una sugerencia respecto a mi estancia.

Mi asesor de tesis me respondió que lo valorara y que si no me sentía capaz de continuar con mi estancia regresara a México, sobre todo si el problema era mi integridad física pero que esa decisión la tenía que tomar yo. El doctor Casimiro Leco fue más decisivo con su respuesta, él me contestó que tenía que concluir con la estancia porque yo estaba ocupando un lugar que quizás le correspondía a otro trabajador que

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

necesitaba el trabajo, por lo tanto, no debía *renunciar* y tenía que valorar el espacio que estaba ocupando. Ambas respuestas me pusieron a reflexionar, las analicé y llegué a la conclusión de que tenía que concluir a como diera lugar con la estancia. El maestro Paul Kersey me dio muchos ánimos y me dijo que me cuidara y que le echara muchas ganas, que lo que estaba haciendo no sólo era un compromiso académico sino también un reto personal, algo que quizás muchos investigadores —en formación y consolidados— no se atrevían a hacer por diversas razones, por lo tanto, debía aprovechar al máximo mi trabajo de campo porque iba a ser una experiencia única e irrepetible.

Comprar víveres, fatigado
domingo 2

El itinerario consistió en la compra de víveres para la semana. Nos levantamos a las 8:30 a. m., los contratados purhépecha depositaron en una bolsa negra o en un cesto de plástico la ropa que iban a lavar y el detergente. De la casa de hospedaje nos dirigimos a una lavandería en Albión, NY. El recorrido de Elba a Albión fue de quince minutos. Habitualmente los migrantes temporales lavaban su ropa, luego la secaban, y después acudían a comprar sus víveres. Otros aprovechaban el momento para ir a desayunar a una pizzería, al Burger King o a la tienda mexicana Los Lorenzos para degustar de unos tacos de bistec, de chorizo o al pastor (véase foto 18).

También era habitual que los contratados realizarán llamadas telefónicas por el celular a sus familiares durante el tiempo en que se lava y seca la ropa y mientras compraban los víveres. Otros acostumbraban visitar algunas tiendas de ropa y de calzado para ir viendo qué prendas comprarían en las próximas semanas. La administración que realizaban de sus ingresos los purhépecha era muy interesante porque no todos acostumbraban enviar dinero a México cada semana; había quienes ahorraban su dinero durante todo un mes, otros realizaban envíos cada quince días, mientras que otros compraban una o dos prendas, un

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

par de zapatos, un par de tenis, etcétera, con el propósito de no tener un gasto excesivo al final de la temporada y para retornar a su terruño con cierta cantidad de dinero.



Foto 18. A degustar de tacos: bistec, chorizo y al pastor.
Albión, NY, agosto de 2015

También había quienes usaban su efectivo para comprar lujosos celulares que llegaban a costar hasta 1,000 dólares, a veces realizaban una inversión inapropiada de sus ingresos, por ejemplo en la compra de bebidas alcohólicas. Cabe mencionar que durante mi estancia en Elba pude percatarme de que los migrantes temporales que se abstenían de comprar ropa, calzado, o algún aparato electrónico preferían enviar sus ingresos económicos a sus familiares. Dichas personas invertían sus remesas en la construcción de una vivienda, en la compra de un terreno o de un vehículo, la educación de sus hijos, la salud, para saldar alguna deuda, para la cooperación de una fiesta familiar, una boda o un bautizo, entre otros.

Ese día los contratados se quejaban bastante de los calambres que sentían en los pies, caminaban como si estuvieran cojeando o, mejor

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

dicho, no podían caminar normalmente debido a los intensos días de trabajo. Yo francamente no podía caminar mucho, cuando me quería agachar se me dificultaba bastante por los calambres y por el dolor muscular del cuerpo. La mayoría de los que pizcábamos ya habíamos bajado de peso, no sólo por el desgaste físico en el trabajo sino también por la mala alimentación y por el clima.

Alrededor de la 1:40 p. m., cuando terminamos de lavar la ropa, de desayunar y de comprar los víveres fuimos a la tienda Monte Albán. El recorrido de Albión a la tienda duró cuarenta minutos. La tienda se encontraba a la orilla de una carretera —Medina, NY— que conducía hacia Batavia. En dicha tienda los purhépecha enviaban su dinero a México, comúnmente depositaban en Bancomer y en Wester Union. Este último compraba el dólar a un mejor precio. Por cada envío que realizaba un contratado a México se le cobraban 10 dólares. La cajera de la tienda le entregaba al depositante el código o la numeración a través de la cual se podía retirar el dinero del banco en México. En Monte Albán también acostumbraban comer tacos y quesadillas, realizaban la compra de especias, tortillas, salsas y demás productos mexicanos. De dicha tienda nos retiramos a las 3:20 p. m. y nos dirigimos a Batavia; el recorrido duró treinta minutos.

En Batavia acostumbrábamos ir a un Walmart para comprar ropa de trabajo y complementar la compra de víveres, había ahí varias tiendas comerciales que manejaban una gran variedad de productos. Los trabajadores agrícolas acudían a dichas tiendas para comprar vestido, calzado, o algún aparato electrónico. En algunas ocasiones varios solían ir a comer a algún restaurante ya fuera de comida china o anglosajona.

Después de realizar las compras en Batavia regresamos a Elba, a las 5:20 p. m. Al llegar a la casa bajamos nuestros víveres del bus, luego cada quien organizó sus cosas, nos pusimos a descansar, cenamos, y después alistamos el lonche para el siguiente día. Por la noche los contratados acostumbraban hablar por teléfono a México, para pasarle la clave del envío a un familiar, para informarse sobre lo que acaecía en el terruño, sobre cuestiones familiares, comunales, etcétera. Yo realizaba algo similar además de que escribía mis notas de campo. En términos

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

generales el domingo no era un día de descanso como tal porque era fastidioso viajar, lavar la ropa y comprar los víveres, a la casa de hospedaje regresábamos muy cansados y estresados.

Trabajamos hasta medio día
lunes 3

En la casa de hospedaje se realizó el reacomodo de un trabajador que tenía una amplia trayectoria laboral en la migración contratada. Lo cambiaron porque se encontraba muy retirado de sus compañeros. El reacomodo de trabajadores era una cuestión que realizaba El Tío de manera estratégica, aunque él mencionaba que los movimientos se daban por solicitud de los empleadores. El cambio de trabajadores se dio también en la planta baja y en la casa de al lado. Las personas que cambiaron habían pizcado pepino en las últimas semanas y los iban a integrar en la pizca de calabacita, un trabajo que realizaban año tras año, así que sólo estaban reacomodándolos al lugar que les correspondía, además de que formaban parte del grupo de confianza del mayordomo general. En efecto, se creó una nueva cuadrilla para el corte de la calabacita, había mucha demanda de esta verdura y no se estaba dando abasto para cubrir las solicitudes del mercado. Era muy importante cosechar a tiempo la calabacita porque es una hortaliza muy delicada que si no se corta a tiempo se malogra.

El Tío nos llevó a un campo agrícola de calabacita. A la orilla de los surcos estacionó el bus, bajó a supervisar el desempeño laboral de los contratados, les dio unas instrucciones a los encargados y se retiró del lugar. Después nos llevó a otro predio donde tres cuadrillas esperaban a que dieran la orden para iniciar con la cosecha de pepino.

Lucas llegó a las 6:30 a. m., inmediatamente checó las tarjetas de las cuatro cuadrillas, excepto a dos personas que no llevaron sus tarjetas. No se les dio la oportunidad de trabajar porque desde el primer día que firmamos el contrato de trabajo se nos advirtió de las consecuencias de no traerlas. Durante el curso del día dichas personas estuvieron en

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

el bus tristes y pensativos, sólo observaban el desempeño laboral de los trabajadores agrícolas, evidentemente que estaban molestos porque no iban a obtener el mismo pago semanal que los demás integrantes de la cuadrilla. Tuvieron que resignarse, no hicieron nada para convencer al mayordomo y al empleador para que les dieran la autorización de trabajar debido a que las reglas estaban claramente definidas, por lo tanto, no les quedó otra opción más que esperar hasta que concluyera la jornada.

En el *field* me percaté de que ya se había realizado la primera pasada de pizca porque no había mucho pepino, las ramas estaban secas y pisoteadas en ciertas partes de los surcos. La mañana estuvo muy nublada, cerca de las 10:50 a. m. comenzó a llover, para mi fortuna y de otros contratados nuevos, nos llamaron para que fuéramos a realizar el trámite del seguro social. A esa hora pasó por nosotros Sammy, un trabajador mexicano de confianza de la compañía de aproximadamente 50 años que dominaba los dos idiomas, inglés y español. Su trabajo en la compañía consistía en trasladar sanitarios portátiles cotidianamente a los distintos campos de cultivo. Ese día realizó la función de chofer y traductor; nos llevó en un bus pequeño a ocho contratados nuevos a la ciudad de Batavia, ahí llegamos a unas oficinas donde se nos tramitó el seguro social.

En la sala de espera de la oficina nos esperaba la patrona Molly, ella había llevado en su vehículo a otros dos *repolleros*. Molly tenía los documentos de cada trabajador: formatos, copias de las visas, pasaportes y otros documentos que teníamos que firmar. Luego tomó de una máquina nuestros turnos, en la oficina nos fueron llamando. Después Sammy pasaba con cada contratado para traducirnos al español lo que decían los documentos y dónde teníamos que firmar. Cuando me tocó el turno me atendió una persona que hablaba español, me quitó el pasaporte, la visa y los documentos que me había dado Molly. Luego me preguntó si anteriormente había estado en EE. UU. y si había recibido algún apoyo estatal o federal por parte del gobierno norteamericano, le contesté que no. Al momento de realizarme las preguntas la encargada de la oficina iba capturando la información en una base de datos, el

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

interrogatorio duró dos minutos, después me entregó una hoja para que verificara mis datos personales, al confirmarle que estaban correctos imprimió un documento que no alcancé a leer porque Sammy pedía que inmediatamente se lo entregáramos a la patrona. Estuvimos en esa oficina durante aproximadamente cuarenta minutos.

Cuando regresamos al *field* los contratados ya habían terminado con la cosecha y se encontraban en la hora del lonche. La lluvia había pasado, el cielo se había despejado y los rayos del sol comenzaron a expandirse por todo el campo agrícola. Al reintegrarnos pasamos al bus por nuestras loncheras y comimos. En ese momento El Tío pasó a cada cuadrilla para tratar el asunto de las tarjetas. Cuando llegó a la nuestra nos llamó la atención respecto a dichas tarjetas, insistió en que lo primero que teníamos que echar en la lonchera era la tarjeta y luego los víveres para que no se volviera repetir lo acaecido. Enfatizó sobre lo importante que era llevar la tarjeta al trabajo porque sólo a través de dicha tarjeta se podían contabilizar y registrar las horas trabajadas y ese asunto no le competía a él sino a cada trabajador. Señaló que lamentaba que las dos personas castigadas no hubieran podido trabajar pero que él no podía hacer nada al respecto. Luego se retiró.

Después de la hora del lonche esperábamos que nos llevaran a trabajar a otro lugar pero no fue así porque Lucas dio por finalizada la jornada laboral. Regresamos a la casa de hospedaje a la 1:05 p. m. El Tío nos dijo que descansáramos lo más que pudiéramos para estar listos al día siguiente porque iba a pasar muy temprano por nosotros. Hubo varios tipos de comentarios con lo sucedido. A algunos migrantes temporales no les agradó que nos hubieran sacado tan temprano del trabajo porque para ellos trabajar pocas horas al día no era redituable. Otros decían que ya se sentían muy cansados y que consideraban oportuno descansar el resto del día para reponerse del desgaste físico. Yo me sentía muy cansado y celebré el medio día de descanso. Me dormí para reposar. La mayoría de los compañeros hizo lo mismo, luego se bañaron, comieron, y prepararon el lonche para el siguiente día. Los tres contratados que se empleaban en la pizca de calabacita llegaron a las 7:20 p. m., se notaban muy fatigados; después de dejar que sus cuerpos se enfriaran se echaron

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

una ducha, luego cenaron y prepararon su lonche. Yo aproveché la tarde noche para entablar algunas pláticas informales, para avanzar con mis notas y para realizar mi diario de campo.

*No todos ganamos lo mismo
martes 4*

Salimos de la casa a las 5:40 a. m., nos tocó ir a un campo agrícola a la salida de Elba, rumbo a Batavia. Ahí habíamos pizcado en dos ocasiones y ese día realizamos la tercera pasada. Travis nos checó las tarjetas a las 6:15 a. m., luego comenzamos con la pizca, pero no había mucho pepino lo que no significaba que fuera más sencillo el trabajo, al contrario, era más cansado y tedioso porque teníamos que cargar y arrastrar el cesto de plástico hasta que lográramos llenarlo para luego vaciarlo al guayín, lo cual implicaba un mayor esfuerzo.

Travis nos supervisó hasta el mediodía, El Tío estuvo todo el día y se encargó de conducir, junto con otros dos tractoristas purhépecha, un tractor con el cual remolcaba los guayines cargados de pepino. A pesar de que había sido la tercera pasada cada cuadrilla logró llenar tres guayines y medio; concluimos con la pizca a las 2:20 p. m. Cuando estábamos a punto de trasladarnos a otro lugar unos contratados viejos le preguntaron a El Tío por qué el día anterior no habíamos continuado con la pizca. Dijo que fue porque iban a fumigar. En Elba nunca nos tocó ver cómo fumigaban, pero lo hacían antes de que se realizará la cosecha. Yo siempre observé que cada que cortábamos el pepino había un color blanco en las plantas y en las ramas, nunca alcancé a percibir un olor en específico, aunque era muy parecido al de un plaguicida. El color blanco lo observé en todos los campos agrícolas que nos tocó trabajar, de ahí la insistencia del mayordomo de que usáramos las botas de plástico por la mañana, por su experiencia sabía que era importante que nos protegiéramos.

Creímos que también nos iban a descansar al concluir la cosecha. Los migrantes temporales señalaron que quizás la razón por la que no

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

nos estaban llevando a realizar la segunda pasada era por la falta de lluvia. Según ellos, los empleadores eran muy selectivos con el pepino así que procuraban que pizcáramos el que más se comercializaba en el mercado estadounidense, que no era ni el más pequeño ni el más grande sino el de tamaño mediano.

Para continuar con la jornada nos llevaron a otro predio que habíamos pizcado una semana antes; el lugar era donde pasaba el tren, ahí estaban dos cuadrillas más pizcando y con nuestra incorporación éramos tres. Pero faltaba una porque eran cuatro las cuadrillas que cosechaban pepino en Elba. El Tío nos comentó que se estaban empleando en otra actividad y que salían del trabajo entre cinco a siete de la noche. Esa información incomodó a varios porque según ellos no era justo ya que no resultaba redituable trabajar pocas horas al día; así el pago que obtenían a la semana apenas si les alcanzaba para cubrir los gastos de la comida y de los víveres, por lo tanto, era muy poco lo que quedaba para enviar a México. En efecto, pude percatarme de ese asunto y corroborar que no todos los migrantes temporales que participaban en el programa de visas H₂-A, aun migrando al mismo lugar y empleándose con la misma compañía percibían los mismos ingresos. Como he señalado, había contratados purhépecha que se empleaban en trabajos menos arduos y que laboraban más horas al día, por consiguiente, obtenían mayores ingresos. Pero había otros que se empleaban en los trabajos más difíciles, trabajaban menos horas y recibían menores ingresos, de ahí la disputa por querer formar parte de las cuadrillas que recibían los mejores pagos.

El pago en Torrey Farms Inc. no era uniforme. La inconformidad que manifestaban los pepineros lo hacían con justa razón, porque eran los más explotados y los que menos ingresos percibían a la semana. Hubo semanas que sólo llegamos a recibir pagos que oscilaban entre 300 a 400 dólares y esos ingresos se invertían en la compra de comida, líquidos, viáticos y ropa, por ende, sólo nos restaban entre 100 a 200 dólares que no eran suficientes para enviar a México. A los trabajadores que ganaban entre 600 y hasta 1,000 dólares, les restaba suficiente dinero para enviar a México a sus familiares; el envío lo hacían por lo regular cada

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

semana o cada quince días. Los que cosechábamos pepino teníamos que ahorrar lo suficiente para realizar un envío de dinero al terruño cada quince o veintidós días.

Como a las 3:40 p. m. llovizó por un lapso de quince minutos, lo único que hicimos fue cubrirnos con nuestros impermeables y bolsas negras, nadie se rehusó a seguir pizcando, todos continuamos con el corte de pepino. Terminamos de cosechar a las 4:40 p. m., a esa hora Travis dio por finalizada la jornada laboral. Posteriormente retornamos a la casa de hospedaje, dejamos que nuestros cuerpos se enfriaran un poco, luego pasamos a echarnos una ducha, comimos y descansamos.

A las 6:20 p. m. llegaron a la casa los tres trabajadores agrícolas que se empleaban en la pizca de calabacita; por lo regular ellos regresaban a las 8:30 p. m. Según ellos llegaron temprano porque Travis los vio muy agotados y decidió que terminaran con la jornada del día. Mencionaron que era necesario que descansaran porque habían tenido días intensos de trabajo y estaban muy fatigados. Laborar en Elba más de diez horas y con una sola comida en el día no contribuía a que lográramos mantener el mismo ritmo de trabajo cotidianamente. Las prolongadas jornadas incidían en nuestra integridad física.

En las casas los purhépecha acostumbraban navegar por internet, chatear en Facebook a través de sus celulares, ver alguna película o distintos videos en la web por la tarde y por la noche. Era la única distracción que tenían después del trabajo porque no se podía salir a caminar en las calles de Elba para evitar problemas, además no estaba autorizado. Aparte de surtir los víveres el domingo era el único día que íbamos al campo de futbol o a la cancha de básquetbol. Otros establecían conversaciones con los contratados purhépecha de la casa de al lado o de la planta baja, otros llamaban por teléfono al terruño. Los que se sentían muy cansados o adoloridos del cuerpo se untaban pomadas en la espalda, en los pies, en las rodillas, o dormían temprano para reponerse. Yo escribía mis notas de campo, observaba lo que hacía cada contratado, en ocasiones hablaba por teléfono con mi esposa o con algún compañero del Colegio, luego me untaba Icy-Hot en las rodillas y en la espalda donde regularmente padecía mis dolencias.

Junior: un contratado nuevo
miércoles 5

Hoy salimos de la casa al trabajo, a las 5:25 a. m. El campo agrícola que nos tocó pizar era enorme, medía alrededor de cinco hectáreas. Lucas nos checó las tarjetas y luego le dio instrucciones al mayordomo sobre cómo íbamos a proceder. Había mucho pepino, las cuadrillas no tardaron en llenar los primeros guayines. El ritmo en la pizca era muy acelerado, tal y como le gustaba al empleador. Sudábamos de manera intensa a pesar de que hacía viento. Cuando terminamos de llenar el tercer guayín se nos acercó El Tío un poco molesto y dijo que tuviéramos mucho cuidado con echar al guayín una víbora o cosas no permitidas porque a los empleadores no les agradaba ese tipo de actos. Lo dijo porque un trabajador agrícola —nunca se supo quien fue— echó una pequeña víbora muerta a un guayín en días pasados. Señaló que afortunadamente un contratado viejo que se encargaba de empacar pepino la encontró y le comentó. Desde luego, esa información disgustó al mayordomo porque si los empleadores se hubieran percatado lo más probable es que despidieran a la cuadrilla. En la plática insistió en que no nos atreviéramos a realizar esas acciones ni de broma ni por juego, porque los empleadores podrían despedirnos de la compañía. Al escuchar sus sugerencias los migrantes temporales estuvieron atentos a sus indicaciones, nadie dijo nada, todos se quedaron pensativos.

Durante el corte de pepino, El Tío se le acercó a un contratado nuevo que iba a mi lado de nombre Luis, le decíamos Junior, tenía 23 años y era la primera vez que acudía a Elba. Anteriormente había migrado con la visa H2-B al estado de Carolina del Norte y se había empleado en el trabajo de jardinería o de la *yarda* como también le llaman. Se le acercó porque Junior no avanzaba rápido en la pizca y a veces no cortaba todo el pepino que había en el surco. El Tío le puso la muestra a Junior de cómo tenía que pizar bien y rápido. En ese momento observé la gran pericia que tenía El Tío para pizar, él no era muy alto de estatura ni muy

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

corpulento, pero tenía una habilidad envidiable para cortar el pepino. Cuando terminó de darle los tips a Junior se pasó a mi surco; pensé que iba a llamarme la atención, pero no, más bien me ayudó a pizcar por un lapso de diez minutos, lo que me dijo fue: “agarra con las dos manos todos los pepinos que puedas recoger para que llenes más rápido el cesto, sólo de esa manera vas a avanzar más rápido”. Debo señalar que, de la cuadrilla, Junior y yo éramos los que pizcábamos más lento, no sólo por ser nuevos sino porque también nos hacía falta la práctica y, desde luego, aprender las “mañas”. La mayoría de los compañeros contaba con experiencia en la cosecha, excepto nosotros dos.

Durante el tiempo que estuvo El Tío en mi surco aproveché la cercanía y la confianza que me iba brindando para realizarle algunas preguntas: “Tío, ¿cuántos años tienes? y me contestó sonriendo: “como 48 años, pero me siento como de 15”. Le hice la pregunta con la intención de que me dijera cuántos años había trabajado en EE. UU., y me contestó:

tengo 22 años trabajando por acá en varios lugares, con distintas personas ‘buenas’ y ‘malas’ y en diferentes climas, pero la clave está en la mente, sólo es cuestión de mentalizarse, proponerse que uno puede, no tratar de copiar al otro sino ser uno mismo, si vas a copiar a alguien, que sea lo bueno y no lo malo, con eso se puede. —Esas cultas palabras eran consejos que a través de la experiencia él había experimentado y vivido como migrante—.

Ese breve momento fue significativo para mí porque por primera vez sentí que poco a poco le daba confianza, ya me consideraba como uno de ellos, no como un *extraño*, ni como un estudiante, mucho menos como un investigador. Cuando comenzó a hablarme de sus años de trabajo quería que me contara su historia de vida como migrante, pero no me precipité a preguntarle más cosas porque no era el momento oportuno; él era una persona muy ocupada en Elba, por lo tanto lo que hice fue esperar, ser muy cauteloso con mis preguntas porque tenía la esperanza de que en algún momento me iba a platicar sobre su trayectoria laboral, sólo era cuestión de tiempo, de brindarle mayor confianza y desde luego desempeñarme de la mejor manera en el trabajo. Cabe mencionar que la

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

orientación que les daba El Tío a los migrantes temporales, sin maltratarlos, era una de las características que lo distinguía de los otros mayordomos mexicanos y anglosajones que trabajaban en Torrey Farms Inc.

Volviendo al caso de Junior, aunque tenía experiencia como migrante contratado nunca había migrado con la visa H2-A. Le pregunté las diferencias de emplearse en la *yarda* y en el trabajo agrícola y no dudó en contestarme que no se podían comparar ambos trabajos; es decir, para Junior la cosecha era un trabajo muy difícil a diferencia de la *yarda*. Aproveché el momento para preguntarle por qué migraba si era muy joven y hasta qué grado había estudiado. Señaló que lo hacía por necesidad y porque en México no tenía un empleo bien remunerado. Luego mencionó que logró concluir la preparatoria y que estudió un año la licenciatura en Derecho, pero tuvo que desertar por motivos personales, después contrajo matrimonio, y por ende tenía que sostener económicamente a la familia.

Nuestro desempeño laboral fue muy bueno, le echamos muchas ganas a la pizca. Como había mucho pepino, los guayines se llenaban muy rápido, cuando eso sucedía el empleador quedaba muy satisfecho. Antes de la hora del lonche cada cuadrilla llenó cinco guayines. Para entonces ya estábamos agotados, por dentro pedíamos a gritos la hora del lonche, el cuerpo exigía fuerzas y el hambre era insoportable. Una cosa que me llamó la atención fue que los horarios se respetaban tal y como estaban establecidos, es decir, no porque cosecháramos más pepino se nos adelantaba la hora del lonche, siempre fue a la hora establecida, a las 12:00 p. m., hora en la que solíamos estar muy hambrientos y agotados.

El clima nos favoreció un poco porque el viento nos ventilaba. Como a las 3:20 p. m. comencé a sentir un fuerte dolor en las rodillas y en la espalda, los purhépecha me decían que era por el viento y por el frío. A pesar de mis dolencias tuve que continuar con el corte de pepino, a esa hora todos estábamos extenuados, pero teníamos que continuar hasta las 6:00 p. m.

La cosecha fue muy fructífera porque cada cuadrilla llenó diez guayines. Entre las cuatro llenamos cuarenta, con el trabajo que realizamos los empleadores y el mayordomo se veían muy contentos. Pero nosotros

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

terminamos exhaustos, los compañeros me dijeron que había superado la prueba y que era muy probable que saliera adelante de la temporada, yo les respondí que aún faltaban varios meses y que tenía que superarlos obligadamente porque no tenía otra opción.

En palabras de los contratados la jornada laboral del día fue *criminal*. En el bus de regreso a la casa de hospedaje la mayoría iba en silencio, unos iban escuchando música en sus auriculares y otros se quedaron dormidos. Yo iba muy pensativo porque no podía creer el tipo de explotación que sufrían los purhépecha, hacía muchas conjeturas respecto a las secuelas que iban a tener a la postre por el desgaste físico, por el traspaso en la hora de la comida, por la exposición a climas adversos y por el consumo de bebidas energéticas y analgésicos, entre otros.

En la casa algunos compañeros no quisieron echarse una ducha por la fatiga. Durante la comida ni apetito teníamos, sólo comíamos por comer porque teníamos que reponernos para el día siguiente. Yo apenas si pude escribir mi diario de campo, lo único que quería era descansar y reponerme lo más que pudiera.

*Enfermos y cansados, pero pizcando
jueves 6 y viernes 7*

Terminé tan agotado del trabajo que no tuve suficientes fuerzas para plasmar mis notas de campo, específicamente, el día jueves. Tuve la intención de hacerlo, recordaba todo lo que habíamos pasado en el campo agrícola pero mi cuerpo y mi mente no daban para más. El jueves comenzamos a trabajar a partir de las 6:30 a. m. y terminamos hasta las 5:00 p. m. Llegué destrozado físicamente a la casa de hospedaje, dejé enfriar un poco mi cuerpo para echarme una ducha, luego comí, prendí la laptop con la intención de escribir mis notas y reflexiones. Fue todo lo que recuerdo de esa noche porque me quedé dormido en la litera con la laptop encendida.

Cerca de la 1:40 a. m. me desperté como sonámbulo, las luces de la sala estaban apagadas, todos dormían y roncaban. Lo único que hice

fue apagar mi laptop, fui a la cocina a enfriar en el refrigerador tres botellas de agua, tres refrescos de lata, un suero y dos Gatorade, después guardé mi laptop en la mochila; por la fatiga no tenía ni la intención de continuar con mis notas de campo porque me dolía todo el cuerpo: la espalda, los pies, las rodillas, además tenía mucho sueño, lo que más me preocupaba era el fuerte dolor en las manos —algo que no me había pasado—, no podía mover bien mis dedos. Al momento de acostarme se me dormían los brazos y las manos así que me apliqué Icy-Hot en todas las partes en que tenía dolor y me tomé una pastilla Flanax para el dolor muscular. Luego me dormí con el objeto de reposar lo más que pudiera porque las jornadas laborales estaban siendo muy arduas.

El viernes por la mañana me puse a reflexionar sobre qué era lo que había propiciado el dolor de las manos porque desde que había llegado a Elba me había empleado en tres tipos de trabajos y no me había sucedido eso. Varios compañeros me habían anticipado sobre los padecimientos en la cosecha. Una de mis suposiciones era que cuando pizcábamos por la mañana nos mojábamos las manos porque las ramas siempre estaban húmedas, por eso usábamos guantes, pero aun así los guantes no podían impedir que el agua penetrara hasta los dedos. Cuando llenábamos un guayín por las mañanas, aprovechábamos el breve lapso de descanso, de tres a cinco minutos para enderezar la espalda y quitarnos y exprimir los guantes. Conjeturé que el dolor de las manos se debía a que nos mojábamos y secábamos constantemente las manos por la mañana.

Un trabajador agrícola temporal en Elba no podía quejarse ante el mayordomo o ante el empleador sobre un malestar físico porque había el temor a ser descansado, a ser retornado, y a no volver a ser considerado para la próxima temporada. Durante mi estancia, hasta esas fechas, no había escuchado a nadie quejarse directamente con el mayordomo sobre un malestar físico, aunque sí me tocó ver a varios migrantes temporales que trabajaban con gripe, tos o resfriado y que se quejaban del dolor de espalda, rodillas, pies, manos, cabeza y de los dientes; lo único que hacían era tomarse algunas pastillas para calmar el malestar. Todos sabían —o al menos eso fue lo que percibí— que a los empleadores

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

no les agradaba tener en Elba trabajadores enfermizos, ni mucho menos que estuvieran descansando por algún problema de salud, lo que ellos querían era vernos a diario sanos y fuertes, que tuviéramos la suficiente resistencia física y mental para concluir eficientemente las jornadas laborales.

Al conocer y aceptar el contexto en el cual tenía que sobrevivir tuve que aguantarme el dolor de las manos, no me quedó otra opción más que continuar con la cosecha. En Elba cubrirse las manos por las mañanas era esencial y necesario. El dolor intenso de las manos me sirvió para comprender por qué la mayoría de los contratados compraban cada fin de semana varios paquetes de guantes de plástico y de piel; no sólo era para evitar que las manos se lastimaran sino también para protegerse lo más posible del agua. Los guantes cumplían varias funciones, por eso los migrantes temporales los usaban en los distintos trabajos, eran indispensables. Por ejemplo, cuando me empleé en el corte de zacate noté que los guantes se desgastaban a los tres días porque teníamos mucho contacto con la tierra al momento de arrancar la maleza en los plantíos de cebolla. En la pizca de pepino el desgaste de los guantes era aún mayor porque se mojaban, se secaban, y en ocasiones se espinaban con las ramas, por lo regular nos duraban dos días.

En el *field* continuamos pizcando lo que no terminamos el día anterior. Estábamos las cuatro cuadrillas, éramos más de 70 personas. Terminamos de trabajar a las 2:10 p. m., muy cansados porque pizcamos de manera muy acelerada. Nuestra cuadrilla cosechó ocho guayines, sumando lo que hicieron las otras tres llenamos treinta. El trabajo que desempeñamos fue muy eficiente.

Cuando nos dirigimos hacia el bus, vimos los guayines que habíamos pizcado; y aún no se habían llevado cinco a la bodega de la compañía. El Tío se me acercó y me dijo: “Jesús —confundía mucho mi nombre y me llamaba así—, mucho pepino verdad”, le contesté: “sí Tío” —era como le llamábamos la mayoría por respeto—. Aproveché para preguntarle si sabía cuánto pepino contenía un guayín, me dijo que entre tres a cuatro toneladas y agregó: “cuando hay mercado les va bien a

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

los patrones, pero cuando no hay pues no porque lo tienen ahí y se les echa a perder”.

Después nos cambiaron a otro predio que ya habíamos cosechado anteriormente en dos ocasiones, le dimos la tercera pasada. No había mucho pepino, aun así, Lucas quería que pizcáramos todo lo que hubiera sin importar el tamaño, no quería que se desperdiciara nada, así que tuvimos que recoger todo el pepino. El calor estuvo muy intenso, cerca de las 4:15 p. m. todos estábamos exhaustos por el desgaste físico de la mañana; los gestos, los gemidos, los actos de refunfuño y el silencio evidenciaban la fatiga, yo trabajaba por trabajar, ya no tenía fuerzas, hice todo mi esfuerzo para continuar con el corte de pepino.

A las 5:00 p. m. finalizó la jornada laboral, en cuanto nos dijo El Tío: “a casa”, todos nos alegramos, sentimos un respiro y un alivio, difícilmente íbamos a aguantar más horas trabajando; el hambre era insoportable, ya no teníamos vigor para continuar con la cosecha. Al subir al bus los purhépecha tomaron su asiento.

El viernes iniciamos el trabajo a las 6:30 a. m., regresamos al *field* que no concluimos para realizar la tercera pasada, sólo estuvimos tres cuadrillas. Ahí terminamos el corte de pepino hasta la hora del lonche, luego nos pasaron a otro predio al que el lunes le habíamos dado la segunda pasada y le dimos la tercera.

Alrededor de las 2:45 p. m. sucedió un incidente; vimos a lo lejos una riña entre dos personas, se dieron algunos empujones y se insultaron, pero al poco tiempo los separaron. No supimos por qué se dio el altercado, pero conjeturé que había sido por algún desacuerdo en la pizca. Si bien he mencionado que los contratados purhépecha solían apoyarse en el trabajo, pero también llegaban a presentarse discusiones e inconformidades porque había quienes no llegaban a cortar todo el pepino que les correspondía pizcar en su surco, por ello avanzaban más rápido y le dejaban más trabajo a los compañeros que iban al lado.

La jornada laboral concluyó a las 4:45 p. m., luego regresamos directamente a las oficinas de la compañía por el pago de la semana. Al igual que en otras ocasiones, El Tío nos entregó un sobre blanco con el pago que le correspondía a cada trabajador, después firmamos el

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

documento de recibido. De las oficinas de la compañía regresamos a la casa de hospedaje. Todos guardamos el dinero, nos echamos una ducha y esperamos a que llegará la señora que nos preparaba la comida y el lonche quien llegó a las 7:00 p. m., le dejó a cada contratado en dos recipientes de unicel su comida y su lonche, y luego le pagamos 90 dólares por persona.

A las 8:40 p. m. llegó a la casa el señor Javier, a quien comisionó El Tío para que reuniera la cooperación de 150 dólares que iba a aportar cada trabajador agrícola por el motivo de la compra de los vitrales para la iglesia de Comachuén. Todos aportamos la cantidad de 50 dólares, nos restaban 100 dólares más para cubrir la cooperación total de los vitrales. El señor Javier nos anticipó que iba a pasar cada quince días por la cooperación hasta que lográramos cubrir los 150 dólares, cantidad que se acordó cooperar. Finalmente, los migrantes temporales pusieron a enfriar las bebidas para el siguiente día, yo ordené mis notas y escribí mi diario de campo.

*De un field a otro y la Feria en Elba
sábado 8*

Nos tocó cosechar en un campo agrícola ubicado en una de las salidas de Elba, rumbo a Batavia. Ahí pizcamos dos cuadrillas a partir de las 6:40 a. m. hasta las 2:00 p. m. Ese día no sentí muy ardua la jornada porque a pesar de que había mucho pepino no eran muchas las ramas en los surcos y esto me ayudó a avanzar más rápido.

La compañía Torrey Farms Inc. no sólo se dedicaba a la producción agrícola y de leche sino también de ganado, forraje y miel. Era considerada en el sur de NY como una de las compañías más competitivas en el mercado, sus productos se comercializaban a lo largo y ancho de los EE. UU. En Elba y en sus alrededores tenía un prestigio importante, no sólo por la producción agrícola sino por el poder económico y adquisitivo de la compañía; contaba con una vasta cantidad de tierras de cultivo, con un número significativo de camiones de carga, camionetas, buses,

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

tractores, guayines, maquinaria pesada para el trabajo agrícola, casas de hospedaje y empacadoras; incluso poseían su propio combustible. Esto último era muy importante para los empleadores porque evitaban demoras en el trabajo. Lucas y Travis acostumbraban llevar el combustible en sus camionetas cuando iban a supervisarnos a los campos agrícolas, cuando algún tractor se quedaba sin combustible inmediatamente se lo suministraban para evitar contratiempos en la pizca.

Al lado del *field* había un establo con más de cien cabezas de ganado; desde luego ganado fino. Cuando nos acercamos a observar el establo del ganado, los contratados viejos me dijeron que eran de la compañía, mencionaron que ese no era el único establo que tenía porque había otros más, y que quizás los podría conocer más adelante.

Como he señalado, Torrey Farms Inc. no sólo se encargaba de la producción sino también de la comercialización de sus productos. Durante mi estancia en Elba, desde la casa de hospedaje, que estaba a unos 600 metros de distancia de las bodegas de la compañía, pude observar cómo salían regularmente los fines de semana varios trailers con los productos que cosechaban los contratados purhépecha: repollo, calabacita, pepino y ejote.

Volviendo con la jornada de trabajo, cuando terminamos de cosechar, El Tío nos llevó a un predio de repollo que estaba a diez minutos de distancia. En dicho *field* nos pidió que bajáramos nuestras loncheras porque él se iba a ir con el bus a otro lugar. La indicación que nos dio fue que cortáramos toda la maleza que había alrededor de cada repollo, no quería que dejáramos nada porque eso impedía que el repollo creciera bien y eso les disgustaba a los empleadores.

El predio de repollo era enorme (véase foto 19), medía como cinco hectáreas. El objetivo era arrancar toda la mala hierba. Una cosa que si nos advirtió El Tío era que nos pusiéramos las botas de plástico y que usáramos los guantes porque al campo agrícola se le habían aplicado agroquímicos en días pasados. En efecto, en los surcos de repollo había un líquido blanco que podía causarnos comezón o alguna alergia. A esa hora el calor era insoportable, a pesar de ello tuvimos que usar las botas de plástico por las precisas instrucciones del mayordomo.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola



Foto 19. A cortar zacate en el predio de repollo.
Stafford, NY, agosto de 2015

El corte de zacate parecía ser un trabajo sencillo porque todo lo que arrancábamos lo íbamos dejando a un lado del surco, en donde teníamos que depositarlo en dos botes que después vaciábamos en la orilla del *field*. Cortar la maleza de los plantíos no era tan arduo, aunque debíamos de soportar el olor del agroquímico; de hecho, en la medida que avanzábamos con el corte noté que las botas de plástico estaban manchadas del color blanco del líquido, tal y como nos lo había anticipado el mayordomo general.

Como a las 5:00 p. m. la mayoría nos encontrábamos cansados, debíamos caminar entre 300 hasta 500 metros en cada surco. El Tío regresó a las 5:40 p. m., nos supervisó y ayudó por momentos a cortar el zacate; el objetivo era concluir con el trabajo solicitado por los empleadores.

La jornada laboral terminó hasta las 7:15 p. m.; a esa hora, estábamos exhaustos y con mucha hambre. Cuando regresamos a la casa de

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

hospedaje lo primero que hicimos fue comer, luego nos echamos una ducha. Yo me acosté por un momento en la litera porque tenía síntomas de resfriado, se me había tapado la nariz y lo que quería era reposar. A las 8:45 p. m. los contratados purhépecha me invitaron ir a la fiesta que se estaba realizando en Elba con motivo de la Feria de la Cebolla. Elba era considerada como la capital mundial de la cebolla; el ocho de agosto se celebraba dicha fiesta con un desfile alegórico, los agricultores desfilaban sus tractores y camiones adornados con cebollas. Ese día, cuando nos cambiaron al campo agrícola de repollo, como a las 2:25 p. m. pudimos ver poco del desfile, pero nos percatamos de que era un día de fiesta.

Sinceramente esa noche no tenía tantas ganas de ir a la feria, pero lo hice porque no quería ser un aguafiestas y buscaba seguir ganándome la confianza de los migrantes temporales, por lo tanto, no les quedé mal y acepté, además era sábado y al día siguiente no había que trabajar. Los contratados mencionaron que El Tío había dado la autorización para ir a la fiesta a quien deseara hacerlo. El evento se realizó a unos 400 metros de distancia de la casa de hospedaje así que nos fuimos caminando. Lo único que me pidieron los compañeros fue que llevara mi pasaporte y mi visa porque posiblemente habría una tocada y quizás podríamos asistir. Cuando llegamos al lugar había juegos mecánicos, puestos de comida para cenar, venta de juguetes, de aparatos, de ropa, etcétera; lo típico de una feria. Entre la multitud había mexicanos y anglosajones, desde luego un número importante de trabajadores agrícolas de Torrey Farms Inc.; sólo estaban los que se quedaban en las casas de hospedaje de Elba ya que los que se hospedaban en otros pueblos no tuvieron la oportunidad de asistir por la distancia.

Durante más de cuarenta minutos observamos lo que había en la feria; algunos contratados cenaron, compraron algún producto o una bebida. Otros aprovecharon el espacio para convivir con los *repolleros*, los *cebolleros* y con los *pepineros*. Después me invitaron ir a la tocada que se realizaba en un espacio cerrado. Los requisitos para entrar a la tocada eran realizar una cooperación de cinco dólares, tener veintidós años y contar con una identificación oficial. En el grupo que iba —éramos diez—, hubo tres jóvenes que no tenían los veintidós años por lo que no

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

se les permitió entrar, sólo entramos los que superábamos esa edad. Los tres jóvenes se quedaron con las ganas y tuvieron que regresar a la casa de hospedaje.

Las siete personas que logramos entrar a la tocada estuvimos en una mesa escuchando a un grupo de música country, luego subió al escenario un grupo de rock. Nunca identificamos el nombre de los grupos, lo cierto es que todas las canciones que cantaron ambos grupos fueron en inglés, por lo tanto, no entendíamos nada, sólo tratábamos de acompañar el ritmo de la música, observar todo lo que hacían los asistentes y más que nada distraernos. En la tocada habían entrado treinta purhépecha, como dije, algunos acompañaban el ritmo de la música, otros tomaban una cerveza Bud Light, fumaban, platicaban, la mayoría sólo observaba detenidamente lo que sucedía en el lugar.

Había más de doscientos asistentes en el espacio en donde se realizó la tocada, la mayoría anglosajones, no había muchos migrantes mexicanos que residieran en Elba. Los asistentes se deleitaban con la música, se embriagaban, fumaban, platicaban, reían, gritaban y bailaban. Los contratados estaban asombrados por el estilo de vida de los anglosajones. Cerca de las 10:30 p. m. El Tío llegó a la tocada, en ese momento los purhépecha que degustaban de una cerveza la escondieron y disimularon estar sobrios.

Como he referido, la función de El Tío en Elba iba más allá del rol de cualquier mayordomo, porque no sólo se encargaba de supervisarnos en el área laboral sino también en otros espacios de socialización. Esa noche, El Tío saludó a todos los contratados que nos encontrábamos en la tocada, a algunos de mano y a otros con un movimiento corporal. Observó discretamente todo lo que hacíamos. Sin duda su presencia cambió el comportamiento de los migrantes temporales porque no continuaron tomando sus cervezas, aunque si fumaban. Todos sabían que si el mayordomo general los veía embriagarse podrían tener serias consecuencias para su recontractación. Después de cerciorarse de quiénes estaban en la tocada El Tío se retiró y pidió que no nos demoráramos tanto en regresar a la casa. A las 11:40 p. m. yo y otras cuatro personas nos retiramos del evento; no me sentía bien físicamente, el resfriado se

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

me iba acrecentando, ni ganas tuve de tomarme una cerveza. Llegamos a la casa de hospedaje a las 11.50 p. m. me tomé dos pastillas para el resfriado y para el cuerpo cortado, una Neo-Melubrina y una Prodolina, luego me puse a escribir mi diario. Los demás compañeros regresaron una hora después, no llegaron ebrios; en cuanto se acostaron en sus literas se quedaron bien dormidos. Yo hice lo mismo porque el día siguiente teníamos que comprar los víveres de la semana y lavar la ropa.

*De compras, pero con resfriado
domingo 9*

No documenté a detalle en mi diario lo que realizamos ese día porque el resfriado me agotó física y mentalmente, aunque la rutina que llevamos a cabo fue similar a la de los otros domingos. Para controlar el resfriado me tomé varias pastillas Tylenol, luego compré los víveres de la semana y reposé en la casa de hospedaje durante la tarde y la noche con el fin de reponerme; era lo mejor. Mi resfriado se acrecentó más por la tarde, pensé en algún momento manifestarle al mayordomo general sobre mi estado de salud, pero no lo hice porque los compañeros me dijeron que a los empleadores no les agradaba que no trabajaran los contratados por un resfriado; sólo había excepciones, cuando la enfermedad o el problema de salud era de gravedad. Como dije, opté por no decirle al mayordomo sobre mi estado de salud, pero sabía que trabajar en las condiciones físicas en que me encontraba no me iba permitir tener un buen rendimiento en la pizca, sin embargo no había otra opción más que ajustarse a las exigencias de los empleadores.

*Pizcar adelante del tractor
lunes 10*

Salimos de la casa hacia el trabajo a las 5:30 a. m., El Tío nos llevó a un nuevo y enorme campo agrícola de pepino. Comenzamos a trabajar a

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

las 6.40 a. m., la demora se debió a que Lucas llegó hasta esa hora para chearnos las tarjetas. Después cada cuadrilla ocupó el espacio que iba a pizar. Una cuestión que no he enfatizado es que, en todas las cuadrillas, todos los días había una rotación en la fila del surco que le tocaba pizar a cada trabajador. Ese día me tocó ir adelante del tractor, ahí uno se sentía más presionado porque el ritmo de la pizca era más exigente debido a la presión que ejercía el tractorista. En otras palabras, tenía que ir más rápido para acelerar el ritmo de la pizca. Era complicado ir adelante porque con un descuido que cometiera el conductor podría lastimar al trabajador. Además, implicaba estar muy concentrado y pizar con toda la actitud.

El clima estuvo muy caluroso durante el día. La mayoría sudó bastante durante la pizca, a cada momento se quejaban del intenso calor que sentían en sus cuerpos. Como mencioné, ir adelante del tractor exigía un mayor esfuerzo, comandar el ritmo de la pizca en la cuadrilla no era nada sencillo, había mucha presión porque siempre se tenía que ir adelante de todos.

El desempeño que tuve en el corte de pepino fue muy exigente y casi agarré una víbora de color café —no era muy grande, medía como 15 cm de largo y una pulgada de ancho—, le pregunté al compañero que iba a mi lado ¿qué hago?, me dijo imátala!, así que agarré un pepino grande y traté de darle en la cabeza, pero no le atinaba, mejor me apoyé de mis botas de plástico, la pisé muy fuerte en la cabeza hasta matarla; lo sucedido me puso muy nervioso, pero tenía que continuar con la cosecha (véase foto 20).

Durante el curso del día tuve los síntomas del resfriado; no me sentía en condiciones de trabajar, pero no tenía que renegar ni mucho menos quejarme de mi estado de salud. Lo que hice fue *armarme* de valor y concentrarme únicamente en la pizca para no pensar en el cansancio y en el resfriado. Me hidraté, tomé bastantes líquidos —sueros y agua embotellada—, también varias pastillas (analgésicos) para controlar el resfriado y para retomar fuerzas cuando mi cuerpo se debilitaba. Yo no era el único que tenía problemas de salud, había otras tres personas que tenían síntomas de resfriado: cuerpo cortado, gripe, dolor de garganta y tos.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha



Foto 20. Una víbora en el field.
Barker, NY agosto de 2015

Como a las 3:40 p. m. se incorporaron otras dos cuadrillas. A las 4:20 p. m. cayó un fuerte chubasco, lo único que hicimos fue cubrirnos con los impermeables. El field se mojó tanto que apenas si podíamos caminar entre los surcos con las botas de plástico; la tierra se enlodó y eso provocaba que nos resbaláramos a cada momento. Todos nos empapamos, y los impermeables no pudieron evitar que nos mojáramos. A las 5:15 p. m. Lucas dio por terminada la jornada laboral, sin duda no tenía sentido continuar cosechando bajo esas condiciones climáticas porque no se podía avanzar mucho en la pizza, además había el temor de que los guayines y el tractor se atascaran en el lodo.

El Tío dio la orden de que dejáramos los cestos donde nos habíamos quedado. Al salir de los surcos cada cuadrilla se subió al bus para retornar a la casa de hospedaje. En mi cuadrilla todos nos quitamos la ropa mojada, la mayoría se puso una sudadera para calentar su cuerpo. Yo hice lo mismo, pero el resfriado se me agudizó aún más por los cambios drásticos

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

de clima. Cuando llegamos a la casa nos encontramos con los tres contratados que se empleaban en la calabacita, también a ellos los descansaron por el intenso aguacero que cayó en Elba y en sus alrededores. Ese día, los migrantes temporales comentaron que la mayoría de los que se empleaban en Torrey Farms Inc. no continuaron laborando, sólo lo hicieron los que trabajaban en las empacadoras de pepino, repollo y ejote. Llovió en Elba toda la tarde y toda la noche. A las 9:20 p. m. el encargado de la casa nos dio la indicación de que el día siguiente los pepineros y los calabaceros posiblemente no trabajaríamos en el horario habitual debido al mal clima, pero que por la mañana teníamos que estar al pendiente de alguna indicación que se nos diera. Al escuchar la información todos alistaron su lonche para el siguiente día y se durmieron.

Así teníamos que entrarle al jale
martes 11

Nos tocó ir a trabajar más tarde que en otras ocasiones, porque el día anterior llovió toda la tarde y gran parte de la noche. Nos levantamos a la 6:00 a. m., a esa hora el mayordomo le habló por teléfono al encargado de la casa y le dijo que él llamaría a un integrante de la cuadrilla para comunicarle sobre la hora en que iríamos a trabajar. A mí esa noticia me agradó completamente porque lo que quería era reposar debido a que no aguantaba el dolor de garganta y de la nariz. Por la mañana me tomé una Tylenol, Prodolina y Neo-Melubrina y me puse a reposar. La mayoría de los migrantes temporales se volvió a dormir y se levantaron hasta las 8:30 a. m. para desayunar. Yo hice lo mismo. Fue hasta las 9:25 a. m. cuando nos dieron la orden de ir al trabajo. No fuimos los únicos que entramos tarde, también lo hicieron los que iban al corte de calabacita, ellos entraron a trabajar a las 7:45 a. m., un poco más temprano debido a la demanda de calabacita que había en el mercado.

Nuestra cuadrilla se dirigió directamente al campo agrícola que no concluimos. Los buses no pudieron entrar a los surcos porque había mucho lodo, temían que se atascaran, los dejaron a la orilla del field. Ahí había

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

tres cuadrillas pizcando. Lucas supervisaba el corte de pepino, luego pasó con nosotros para chearnos las tarjetas y aprovechó para decirle al mayordomo general que quienes habían perdido sus tarjetas en días pasados tenían que pagar la cantidad de 7 dólares para su reposición.

Posteriormente todos nos dirigimos a los surcos y retomamos el lugar donde íbamos pizcando. Traté de entender por qué tuvimos que empezar a trabajar hasta esa hora. Suponía que una razón se debió a que toda la mañana estuvo nublada y parecía que iba a llover. Otro factor era que los empleadores querían que se secara un poco más la tierra puesto que en el pepino la tierra era muy blanda y querían evitar que los tractores se atascaran.

Todos llevamos nuestros impermeables al *field* porque creíamos que iba a llover, también nos llevamos puesta las botas de plástico que fueron muy útiles porque había mucho lodo en los surcos; había lugares donde nos tocó resbarnos y caer, pero nadie debía poner pretextos ni excusas para no laborar, como decían los contratados “así teníamos que entrarle al *jale*”. Yo seguía con mi dolor de garganta, al retomar el ritmo acelerado en la pizca sudaba y sudaba, tanto que hasta el resfriado se me olvidaba porque mi mente se centraba en realizar bien la pizca y en avanzar al ritmo de los demás. Me tocó cortar el pepino en el último surco (el número nueve) que tenía muchas ramas, lo cual no me permitía avanzar rápido; aunado a ello tenía que recorrer más metros para depositar el pepino en el guayín. Como a la 1:05 p. m. los rayos del sol se intensificaron y eso nos afectó porque nos deshidrataba. Había tanto pepino que llenábamos cada guayín en 35 a 40 minutos.

Cerca de las 4:40 p. m., estábamos agotados, el ritmo en la pizca había disminuido, el cansancio se podía percibir en el rostro de cada contratado; aun así, continuaban llegando más guayines, el mensaje del empleador era claro: la cosecha iba a continuar. Todos trabajábamos como podíamos con el objetivo de librar la jornada, cada quien buscaba sacar fuerzas de flaqueza. A esa hora la mayoría recurría a tomar sus bebidas energéticas, pastillas, refrescos de lata (Coca-Cola o Sprite), sueros, Gatorade, yogurt, etcétera, no sólo era para retomar fuerzas sino también para calmar el hambre, era la única manera de salir adelante del trabajo.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

A las 6:30 p. m. concluyó la jornada laboral pero no terminamos con la pizca porque el campo agrícola era muy grande y tenía bastante pepino. El Tío pidió que sólo dos cuadrillas dejaran sus cestos en el lugar en que iban. A nosotros no nos tocó dejar los cestos, al parecer nos iban a llevar a otro lado el día siguiente, por lo tanto, recogimos nuestros cestos y los subimos al bus.

Fuimos directamente a la tienda mexicana Monte Albán, el mayordomo general solicitó que nos hicieran unos uniformes de futbol para los que formábamos parte de su cuadrilla. Los domingos se estaba llevando a cabo en Elba un torneo de futbol soccer entre los cebolleros, los pepineros, los repolleros, los ejoteros y los empacadores; a nuestra cuadrilla le hacía falta un uniforme. La tienda de Monte Albán iba a patrocinarnos los uniformes debido a que éramos sus principales consumidores durante la temporada. Después, regresamos a la casa de hospedaje, llegamos tan cansados que lo primero que hicimos fue comer, luego pasamos a echarnos una ducha. Los trabajadores agrícolas que se empleaban en el corte de calabacita llegaron a las 8:40 p. m., en su rostro se podía apreciar la fatiga. A las 9:32 p. m. El Tío llegó sorpresivamente a la casa a decirnos que hiciéramos el aseo en todos los cuartos, sala, cocina y sanitario, porque el siguiente día iban a inspeccionar la casa unos supervisores del gobierno. Así que tuvimos que obedecer y entre todos realizamos el aseo, finalmente nos dormimos; pero antes yo me tomé otra pastilla para el dolor muscular, me apliqué mi pomada para el dolor de espalda, de manos y de rodillas, luego me puse a escribir el diario de campo en la laptop y me dormí hasta las 11:40 p. m.

*La comida del lonche no era suficiente
miércoles 12*

Salimos de la casa a las 5:30 a. m., el mayordomo nos llevó al field al lado de la vía del tren, nos tocó darle la tercera pasada de pizca. En ese lugar se encontraba otra cuadrilla de pepineros, ahí también estaba Lucas quien nos checó las tarjetas. Al comenzar con la pizca observé que aún había

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

pequeños charcos de agua entre los surcos, al parecer había llovido durante la noche. La mañana estuvo muy nublada, hacía mucho frío y parecía que iba a llover. A las 10:35 a. m. llovió un poco; después, a la hora del lonche volvió a llover otro poco.

Cerca de las 2:10 p. m. salió el sol y la amenaza de lluvia pasó. Terminamos de cosechar a las 3:20 p. m. Como fue la tercera pasada únicamente llenamos cuatro guayines. Las pasadas de pizca eran muy cansadas porque al no haber mucho pepino teníamos que cargar o arrastrar el cesto de plástico hasta llenarlo completamente para luego vaciarlo en el guayín, lo que implicaba estar todo el tiempo agachado. Durante la pizca, a Pocholo, le tocó ver y matar a una pequeña víbora que estaba en el surco que iba pizcando, no era muy grande, pero si se llevó un susto.



Foto 21. La hora del lonche.
Barker, NY agosto de 2015

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Al concluir con la pizca el mayordomo general nos llevó a otro campo agrícola, el que habíamos pizcado el día sábado donde estaba el establo de ganado. Ahí trabajamos desde las 3:20 p. m. hasta las 7:00 p. m., sólo pudimos llenar dos guayines cada cuadrilla porque no había mucho pepino. Pero a pesar de que no cosechamos mucho, la jornada fue extenuante por el número de horas trabajadas. Asimismo, como he señalado, la comida del lonche no era suficiente para que todos aguantáramos la ardua y prolongada jornada laboral (véase foto 21). Sin embargo, nadie decía nada al respecto o, mejor dicho, no se quejaban frente al mayordomo. Los migrantes temporales aceptaban trabajar más horas con el objeto de ganar un poco más de dinero.

A las 7:45 p. m. regresamos a la casa de hospedaje, a esa hora nos esperaba la persona que preparaba el lonche. Comimos inmediatamente porque teníamos un hambre insoportable; luego, cada uno de los compañeros pasó a echarse una ducha, después organizaron las cosas para el siguiente día. Yo hice lo mismo y me puse a escribir mis notas de campo.

*Los actos de refunfuño
jueves 13*

El mayordomo general pasó por nosotros a las 6:00 a. m. a la casa y de ahí nos llevó al predio que no terminamos de cosechar. Lucas llegó a las 6:30 a. m., checó las tarjetas y se retiró. Toda la mañana hizo mucho frío, los migrantes purhépecha optaron por ponerse sus suéteres o sudaderas para cubrirse del viento. Fue hasta a las 10:20 a. m. que nos quitamos los suéteres porque los rayos del sol se intensificaron.

En el *field* pizcamos dos cuadrillas; El Tío —quien también maneja un tractor—y un mayordomo estadounidense nos supervisaron durante el día. Los contratados viejos mencionaron que ese mayordomo no tenía parentesco con los empleadores pero que era un trabajador de confianza porque cada temporada se encargaba de supervisar la cosecha. El mayordomo anglosajón tenía alrededor de treinta años, era muy alto —medía como 190 centímetros— y delgado, se llamaba Mike.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

En cuanto llegó al *field*, Mike fue con El Tío para darle algunas indicaciones, luego se puso a supervisarnos. Ahí pizcamos hasta las 10:20 a. m. y llenamos cuatro guayines cada cuadrilla. Posteriormente nos llevaron al campo agrícola que estuvimos pizcando ocho días antes. Le dimos la segunda pasada; en total cada cuadrilla cosechó nueve guayines durante el día. Como he mencionado, los cambios de clima en Elba se daban de manera muy drástica; por ejemplo, ese día por la mañana hizo mucho frío con viento, pero después, a partir de las 11:30 a. m. el clima fue muy caluroso.

Regularmente, como a las 4:40 p. m. para no pensar en el cansancio, los purhépecha solían gritar —de pronto—, tararear, cantar una canción que estuvieran escuchando, etcétera. También hacían gestos de molestia, refunfuñaban, o simplemente guardaban silencio; el rostro y el semblante de cada trabajador, manifestaba su fatiga.

Hubo ocasiones en que, en el campo agrícola, la concentración del trabajador se llegaba a desviar, o al menos eso me pasaba a mí, es decir, no nos dábamos cuenta de cuántos guayines pizcábamos debido a que la mente se centraba en el hambre, en el esfuerzo y en el sacrificio; lo único que buscábamos era librar la jornada de trabajo. Desde luego la mayoría pensaba en que nadie tenía que quejarse, mucho menos debía decirle al mayordomo que no continuaríamos pizcando. Yo observé que en ocasiones sí pensaban hacerlo porque lo manifestaban entre ellos discretamente, aunque nadie se atrevía debido al temor a una represalia como ser rechazados para la contratación en la próxima temporada.

La jornada laboral concluyó a las 6:30 p. m. En cuanto nos subimos al bus retornamos a la casa de hospedaje, luego realizamos la rutina de siempre. En la noche yo me sentía muy cansado, cuando estuve escribiendo mi diario quería plasmar minuciosamente todo lo que me había tocado observar y vivir, pero apenas podía teclear en mi laptop, lo único que deseaba era descansar porque me dolía la espalda, las rodillas, las manos; aun así, hice todo el esfuerzo por escribir mi diario.

Ahora sí ya se enojó el gringo
viernes 14

El Tío pasó por nosotros a las 5:30 a. m., y nos llevó directamente al field que estuvimos cosechando. Ahí tuvimos que esperar en el bus hasta que llegara el patrón, aprovechamos ese tiempo de espera para dormir un poco más en los asientos del camión. Los empleadores Lucas y Travis no llegaron a supervisarnos sino Mike, quien a las 6:45 a. m. nos checó las tarjetas, luego comenzamos a pizar.

La mañana estuvo nublada y con viento, de repente aparecían los rayos del sol, pero gran parte del día estuvo nublado; de hecho, durante y después de la hora del lonche llovió. Tuvimos que ponernos las bolsas negras, los impermeables y las botas de plástico para protegernos y poder continuar con el corte de pepino. Con esas condiciones climáticas no nos daban ganas de continuar con la pizca, pero teníamos que seguirle, eran las indicaciones de Mike. Afortunadamente el aguacero bajó de intensidad cincuenta minutos después. La lluvia había comenzado entre las 12:05 p. m. y terminó a las 12:50 p. m. Lo que más nos incomodaba cuando teníamos que trabajar mientras llovía era utilizar el cesto de plástico mojado y enlodado porque se nos resbalaba al momento de alzarlo arriba de la cabeza para depositar el pepino en el guayín. De igual manera nos resbalábamos y nos caíamos a cada momento entre los surcos porque era complicado andar así entre las ramas; lo único que tratábamos de hacer era tener precaución cuando caminábamos por donde había lodo y charcos de agua.

Ante las pésimas condiciones climáticas hasta un tractor se llegó a atascar; por cierto, lo conducía El Tío y tardó más de diez minutos en sacarlo del bache donde se había hundido. Lo pudo sacar gracias a la orientación que le dio el mayordomo anglosajón. A las 2:40 p. m. volvió a caer una pequeña llovizna, afortunadamente no duró mucho.

Lo que me llamó la atención fueron los gritos de molestia de Mike hacia el mayordomo general por lo acaecido con el tractor. Al escuchar los migrantes temporales la enérgica llamada de atención en inglés dijeron: “ahora sí ya se enojó el gringo”. La molestia se dio porque El Tío

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

se preocupaba más por darle instrucciones a otro tractorista cuando debía de evitar que su tractor pasara por donde la tierra se encontraba más blanda; había el temor de que se volviera a atascar el tractor junto con el guayín. Mike estaba preocupado porque buscaba que El Tío mantuviera una misma velocidad para que no volviera a atascarse. La mayoría se percató de lo que estaba sucediendo, no podían entender que el mayordomo anglosajón estuviera llamándole enérgicamente la atención al mayordomo general y mucho menos que le gritara de aquella manera.

Para concluir más rápido con la última parte del *field* nos juntaron a las dos cuadrillas; de pronto se volvieron a escuchar los gritos de Mike que hasta colorado se puso del coraje. En ese momento entendí que, aunque El Tío era en EE. UU., un mayordomo general debía de subordinarse ante las órdenes del mayordomo anglosajón.

En ese predio llenamos hasta las 4:05 p. m. seis guayines cada cuadrilla, después nos cambiaron a un predio en Stafford para darle la tercera pasada. Debo mencionar que al principio yo no creía cuando los migrantes temporales me decían que cuando llovía, el pepino volvía a retoñar, pero pude comprobarlo porque había mucho en los surcos. Durante la cosecha tuve un fuerte dolor estomacal, no supe que me había hecho daño y tuve que trabajar con ese malestar.

En Stafford, El Tío estaba molesto, sin duda debía de estarlo, los gritos y la llamada de atención que le hizo Mike frente a todos no fue nada agradable. No nos dirigió la palabra, sólo subió a su tractor y aceleró la velocidad más de lo acostumbrado, nos percatamos de que quería desquitar su coraje con nosotros porque al aumentar la velocidad nos exigía que pizcáramos más rápido, lo cual implicaba para nosotros un mayor desgaste físico. Hubo un momento en que el tractor junto con el guayín nos dejó a una distancia de quince metros, todos nos miramos unos a otros cómo cuestionando qué le estaba pasando al mayordomo; finalmente detuvo el tractor para que lo alcanzáramos. En ese *field* cada cuadrilla llenó únicamente un guayín; el mayordomo anglosajón dio por finalizada la jornada laboral a las 5:05 p. m., a esa hora todos nos encontrábamos exhaustos.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Posteriormente El Tío nos llevó directamente a las oficinas de la compañía Torrey Farms Inc. pues era el día de pago. Cuando llegamos a la oficina matriz de la compañía, desde el bus pudimos observar momentáneamente cómo trabajaban los que se empleaban en el empaque de pepino, ejote y repollo; sin duda el trabajo no se comparaba al que realizábamos nosotros en el campo. El Tío acudió a las oficinas y a los quince minutos regresó al bus con los sobres de pago de cada trabajador, luego nos pasó lista para entregarle a cada quien su pago. Los migrantes temporales estaban contentos y satisfechos porque el pago fue de 660 dólares, un buen pago, a diferencia de los que habíamos recibido en otras semanas. El pago aumentó por el mayor número de horas que trabajamos, era halagador recibir en pago dicha cantidad, pero eso también había implicado un mayor desgaste físico para todos.

Posteriormente regresamos a la casa de hospedaje, descansamos y nos duchamos. Varios compañeros pidieron a un raitero que los llevara a la tienda mexicana Monte Albán para realizar un envío de dinero a México y para comprar algunos víveres. Yo me quedé en la casa para escribir este diario y luego me dormí.

*Una jornada de trabajo criminal
sábado 15*

Como he referido en este diario, en Elba el trabajo era arduo, pero había días más difíciles que otros. El clima era muy variable, en ocasiones caluroso, lluvioso, nublado o con viento. Había días bastante calurosos y lluviosos, o también sucedía que en el mismo día llovía y enseguida hacía mucho calor.

Regresamos al mismo *field* de Stafford a las 6:10 a. m., pero Mike llegó a las 6:45 a. m. En cuanto checó las tarjetas, comenzamos a pizar. Al parecer llovió en la noche porque había charcos de agua y mucho lodo entre los surcos, además la mañana estaba muy nublada y con viento. Cerca de las 8:40 a. m. comenzó a lloviznar, cada quien sacó sus bolsas negras e impermeables para cubrirse de la lluvia. A las 8:55 a. m.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

Travis llegó a supervisarnos, le dio algunas instrucciones a Mike y antes de retirarse nos saludó en español con un “buenos días”. A las 9:45 a. m., Lucas también llegó y platicó brevemente con el mayordomo anglosajón; éste le comentó que un guayín traía floja una tuerca y la apretaron con una herramienta que Lucas traía en su camioneta, después de eso se retiró del campo.

El predio lo terminamos de cosechar a las 11:50 a. m. Después, El Tío nos pidió que subiéramos al bus y que comiéramos el lonche durante el trayecto. Para mí eso era nuevo, no podía entender por qué no se nos estaba respetando la hora del lonche, sin embargo, no tenía caso quejarnos por el temor a las represalias. Ya me habían comentado, en días pasados, que a veces se presentaba esta situación, pero no les creí, tenía que comprobarlo y ese día llegó. En el trayecto del viaje fuimos comiendo el lonche lo que era incómodo por los movimientos del bus. El recorrido duró unos cuarenta minutos.

En el campo agrícola nos esperaban Lucas y Mike con tres guayines y tres tractores. Después de que bajamos del bus Lucas se acercó al mayordomo y le dijo dónde debíamos comenzar con la cosecha. El Tío distribuyó a las dos cuadrillas en los surcos y comenzamos a cortar el pepino. Como a las 12:50 p. m. el calor se intensificó más, era increíble ver como sudábamos; de hecho, Lucas le dijo a uno de mis compañeros: “hace mucho calor”. La temperatura era tan elevada que Lucas y Mike sudaban como si estuvieran pizcando. Para aguantar el calor tomamos varias botellas de agua, Gatorade, sueros y agua de la *yoga*. Hubo momentos durante la pizca en que, cuando terminábamos de llenar un guayín, íbamos a tomar un poco de sombra en la orilla de los surcos en donde había árboles. En los dos o tres minutos de descanso, nos quitábamos los paliacates de la frente y del cuello para limpiarnos el sudor y enfriarnos un poco.

Regularmente la temperatura subía de intensidad como a la 1:00 p. m. lo cual nos provocaba que sudáramos bastante en la frente, en la cara, en el cuello, en el pecho y en la espalda. A pesar de ello, no parábamos de trabajar a nuestro ritmo, seguíamos echándole ganas sin importar que estuviéramos empapados de sudor. En la mañana nos mojamos del

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

agua de la llovizna y por la tarde nos mojamos del sudor por el calor. Cuando terminamos de llenar el tercer guayín, a las 4:40 p. m., todos nos veíamos exhaustos, deshidratados y hambrientos.

En lo personal yo sentía que *tiraba la toalla*, como se dice coloquialmente, en mi mente decía ya no sigo más, el trabajo era *criminal*. No sólo yo pensaba eso, los demás contratados me comentaron lo mismo, éramos humanos no máquinas, no estábamos hechos de piedra, de madera o de hierro para no sentir nada, sin embargo, teníamos que obedecer las exigencias del empleador. Uno de los compañeros le preguntó a Mike —quien hablaba un poco de español—, que a qué hora íbamos a salir, él le hizo la seña con las manos de que en un rato más. Ante la respuesta del mayordomo anglosajón no nos quedó otra opción más que continuar con la cosecha, pero el problema que teníamos era que no había pepino del tamaño que acostumbrábamos a cortar, le faltaba crecer y eso nos demoraba más en la pizca porque teníamos que recorrer varios surcos. En ese campo agrícola cada cuadrilla llenó cuatro guayines hasta las 7:00 p. m.; a esa hora concluyó la jornada de trabajo *criminal*, terminamos muy extenuados, aparte de que tuvimos que soportar los drásticos cambios de clima.

La mayoría de los migrantes temporales se quedaron dormidos en sus asientos en el bus, yo también me dormí por un momento. Los que iban despiertos iban en silencio y pensativos, el semblante en sus rostros reflejaba la fatiga. Lo primero que hicimos al llegar a la casa de hospedaje fue comer; algunos no quisieron tomarse una ducha por el cansancio. Los trabajadores agrícolas que fueron al corte de calabacita llegaron a las 8:30 p. m., también agotados; no se veían muy contentos porque al día siguiente, que era domingo, iban a trabajar hasta el mediodía. Comieron, se ducharon, luego organizaron sus cosas. Yo me puse a escribir el diario de campo y a reflexionar sobre las condiciones laborales que tenían que afrontar los purhépecha en Elba, NY cada temporada laboral. Ya no me sorprendía tanto su explotación sino más bien las secuelas que tendrían a futuro por el desgaste físico, por el consumo de bebidas energéticas y por la exposición a climas adversos.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

*Jugar fútbol con las demás cuadrillas
domingo 16*

La rutina consistió en realizar la compra de víveres de la semana, lavar la ropa, realizar el envío de remesas al terruño y hablar por teléfono con la familia. Por la tarde fuimos a jugar fútbol con las demás cuadrillas —los pepineros, los cebolleros, los calabaceros, los ejoteros y los empacadores— a los campos de Central School. Lo acaecido ese día no lo registré en mi diario de campo debido a que las rutinas eran similares, aparte de que buscaba descansar y distraerme un poco de la investigación y del trabajo agrícola.

*Nadie se animó a continuar con la pizca
lunes 17*

Salimos de la casa al trabajo a las 5:30 a. m. El Tío nos llevó directamente al *field* que comenzamos a cosechar el sábado pasado pero como no había mucho pepino, entre las dos cuadrillas, llenamos solamente tres guayines. No recorrimos todo el predio porque el pepino que había era muy pequeño así que Mike dio la orden de que no continuáramos pizcando y pidió que nos subiéramos al bus porque nos iban a cambiar a otro lugar.

A las 10:10 a. m. El Tío nos trasladó a un nuevo campo agrícola, el recorrido que realizamos duró aproximadamente cuarenta minutos. Ese tiempo lo aprovechamos para comer algo, otros se durmieron un poco y hubo quienes iban escuchando música o platicando. A las 10:48 a. m. llegamos al nuevo predio, ahí nos esperaban Lucas, Travis y Mike, también estaban dos cuadrillas pizcando. Cuando bajamos del bus los empleadores le pidieron al mayordomo que nos distribuyera. La primera impresión que tuvimos en el campo agrícola era que no iba a haber mucho pepino porque era muy pequeño, pero nos llevamos la gran sorpresa de que los surcos tenían bastante, tanto así que antes de

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

la hora del lonche llenamos un guayín y medio, posteriormente llenamos cinco guayines más. Posiblemente hubiéramos cosechado más, pero el calor nos agotó demasiado, todos sudábamos sin parar durante la pizza. Cuando llenábamos un guayín, los contratados acostumbraban buscar en sus celulares los pronósticos del clima para ver si iba a disminuir la temperatura durante el transcurso del día porque el calor era insostenible, pero para su mala fortuna señalaban que el resto del día iba a ser mayormente soleado. Ante la información, lo único que nos quedó hacer fue hidratarnos lo más que pudimos para soportar el clima y la ardua jornada de trabajo.



Foto 22. El breve descanso.
Barker, NY agosto de 2015

Alrededor de las 3:40 p. m. no soportábamos el calor, todos trataban de llevar el mismo ritmo en la pizza, pero era imposible; yo saqué fuerzas de flaqueza para no rendirme. Luego comencé a sentir un fuerte dolor de cabeza, al parecer eran los efectos de las altas temperaturas. A las

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

5:20 p. m. tomamos un breve descanso de diez minutos (véase foto 22), observé que nadie se veía con ganas de continuar con la cosecha. De las cuatro cuadrillas que trabajaban ahí, la nuestra había llenado más rápido los guayines, quizás a eso se debía nuestro desgaste físico. A las 5:30 p. m. El Tío nos pidió que continuáramos con el corte de pepino, pero nadie se animó a seguir, todos nos miramos unos a otros y con un gesto corporal solicitábamos concluir con el trabajo. Lucas observó de lejos lo que sucedía con nosotros y le preguntó a El Tío por qué no estábamos pizcando, y él le contestó que estábamos exhaustos, entonces Lucas se percató de que no podíamos más y dio por finalizada la jornada laboral.

Como he mencionado en este diario de campo, hubo días del mes de julio que nos llegaron a sacar del trabajo entre 3:30 p. m. y 4:00 p. m. debido a las altas temperaturas de calor que había en NY, pero ese día no lo hicieron porque Torrey Farms Inc. tenía mucha demanda de pepino en el mercado. En la casa comimos y nos echamos una ducha. Los que pizcaban calabacita retornaron a las 8:25 p. m. Posteriormente me puse a ordenar las cosas para el siguiente día y a escribir el diario de campo. Entre mis reflexiones escribí lo siguiente:

la verdad estos trabajadores tienen mucha resistencia para trabajar, por eso los contratan cada temporada. Yo apenas si puedo escribir el diario. Este día no sólo terminé exhausto, sino que también al bañarme noté que en mi cuerpo tenía una alergia o urticaria, desde las rodillas hasta la cintura, tenía ronchas y un salpullido que me daba mucha comezón. No sé a qué se deba, si al calor o a las ramas del pepino porque donde me tocó pizar había mucho pepino y muchas ramas. Lo único que recuerdo es que sentía que unos mosquitos me picaban, pero ni tiempo había de hacerles caso porque me iba a atrasar en la pizca. Ahora lo único que quiero hacer es descansar lo más que pueda porque mañana la jornada laboral va a ser muy ardua.

Para solucionar la comezón del cuerpo me apliqué una crema que me había llevado de nombre Barmicil que contenía Betametasona, Gentamicina y Clotrimazol. Me apliqué la crema después de bañarme durante

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

tres días y con eso bastó para eliminar la urticaria. La había llevado por recomendaciones de los contratados viejos, ellos ya me habían alertado sobre las alergias de la piel.

El field de Barker, la bolsa de hielos y los duraznos
martes 18

Salimos al trabajo nuevamente a las 5:30 a. m., El Tío nos llevó directamente a Barker. En frente del field se hospedaban cuarenta migrantes temporales. La distancia de Elba a Barker era como de treinta kilómetros aproximadamente. Como he referido, Torrey Farms Inc. tenía vastas cantidades de tierra en Elba y en sus alrededores, por eso era considerada como una de las compañías agrícolas más poderosas del estado de NY.

Mike llegó a las 6:45 a. m. y checó las tarjetas. Durante la mañana el clima fue muy caluroso por el vapor que se desprendía de las ramas. Antes de la hora del lonche pizcamos cinco guayines de pepino, las otras dos cuadrillas también cosecharon lo mismo. A la hora del lonche la mayoría manifestaba tener un fuerte cansancio, y eso que apenas íbamos a media jornada. A la 1:05 p. m. terminamos la cosecha, entre todos llenamos catorce guayines.

Después nos cambiaron a otro predio, no ubiqué el lugar, lo cierto es que al lado había un cementerio. Los integrantes de las otras dos cuadrillas comentaron que el sábado habían comenzado a pizcar en dicho campo pero que le hacía falta crecer al pepino, por eso no continuaron. Durante el curso del día pensamos que íbamos a parar de trabajar porque cayó una fuerte tromba como a las 2:40 p. m., pero no, tuvimos que continuar con la pizca. Nos supervisaron Mike, Lucas y Travis; éste último se retiró a los veinte minutos. Lucas lo hizo una hora después. El único que se quedó hasta que concluyó la jornada de trabajo fue el mayordomo anglosajón.

Después de la lluvia se sintió la humedad, lo que provocó que sudáramos bastante; un drástico cambio de clima. Mike nos consiguió unas

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

bolsas de hielo para que las echáramos en la *yoga* o contenedor de agua que iba colgado detrás del guayín. Durante la pizca bebimos de esa agua frecuentemente para hidratarnos. Ese día observé que el mayordomo anglosajón estaba de buen humor porque a las 4:45 p. m. nos llevó unos duraznos que tomó de un huerto cercano, yo estaba sorprendido por el detalle de Mike. Quizás lo había hecho por nuestro buen desempeño laboral, no era para menos, hasta las 5:00 p. m. habíamos pizcado diez guayines cada cuadrilla; terminé muy cansado.

En la casa de hospedaje me eché una ducha, comí y me puse a descansar. Los que pizcaban calabacita regresaron hasta las 9:30 p. m., comentaron que iniciaron a laborar a las 6:00 a. m. y terminaron hasta a las 8:45 p. m. Noté que llegaron tan desfallecidos que lo primero que hicieron fue comer, ni tiempo les dio de echarse una ducha porque lo que querían era descansar y dormir. Lo último que hice fue escribir mi diario de campo y aplicarme la crema para el dolor muscular y la crema para la alergia.

Los contratados viejos también se cansan
miércoles 19

El Tío nos llevó a un *field* cerca de Elba donde estaba el establo de ganado al que me he referido en este diario. Ahí llegamos a las 5:55 a. m. y Mike a las 6:15 a. m., checó las tarjetas y se retiró. Realizamos la tercera pasada de pizca, pero sólo trabajamos cuarenta minutos, no concluimos con la pizca porque nos cambiaron a otro predio. Regresamos al campo agrícola que quedaba al lado de la vía del tren; ya le habíamos dado tres pasadas, pero tuvimos que darle una cuarta. Ahí nos esperaba Lucas quien únicamente le dio unas indicaciones al mayordomo general y se retiró a los veinte minutos.

Durante mi estancia en Elba observé que si bien a los empleadores no les preocupaba supervisar minuciosamente la tercera y la cuarta pasada, sí lo hacían con detenimiento en la primera y segunda. Me sorprendió ver a un número importante de personas en los surcos porque no había mucho pepino que cosechar, pero me asombré más cuando

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

vi a los que se empleaban en el tianguis. La persona que los comandaba era un mayordomo del estado de Morelos. Dicha cuadrilla sólo llenó un guayín y se retiró a las 11:40 a. m.

Ante lo sucedido me comentaron los contratados viejos que cuando integraban a trabajadores de otras faenas a la cosecha se debía a la falta de trabajo, posiblemente porque el producto que pizcaban o empacaban no estaba teniendo mucha demanda en el mercado y, para que no estuvieran descansando, los empleadores acostumbraban emplearlos de manera eventual en la pizca de pepino o en el corte de zacate.

Después de que se retiraron los *repolleros* nos quedamos únicamente dos cuadrillas: la que dirigía El Tío y la que comandaba el Shortys —el seudónimo era por la estatura baja del contratado—²⁴. Cosechamos hasta las 3:00 p. m. un total de siete guayines entre todas las cuadrillas. Posteriormente nos trasladaron a Stafford, un campo agrícola al que ya le habíamos dado dos pasadas de pizca en días anteriores, así que le dimos la tercera; sólo pudimos llenar dos guayines cada cuadrilla hasta las 6:15 p. m. Una cosa importante que quiero agregar es que no por el hecho de que cosecháramos menos guayines al día no termináramos fatigados, porque como he aludido, llenar un guayín en la tercera o cuarta pasada era tedioso y cansado. La ventaja que tuvimos durante el día fue el clima, no hizo mucho calor y por momentos se nublaba.

Pizcar pepino en Elba era un trabajo arduo, lo afirmaban constantemente los migrantes temporales. Uno de ellos me manifestó que se sentía muy agotado por los días que habíamos pizcado, y que su experiencia le servía para aguantar arduas jornadas laborales, sin embargo, su cuerpo resentía el cansancio debido al desgaste físico. Llegué a la conclusión de que tener experiencia en la pizca no significaba que un trabajador no resintiera el cansancio como los contratados nuevos puesto que eso no dependía de si era nuevo o viejo sino de la reacción que tuviera su cuerpo ante la explotación, la exposición a climas adversos, a la mala alimentación y a la deshidratación.

²⁴ El Shortys era un trabajador de confianza de El Tío, no sólo se encargaba de conducir el tractor sino también de un bus, además vigilaba a una cuadrilla que se hospedaba en Kendall, NY.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

Durante el tiempo que llevábamos cosechando observé que los migrantes temporales habíamos bajado de peso porque a diario quemábamos muchas calorías; aunado a ello, la mala alimentación no nos permitía que nos recuperáramos bien físicamente.

Ya en la casa de hospedaje realizamos la rutina de siempre, luego me puse a escribir mi diario de campo y me dormí.

*Pizcar pepino bajo la lluvia
jueves 20*

Acudimos al campo agrícola que dejamos pendiente para darle la tercera pasada de pizca. La jornada laboral inició a las 6:15 a. m. hora en que Lucas nos checó las tarjetas. En el predio estuvieron las cuadrillas que comandaban El Tío y el Shortys; durante el corte de pepino el clima estuvo fresco porque toda la mañana estuvo nublada. Ambas cuadrillas trabajaron a su propio ritmo. Cerca de las 11:10 a. m. se me acercó el mayordomo general en el surco donde iba pizcando, él iba cortando algunos pepinos y los echaba en mi cesto de plástico.

El Tío era una persona muy inteligente y astuta, sabía cómo llegarles o tratar a los trabajadores agrícolas, por ello, cada que nos supervisaba en los surcos o en el momento que tomábamos un breve descanso de cinco minutos después de llenar un guayín, aprovechaba esos escasos minutos para charlar o para bromear brevemente con la cuadrilla. A cada trabajador le daba un trato diferente dependiendo de la relación y la confianza que le brindara; no bromeaba con todos de la misma manera, regularmente lo hacía más con los de su confianza.

En lo que atañe a los contratados nuevos buscaba poco a poco brindarles su confianza; para esas fechas conmigo guardaba un poco de distancia, me trataba con respeto. Las veces que me acerqué a platicar con él siempre me dio un consejo o un tip de cómo debía realizar de mejor manera mi trabajo. Ese día me dijo en el idioma purhépecha: “p’indepalaxakiría —ya acostumbraste la espalda—”, se refería a que si ya estaba acostumbrando a la espalda al cansancio y al dolor. Yo le

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

contesté en el mismo idioma “jo sáni, xandarkushjakía —sí, un poco, no queda otra opción—”. Luego me dijo:

ixu pepinulu, no xani kuatarakuxindi esika cebolla ikarakualu, jima k'oru sándaru kuatarakusindi —aquí en el pepino no se cansa igual que en la plantación de cebolla, ahí sí que es más cansado—. Yo por eso a mis hijos les enseñé a trabajar de todo para que no tengan dificultades si algún día los emplean en cualquier tipo de trabajo. No me importa que sean profesionistas, yo los sigo empleando en el trabajo del campo. El más chico, de 19 años, sabe todo, desde arar hasta uncir²⁵ a los bueyes en la yunta.

Lo único que le respondí cuando escuchaba su charla y mientras iba pizcando era que estaba muy bien lo que hacía con sus hijos. Aproveché el momento para manifestarle que quizás a mí se me hacía difícil el trabajo del campo porque yo de joven me había empleado más en la carpintería. Por último, me dijo: —“por aquí en EE. UU. los trabajos son difíciles”—, luego se retiró y se fue a traer el tractor junto con el guayín que llenaríamos posteriormente.

Antes de la hora del lonche cada cuadrilla cosechó cuatro guayines, después, como a la 1:06 p. m. comenzó a lloviznar; varias veces llovizó de paso, no llovía fuerte, pero a la 1:35 p. m. cayó un chubasco. Para cubrirnos del aguacero cada quien se puso sus impermeables y continuamos pizcando bajo esas condiciones climáticas (véase foto 23). Poco pudieron cubrirnos los impermeables durante la lluvia, todo nuestro cuerpo quedó empapado. A las 2:15 p. m. llenamos otro guayín, el chubasco no terminaba aún, más bien se intensificó. El Tío pidió que nos fuéramos al bus porque no había condiciones para seguir pizcando, había mucha agua y lodo entre los surcos. Estuvimos en los buses durante más de cuarenta minutos, nos quitamos la ropa mojada, los que traíamos una playera o una camiseta de más nos la pusimos para no resfriarnos.

A las 3:20 p. m., El Tío pidió que volviéramos a los surcos por instrucciones de Lucas ya que dejó de llover; sinceramente varios deseábamos

²⁵ Es como se le dice a la acción de atar o amarrar a dos bueyes en una yunta, a través de una correa de cuero que mide entre cuatro a cinco metros.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

no volver al surco, pero no había de otra más que obedecer. Regresamos al surco entumidos por la mojada y el frío. Lucas supervisó nuestro desempeño laboral durante treinta minutos y luego se retiró. El campo agrícola estaba en muy mal estado, nos caíamos y nos resbalábamos frecuentemente, los tractores se atascaban o patinaban. A las 6:15 p. m. regresó Lucas y dio por finalizada la jornada laboral; también pidió que nos lleváramos los cestos al bus porque posiblemente al día siguiente nos iban a cambiar a otro lugar.



Foto 23. Trabajar bajo la lluvia.
Barker, NY agosto de 2015

Retornamos a la casa de hospedaje, comimos, nos echamos una ducha y descansamos. Los contratados tenían el temor de tener un resfriado en los próximos días, yo sentía un dolor de espalda por el frío que nos dio por la tarde. A las 9:10 p. m. El Tío llegó de sorpresa a la casa para llamarnos la atención debido a que la empleadora Molly se quejó del

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

aseo, había revisado durante el día las casas y vio que no se estaba realizando bien la limpieza. El Tío nos pidió que fuéramos más limpios y que tratáramos de realizar adecuadamente el aseo. Según él era necesario obedecer las órdenes de la empleadora porque si no lo hacíamos era muy probable que no nos contrataran el siguiente año. Por último, insistió en que hiciéramos el esfuerzo de mantener limpia la casa. Cuando se retiró hubo reacciones de parte de los migrantes temporales, unos decían: “pues tenemos que ensuciar aunque no queramos pues venimos con tierra o lodo del campo, en cambio, los que trabajan en el empaque pues no se ensucian como nosotros”; otros dijeron: “ni modo, hay que obedecer porque si no para el próximo año no nos trae el ‘chalequito’”²⁶. Esa noche realizamos un aseo general en los cuartos, en la sala, en la cocina y en el baño y cada quien organizó sus cosas en las literas. Finalmente yo realicé mi diario de campo hasta las 11:20 p. m. mientras los demás dormían.

*Contentos por el pago de 700 dólares
viernes 21*

Nos fuimos a las 5:50 a. m. al trabajo, nos tocó ir a un campo agrícola de pepino que se encontraba cerca de la casa. Llegamos a dicho lugar a las 6:15 a. m. y Lucas a las 6:25 a. m. para chearnos las tarjetas. Realizamos la tercera pasada de pizca, me sorprendió que hubiera mucho pepino, al parecer las lluvias de los días pasados le beneficiaron. Entre las cuadrillas de El Tío y del Shortys cosechamos dieciséis guayines hasta las 4:00 p. m. No continuamos porque no había guayines, los estaban ocupando los repolleros, por lo tanto, dejamos los cestos de plástico en los surcos. A esa hora El Tío nos llevó a un plantío de repollo, de aproximadamente cinco hectáreas, —iba a media producción— nos solicitó que cortáramos con la mano la maleza que hubiera en los surcos. A partir de las 4:20 p. m.,

²⁶ Seudónimo que utilizaban para referirse al mayordomo general cuando no se encontraba presente.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

hasta las 7:15 p. m. logramos terminar el trabajo que nos había encomendado. El Tío se quedó sorprendido porque no creyó que pudiéramos terminarlo, de hecho manifestó que los empleadores le habían dicho que avanzáramos lo más que pudiéramos, pero como no había mucho zacate en algunos surcos eso nos permitió terminar con el trabajo solicitado.

Posteriormente nos trasladaron directamente a la matriz de la compañía porque era día de pago. Al llegar a las oficinas, el mayordomo fue por los sobres de pago, nosotros nos quedamos en el bus; esperamos unos minutos, regresó y nombró a cada trabajador para entregarle su sobre de pago. Después nos pasó una hoja para que firmáramos de recibido y aprovechó el momento para entregarnos a los nuevos un sobre que contenía los documentos del seguro social que habíamos tramitado un par de semanas atrás. Noté muy contentos a los integrantes de la cuadrilla porque el pago que recibimos fue de 700 dólares, un buen pago en comparación a lo que habíamos recibido en otras semanas.

Retornamos a la casa de hospedaje cansados y con mucha hambre, ya pasaban de las 8:00 p. m. A esa hora aún nos esperaba la persona que preparaba la comida y el lonche, nos entregó los recipientes de comida y le pagamos la cantidad de 90 dólares. Finalmente comimos, más que comer era la cena; más tarde tomamos una ducha, organizamos nuestras cosas para el día siguiente y yo concluí con el recuento que realicé en mi diario de campo.

*La llamada de atención
sábado 22*

Regresamos al field de pepino que no concluimos. La jornada de trabajo inició a las 7:00 a. m. Durante la pizca hubo momentos que mi compañero Junior y yo nos atrasábamos debido a que había mucho pepino en nuestros surcos; para no alejarnos tanto del guayín pizcábamos lo más rápido que podíamos, pero se nos pasaba cortar algunos pepinos y el mayordomo general se percató de ello. Primero preguntó quiénes no

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

estaban pizcando bien, nadie contestó, luego revisó surco por surco, en el que íbamos Junior y yo estaban los pepinos así que nos llamó la atención y nos pidió que los cortáramos, para ello tuvimos que regresarnos veinte metros atrás.

El Tío nos anticipó a todos que si volvía a ver que no se estaba pizcando bien iba a tomar ciertas medidas. Desde luego la noticia no le agradó a ninguno de los integrantes de la cuadrilla, pero tuvimos que acatar la orden para evitar represalias. En ese campo agrícola nos encontrábamos dos cuadrillas, hasta las 3:10 p. m. pizcamos quince guayines entre ambas.

Después, el mayordomo general nos pidió que nos subiéramos al bus porque íbamos a cosechar más; en el trayecto del viaje pasó a un establo de la compañía y pidió a dos personas que bajaran del bus para que llenaran de agua la *yoga*, porque según los pronósticos del clima del estado de NY el calor iba a intensificarse más tarde.

El predio estaba en Barker, llegamos allí a las 4:20 p. m. El mayordomo general nos pidió que comenzáramos a pizar. La cuadrilla del Shortys esperó cinco minutos hasta que Lucas llegó con un tractor y un guayín. Él mismo se encargó de conducirlo en la pizca porque los dos tractoristas aun no llegaban a Barker; llegaron cuarenta minutos después. En ese campo agrícola realizamos la segunda pasada, aunque parecía que era la primera porque había bastante pepino; sólo llenamos dos guayines cada cuadrilla porque la jornada laboral concluyó a las 6:30 p. m. (véase foto 24). Para esa hora el calor nos había agotado bastante, todos estábamos exhaustos y hambrientos.

El Tío pasó a la matriz de Torrey Farms Inc. por unas cajas de madera; ahí estaban los *ejoteros* de Comachuén. Pude observar su trabajo: unos se encargaban de bajar el ejote del camión de carga, otros limpiaban y revisaban que no llevaran piedras, basura, víboras, ranas, etcétera al momento de empacarlo, luego cuatro personas se encargaban de revisar el peso de cada caja de ejote en dos básculas, por último iban acomodando todo lo que empacaban a un lado de la bodega.

Finalmente nos dirigimos a la casa de hospedaje, comimos, nos duchamos y nos pusimos a descansar. Los migrantes temporales que

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

iban a la pizca de calabacita regresaron a las 9:00 p. m. También lo primero que hicieron fue comer, luego tomar una ducha y organizaron sus cosas para el siguiente día. A las 9:40 p. m. pasó el señor Javier por la cooperación de los 150 dólares, yo aboné 50 dólares, los demás hicieron lo mismo; finalmente me puse a escribir el diario de campo y me dormí.



Foto 24. Concluyó la extenuante jornada laboral.
Elba, NY, agosto de 2015

*Convivir en el campo de futbol
domingo 23*

La rutina consistió en realizar la compra de víveres de la semana, lavar ropa, realizar el envío de remesas al terruño, hablar por teléfono con la

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

familia. Por la tarde fuimos a jugar futbol con las demás cuadrillas en los campos de Central School. Lo acaecido ese día no lo registré en mi diario de campo debido a que las rutinas eran similares, aparte de que buscaba descansar física y mentalmente. En el campo de futbol trataba de convivir con los migrantes temporales que no veía de lunes a sábado.

La visita de las Maestras
lunes 24

Regresé desfallecido del trabajo. En el diario de campo sólo documenté lo que pude porque no me encontraba en condiciones de escribir en la laptop. Tuvimos una jornada muy ardua en Barker; nuestra cuadrilla llenó diez guayines de pepino y la que comandaba el Shortys hizo lo mismo. Comenzamos a trabajar a partir de las 6:30 a. m., más tarde se nubló gran parte del día lo que nos benefició porque nos permitió trabajar sin la presión del calor, pero la pizca fue extenuante porque había mucho pepino.

Como a las 2:00 p. m., El Tío nos reunió para darnos una información; supuestamente, Travis le había solicitado que eligiera a cinco personas que quisieran prolongar su estancia un mes más en Elba para emplearse en la pizca de repollo freezer. Nos advirtió sobre las condiciones climáticas: “hace mucho frío en noviembre piénsenlo bien y quién se anime a quedarse que me lo diga cuando salgamos del trabajo, piénsenlo bien”. En el bus, El Tío preguntó quiénes se habían animado, solamente dos personas de Pichátaro y uno de Comachuén fueron los que se animaron. La mayoría no quiso porque se sentían muy cansados. Algunos querían quedarse más tiempo, pero decían que difícilmente resistiría su cuerpo. Otros mencionaron que el frío les podría traer serías consecuencias porque la mayor parte de la temporada se expusieron al calor, por ende, no veían pertinente exponer su cuerpo al frío.

A la casa de hospedaje retornamos a las 7:10 p. m., desde luego muy extenuados. Yo apenas si pude bajarme del bus, no aguantaba el dolor muscular. Teníamos quince minutos en la casa cuando de pronto escuché

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

a un compañero decir: vinieron las Maestras,²⁷ vamos para que nos den una mochila. Ya había escuchado que los visitaban para censarlos y para ofrecerles ciertos servicios, pero no me había tocado verlo hasta ese día. Las mentadas Maestras eran dos y estaban en el patio, les entregaron a los contratados purhépecha menores de veintidós años unas mochilas que contenían material didáctico.²⁸ Yo no recibí la mochila porque tenía veintisiete años.

Las Maestras eran bilingües, hablaban bien el español así que yo aproveché para solicitarles información o datos de otros migrantes temporales mexicanos que iban a trabajar al estado de NY, o sí sabían de algún sitio web en internet donde pudiera encontrar información al respecto. Me dijeron que quizás podía encontrar información en el sitio web www.migrant.net; se portaron muy amables, me dijeron que formaban parte de una organización que se llamaba Genesse Valley Educational Partnership,²⁹ que ayudaban a los migrantes que trabajaban en el campo. Según ellas dicha organización estaba en todos los estados de los EE. UU. Me dieron una tarjeta y el sitio web donde podía encontrar más información sobre su organización. Luego les pregunté acerca de lo que conocían de Torrey Farms Inc., me dijeron que era una de las compañías agrícolas más grandes de NY y que eran dueños de la mitad de Elba. Asimismo, que la compañía tenía tierras en varias partes como en California; mencionaron también que hasta en Costa Rica tenían tierras de cultivo.

Me despedí de ellas, me dijeron que si encontraban información sobre los migrantes temporales me la harían llegar en cuanto pudieran por medio de internet. Cuando regresamos a la casa nos echamos una ducha y comimos. Mientras los demás revisaban el material que contenían en las mochilas: dos libretas, dos bolígrafos, tres folletos en español que

²⁷ Las Maestras —como les llamaban los purhépecha— eran en realidad promotoras itinerantes de la asociación Genesse Valley Educational Partnership. En Elba acudían a apoyar a las personas consideradas todavía menores de edad que trabajaban en el campo, en el estado de NY.

²⁸ En EE. UU. las personas que tienen menos de 22 años son considerados como menores de edad.

²⁹ Esta información aparecía en una tarjeta que me facilitaron.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

hablaban sobre salud y sobre los derechos de los trabajadores agrícolas, yo me puse a escribir mis notas y mi diario de campo en la laptop.

De Barker a Stafford
martes 25

La jornada laboral inició a las 6:30 a. m.; continuamos pizcando en Barker. La mañana estuvo muy nublada y por un lapso de diez minutos llovió. No concluimos con la cosecha, sólo llenamos dos guayines y medio entre las cuadrillas de El Tío y del Shortys. Después, a las 8:25 a. m. nos trasladaron junto con tres tractores y sus guayines a un predio de Stafford que habíamos pizcado anteriormente. Ahí comenzamos a trabajar a las 9:05 a. m., a los veinte minutos comenzó a lloviznar, nos pusimos nuestros impermeables para protegernos de la lluvia que duró alrededor de quince minutos. Me tocó pizcar un surco que tenía mucho pepino. Cerca de las 4:30 p. m. se incorporaron dos cuadrillas más, una era comandada por el Vaca³⁰ y la otra, por el Maestro³¹. En cuanto se juntaron todas las cuadrillas aceleraron el ritmo en la pizca, era algo que sucedía muy a menudo cuando se juntaban en un mismo campo agrícola. Nosotros cosechamos ocho guayines hasta las 6:00 p. m.

Al momento de salir de los surcos se me acercó Josué, tenía veintidós años de edad, era de la cuadrilla del Shortys, me preguntó si me iba a quedar a la pizca de repollo *freezer*, le dije que no pero que tres integrantes de la cuadrilla si iban a quedarse. Aproveché para preguntarle si él lo iba a hacer, me contestó que él y dos de sus compañeros sí. Según Josué a ellos los había elegido el mayordomo general, por lo tanto, aprovecharon esa oportunidad para quedarse más tiempo en Elba. Ya no pudimos platicar más porque los buses estaban a punto de retornar a

³⁰ El Vaca era un trabajador de confianza del mayordomo general, aparte de que conducía el tractor manejaba un bus y se encargaba de vigilar a una cuadrilla que se hospedaba en Barker.

³¹ El Maestro era un trabajador de confianza del mayordomo general pero no manejaba un bus en Elba. Le decían Maestro porque hablaba el idioma inglés que le permitía comunicarse con los empleadores.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

las casas de hospedaje. Ese día los contratados que pizcaban calabacita ya se encontraban en la casa, me sorprendió verlos temprano porque regularmente regresaban entre 8:00 a 8:30 p. m., supuestamente estaban a unos días de terminar la cosecha de calabacita, por eso los habían sacado más temprano del trabajo. Después realizamos la rutina de siempre: comimos, nos echamos una ducha, descansamos, organizamos las cosas para el siguiente día, y nos dormimos.

*Cansado y complicado limpiar la calabacita
miércoles 26*

El Tío nos llevó a un predio de calabacita cercano a la casa de hospedaje. Lucas llegó a las 7:10 a. m. a checar nuestras tarjetas, le dio unas instrucciones al mayordomo general y se retiró. El trabajo consistió en cortar con la mano las calabacitas de mayor tamaño y las que estuvieran muy delgadas de un lado; también nos pidieron cortar el zacate que estuviera alrededor de la plantación de calabacita. Según El Tío era necesario hacer esa limpia para facilitarles el trabajo a los *calabaceros*, pero también para que hubiera una buena y muy rápida producción de esta verdura. Hizo énfasis en que las calabacitas de mayor tamaño que estábamos cortando se debía a que en el mercado no eran comerciables.

En un principio limpiar la calabacita parecía ser muy sencillo en comparación a la pizca de pepino, pero no lo fue, teníamos que cortar con mucha delicadeza la calabacita que nos habían indicado y con la precaución de no maltratar las matas. Lo anterior implicaba estar agachado todo el tiempo. La calabacita era muy parecida al pepino en el sentido en que con la lluvia volvía a retoñar, por ello era muy importante mantener intactas las plantas y sus ramas.

A lo largo del día limpiamos los surcos que llegaban a medir cerca de 500 metros de largo. Era la primera vez que realizábamos ese trabajo, al no estar acostumbrados sentíamos un fuerte dolor en la espalda. El mayordomo nos supervisaba minuciosamente y cuando no hacíamos bien la limpia nos llamaba la atención. Debo señalar que aparte de que

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

el trabajo era complicado nos demoraba mucho tiempo terminar un surco, por lo regular durábamos entre dos a tres horas.

Después de la hora del lonche, a las 12:45 p. m., Travis llegó a supervisarnos y aprovechó para darle otras indicaciones al mayordomo general, luego se retiró. Como a las 2:10 p. m. llegaron los migrantes temporales que se empleaban en el tianguís, junto con ellos llegó un tractor con un guayín largo que traía varias cajas de plástico (véase foto 25). Ellos cortaron la calabacita selecta que se comercializaba en el mercado. La calabacita la cortaban con delicadeza con un cuchillo y la iban depositando en cajas que llevaba el guayín. El trabajo no se veía fácil pero tampoco se comparaba con lo que realizábamos en la pizca de pepino porque ellos no corrían y no competían, iban a un mismo ritmo por lo que lograban aguantar trabajando, de diez a doce horas.



Foto 25. La pizca de calabacita.
Elba, NY, agosto de 2015

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

Cerca de las 4:30 p. m. llegaron dos cuadrillas de calabaceros, ellos si eran los que se dedicaban a cortar exclusivamente la calabacita; ahí se encontraban los tres personas que se hospedaban en la casa. El Tío supervisó a las tres cuadrillas durante el resto del día, al parecer esas habían sido las instrucciones que le había dado Travis.

Según los contratados viejos, a los empleadores les urgía que se cosechara la calabacita a tiempo porque si se demoraban más la calabacita se malograba por el cambio de clima. La jornada se prolongó bastante; eran la seis, las siete y las ocho y no había señales de que concluyéramos con nuestro trabajo; lo que nos preocupaba era el hambre que teníamos, el cuerpo pedía a gritos el alimento, pero no podíamos dimitir, sólo continuar.

Como expuse antes, ese trabajo que parecía ser sencillo nos fatigó y nos lastimó demasiado; no sudamos como en la pizca de pepino, pero todos nos quejábamos del dolor de la espalda. La jornada laboral concluyó hasta las 8:20 p. m.; a esa hora la luna nos alumbraba; hacía un frío insoportable lo que provocó que nos doliera más la espalda. A la casa de hospedaje llegamos a las 8:45 p. m.; lo primero que hicimos fue comer, aunque ya no teníamos el mismo apetito, sin embargo, teníamos que comer para reponernos. Luego nos echamos una ducha y organizamos los víveres para el día siguiente. Yo concluí mi trabajo hasta las 11:50 p. m., hora en que terminé de escribir mi diario de campo.

Pláticas informales con El Tío
jueves 27

Antes de acudir al trabajo, El Tío nos llevó directamente a la matriz de la compañía Torrey Farms Inc., ahí se subió otra cuadrilla al bus. Posteriormente nos llevó hacia la salida de Elba, paró el bus y le habló por teléfono a Lucas para decirle que lo estábamos esperando. A los diez minutos llegó Lucas en su camioneta, le pidió al mayordomo general que lo siguiera durante todo el trayecto del camino. El recorrido que realizamos duró más de dos horas. No teníamos idea a dónde nos dirigíamos,

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

había incertidumbre sobre el lugar y el tipo de trabajo que íbamos a realizar.

A las 7:40 a. m. llegamos a un plantío de cebolla, Lucas checó las tarjetas, y nos pidió que comenzáramos a cortar la maleza. Había mucho zacate, todo lo que cortábamos lo depositábamos en dos botes y luego lo tirábamos a la orilla del surco. El clima por la mañana estuvo fresco, incluso el día se nubló por momentos y parecía que iba a llover, pero no llovió. El ritmo de trabajo no se dio de manera acelerada debido a que había surcos que tenían mucha maleza lo cual no permitía que todos avanzáramos de la misma manera.

Alrededor de las 11:35 a. m. El Tío se me acercó en el surco que trabajaba; y aproveché para preguntarle sobre el lugar donde estábamos, me mencionó que el lugar se llamaba Victoria y que la compañía tenía varias tierras de cultivo en el estado de NY. Me dijo: “Torrey Farms Inc. es muy grande, es la más grande que hay en NY, así que estás trabajando en una gran compañía”; lo expresó para que me sintiera orgulloso y halagado.

Durante la estancia en Elba, El Tío se había dado cuenta de que yo tomaba fotografías de manera discreta y de que por las noches escribía en mi laptop; es decir, sabía que no sólo trabajaba en el campo sino que también realizaba una investigación. Sobre esto último nunca me manifestó inconformidad alguna; de hecho no lo hablamos de manera formal hasta que me dijo: “sería bueno hacer un pequeño documental cuando se pongan los vitrales en la iglesia del pueblo”; yo estaba sorprendido por la charla porque por primera vez noté que me tenía confianza por las inquietudes que me manifestó —eso no lo hacía con todos—. Yo sólo escuché atentamente sus planes mientras cortaba el zacate. Durante la charla me habló un poco sobre su experiencia como trabajador agrícola temporal. También mencionó que cuando se empleaba como trabajador y como mayordomo acostumbraba guardar una fotografía de lo que hacía cada año pero que no le dio continuidad quizás por falta de interés. Lo único que guardaba en su archivo personal eran los expedientes de los migrantes temporales que había enviado a Kentucky, Florida, Texas, Oklahoma y NY. Posteriormente señaló que uno de sus proyectos a futuro era colaborar con el apoyo de los

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

contratados purhépecha en la restauración del antiguo templo de la comunidad, me dijo que era una de sus grandes metas personales. Después de la plática se retiró porque llegó la hora del lonche. A esa hora aprovechaba para comer, pero también para charlar con su grupo de trabajadores de confianza.

A las 3:20 p. m. El Tío y yo coincidimos nuevamente en el bus porque ambos fuimos a cambiarnos las botas de plástico por las botas de trabajo. Ahí aprovechamos para comer un pan con refresco. Mientras comía el pequeño refrigerio El Tío —me sorprendió— comenzó a hacerme otra plática, aproveché la confianza para preguntarle cómo le hacía para organizar y controlar al vasto número de migrantes temporales en Elba, me contestó:

pues conozco el nombre de todos y busco ser amigo de todos, además la compañía me ha dado la confianza y la autorización para organizarlos sin que intervenga nadie más, (se refería a otros mayordomos), por eso es que todos me obedecen. —Luego le pregunté cómo se sentía asumir una responsabilidad de esa naturaleza y me dijo: — no es fácil y sé dónde estoy, también estoy preparado para lo que me llegue a pasar.

Después me confesó que antes de que vinieran a la plantación de cebolla, en el mes de marzo, en la entrada de su casa apareció un documento anónimo con una amenaza de secuestro. En ese documento decía quién era él y qué era lo que hacía. Dijo no temer a lo que le llegara a pasar, aunque sí le preocupaba su familia y dijo: “yo como quiera, siempre me la paso por aquí, pero ellos están allá”. Por último, le pregunté si pensaba traer más migrantes temporales a NY, me dijo: “depende de lo que me diga la compañía, mi idea es ayudar a la gente que pueda”. Al concluir con la breve charla regresé al surco y el mayordomo general continuó con la supervisión. A las 6:00 p. m. Lucas dio por finalizada la jornada laboral y regresamos a la casa de hospedaje. A las 8:15 p. m. comimos, nos echamos una ducha, organizamos las cosas para el siguiente día y yo me puse a realizar mi diario. Finalmente me dormí a las 11:20 p. m.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Todo por no estudiar, así anda uno por aquí
viernes 28

Regresamos a Victoria, NY. Llegamos al campo agrícola a las 7:25 a. m., Lucas checó las tarjetas y comenzamos a cortar el zacate. El trabajo lo concluimos a las 10:20 a. m.; posteriormente Lucas nos llevó a otro *field* a un kilómetro de distancia. Yo estaba sorprendido porque en ese lugar había varios plantíos de cebolla, pero también había bodegas, tractores y otras máquinas.

Durante la jornada laboral me tocó trabajar al lado del surco donde iba Josué, aproveché su cercanía para platicar sobre diversos temas. Me contó que había migrado de manera contratada a San Luis Missouri, a Florida y a NY. Durante la charla me dijo:

Robe³², aquí así es el trabajo, todo por no estudiar. Así anda uno por aquí pero no nos queda de otra más que echarle ganas, así nos vamos a acabar —se refería físicamente— por aquí. —Agregó—, no creas que *venimos por gusto, venimos por necesidad*, y porque no nos queda otra opción, además, aquí —en NY— en una hora de trabajo ganamos lo que uno gana en México al día, y en un día, ganamos lo que pudiéramos ganar en México a la semana. —Luego le pregunté que cuánto ganaba en México, me dijo: — lo más que uno puede ganar son \$1,200 a la semana, así que conviene más trabajar por aquí a pesar de que el trabajo sea difícil.

Durante la charla mencionó que en Missouri se empleó en la *yarda*, en Florida en la cosecha de jitomate y pepino, y en NY en la pizca de pepino. Le pregunté también sobre la diferencia que veía en los trabajos que había desempeñado en los tres lugares y me contó:

en Florida son muy estrictos los patrones de la compañía Del Monte Fresh, exigen mucho, casi igual que aquí. En Missouri trabajar en la *yarda*

³² Robe —diminutivo de Roberto—, era cómo me llamaban los purhépecha en Elba.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

no es tan pesado, no se trabajan muchas horas, pero tampoco ganas mucho a la semana.

La charla fue fructífera porque Josué me platicó también sobre su vida personal, laboral y sobre sus planes a futuro. A las 5:00 p. m. Lucas dio por finalizada la jornada laboral, pero durante el retorno a Elba el mayordomo general se perdió en la ciudad de Búfalo —NY— debido al tráfico. Los contratados purhépecha eran muy hábiles para usar las aplicaciones del celular y pudieron guiar al mayordomo por medio del GPS —por sus siglas en inglés: Global Positioning System—³³; en efecto, ubicaron el lugar donde nos encontrábamos y localizaron la ruta que nos llevó de regreso a Elba; llegamos cerca de las 7:40 p. m. Luego El Tío nos llevó directamente a la matriz de la compañía por la paga de la semana que rebasó los 700 dólares, sin duda los trabajadores agrícolas estaban muy satisfechos por la cantidad. Finalmente regresamos a la casa de hospedaje, realizamos la rutina de siempre, descansamos y yo me puse a escribir el diario de campo.

*Tengo que conocerlos y aprenderme el nombre de todos
sábado 29*

Salimos al trabajo a las 6:30 a. m. El Tío nos llevó directamente a las bodegas de Torrey Farms Inc. donde sacó unos cestos de plástico que utilizábamos en la cosecha, después le dijo a un compañero apodado el Venado que condujera el bus y que siguiera al camión de carga que él iba a conducir. El camión llevaba doce cajas de madera en la parte de atrás, cada caja medía aproximadamente un metro por lado. Cuando los contratados viejos vieron el camión dijeron: “vamos al mini pumpkin”. En efecto, no se equivocaron, nos llevaron Stafford. Lucas y Travis nos esperaban ahí, checaron nuestras tarjetas y pidieron que cortáramos el mini pumpkin de color anaranjado, no los de color verde o

³³ Traducción: Sistema de Posicionamiento Global

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

amarillo. Era una calabaza que se utilizaba en las noches de Halloween en EE. UU. Los dos empleadores observaron y supervisaron nuestro desempeño laboral. Cosechamos hasta las 9:20 a. m., y los patrones se retiraron cuando llenamos las doce cajas del camión.

El corte de mini pumpkin nos demoraba más tiempo. Era una calabaza chica y dura que pesaba entre 250 a 300 gramos. Para cumplir con las exigencias de los empleadores había que cortarlo bien y seleccionar los de color anaranjado. Debíamos tener cierta precaución porque había abejas negras que rondaban por los surcos. Evitar a las abejas era complicado así que teníamos que aguantarnos sus picaduras.

La dinámica de trabajo se realizaba de la siguiente manera: la cuadrilla seguía conformándose de dieciocho integrantes, pero dos personas tenían que subirse en la parte trasera del camión para recibir los cestos de mini pumpkin para luego depositarlos en las cajas de madera. Esa rutina se repetía hasta llenar todas las cajas del camión.

Las ramas que se encontraban en los surcos eran muy altas y eso provocaba que nos asfixiáramos con el calor. Durante el día nos empapábamos todo el cuerpo de sudor lo que nos provocaba un fuerte desgaste físico. Hasta las 4.05 p. m. sólo llenamos cinco camiones de carga, lo equivalente a sesenta cajas. No continuamos con la cosecha porque según el mayordomo general era el pedido que les habían solicitado a los patrones.

Después nos cambiaron a un plantío de repollo a veinte metros de distancia, ahí nos pusieron a cortar la maleza. Había dos tipos de repollos, de color verde y morado, pero únicamente cortamos el zacate del repollo de color morado. El corte de la maleza permitía ir platicando con el compañero que iba al lado del surco. Ese día me tocó ir con uno de Pichátaro, de nombre Luis, de veintiséis años. Durante la plática mencionó que era su tercera temporada en NY, me habló un poco sobre su experiencia como trabajador agrícola temporal. Comentó que cuatro de sus hermanos estaban trabajando en Torrey Farms Inc., tres se empleaban con los pepineros y uno con los repolleros. Mencionó que dos de ellos habían ido a trabajar de manera contratada al estado de Arkansas y de Florida. Después de la charla tuvimos

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

que separarnos porque mi surco tenía más zacate y él continuó avanzando en el suyo.



Foto 26. El Tío charla y bromea con los contratados.
Elba, NY, agosto de 2015

Cerca de las 6:15 p. m. coincidimos con El Tío entre los surcos; él también se puso a cortar la maleza. A los quince minutos tuvimos una plática que se prolongó durante esa tarde. Aproveché ese acercamiento y la confianza que me iba brindando para conocer más cosas sobre su trayectoria como migrante. Le pregunté hasta qué año estudió y me dijo que había estudiado dos años de filosofía en un seminario en la Ciudad de México pero que por falta de recursos económicos no pudo continuar más. Luego le pregunté si había migrado anteriormente de manera ilegal y contestó que sí y, que cuando cruzaron por el desierto, estuvo casi una semana sin comer; me comentó que por poco lo muerde una serpiente entre los matorrales. Después me habló cuando trabajaba en el estado de Arkansas, en el corte de pino: “por poco me muerde una

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

víbora muy grande, de milagro me salvé, pero quedé muy espantado”. “Vas a creer que hasta llegaba a soñar a esa víbora”, después añadió “en EE. UU. he vivido de todo”.

Durante la plática le pregunté por qué siempre optó por la migración contratada cuando antes, me refería a la década de los noventa, todos preferían migrar como *ilegales* y me dijo que por seguridad y porque era mejor. Si algo caracterizaba al mayordomo general, aparte de su rigidez y disciplina, era que cuando se platicaba con él sus respuestas eran muy directas y concretas.

Después traté el tema de su responsabilidad con los migrantes temporales y le dije: “no ha de ser nada fácil realizar el trabajo de contratista y mayordomo”. Me contestó: “claro que no, pero yo me desgasto más en la parte mental, sobre todo cuando recién llegamos a Elba porque tengo que colocarlos a todos, y para ello tengo que conocerlos y aprenderme el nombre de cada uno”. Luego le pregunté que cómo le hacía para organizarlos y mantener el control de todos a lo que respondió:

lo que hago es tratar de acercarme a cada trabajador, intercambiar algunas palabras, tratar de reír con ellos y más que nada, hacerlos amigos (véase foto 26); ser amigo de todos y no sólo hacer lo que hace un mayordomo: ordenar y mandar, sino también trabajar con ellos. Por momentos, tal como lo estoy haciendo ahorita, tengo que ayudarles y explicarles cómo pueden y deben realizar de mejor manera el trabajo, mi intención no es regañarlos sino más bien orientarlos, aunque a veces si me paso, pero es por la misma presión que tengo de los patrones.

En esa breve charla pude entender la parte humana del mayordomo general, pero también me dio a entender que él no era igual que los demás capataces mexicanos y anglosajones que se empleaban en Torrey Farms Inc. Sobre la trayectoria migratoria de El Tío tenía un escueto conocimiento. Esa tarde aproveché la oportunidad y le pregunté ¿por qué no continuó migrando de manera contratada a Kentucky? a lo que me respondió que no había más trabajo, la compañía se detuvo y que por eso se vinieron para acá. Luego le pregunté si nunca había considerado vivir

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

y quedarse definitivamente en EE. UU. y contestó: “la verdad no; en una ocasión el patrón de Kentucky me dijo: ‘traite a toda tu familia y aquí van a vivir’, pero no acepté, es mejor que la familia siga en México”. Entonces le pregunté: ¿ya no piensa volver a Kentucky? y explicó:

allá no hay cupo para muchas personas; en una ocasión me habló el patrón para que regresáramos a trabajar y le dije, si tienes cupo para 200 trabajadores regresamos, pero como no lo hay ya no insistió. —Luego añadió— ahorita venir aquí a NY es pasajero, no es definitivo, en cualquier momento nos pueden decir no hay más trabajo, por eso espero que todos aprovechen esta oportunidad. Sí, es pesado el trabajo y se sufre, pero también se gana más que en México, además allá no contamos con empleo, por eso es mejor andar por aquí, aunque sea temporal.

Aproveché para preguntarle hasta cuándo pensaba seguir trayendo a los migrantes temporales: “usted ya tiene alrededor de cincuenta años, además el desgaste que tiene cada temporada lo va agotando física y mentalmente”. El Tío se quedó pensativo por un momento:

mira, yo hasta cuando pueda y me sienta capaz de seguir trayendo a la gente y mientras nos siga dando trabajo la compañía, porque yo sé que esto no es para siempre, en cualquier momento nos pueden decir, ‘no más trabajo’. Así que hago lo que puedo. Yo no sé qué sea la política o no me ha interesado eso, pero pienso que es lo que hago con los trabajadores, tengo que platicar con todos, convencerlos, organizarlos y para ello tengo que hacerme amigo de todos, tengo que ser el primero en poner el ejemplo, así como me ves, trabajando, mostrándoles cómo deben hacer bien el trabajo, no me gusta ser esa persona que ordena nada más, no, me gusta convivir con todos, hacerlos reír un poco y me gusta lo que hago porque es parte de mi trabajo.

Para darle continuidad a lo que entendía por política, le cuestioné: “¿Cómo le hace para controlar a los trabajadores de otras comunidades, por ejemplo, a los de Pichátaro, Jalisco, Zamora, Queréndaro, Arantepacua y Janitzio?”. Me contestó:

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

a todos los trato de la misma manera, no tengo preferencias; hasta el momento no he tenido problemas por ese lado. Sí, de pronto, hay algunos como los que vienen de Janitzio que son muy reservados y no quieren convivir con los demás.

Continué: ¿cómo fue que comenzó a traer a los de Janitzio si no se dedican al trabajo agrícola en México sino a la pesca y al trabajo artesanal?, a lo que respondió:

pues yo tengo amigos por todas partes; tenía un amigo de Janitzio que se enteró de que traía gente por acá y fue a la casa a pedirme que los trajera, así fue que comenzaron a venir conmigo. Pero ellos no rinden para el trabajo pesado, —agregó—, los traje a la plantación de cebolla y no pudieron, en el pepino y en el repollo tampoco, por eso están en la empacadora de ejote.

Después le pregunté: ¿por qué ya no volvió a traer a los trabajadores de Sevina,³⁴ comunidad vecina de Comachuén? Replicó:

por lo mismo y por el conflicto que han tenido con Comachuén;³⁵ sí me hablaron por teléfono para que los contratara, estaban con muchas ganas de venir, iban a venir más este año, pero les dije que no para evitar más problemas, no era conveniente traerlos por el conflicto comunal. Aquí en NY podrían tener problemas con los de Comachuén, entonces por su bien, era mejor que ya no vinieran.

Posteriormente volvimos a tocar el tema de la restauración del templo antiguo —un inmueble histórico del siglo XVII— de la comunidad indígena de Comachuén y me dijo:

³⁴ Durante dos años consecutivos (2013-2014), El Tío llevó a EE. UU. alrededor de cuarenta trabajadores agrícolas de dicha comunidad.

³⁵ En enero de 2015 los habitantes de Sevina les bloquearon el tramo carretero a los de Comachuén por el conflicto de la tala clandestina de árboles, desde entonces no les han permitido pasar a los moradores de Comachuén por dicha carretera.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

el día en que se vayan a poner los vitrales en la iglesia se va anunciar en la misa, o más bien, se va a hacer la invitación a todo el pueblo en general para que se haga la reconstrucción del templo antiguo. —Añadió— la invitación no sólo va a ser a los trabajadores que vienen aquí sino también a los que están radicando en otros estados de la Unión Americana. Ese sería el gran reto para todos ya que la restauración del templo sería muy importante para la comunidad. El objetivo sería reconstruirlo como estaba antes, con su techado de tejamanil y una puerta de madera; para ello trataríamos de conseguir la mejor madera que aún hay en la región, como la que tienen los de Pichátaro a quienes les haríamos la propuesta de comprar su madera.

Por último, me comentó sobre los planes que tenía cuando dejara de ir a EE. UU.; sobre lo que pensaba hacer en Comachuén. Su futuro laboral era invertir y apostar por la producción de aguacate y abrir un mercado para su comercialización; de hecho, dijo que cuando retornara a México se iba a dedicar a hacer el papeleo de las normas de inocuidad y de certificación con el propósito de poder competir en el mercado.

La charla que tuve con el mayordomo general fue muy interesante y fructífera porque no sólo conocí algo de su experiencia migratoria sino también su parte humana y los proyectos que tenía para el futuro.

Terminamos de cortar el zacate a las 7:00 p. m., después regresamos a la casa de hospedaje comimos y nos echamos una ducha. A las 9:30 p. m. El Tío pasó a la casa para vendernos unas películas —en formato DVD— de la fiesta patronal que se celebró en Comachuén los días 15, 16, 17 y 18 de agosto de 2015. El costo de los seis discos fue de 80 dólares, nos tocó cooperar de 11 dólares por persona. Todos estaban ávidos de ver lo que había sucedido en la fiesta.

Durante la proyección de las películas —en la pequeña televisión de plasma de 28 pulgadas que teníamos en la sala—, todos estaban atentos a las diferentes escenas; la mayoría hacía notar su añoranza por el terruño. Esa noche todos vieron a detalle las escenas de la película, guardaban silencio por momentos, reían, gritaban, se burlaban de algunas escenas, se echaban carrilla e identificaban a sus amigos, familiares y conocidos. Como era sábado nos desvelamos y vimos tres pelícu-

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

las. La primera trató sobre el día 15 de agosto: la misa en honor a la Virgen de la Asunción, los juegos de basquetbol, la música clásica de las dos bandas de música de viento que deleitaron al público en la explanada de la plaza comunal, el baile de los moros, la noche de baile amenizado por dos grupos y dos bandas musicales y la iluminación del castillo, mejor conocido como los juegos pirotécnicos o artificiales. En la segunda y tercera película se pudo apreciar el jaripeo de los días 16 y 17 de agosto, así como los bailes por la noche en la explanada de la plaza, amenizados por grupos y bandas musicales. Nos dormimos hasta las 2:10 a. m.

*Rutina, día de compras y de descanso
domingo 30*

No escribí mi diario de campo, estaba desvelado, me sentía cansado por las jornadas laborales de la semana; traté de descansar y de distraerme de la investigación. Aunque como he mencionado la rutina de los domingos consistía en la compra de víveres de la semana, lavar la ropa, realizar el envío de remesas al terruño y hablar por teléfono con la familia. Por la tarde acudíamos a jugar futbol con los integrantes de otras cuadrillas a la unidad deportiva; era nuestro único pasatiempo. Ese domingo por la noche continuamos viendo las películas de la fiesta patronal de Comachuén en honor a la Virgen de la Asunción.

*Exhausto por la competencia entre cuadrillas
lunes 31*

Terminé muy cansado porque nos tocó cortar y recoger el pepino en un nuevo predio. Ahí ya estaban las cuadrillas del Shortys, el Vaca y el Maestro. A las 6:55 p. m. Mike llegó a checar, después comenzamos a trabajar. Desde muy temprano se sintió un fuerte calor, pero a pesar de las adversas condiciones climáticas pizcamos como lo hacíamos habitualmente.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

La *competencia* fue muy ardua en la pizca, tanto así que terminamos de cosechar a las 10:40 a. m.; cada cuadrilla llenó tres guayines.

Posteriormente nos cambiaron a otro campo agrícola a 15 minutos de distancia donde nos esperaba Travis. Le dimos la segunda pasada, pero no hubo mucho pepino. A pesar de ello cada cuadrilla logró pizcar entre cinco a seis guayines; en total, cada cuadrilla cosechó entre ocho a nueve guayines a pesar de las altas temperaturas que tuvimos que soportar.

A las 5:30 p. m. el mayordomo anglosajón dio por finalizada la jornada laboral, luego retornamos a la casa de hospedaje, descansamos un poco, nos echamos una ducha, comimos y organizamos las cosas para el día siguiente. Algunos continuaron viendo las películas de la fiesta y otros se durmieron, yo me sentía tan extenuado que por más que quise plasmar en mi diario de campo todo lo que había acaecido en el día no lo pude hacer; estaba desfallecido.

*Septiembre: a media temporada laboral
Difícilmente va a librar la temporada
martes 1º*

Regresamos al mismo *field* en el que estuvimos cosechando, Mike llegó a las 6:55 a. m. y checó las tarjetas de las cuatro cuadrillas. Toda la mañana estuvo muy nublada, después hizo mucho calor. Cada cuadrilla pizcó sólo un guayín de pepino. A las 9:35 a. m. nos cambiaron a Barker para realizar la tercera pasada, pero parecía que le estábamos dando la primera, yo estaba muy sorprendido porque había mucho pepino. Inferí que para la compañía Torrey Farms Inc. producir pepino era un negocio rentable porque no sólo se cosechaba una vez, sino dos, tres y hasta cuatro veces en un mismo campo agrícola.

Antes de la hora del lonche cada cuadrilla pizcó tres guayines. El calor aumentó de manera considerable como a las 11:25 a. m., a tal extremo que Mike fue al pueblo cercano por varias bolsas de hielo para que los pusiéramos en la *yoga*. No parábamos de tomar agua mientras cortábamos el pepino, además de los sueros y las sodas que

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

bebíamos. El calor nos hizo sudar mucho, la mayoría estábamos empapados. La pizca fue muy ardua, el calor nos agotó y nos deshidrató bastante; todos dijeron estar muy fatigados como a las 3:40 p. m. El mayordomo anglosajón vio que las condiciones climáticas eran muy desfavorables y optó por concluir la jornada laboral, eran las 4:30 p. m. Hasta esa hora cada cuadrilla alcanzó a cosechar ocho guayines.

Durante el día observé que a un trabajador le costaba mucho trabajo pizar, apenas si se podía agachar para cortar el pepino, al parecer tenía problemas en la espalda porque se le dificultaba alzar el cesto arriba de su cabeza; luego, cuando iba a depositarlo al guayín, no iba de prisa como los demás, sino más lento. Era el único que se atrasaba más, aunque sus compañeros se solidarizaban y lo apoyaban por momentos. Todos nos percatamos de la complicada situación que vivía el trabajador, varios dijeron: “difícilmente va a librar la temporada”, otros se cuestionaron si se habría lastimado aquí o ya venía así desde México. El compañero no era de Comachuén ni de Pichátaro sino de Zamora. Los contratados purhépecha señalaron que era la primera vez que lo veían en Elba y llegaron a la conclusión de que no estaba acostumbrado al trabajo del campo.

El Tío pasó a la tienda Monte Albán y realizó un envío de remesas a México. Algunos integrantes de la cuadrilla bajaron del bus y compraron víveres: sopa instantánea Maruchan, pan, yogurt, refrescos de lata, etcétera. Al llegar a la casa realizamos la rutina de siempre: comer, ducharnos y organizar las cosas para el día siguiente. Yo me sentía muy cansado, a duras penas escribí mi diario de campo.

*Sirve que descansamos, ya andamos muy cansados
miércoles 2*

Nos tocó ir a cortar y recoger el pepino al campo agrícola que estaba al lado del cementerio. Llegamos ahí a las 6:40 a. m. y esperamos a Mike —llegó a las 6:55 a. m.—, para que checará las tarjetas a la cuadrilla del Shortys y a la nuestra. Realizamos la segunda pasada de pizca, hasta las

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

12:30 p. m. únicamente llenamos cuatro guayines; la hora del lonche la tuvimos hasta las 12:35 p. m. por indicaciones del mayordomo anglosajón.

Alrededor de las 12:10 p. m. llegaron las cuadrillas del Vaca y del Maestro, primero comieron su lonche, y luego comenzaron a trabajar. A las cuadrillas del Shortys y de El Tío nos pidieron que retornáramos a las casas de hospedaje, no entendimos por qué los mayordomos habían tomado esa decisión. Los migrantes temporales no estaban de acuerdo, incluso algunos estaban molestos; mencionaron que los demás contratados iban a trabajar más horas, por ende, recibirían un mejor pago. En Elba el pago semanal se registraba con base en las horas trabajadas de viernes a miércoles. También hubo quienes dijeron: “estuvo bien, sirve que descansamos pues ya andamos muy cansados”.

Llegamos a la 1:35 p. m. a la casa de hospedaje. Al llegar, la mayoría se durmió de 2:05 a 4:30 p. m., luego preparamos algo para comer en lo que llegaba la comida que nos preparaba la Lonchera. Algunos prepararon huevo, otros comieron Maruchan y atún con tostadas. Después unos lavaron su ropa sucia en el sanitario. A mí, junto con otros tres contratados nos tocó realizar el aseo de la sala, de la cocina y del sanitario. Posteriormente nos echamos una ducha. Durante la tarde platicamos sobre diversos temas y continuamos viendo las películas de la fiesta de Comachuén; llegamos a ver varias veces las películas durante las horas de descanso. A las 8:30 p. m. me puse a escribir el diario de campo en mi laptop.

Los trabajadores agrícolas que iban al corte de calabacita regresaron a las 8:30 p. m. extenuados y hambrientos. A las 9:05 p. m., El Tío pasó a la casa y nos dijo que al día siguiente nos recogería a las 7:00 a. m. para que nos alistáramos, luego se retiró. Organizamos las cosas para el siguiente día y finalmente nos dormimos.

*Tú aquí eres un trabajador, no eres un profesionalista
jueves 3*

El Tío pasó a la casa de hospedaje a las 7:05 a. m. y nos llevó a las oficinas de la compañía Torrey Farms Inc., ahí le dieron el aparato que

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

checaba las tarjetas. Luego nos llevó a un campo agrícola de calabacita que estaba en la salida de Elba, rumbo a Batavia. Ahí nos checó las tarjetas, y nos dijo:

la vez que limpiaron la calabacita; aquella calabaza que cortaron no era para la venta, pero me dijo Travis que esa vez no hicieron bien el trabajo, así que hoy quiero que hagan bien el trabajo, también que avancen más rápido y que le echen ganas.

Posteriormente nos explicó el tipo de calabacita que íbamos a cortar porque no iba a ser de color verde sino de color amarillo. En el primer surco nos puso el ejemplo de cómo teníamos que limpiar en cada mata la calabacita. La limpia consistía en cortar las calabacitas de mayor tamaño (véase foto 27), las que estaban más maduras, cortar las hojas y las ramas maltratadas.

El Tío se puso a supervisar cada surco que íbamos limpiando. Realizar aquel trabajo aparentaba ser una labor sencilla pero no lo era porque demoraba mucho tiempo, y lo hacíamos agachados o hincados. Sinceramente durante la limpia me desesperaba mucho porque no podía avanzar como los demás y me cansaba muy rápido. El mayordomo general al observar mi bajo desempeño laboral se me acercó y me dio una lección de cómo debía hacerle para avanzar más rápido y no esforzarme demasiado. Me pasó algunos tips de cómo podía tener una



Foto 27. Limpiar la calabacita.
Elba, NY, septiembre de 2015

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

mayor habilidad con las manos. Yo no tenía mucha habilidad para usar las dos manos en la limpia de calabacita y para avanzar más rápido tenía que alternar el uso de las dos manos. Entonces me dijo:

mira, tú aquí eres un trabajador, no eres un profesionista, así debes de pensar; aquí el trabajo es pesado pero hay que echarle ganas porque no queda de otra. Lo que debes de hacer es entregarte al trabajo, hacerlo con ganas y poner toda tu voluntad, si lo haces así no vas a sentir cansancio y te vas a acostumbrar porque tu mente va a estar en eso. Pero si te sientes obligado y no tienes esas ganas te vas a cansar rápido y tu cuerpo no se va adaptar a un ritmo de trabajo.

Después, El Tío me enseñó nuevamente cómo debía limpiar; desde luego mostró la habilidad que tenía con las manos y dijo:

a mí siempre me gustó ser el número uno en los trabajos que tuve en Arkansas en la plantación y en el corte de pino, también cuando trabajaba en Kentucky siempre me ponía una meta, por eso les gustaba a mis patrones mi trabajo. —Le contesté: ‘de seguro le tocó competir con gente muy hábil y fuerte’ a lo que respondió: — claro, de hecho, como soy de pequeña estatura me decían hombres muy altos y fortachones que eran del norte de México: ‘tú a que vienes por aquí ni fuerzas vas a tener para trabajar’, yo sólo los escuchaba y les decía ‘déjenme nomás hacer mi trabajo’; yo estudiaba cómo hacer bien y rápido el trabajo, luego ni me podían alcanzar. Varias veces me dijeron los mayordomos y los patrones ‘necesitamos más trabajadores como tú’.

El Tío se retiró de mi surco y continuó supervisándonos. Yo tuve que tomar su consejo y sus tips. Lo que me sugirió me ayudó a avanzar con la limpia de calabacita y a sentir menos cansancio. Concluimos la jornada laboral a las 8:00 p. m. pero nos faltó terminar una pequeña parte. En la orilla de los surcos El Tío se me acercó nuevamente y me habló de cómo vivieron las primeras temporadas en Elba:

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

antes la compañía tenía muchos trabajadores ilegales; cuando nosotros llegamos a Torrey seguido teníamos discusiones con ellos en el trabajo porque no aceptaban que éramos mejores trabajadores que ellos. —Agregó— en una ocasión nos retamos para comprobar quiénes eran mejores en la pizca de pepino, escogimos un *field* grande; el reto era ver quiénes llenaban más guayines de pepino. Yo les dije a mis trabajadores: metan ‘segunda’ y ‘cuarta’ —refiriéndose a la velocidad o al ritmo de trabajo—, vamos a demostrarles que somos mejores que ellos. Les ganamos con mucha ventaja —concluyó—, sin duda nuestra gente es muy trabajadora y muy resistente para estos trabajos.

Finalmente retornamos a la casa de hospedaje y realizamos la rutina de siempre. Yo apenas pude escribir el diario, me encontraba destrozado física y mentalmente. Luego me puse Icy-Hot en la espalda porque no aguantaba el dolor y tomé una pastilla Flanax para el dolor muscular. Lo único que quería hacer esa noche era reposar lo más que pudiera porque el siguiente día íbamos a continuar con la limpia de calabacita.

*Hubo a quiénes se les hinchó el rostro
viernes 4*

El Tío pasó a la casa de hospedaje por nosotros a las 7:00 a. m. y nos llevó a las oficinas de la compañía Torrey Farms Inc. para recoger el aparato que checaba las tarjetas. Luego nos llevó directamente al mismo predio del día anterior, checó las tarjetas y pidió que continuáramos con la limpia de la calabacita.

A las 8:50 a. m. concluimos dicho trabajo. Después El Tío nos cambió a un predio de calabacita verde que se encontraba a cincuenta metros de distancia. Nos pidió realizar la limpieza, pero también cortar la maleza; eso implicó que tomáramos ciertas precauciones a la hora de cortar las calabacitas de mayor tamaño. Las matas eran muy frágiles, por lo que buscábamos evitar el maltrato de las matas, si no, era muy probable que no hubiera una buena producción de calabacita. Durante la limpia me percaté de que las hojas y las ramas de la mata tenían un

color blanco, al parecer era el líquido de la fumigación. Eso nos afectaba porque a pesar de trabajar con guantes, mientras cortábamos la calabacita sentíamos comezón en las manos. Al estar todo el día junto a las hojas nuestros rostros llegaban a rozar con las plantas y con las ramas que tenían el agroquímico. Varios compañeros no sólo sintieron comezón en las manos, sino que también les salieron ronchas o salpullido —una especie de urticaria en las manos y en la cara—. También hubo a quiénes se les hinchó el rostro, yo fui uno de ellos. A pesar de las molestias físicas todos continuaron con la limpieza, nadie se quejó; hablar del malestar físico únicamente se compartió entre los migrantes temporales.

El *field* que nos tocó limpiar era muy grande, de aproximadamente cuatro hectáreas; el reto del mayordomo general era que termináramos con la limpieza, para ello él mismo tuvo que emplearse por varios momentos. La cuadrilla se esforzó al máximo con tal de cumplir el cometido. El clima nos favoreció durante el día, amaneció con neblina, luego salió el sol pero no estuvo muy fuerte y el viento nos ventilaba lo que influyó para que no tuviéramos un mayor desgaste físico.

A las 5:35 p. m., El Tío se me acercó en el surco para ayudarme y aprovechó para comentarme que los vitrales se habían comprado en Guadalajara y que en los próximos días los iban a llevar a Comachuén para colocarlos en la iglesia. Lo noté muy contento porque la donación era algo simbólico e histórico en la comunidad y él encabezaba esa acción. Después me habló sobre los planes o proyectos que deseaba que se hicieran en Comachuén, como por ejemplo la reconstrucción del templo antiguo y la creación de una capilla donde se pudiera venerar a la Virgen de Guadalupe. Después me dijo que a él le hubiera gustado tener una industria textil en la comunidad —aunque fuera pequeña— que lograra emplear a cien mujeres en la elaboración de ropa o calzado pero que para ello era necesario conseguir un mercado de comercialización que garantizara el empleo y el sueldo de las trabajadoras.

Esa tarde platicamos sobre diversos temas, pero como me sentía muy fatigado no pude plasmar todo a detalle en el diario de campo; creía poder hacerlo pero no tenía las suficientes fuerzas para escribir

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

minuciosamente todo lo que platicamos. En esas fechas percibí que El Tío me tenía más confianza porque lo que platicaba conmigo no lo hacía con todos, sólo con aquellos que él consideraba de su absoluta confianza, aun así, no les hablaba a todos sobre sus planes y acciones. Como he referido, el mayordomo general era una persona muy sagaz, inteligente y selectiva, sabía qué compartir y qué no, era muy maduro en el sentido de que no se dejaba sobornar, ni mucho menos permitía que los trabajadores agrícolas se saltaran sus reglas. No tenía vicios: no bebía bebidas alcohólicas, no fumaba ni se drogaba, siempre trataba de mostrar un buen ejemplo a través de su personalidad y de su desempeño en el trabajo; era muy responsable, estricto y disciplinado, por algo se había ganado la confianza absoluta de los empleadores de Torrey Farms Inc.

Como relaté anteriormente, el predio de calabacita era enorme, había pocas posibilidades de que lográramos terminar con la limpia, pero nos esforzamos al máximo y sí lo logramos. Terminamos a las 8:00 p. m., de ahí nos fuimos directamente a las oficinas de la compañía porque era día de pago. La rutina que llevamos a cabo fue la de siempre: el mayordomo general fue por los sobres de pago, luego pasó lista y a cada trabajador le entregó su sobre. Los contratados purhépecha inmediatamente revisaron su pago, estaban satisfechos porque recibieron la cantidad de 645 dólares. Finalmente regresamos a la casa de hospedaje, comimos, nos echamos una ducha, organizamos las cosas para el día siguiente y nos dormimos.

*Si sobra que se lo den a su familia
sábado 5*

El Tío pasó por nosotros a la casa de hospedaje a las 7:00 a. m. y se dirigió a las oficinas de la compañía, ahí le dieron el aparato para checar las tarjetas. Después fuimos directamente a un campo agrícola en el que anteriormente habíamos pizcado mini pumpkin. Nos percatamos de que una parte ya había sido cosechada por lo que únicamente nos tocó pizar la

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

parte que aún faltaba. Como a las 8:30 a. m. ya se sentía fuerte el calor, no parábamos de sudar aun siendo muy temprano. Hasta las 11:40 a. m. pizcamos tres camiones.

En la jornada de trabajo sucedió algo muy atípico, cerca de las 10:20 a. m. llegaron dos policías al field antes de que nos cambiaran a otro lugar. Lo primero que preguntaron era si alguien hablaba inglés. El Tío bajó del camión que conducía y les dijo que él lo hablaba. Supuestamente el motivo de su visita era porque habían recibido una llamada telefónica al 911 y que esa llamada provenía del lugar donde nos encontrábamos. El Tío escuchó atentamente y les dijo que nadie había realizado dicha llamada y que no había ningún problema, después dialogaron brevemente. No alcanzamos a escuchar porque lo hicieron con mayor discreción y en voz baja, además, se retiraron unos metros para conversar. Antes de retirarse los dos policías le pidieron permiso al mayordomo general para llevarse dos mini pumpkin cada quien, él les dijo que no había ningún problema. Cuando se retiraban los dos agentes vieron que estábamos empapados de sudor, y uno de ellos le dijo en inglés a un compañero: “*very hot, very hot, man*”.

Después de lo acaecido, El Tío estaba molesto y nos llamó la atención a todos; nadie se responsabilizó del acto. En la llamada de atención insistió en que no lo volviéramos a hacer porque en EE. UU. no era como en México, en el sentido de que la seguridad sí acudía cuando se le solicitaba. Respecto a las llamadas al 911 no era que lo hiciéramos a propósito, sino que portábamos el celular en las bolsas del pantalón, y por los movimientos que realizábamos en la pizca, el celular marcaba automáticamente al 911, sobre todo si se llegaba a desbloquear el protector de pantalla. Los celulares que usábamos tenían ese detalle, cuando no podíamos realizar una llamada correctamente o no bloqueábamos el protector de pantalla, se marcaba accidentalmente al 911. Cuando nos dábamos cuenta de eso inmediatamente colgábamos, o no nos atrevíamos a contestar y si lo hacíamos, como la operadora nos hablaba en inglés, no entendíamos nada. Al parecer eso fue lo que pasó, se marcó a dicho número y al ver los de seguridad que la llamada se realizaba continuamente acudieron a corroborar si había algún problema.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Posteriormente nos dirigimos a otro campo agrícola que quedaba a unos tres kilómetros de distancia. El trabajo fue cortar mini pumpkin, pero primero pasamos a la hora del lonche. Francamente no imaginábamos lo que nos esperaba en la pizca; el calor fue insoportable a partir de la 1:30 p. m., yo de milagro no me desmayé, sentía por momentos que me caía. Sudábamos tanto que cada que llenábamos las cajas de un camión exprimíamos nuestras playeras y paliacates del sudor, asimismo tomábamos bastante agua o sueros para no deshidratarnos.

El Tío conducía el camión durante la cosecha y por el espejo del retrovisor veía como sufríamos por el calor, porque no sólo nos hacía sudar, también nos asfixiaba. No había mucha ventilación. El mayordomo general se dio cuenta de que las condiciones climáticas eran muy adversas y nos dijo que no aceleráramos tanto el ritmo en la pizca porque hasta él, que conducía el camión, sudaba y sentía el intenso calor.

La mayoría de los integrantes de la cuadrilla sentíamos que le decíamos al mayordomo “ya no podemos más vámonos a la casa”, pero no, teníamos que continuar y cumplir con las órdenes que le habían dado los empleadores. Cosechamos siete camiones, alrededor de 80 cajas.

Esta jornada de trabajo fue una de las más arduas que tuve en EE. UU., el desgaste físico no sólo fue por la pizca sino también por el intenso calor. Debo manifestar que durante la pizca los contratados se compadecieron de mí porque cerca de las 2:50 p. m. me vieron exhausto, se solidarizaron y me pidieron que subiera al camión para recibir los cestos cuando aún no era mi turno; ese gesto lo valoré mucho, no sé qué hubiese pasado si no me hubiera subido al camión, quizás me hubiera desmayado o, simplemente, habría renunciado porque mi cuerpo no daba para más. Cuando estuve arriba del camión para recibir los cestos me repuse un poco físicamente, lo que me favoreció para salir avante de la jornada laboral, aunque tuve que sacar fuerzas de flaqueza para no rendirme.

A las 6:10 p. m. terminamos de cortar la cantidad de mini pumpkin que habían solicitado los empleadores, eso sí todos estábamos abatidos. Por la noche no soportaba un fuerte dolor de manos debido a que me salieron varias ampollas, o bulas, en los dedos de las dos manos, me dolían bastante porque estaban llenas de pus.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

El Tío nos llevó a las oficinas de la compañía porque iba a entregar el aparato que checaba las tarjetas. Después, en el bus, nos informó sobre el problema de salud que tuvo un contratado que se empleaba en el empaque de ejote, no especificó la enfermedad o el padecimiento, sólo nos dijo que regresaría a México, de urgencia, para resolver su problema de salud.

Según El Tío, dicho trabajador había pagado la mitad de su pasaje de regreso y la otra parte lo pagó la compañía, y nos dijo:

esta compañía no regala nada, por ese lado, son bien *agarrados* —codos o tacaños—, no dan un peso de a gratis, por eso les pido de buena voluntad que cooperen con lo que puedan, esta cooperación la van a dar todos para ayudarle a pagar el pasaje y sus gastos médicos, lo que sobre se le enviará a su familia.

Los compañeros de la cuadrilla estaban con la incertidumbre de saber que le había pasado al trabajador referido. Nadie se negó a cooperar, al contrario, dijeron: “si sobra dinero que se lo den a su familia”. Todos cooperamos voluntariamente, de cinco a diez dólares por persona. La solidaridad entre los migrantes temporales me sorprendió, no únicamente por el aporte económico, sino por la manera en que lo hicieron; insisto, nadie se rehusó a cooperar, todos eran conscientes de que a cualquiera le podría suceder un accidente. El apoyo entre todos era lo más pertinente, porque como el mismo mayordomo general lo había anunciado, la compañía no buscaba responsabilizarse, mucho menos invertir en la cuestión de la salud de los trabajadores, eran bien *agarrados*.

Durante el retorno a la casa de hospedaje los compañeros susurraban y especulaban sobre el problema de salud del compañero que iba a retornar a México; había incertidumbre sobre qué tenía o que le había pasado y si era de gravedad o no porque ni El Tío quiso decirnos qué era lo que verdaderamente le había pasado. En la casa comimos y nos echamos una ducha. Luego yo aproveché esa noche para que un compañero me cortara el cabello porque para esas fechas ya me había crecido bastante. Los contratados que fueron a la pizca de calabacita regresaron a

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

las 8:30 p. m. y comentaron que iban a trabajar el día siguiente, que era domingo, hasta las 12:00 p. m. Por lo tanto comieron, se ducharon y organizaron sus cosas para el siguiente día. Yo concluí mis actividades con la transcripción de mi diario de campo.

*Los víveres de la semana
domingo 6*

No escribí mi diario de campo, me sentía cansado por las jornadas laborales de la semana; traté de descansar y despejarme un poco del trabajo de campo. La rutina de ese día consistió en realizar la compra de víveres de la semana, lavar la ropa, realizar el envío de remesas al terruño y hablar por teléfono con la familia. Aunque debo agregar que en los últimos domingos de la temporada los contratados purhépecha comenzaron a realizar compras de ropa y calzado con el fin de ir acumulando poco a poco el equipaje que se llevarían a México al final de la temporada.

*Los patrones nos invitaron a comer un refrigerio
lunes 7*

El Tío pasó por nosotros a la casa a las 7:00 a. m., de ahí nos dirigimos a las bodegas de la compañía Torrey Farms Inc., estacionó el bus para llenar el tanque con combustible diesel. La compañía tenía sus propias pipas de combustible en la matriz. A ese lugar acudían los buses y los camiones de carga que necesitaban abastecerse de combustible. Travis y Lucas tomaban regularmente de ahí el combustible que trasladaban con sus camionetas para suministrarlo a los tractores.

Después, el mayordomo general nos llevó a un predio que se encontraba a ocho kilómetros de distancia de Elba, en ese lugar había plantíos de mini pumpkin y cebolla. Travis checó las tarjetas y nos ordenó cortar los mini pumpkin de color anaranjado y amarillo, no el de color verde. Cada trabajador tomó su surco menos dos personas que subieron

arriba del camión para recibir la calabaza que pizcábamos y depositarlo en las cajas de madera. A los veinte minutos Travis se retiró.

Las condiciones climáticas del día fueron favorables a diferencia del día sábado porque no hizo mucho calor. Durante gran parte del día el viento sopló y nos ventiló, eso influyó para que tuviéramos un menor desgaste físico. El buen ritmo en la pizca fue fructífero porque antes de la hora del lonche llenamos tres camiones, lo equivalente a treinta cajas.

Ese día sucedió algo inusual, faltando cinco minutos para la hora del lonche, El Tío nos dijo que dejáramos nuestros cestos de plástico en el lugar en el que íbamos pizcando porque iríamos a la matriz de la compañía a comer. En efecto, cuando llegamos a las oficinas de Torrey Farms Inc. vimos que los contratados purhépecha que trabajaban en la empacadora de ejote estaban degustando una hamburguesa, un hot dog, un elote y un refresco. Los migrantes temporales estaban sorprendidos por el detalle de la compañía, desconocíamos la razón del refrigerio. Mientras nos servían los alimentos, los *empacadores* desocupaban las mesas para que nosotros tomáramos asiento; sólo nos dieron quince minutos para comer la hamburguesa, el hot dog, el elote y el refresco. Posteriormente llegaron los *cebolleros*.

Me llamó la atención que preparaban las hamburguesas Travis, Lucas y otro trabajador de la compañía. Después de degustar el pequeño refrigerio regresamos al *field*; yo tenía curiosidad de saber por qué nos habían brindado dicho refrigerio. Varios contratados viejos me dijeron que porque se festejaba el día del trabajador —primer lunes de septiembre— y en NY era un día no laboral, aunque nosotros tuvimos que trabajar.

Como a la 1:35 p. m., antes de llenar otro camión, el compañero que iba a mi lado vio una víbora y nos gritó “¡cuidado!, la víbora se escondió entre las ramas”. En ese momento tuvimos que buscar y matar a la víbora que medía alrededor de cuarenta centímetros de largo y aproximadamente tres centímetros de grosor, era de color café. Afortunadamente no mordió a nadie, pero sí nos puso nerviosos. Esos eran los riesgos que teníamos que afrontar durante la pizca en Elba.

A las 2:20 p. m. llegaron ocho *repolleros*, nos apoyaron con el corte de mini pumpkin hasta concluir; pizcamos ocho camiones, un total de

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

ochenta y seis cajas, sin duda, una buena cosecha. A las 5:30 p. m. retornamos a la casa de hospedaje; lo primero que hicimos fue comer, luego tomar una ducha, descansar y organizar las cosas para el siguiente día. Yo concluí mi jornada laboral con la elaboración de mi diario de campo.

Insoportable el calor en la pizca
martes 8

Salimos a trabajar a las 6:30 a. m., El Tío nos llevó a un campo agrícola de pepino a veinticinco minutos de distancia de Elba. Ahí Mike checó las tarjetas de las cuatro cuadrillas. Primero pizcamos en ese predio, luego nos cambiaron a otro a treinta metros de distancia; los dos campos de cultivo no eran muy grandes. Posteriormente nos pasaron a un *field* de mayor tamaño que se encontraba a cien metros de distancia. Durante el curso del día trabajamos a un buen ritmo a pesar del calor que hizo por la mañana; antes de la hora del lonche cada cuadrilla había pizcado cinco guayines.

Al concluir con la cosecha, el mayordomo anglosajón mandó a las cuadrillas de El Tío y del Shortys a cortar pepino a otro predio que quedaba a quince minutos de distancia. Ahí hicimos la segunda pasada. El campo agrícola era enorme y tenía largos surcos, pero por falta de lluvia no tenía mucho pepino, por lo tanto sólo logramos llenar dos guayines.

Durante la cosecha nos supervisaron El Tío, Mike, Travis y Lucas; a cada momento insistían en que no cortáramos los pepinos de color amarillo, ni los chicos y tampoco los que estuvieran en mal estado. El clima no nos favoreció durante el curso del día porque se sintió mucho calor, de hecho, Mike nos consiguió dos bolsas de hielo que tuvimos que agregarle a la *yoga*.

El calor fue insoportable durante todo el día, la *yoga* no se dio a vasto, por ello todos tuvimos que recurrir a las bebidas que llevábamos en nuestras loncheras o hieleras: agua embotellada, Gatorade, sueros, sodas y Monster para evitar una deshidratación. Lo que no logramos cubrir bien fue nuestro físico, la mayoría nos quemamos la piel por la

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

exposición al sol. Era complicado protegerse de los rayos del sol en Elba, el cuerpo no soportaba el calor, por ende, teníamos que buscar alguna ventilación para no sudar demasiado. Pero a pesar de las medidas que tomábamos era imposible no sudar o empaparse de sudor, como he referido en este diario, llegábamos a exprimir las playeras y los paliacates del sudor. Cada día quemábamos muchas calorías por los movimientos que realizábamos en la pizca.

La jornada laboral concluyó a las 3:40 p. m. pero con lo que trabajamos fue más que suficiente, el cuerpo no daba para más. El Tío pidió que dejáramos los cestos de plástico en el lugar donde íbamos pizcando.

Me acerqué al establo que se encontraba al lado del campo agrícola. Vi un número importante de cabezas de ganado, todas las vacas tenían un número en las orejas, por ejemplo, 9734. No pude conocer el número total de cabezas de ganado que tenía la compañía; en el establo había grandes ventiladores y las vacas estaban clasificadas por su numeración. Al lado del establo había más de cinco toneladas de forraje. En mi estancia en Elba me percaté que Torrey Farms Inc. era una compañía que tenía mucho capital que no únicamente invertía en la producción agrícola sino también en la ganadera. Por último, regresamos a la casa de hospedaje, comimos, nos echamos una ducha, descansamos y organizamos las cosas para el siguiente día.

*Cúbrete, aunque sea la espalda
miércoles 9*

Retornamos al field que no concluimos. Mike llegó a las 6:55 a. m. y nos checó las tarjetas. En ese lugar también se encontraban las cuadrillas del Shortys (véase foto 28), del Vaca y del Maestro; cada cuadrilla retomó sus surcos y lo mismo hicieron los tractoristas. Por la mañana el clima estuvo caluroso, no se veía que fuera a llover durante el día, incluso algunos contratados viejos mencionaron que las lluvias ya habían pasado y que lo que venía para estos días era el frío, mucho frío, sobre todo en los meses de octubre, noviembre y diciembre. Otros dijeron: “en

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

esta temporada no llovió mucho como en otras temporadas y eso afectó la producción, porque la calabaza, el pepino y el repollo, necesitaban de las lluvias para su crecimiento”. En efecto, los últimos campos agrícolas que pizcamos no tuvieron la producción de pepino que se esperaba por falta de agua. El predio que cosechamos fue un claro ejemplo de ello, tenía una extensión como de 400 metros de largo y aproximadamente 350 metros de ancho, a pesar de su tamaño sólo logramos llenar dos guayines cada cuadrilla. El Tío se me acercó al surco y me dijo: “este año no dio mucho pepino en este field; el año pasado, —añadió—, cortamos en una pasada ocho guayines, no dos como hoy; le faltó la lluvia”.



Foto 28. La cuadrilla del Shortys.
Elba, NY, septiembre de 2015

Alrededor de las 10:45 a. m. el día se nubló y se aglutinaron las nubes grises; en ese instante, vaticinábamos que iba a caer una gran tormenta. Cuando llenamos el segundo guayín la mayoría se puso las botas de

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

plástico y los impermeables para protegerse de la lluvia. Ese día yo no llevé mi impermeable, me confié porque todos los días lo llevaba, pero no lo utilizaba porque no llovía. Pero ese día sí me hizo falta, me preocupé porque sabía que íbamos a continuar trabajando bajo la lluvia. Un contratado me dio una bolsa negra y me dijo: “cúbrete, aunque sea la espalda”.

Al mediodía el aguacero se había convertido en una tromba, no paraba de llover, hacía mucho viento y, aun así, tuvimos que continuar con la pizca. Nadie se negó a continuar, aunque trabajar en esas condiciones climáticas era muy complicado, pero no había otra opción más que echarle ganas. La lluvia se intensificó, el mayordomo anglosajón vio que no había condiciones para continuar con el corte de pepino y dio por finalizada la jornada laboral; solamente pidió que dejáramos los cestos de plástico en los surcos.

El Tío nos dijo que retornáramos a las casas de hospedaje. A algunos compañeros de la cuadrilla no les agradó que hubiésemos trabajado sólo hasta esa hora porque era muy temprano pero no había condiciones para seguir laborando. La molestia era porque no se iba a obtener un buen pago semanal debido al poco número de horas trabajadas. Según los comentarios vertidos por los contratados, esa semana la cuadrilla del Vaca había trabajado varios días sólo hasta mediodía y la del Maestro no trabajó un día. Finalmente regresamos a la casa, nos quitamos la ropa mojada, nos echamos una ducha, descansamos, realizamos el aseo de la sala, de la cocina, de los cuartos y del sanitario, luego preparamos la comida y alistamos las cosas para el día siguiente.

Bus, no más trabajo
jueves 10

Retornamos al campo agrícola que no concluimos. A las 6:55 a. m. Mike checó las tarjetas, luego las cuatro cuadrillas retomamos los surcos para continuar con el corte de pepino. Como a las 10:00 a. m. Travis pasó a supervisarnos, luego se les acercó a los dos mayordomos para

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

darles algunas indicaciones. Posteriormente revisó minuciosamente nuestros surcos, recogió los pepinos que consideraba que estaban en buen estado y los puso en el guayín. Después trató de explicarles a los migrantes temporales, en inglés y con señas, sobre qué pepino debían cortar, debido a que algunos no estaban cortando los de color amarillo, ni el que estuviera demasiado chico o muy grande; pero Travis no quería que se desperdiciara nada, al parecer había mucha demanda en el mercado por lo que insistió en que pizcáramos todo lo que había en los surcos, excepto los pepinos que estaban en mal estado. Debo señalar que ese fue uno de los pocos días que vi a Travis muy molesto, su semblante y sus movimientos corporales lo evidenciaban. Noté que no estaba satisfecho con la producción. Los contratados purhépecha se percataron que estaba disgustado y dijeron: “Travis anda bien enojado, no paren de trabajar porque si no nos va a descansar”.

Anteriormente los trabajadores agrícolas me habían hablado sobre la personalidad de Travis, decían que era muy estricto, pero yo tenía mis dudas, él era una persona que aparentemente mostraba ser tranquilo. Incluso por la forma de vestir parecía tener un perfil más académico que empresarial, a diferencia de Lucas, éste se vestía regularmente de manera más informal, con ropa de trabajo. Travis y Lucas eran hermanos, pero sus personalidades eran diferentes, al parecer Travis tenía una función más ejecutiva como encargarse de la comercialización de los productos agrícolas, mientras que Lucas se encargaba de informar y de llevar a cabo el control de las cosechas.

Ese día cuando observé la actitud de Travis, vaticiné que iba a suceder algo atípico porque lo noté desesperado y molesto. En efecto, cerca de las 10:30 a. m., Travis se dirigió directamente a nuestra cuadrilla, nos habló en inglés —muy molesto— y le dijo a un compañero apodado El Gato —su nombre era Edgar—, “bus, no más trabajo”. Todos nos pusimos nerviosos y nos apresuramos con la pizca, nadie quería que suspendieran a la cuadrilla entera. En ese instante estábamos perplejos ante el castigo de El Gato, no supimos en primera instancia por qué lo habían parado; no tuvo ni tiempo para decírnoslo, sólo recogió su cesto de plástico y se fue triste y apenado al bus. Y como el castigo se lo había

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

asignado el patrón no tuvo derecho a réplica; ni Mike ni El Tío pudieron abogar por él.

A la hora del lonche le preguntamos a El Gato por qué Travis lo había descansado, y nos dijo: “no sé, tal vez porque me fui a orinar en la orilla del surco y tal vez me vio, porque todavía no comenzábamos a cortar pepino, apenas había llegado el guayín, —añadió—, yo pienso que fue por eso”. El castigo de El Gato se prolongó todo el día, después de la hora del lonche no regresó al surco, estuvo en el bus esperando a que concluyera la jornada laboral. Pero más allá de la suspensión de El Gato, el mensaje que envió Travis a través del castigo era para todos, por lo tanto, debíamos de trabajar mejor y más rápido, si no, la consecuencia inmediata iba a ser el descanso sin paga.

Cuando terminamos la cosecha, a la 1:00 p. m., nos cambiaron a otro predio que se encontraba a cuarenta kilómetros de distancia. Le dimos la tercera pasada, pero no concluimos. Después, varios compañeros le preguntaron al mayordomo general —había curiosidad—: “¿Por qué descansaron a El Gato?”, y él respondió: “pues porque no estaba pizcando bien, yo les dije desde la mañana pizquen bien —agregó—, yo no así nomás les digo lo que tienen que hacer”. A las 6:10 p. m. concluyó la jornada laboral, pero antes, El Tío me dijo:

Jesús —me confundía con ese nombre y no me llamaba Roberto— ven, mira, te voy a enseñar esa planta que no debes acercártele para nada porque es la que hace que te salgan ronchas o granitos por todo el cuerpo, se llama mala hierba en español, en purhépecha la conocemos como ‘humbelikua’ —hiedra—. Hace unos días dos trabajadores se enfermaron porque se le acercaron a esa planta, uno se recuperó en la casa, pero el otro tuvo que ir hasta el hospital porque se le complicó. Deben tener mucho cuidado y no sentarse a descansar donde esté esa planta porque aquí está en casi todos los campos.

Cada cuadrilla llenó un total de ocho guayines. Regresamos a la casa de hospedaje extenuados. En la tarde yo tenía escalofríos, posiblemente por el viento y el frío y por los efectos de la mojada que tuvimos ayer. Después de comer y de tomarme una ducha me tomé unas pastillas

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

para el resfriado y para el cuerpo cortado, luego traté de descansar por una hora, me unté Icy-Hot en la espalda, en las rodillas y en los pies y por último, a duras penas, escribí mi diario de campo en la laptop.

Cosechamos ocho guayines de pepino cada cuadrilla
viernes 11

Regresamos al mismo campo agrícola para concluir con la cosecha de pepino. A las 7:00 a. m. Mike llegó y checó las tarjetas, el predio era enorme, estaba dividido en dos secciones. El mayordomo anglosajón pidió que dos cuadrillas pizcaran el lado izquierdo y dos el lado derecho para que avanzáramos más rápido. Después de la hora del lonche, a las cuadrillas del Vaca y del Maestro las mandaron a otro lugar.

El clima nos benefició durante el corte de pepino porque no hizo mucho calor. Cerca de las 4:40 p. m. el mayordomo anglosajón llegó con dos botes de durazno, a cada cuadrilla le dio un bote de durazno para que se lo repartieran entre todos. Cuando llenábamos un guayín aprovechamos los escasos cinco minutos para comernos dos duraznos cada quien, fue un aliciente para todos porque a esa hora ya no soportábamos el hambre. La jornada laboral concluyó a las 6:05 p. m., cosechamos ocho guayines cada cuadrilla.

Cuando salíamos de los surcos, me le acerqué a El Tío, y le pregunté que a qué se debió la comida que nos dieron los patrones el día lunes, me dijo:

porque era el día del trabajo, así que por gusto nos dieron la comida y esas son buenas noticias porque quiere decir que las cosas van bien, porque no todos los años lo hacen; cuando las cosas no van bien no hacen nada y andan muy molestos.
—Luego se dirigió para el bus—.

Posteriormente nos fuimos a las oficinas de la compañía porque era día de pago. En las oficinas llevamos a cabo la dinámica de siempre: el mayordomo general fue por los sobres de pago a una oficina, luego nombró

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

a cada trabajador y le entregó su sobre, después solicitó que firmáramos en una lista de recibido. El pago semanal fue de 613 dólares; los contratados purhépecha estaban satisfechos.

Después retornamos a la casa de hospedaje, esperamos a que llegara la persona que nos preparaba la comida y el lonche; la señora llegó a las 7:35 p. m. nos entregó los recipientes de comida y le pagamos 90 dólares por persona. Comimos y nos echamos una ducha. Posteriormente yo y otros dos compañeros fuimos a la planta baja de la casa para entregarle la cantidad de 50 dólares al señor Javier para la cooperación de los vitrales; así cubrimos los 150 dólares de la cooperación que había asignado El Tío a cada trabajador agrícola. Por último, organizamos las cosas para el siguiente día. Luego yo me puse a escribir el diario de campo, me dormí a las 11:40 p. m.

*No se ve a qué hora vaya a quitarse la lluvia
sábado 12*

El Tío iba a pasar a la casa de hospedaje a las 6:30 a. m. para llevarnos al trabajo, pero no lo hizo porque toda la noche llovió y por la mañana continuaba lloviendo. Los únicos que fueron a trabajar en su horario habitual eran los que pizcaban calabacita, pero regresaron una hora después porque las condiciones climáticas tampoco eran favorables. Durante mi estancia en Elba nunca me había tocado ver llover tanto como ese día.

Por la mañana los migrantes temporales dijeron que teníamos que estar listos porque a cualquier hora nos podrían llevar a trabajar. La lluvia se intensificó en la mañana, además hacía mucho frío y mucho viento. Algunos compañeros se comunicaron por teléfono con otras cuadrillas que se hospedaban en Elba, Stafford, Barker, Kendall y Lindoville para ver si habían trabajado —tenían esa incertidumbre— pero les dijeron que tampoco habían ido a trabajar, los únicos que trabajaban eran los que se empleaban empacando cebolla, pepino y ejote.

Ese día descansamos y dormimos durante la mañana. Yo me di a la tarea de pasar a la laptop todas las fotografías que había tomado durante

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

mi estancia, revisé más de 600, no depuré ninguna, pero si seleccioné las que veía más relevantes y las clasifiqué en varias carpetas, luego observé a detalle cada imagen para ver qué me faltaba por retratar. Me llevé a Elba una cámara fotográfica de marca Nikon, y para esos tiempos ya me andaba fallando por el uso y el maltrato que tenía en el trabajo. Llevaba la cámara en mi lonchera, pero cuando tenía que tomar fotografías durante la pizca la cargaba en un bolsillo del pantalón; en varias ocasiones sufrió golpes como consecuencia de mis caídas y resbalones en los surcos. Las fotografías que logré tomar a los trabajadores agrícolas las tomaba rápido y cuando tenía la oportunidad de hacerlo; no era posible hacerlo con calma, no podía dedicarme exclusivamente a eso porque los mayordomos o los empleadores me podían llamar la atención y quería evitar ese problema. Al principio a algunos contratados purhépecha no les agradaba que les tomará fotografías, por eso realizaba dicha actividad con cierta precaución y discreción.

A las 10:45 a. m. me puse a navegar por internet y por medio de Facebook me comuniqué con varios integrantes de otras cuadrillas que no lograba ver en Elba porque laboraban en otras áreas. A través de Facebook busqué la manera de que me facilitaran fotografías sobre sus actividades laborales porque sabía que ellos regularmente las tomaban con su celular. Varios de ellos accedieron a mi petición y me las enviaron por Facebook aunque se me complicó descargarlas debido a que la señal de wifi era muy lenta.

A las 11:05 a. m. le escribí a mi asesor de tesis, el doctor Gustavo López Castro, sobre mi experiencia laboral y los desafíos que estaba enfrentando en Elba. Revisé también el correo institucional de El Colegio de Michoacán; en uno de esos correos electrónicos la coordinadora del CER, la doctora Nicola Keilbach, a petición de la junta de profesores del CER solicitaba el informe de actividades de trabajo de campo para principios del mes de octubre. Sin duda lo anterior me puso a pensar porque posiblemente no iba a poder hacerlo en la fecha solicitada. Realizar un informe con las características que solicitaba el CER requería de tiempo para su elaboración; no me sentía capaz de escribirlo en tiempo y forma para la fecha de entrega.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

Después de las actividades referidas, antes de la hora del lonche, a las 11:35 a. m. nos pusimos a desayunar; a esa hora la lluvia aún continuaba, se dieron la una, las dos de la tarde, y no dejaba de llover. Los contratados viejos dijeron: “ya no fuimos a trabajar, ya es tarde, además no se ve a qué hora vaya a quitarse la lluvia”.

A las 3:45 p. m., el señor Javier, nos invitó a ir de compras a un Walmart; quince personas fuimos con él, a esa hora aún seguía el aguacero. Pero antes pasamos a una tienda de ropa usada o de segunda en Batavia, los migrantes temporales le denominaban *la Pulga*. En ese lugar había una gran variedad de ropa y calzado para damas y caballeros para distintas edades y su costo era muy económico. Estuvimos ahí más de una hora viendo y probándonos las prendas, la mayoría escogió y compró varias cosas.

A las 5:40 p. m. fuimos a Walmart, yo fui a una tienda de nombre Marshall que se encontraba a cincuenta metros de distancia por los descuentos que manejaba en sus productos. Varios compañeros acudieron a la misma tienda. A las 7:50 p. m. regresamos a la casa de hospedaje, aún seguía lloviendo y también hacía mucho viento. Cuando llegamos a la casa nos comentaron que cinco personas se habían ido a una Mall³⁶ a la ciudad de Rochester, supuestamente los había llevado un raitero de Elba. Los que fueron a la Mall regresaron a las 9:15 p. m., habían comprado varias prendas y varios pares de tenis de marca. Por último, todos se pusieron a ver algunas películas de la fiesta de Comachuén; yo me puse a realizar el diario de campo y me dormí.

Enviar remesas
domingo 13

No escribí mi diario de campo, pero la rutina consistió en realizar la compra semanal de víveres, lavar la ropa, realizar el envío de remesas

³⁶ En EE. UU. se le conoce como Mall a un gran centro comercial donde hay tiendas diversas y se vende todo tipo de ropa, calzado, aparatos electrónicos, electrodomésticos, etcétera.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

al terruño y hablar por teléfono con la familia. En la ciudad de Batavia, en varias tiendas de ropa y calzado, algunos contratados purhépecha compraron ropa, otros compraron tenis, y celulares entre otras cosas. Por la noche todos descansaron y organizaron sus cosas para el siguiente día.

Bajen rápido del bus porque ahí está el patrón
lunes 14

El Tío pasó por nosotros a la casa a las 6:33 a. m., luego nos llevó a la matriz de la compañía, bajó del bus y se fue a una de las oficinas para que le dieran las instrucciones sobre el trabajo que íbamos a realizar. Cuando regresó nos dijo:

vamos a trabajar hasta las 9:00 a. m., tendremos que esperar porque está muy mojado el *field* de pepino al que vamos a llegar. Los tractores se pueden atascar —añadió—, los patrones dijeron que esperemos hasta esa hora para poder trabajar.

A las 7:55 a. m. El Tío nos llevó a un nuevo campo agrícola, en ese lugar estaba también la cuadrilla del Shortys. Antes de iniciar con la cosecha aprovechamos el tiempo para comer galletas, pan, yogurt, leche, jugo, refresco, plátano, entre otros alimentos. Otros charlaron durante el tiempo de espera. Lucas llegó a las 8:45 a. m. y checó las tarjetas, después iniciamos la pizza.

Al principio, pensamos que el *field* no iba tener mucho pepino porque no tenía muchas plantas y ramas, sin embargo, durante la cosecha nos percatamos de que había bastante pepino y de buen tamaño. El predio no era muy grande, la tierra era de color negro, blanda, chiclosa y pegajosa; la tierra seguía mojada lo que hacía que nos sumiéramos en los surcos. Realizamos la primera pasada, como había tanto pepino y de buen tamaño no tardábamos en llenar los guayines. Antes de la hora del lonche llenamos cuatro.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

Como a las 10:20 a. m. se incorporaron las cuadrillas del Vaca y del Maestro, junto con ellos llegó Travis para supervisarnos —Lucas se había ido una hora antes— y se retiró al poco rato, pero Mike llegó para continuar con la supervisión. Después de la hora del lonche, El Tío nos cambió a otro lugar porque íbamos a cortar mini pumpkin.

El nuevo lugar de trabajo se encontraba en Stafford, ahí estaba Travis esperándonos junto con otro empleador, no identificaba yo quién era, si su hermano o su papá, lo cierto es que cuando llegamos El Tío dijo: “bajen rápido del bus porque ahí está el patrón”. Lo noté nervioso y prudente. El patrón al que hacía alusión era una persona como de setenta años; ese día conversó por un lapso de cinco minutos con Travis, luego se retiró.



Foto 29. La pizca de mini pumpkin.
Stafford, NY, septiembre de 2015

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Por la mañana, se utilizó un tractor en el corte de mini pumpkin porque el suelo se encontraba aún mojado y resbaloso (véase foto 29). A las 3:20 p. m. Travis llevó un camión de carga que llevaba catorce cajas de madera; hasta esa hora habíamos pizado cuatro camiones con diez cajas cada uno. El camión que llevó Travis nos demoró más tiempo para llenarlo porque nunca habíamos pizado catorce cajas. Lo que más me llamó la atención fue que Travis condujera el camión durante la piza, luego se llevó el camión con la cosecha a las bodegas de la compañía.

A las 5:00 p. m. yo ya estaba exhausto al igual que los demás contratados, sus semblantes manifestaban el cansancio; aunado a ello el hambre que teníamos era insostenible. Cerca de las 5:20 p. m. un compañero le preguntó al mayordomo general que cuántos camiones más íbamos a llenar, él le contestó: “dos más”. Así que cosechamos siete camiones hasta las 6:45 p. m. con un total de setenta y ocho cajas.

Regresamos a la casa de hospedaje desfallecidos y con mucha hambre, habíamos tenido una extenuante jornada laboral porque pizamos cuatro guayines de pepino y siete camiones de carga de mini pumpkin. El clima no estuvo muy caluroso y hubo viento durante el día lo que nos favoreció porque mitigó el cansancio habitual. En la casa comimos como nunca, estábamos hambrientos, después nos echamos una ducha y organizamos las cosas para el siguiente día. Yo tuve que sacar fuerzas de flaqueza para escribir mi diario de campo porque estaba destrozado físicamente, finalmente me dormí a las 11:25 p. m.

*Un pepino cuesta como un dólar
martes 15*

Salimos de la casa de hospedaje al trabajo a las 6:30 a. m., primero El Tío nos llevó a las oficinas de la compañía Torrey Farms Inc., ahí le dieron las indicaciones sobre lo que teníamos que realizar en el campo agrícola. Nos dijo que íbamos por la ruta 231. Cuando llegamos al lugar señalado vi que había dos campos agrícolas, uno de pepino y otro de mini pumpkin. Antes de bajar del bus checó nuestras tarjetas, luego nos

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

pidió que tomáramos nuestros surcos y comenzáramos a pizcar, había bastante pepino y de buen tamaño, lo que permitió que llenáramos más rápido los guayines. Lucas llegó a supervisarnos como eso de las 9:00 a. m., al poco rato se incorporó la cuadrilla del Shortys.

Durante la jornada laboral aproveché para tomar algunas fotografías en la pizca. El Tío observó que realizaba discretamente mis tomas fotográficas, entonces se me acercó y me dijo:

mira —me mostró el surco en el que pizcaba—, aquí hay mucho pepino toma una fotografía para que expliques cómo hay por acá donde anduviste trabajando. —Tomé algunas fotos, luego le pregunté: — ‘¿cuánto cuesta un pepino aquí Tío?’. —Me dijo— cuesta como un dólar, esta compañía lo distribuye en todo EE. UU. —Después se retiró y yo continúe con la pizca—.

A las 11:10 a. m. Travis pasó a supervisarnos y conversó brevemente con el mayordomo general. Se notaba contento porque vio una buena cosecha. Antes de la hora del lonche llenamos cinco guayines y medio y la cuadrilla del Shortys cuatro. Después sólo pizcamos un guayín más porque nos cambiaron al *field* de mini pumpkin que se encontraba al lado. La cuadrilla del Shortys continuó y concluyó con la cosecha.

El primer camión de mini pumpkin que pizcamos tenía doce cajas de madera. Durante el día tuvimos varios contratiempos porque el camión se atascaba entre los surcos debido a que había mucho lodo. De hecho, El Tío le pidió apoyo a Lucas para sacar el camión que se atascó en uno de los surcos blandos. Lucas utilizó un tractor para jalar el camión. Posteriormente llenamos un camión que tenía las mismas cajas que el primero, este camión estuvo a punto de atascarse también. Para evitar los contratiempos el mayordomo utilizó el tractor y lo conectó al camión para que lo fuera jalando durante la pizca.

Antes de que concluyéramos con el último camión, el compañero que iba en el surco de al lado me gritó: “¡cuidado! hay una víbora por aquí, vamos a matarla”; el compañero intentó matar a la víbora, pero se escapó entre los matorrales. En este campo agrícola cosechamos tres

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

camiones de diez cajas y dos de doce cajas. La jornada laboral concluyó a las 7:05 p. m., terminamos destrozados físicamente a pesar de que no había sido un día muy caluroso.

Retornamos a la casa de hospedaje y lo primero que hice fue tomarme una ducha, luego, comí, o mejor dicho, cené. Intenté escribir mi diario, pero estaba exhausto y me dormí un par de horas para reponerme, luego desperté y me puse a escribir el diario; organicé mis cosas para el siguiente día, me tomé una pastilla para el dolor muscular y me unté Icy-Hot en la espalda, en las rodillas y en los pies; por último, me dormí.

*Más difícil pizar mini pumpkin que pepino
miércoles 16 y jueves 17*

Fueron días de trabajo extenuantes, por eso sólo escribí en el diario de campo lo acaecido en ambos días. El miércoles trabajamos a partir de las 7:00 a. m., Mike checó las tarjetas. Ese día cosechamos pepino en cinco pequeños campos agrícolas, nuestra cuadrilla pizcó en tres y la del Shortys en dos. La pizca que realizamos fue la segunda pasada, durábamos aproximadamente una hora y media para llenar un guayín. Antes de la hora del lonche solamente logramos llenar tres guayines y medio.

A las 11:50 a. m. el mayordomo general nos pidió que subiéramos al bus porque nos iba a cambiar a otro lugar. Algunos dijeron: “de seguro va a decirnos vayan comiendo”; en efecto, en cuanto comenzó a conducir el camión, nos dijo “vayan comiendo”. A nadie le agradó esa orden, pero teníamos que acatarla. La inconformidad era porque no se nos estaba respetando la hora del lonche y comer durante el trayecto era muy incómodo. El recorrido duró aproximadamente treinta minutos.

A las 12:40 a. m. comenzamos a cortar el mini pumpkin, al poco tiempo llegó Lucas a supervisarnos. Durante la pizca trabajamos con mucha intensidad a pesar del calor que hacía. La jornada fue muy ardua porque cosechamos tres camiones que llevaban doce cajas y tres de diez, en total seis camiones con sesenta y seis cajas (véase foto 30).



Foto 30. La cosecha de mini pumpkin.
Stafford, NY, septiembre de 2015

Cortar el mini pumpkin se me hacía más difícil, no entendía por qué, cuando realicé las entrevistas en Comachuén, los migrantes temporales no hacían alusión sobre dicho trabajo. Mencionaban muy poco la pizca de dicha calabaza en las entrevistas, enfatizaban más en la pizca de pepino y en la plantación de cebolla, los cuales consideraban como los trabajos más difíciles.

Para varios contratados era más complicado pizcar mini pumpkin que pepino. Si bien la dinámica de trabajo era similar porque usábamos los cestos para cargar lo pizcado, la diferencia estaba en la manera de cortar el mini pumpkin, exigía mayor fuerza, rapidez e intensidad. Frecuentemente nos empapábamos de sudor, varias veces llegamos a exprimir las playeras o camisetas durante la pizca.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Como a las 2:40 p. m. el clima fue bastante caluroso. El Tío se percató del desgaste físico que teníamos, ni él aguantaba el calor, por eso cuando llegamos a una orilla del surco se tomó la facultad de darnos cinco minutos de *break time*³⁷ —de descanso—, eso sí nos dijo: “descansen, nomás traten de que no los vean Travis o Lucas”; ellos estaban en la otra orilla, como a trescientos metros de distancia.

Al terminar de pizar el último camión, —el sexto—, me fui con El Tío porque iba a dejar el camión a la orilla del *field*. En el breve recorrido me dijo:

¿hace mucho calor verdad? ‘si mucho’ —le contesté—, pero en Kentucky hace más, allá yo tenía que llevarme varias playeras para cambiármelas. —En ese momento aproveché para preguntarle si nos pagaban el tiempo de la hora del lonche y me dijo: — no, eso está en la ley que no. —Le repliqué—, ‘entonces hoy que nos tocó venir comiendo en el camión no se nos pagó la hora del lonche’. —Me contestó— cuando es así, sí pagan, pero cuando uno toma la hora del lonche no se nos paga.

Posteriormente me cambió de tema y me comentó lo siguiente:

el día lunes que estábamos pizcando pepino y que luego nos cambiamos para acá durante la hora del lonche, Travis me llamó la atención porque llegamos cinco minutos tarde y me dijo, ‘¿por qué tan tarde?’, yo le contesté, es que estábamos tomando la hora del lonche. Entonces me dijo, ‘...no, quedamos que estarías aquí a la 1:00 p. m., que no se vuelva a repetir’. Por eso hoy les dije que se vinieran comiendo, porque a los gringos no les gusta que perdamos el tiempo, su gusto es vernos trabajando como ahorita. Hoy no me dijeron nada porque vieron que íbamos bien y que no perdimos tiempo.

Yo escuché atentamente lo anterior y me percaté de la sumisión y del ejercicio de poder que tenían los empleadores sobre él. Eso me permitió

³⁷ De *break time*: descanso. En Elba no era muy común que El Tío diera breves descansos durante el trabajo, lo hacía sólo cuando de plano las condiciones climáticas eran muy desfavorables o cuando los trabajadores se encontraban totalmente abatidos por el cansancio.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

comprender porque también buscaba que nosotros nos ajustáramos a sus exigencias. Al igual que los trabajadores agrícolas el futuro laboral del mayordomo general dependía de su desempeño en el trabajo, de su obediencia, su disciplina y de los resultados que les diera a los empleadores de Torrey Farms Inc.

La jornada laboral concluyó a las 7:00 p. m., terminamos desfallecidos, el semblante de cada trabajador reflejaba fatiga, hambre y sueño. Yo estaba agotado, lo único que quería era llegar a la casa para comer, bañarme y dormir. No tuve valor para escribir el diario de campo, estaba tan débil que ni fuerzas tenía para pensar ni mucho menos para escribir. Recuerdo que llegué a la litera de mi cama como el niño que juega todo el día en la calle o en la escuela y que cuando llega a la casa queda bien dormido por el cansancio. Antes de dormir sólo me tomé dos pastillas Tylenol para el dolor muscular, me unté Icy-Hot en la espalda, en las rodillas, en los pies y me dormí. No pude ni organizar mis cosas para el día siguiente, tuve que despertarme a eso de las 2:40 a. m. para enfriar mis bebidas.

La rutina del jueves fue igual a la del día anterior porque volvimos a regresar a los mismos campos de cultivo. Por la mañana cortamos pepino, y nos tocó ver y matar una víbora que por poco mordía al compañero que apodábamos el Kalas, de nombre José Luis. Según el Kalas, cuando movió un pepino de su surco, la víbora estaba enrollada e intentó atacarlo. Entre varios compañeros mataron a la víbora, afortunadamente no pasó a mayores, aunque el Kalas sí quedó espantado. Hasta las 2:30 p. m. sólo llenamos cuatro guayines.

Posteriormente Lucas le ordenó al mayordomo general que nos cambiara al predio de mini pumpkin. A nadie le agradó la noticia porque todos decían sentirse cansados, no era para menos, yo apenas si podía pizcar. Sin duda eran las secuelas del desgaste de días pasados, nadie quería escuchar la palabra mini pumpkin, pero no había otra opción más que obedecer las órdenes; algunos contratados sólo dijeron: “ni hablar, hay que entrarle, no queda de otra”. Cuando nos cambiamos de field ya estaban en fila tres camiones de carga, dos tenían doce cajas y el tercero tenía diez.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Lucas supervisó detenidamente nuestro desempeño laboral, estaba sorprendido por la manera en que veía pizcar al Kalas, éste, mostraba una habilidad impresionante al cortar dicha calabaza. Lucas estaba asombrado al ver cómo el Kalas hacía parecer el trabajo tan sencillo, después sólo hizo un gesto y una sonrisa de admiración y se retiró.

A las 4:40 p. m. Travis llegó al campo agrícola y le dio algunas instrucciones al mayordomo general y se retiró. Aunque la jornada concluyó a las 7:00 p. m. El Tío solicitó que dejáramos nuestros cestos de plástico en los surcos que íbamos pizcando porque posiblemente íbamos a continuar al día siguiente. Todos esperábamos que nos cambiaran a otro trabajo por el desgaste físico que habíamos tenido en la cosecha. Sin embargo, no podíamos ni nos atrevíamos a solicitar el cambio, los contratados purhépecha sólo dijeron: “ya estamos aquí y hay que echarle ganas, de alguna forma vamos a librarla”.

Finalmente retornamos a la casa de hospedaje, comimos, nos echamos una ducha y organizamos las cosas para el día siguiente. Esa noche tuve que prevenirme de mejor manera porque el calor de esos días era insoportable, por lo tanto, tuve que enfriar en el refrigerador más botellas de agua, Gatorade, sueros y sodas, eran necesarios porque el agua de la *yoga* no nos daba abasto; teníamos que estar bien hidratados. Por último, me puse a escribir el diario de campo, realicé el recuento de los días miércoles y jueves y me dormí.

*Pizcar mini pumpkin, cortar y alinear squash
viernes 18 y sábado 19*

Fueron días de trabajo muy arduos. El viernes nos tocó nuevamente cortar mini pumpkin. Comenzamos a trabajar a partir de las 7:10 a. m. Yo traté de centrarme en la cosecha, no pensé en el cansancio ni mucho menos en el número de camiones o cajas que íbamos a llenar.

El clima nos favoreció porque había viento y no se sentía mucho calor, sin duda era una ventaja. Durante la pizca trabajamos como si no estuviéramos fatigados, le echamos muchas ganas, pusimos todo nuestro

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

esfuerzo y empeño a pesar de que yo sentía que me volvía a lastimar las manos debido a que se me habían raspado con las hojas y con las ramas del mini pumpkin. Me lastimé porque no estaba pizcando adecuadamente, o mejor dicho, porque quería evitar lastimarme pero no lo pude evitar. Por recomendaciones y sugerencias de los contratados tuve que cambiar de táctica en el corte del tallo.

Por la mañana estuvimos trabajando a un buen ritmo. Lucas llegó a supervisarnos cuando ya habíamos llenado tres camiones, se quedó sorprendido al ver los resultados. Después platicó brevemente con el mayordomo general y se retiró. Antes de la hora del lonche pizcamos cuatro camiones y medio. Después completamos el quinto; tres camiones fueron de doce cajas y dos de diez. En total cosechamos sesenta y seis cajas.

A la 1:35 p. m. El Tío nos cambió a otro predio que tenía una calabaza de nombre squash, físicamente la calabaza era alargada y muy gruesa, nunca había visto algo así en mi vida. En ese lugar nos esperaba Lucas para supervisarnos y le dio algunas indicaciones al mayordomo general quien nos explicó la dinámica de trabajo. El squash era una calabaza que llegaba a pesar entre 500 gramos y hasta un kilo. Cortarlo implicaba hacerlo con fuerza y con el apoyo de las dos manos, luego se alineaba en filas. El trabajo a primera vista parecía sencillo, pero no lo era, resultó ser muy cansado porque se tenía que trabajar agachado todo el tiempo; aunado a ello los surcos eran muy largos, medían aproximadamente entre 400 a 500 metros.

En la cosecha once personas nos encargamos de alinear el squash, los otros ocho se encargaron de recogerlo y echarlo en unas cajas de madera en el guayín³⁸ similares a las que utilizábamos en el mini pumpkin. Dichas cajas iban en un guayín y éste iba junto con un tractor que conducía El Tío. No se utilizaban cestos de plástico porque un trabajador recogía con las manos el squash alineado y luego se lo pasaba a otra persona que se encargaba de colocarlo en la caja.

³⁸ No era igual al que se utilizaba en la pizca de pepino. El guayín que se utilizaba en el squash era plano, en él se podían sujetar cuatro cajas de madera.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Lucas se dedicó a retirar con el tractor las cajas de madera cosechadas. Las llevaba a la orilla de los surcos, ahí las bajaba con un montacargas, luego las estibaba y volvía a poner otras cajas vacías al guayín para llevarlas a los surcos. Para evitar pérdidas de tiempo acostumbraba traer otro tractor junto con las cajas detrás del primer guayín, por lo tanto, cuando llenábamos uno inmediatamente continuábamos con el que estaba detrás. Seguimos con esa dinámica todo el día.

La jornada laboral finalizó a las 7:00 p. m. Luego fuimos a las oficinas de la compañía a cobrar el pago de la semana. La dinámica de cobro fue la habitual, el pago que recibimos fue de 590 dólares. Después, retornamos directamente a la casa de hospedaje. A los quince minutos llegó la persona que nos preparaba la comida y el lonche, nos entregó los recipientes de comida, y le pagamos la cantidad de 90 dólares. Luego me eché una ducha, posteriormente comí, organicé mis cosas para el siguiente día y me acosté por un momento. Después comencé a escribir mi diario de campo, pero me quedé dormido junto a la laptop por el cansancio. Recuerdo que me desperté a las 3:20 a. m. guardé mi laptop y me volví a dormir, el recuento de lo acaecido lo hice el día siguiente.

El sábado amanecí con un fuerte dolor de manos por la fuerza y el movimiento que hice para cortar el mini pumpkin y el squash. Nos levantamos a las 5:45 a. m., yo lo hice más *por obligación que por gusto*, me sentía muy débil y cansado, incluso pensé en no ir al trabajo, pero tendré que ir —dije—, “si de plano siento que no puedo más le voy a decir al mayordomo general que renuncio sin importar lo que opinen los demás sobre mi decisión”. Antes de ir al trabajo me unté Icy-Hot en la espalda porque me dolía mucho, me tomé unas pastillas para el dolor muscular y me *armé* de valor.

El Tío pasó a las 6:25 a. m. a la casa y nos llevó directamente al campo agrícola de mini pumpkin. Luego checó las tarjetas antes de que bajáramos del bus y pidió que no nos lleváramos nuestras loncheras a los surcos porque únicamente íbamos a pizcar un camión de doce cajas. Realizar dicho trabajo nos demoró una hora con treinta minutos.

Pasaron varias cosas inusuales durante el día, por ejemplo, apareció un maravilloso arcoíris después de haber llovido cerca de donde nos

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

encontrábamos. Posteriormente, a un compañero al que le apodábamos el Chester —que iba al lado de mi surco— por poco lo mordía una víbora que se escondió rápidamente entre las ramas. A los quince minutos a Cleto, le tocó ver y matar otra víbora; todos estábamos sorprendidos por el número de víboras que había entre los surcos.

Cerca de las 8:40 a. m. terminamos de llenar el camión solicitado, luego nos cambiamos al predio de al lado, y ahí cosechamos lo que no concluimos en la primera pasada. Únicamente pizcamos un camión de diez cajas. Un compañero al que llamábamos Leopo vio otra víbora, no la pudimos matar porque se escondió entre los matorrales, todos estábamos preocupados, no era para menos, habíamos visto varias víboras durante el día.

A las 10:55 a. m. El Tío nos dijo que continuáramos con la alineación en el predio de al lado; cada trabajador seguiría con el mismo surco del día anterior. El mayordomo general supervisaba que cortáramos bien el squash, de hecho, nos corrigió y nos puso la muestra de cómo debíamos cortarlo adecuadamente para no lastimarnos las manos. Cerca de las 11:45 a. m. nos llamó a ocho personas para que fuéramos con él y nos dijo: “para que suden un poco, ahora les toca echar el squash”, yo dije “ni modo, hay que entrarle, no queda de otra”.

En algunas platicas que sostuve con los trabajadores agrícolas me habían comentado sobre lo complicado que era cortar y echar el squash en las cajas de madera, particularmente por el esfuerzo que se tenía que realizar, lo que incidía directamente en el dolor de la espalda. Yo estaba un poco nervioso y preocupado por lo que habían comentado, no sabía si iba a salir avante de dicho trabajo, el cual exigía llevar un buen ritmo para avanzar a la velocidad del tractor, no había descanso, por lo tanto, había que tener mucha resistencia para agacharse constantemente.

Lucas realizó el mismo trabajo que el día anterior: cambiaba mediante un tractor los guayines cosechados en la orilla de los surcos. Asimismo, con el apoyo de un montacargas bajaba las cajas de madera y las estibaba, luego, cada que llegaba un camión de carga al predio las subía con el apoyo del montacargas, el camión se encargaba de trasladar lo cosechado a las bodegas de la compañía.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Llenar las cuatro cajas de madera que llevaba el guayín nos tomaba entre treinta a cuarenta minutos, no pude llevar un conteo puntual de lo pizcado. A las 5:04 p. m. cayó un fuerte aguacero, sin embargo, trabajamos bajo la lluvia más de veinte minutos. Como no había condiciones para continuar con el trabajo Lucas dio por finalizada la jornada laboral. Durante el retorno a la casa de hospedaje observé que no sólo había llovido en esa área sino también en varios lugares aledaños a Elba.

Ya en la casa todos nos echamos una ducha y comimos. A las 7:10 p. m. cinco migrantes temporales me invitaron ir a una *Pulga* —tienda donde se vende ropa seminueva—, según ellos un raitero los iba llevar a la ciudad de Rochester y les iba a cobrar 30 dólares. No acepté la invitación porque me sentía muy cansado y lo que quería era descansar y fue lo que hice por un par de horas. Después me puse a escribir el diario de campo el que tenía atrasado porque no había registrado todo lo que había acontecido y vivido, así que tuve que registrar lo de los dos días. Los compañeros que fueron a Rochester regresaron a las 10:10 p. m. con bolsas de ropa, tenis y zapatos de marca; luego todos nos dormimos.

Descansar
domingo 20

No escribí mi diario de campo, pero la rutina del día consistió en realizar la compra de víveres de la semana, lavar la ropa, comprar ropa y calzado para llevar a México, realizar el envío de remesas al terruño y hablar por teléfono con la familia. Por la tarde y la noche todos descansamos, conversamos sobre varios temas, vimos la televisión y organizamos las cosas para el día siguiente.

A las 6:45 a. m. nos recogió El Tío en la casa de hospedaje y nos llevó a las oficinas de la compañía, ahí le dieron el aparato con el cual checaba nuestras tarjetas. Luego fuimos directamente a un campo agrícola de mini pumpkin, antes de iniciar con la pizca checó las tarjetas. Realizamos la segunda pasada, únicamente llenamos un camión de doce cajas. A las 9:30 a. m. nos cambiaron a otro predio, ahí solamente cosechamos dos camiones de carga de diez cajas.

A las 11:35 a. m. fuimos a un predio de squash que estaba a quinientos metros de distancia. Por instrucciones de Lucas se crearon dos grupos de cuatro personas para echar la calabaza. También se utilizaron dos tractores y dos guayines, uno era manejado por El Tío y el otro por el Venado. Después, el mayordomo general seleccionó a los ocho trabajadores que había solicitado Lucas. A los que no fuimos seleccionados nos tocó cortar y alinear el squash en los surcos.

El trabajo que realizaba Lucas lo ejecutó Emilio, un compañero oriundo de Tlajomulco, Jalisco, a quien ya he mencionado en este diario, era el único migrante temporal que hablaba el idioma anglosajón, los contratados purhépecha le llamaban el Maestro. Por la mañana él cosechó con nosotros. Yo tenía tiempo observando su desempeño en Elba y tenía cierta curiosidad por saber cómo había aprendido el inglés y cómo es que se había involucrado en la migración por contrato. Durante la pizca le pregunté: ¿hasta qué año estudiaste?, —me contestó— “sólo la primaria”, y ¿cómo aprendiste a hablar inglés? Me explicó que desde que era muy pequeño su papá lo trajo a EE. UU., estudió algunos años en la escuela y por eso podía hablar en inglés. Luego le dije: ¿cómo te contrataste para venir a EE. UU.?, contestó: “pues aquí está Chava — un compañero oriundo de Comachuén— que vive en Guadalajara, él me invitó y yo acepté venir”. Posteriormente le pregunté sobre el oficio que desempeñaba en México y si pensaba seguir migrando contratado. Dijo ser electricista y señaló que iba a continuar migrando a NY cada temporada laboral porque recibía mejores ingresos que en México.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Vale destacar que a Emilio le beneficiaba mucho dominar el idioma inglés porque solía ser el portavoz de los trabajadores agrícolas y el traductor de los empleadores. La función que desempeñó mayormente en Elba fue de tractorista. La jornada laboral concluyó a las 7:00 p. m., después retornamos a la casa de hospedaje, comimos, nos echamos una ducha y organizamos las cosas para el siguiente día.

El Tío nos filmó
martes 22

A las 6:45 a. m. El Tío nos llevó directamente al *field* de mini pumpkin. Nos pidió que bajáramos ordenados del bus y revisó las tarjetas mientras que un contratado —su sobrino— nos filmaba con una cámara de video de marca Sony. Yo estaba sorprendido por lo que estaba sucediendo; era algo atípico.

Después, cuando íbamos en el camión rumbo a los surcos en los que teníamos que continuar con la pizca me dijo El Tío: “creo que me tardé en grabar lo que se trabaja aquí —en la compañía Torrey Farms Inc.—, pero voy a ver la forma de grabar todos los trabajos que realizamos”. Yo estaba atónito con lo que estaba realizando, no entendía por qué o para qué realizaba las filmaciones. Nunca me había mencionado sobre la idea de filmar los trabajos que realizábamos, mucho menos el propósito de dichas filmaciones.

En la cosecha, su sobrino continuó filmándonos. Las grabaciones que realizó fueron de distintos ángulos y durante un tiempo aproximado de treinta minutos. En ese campo agrícola cosechamos cuatro camiones hasta las 11:25 a. m., dos de diez cajas y dos de doce.

A las 11:30 a. m. nos cambiaron a otro predio; antes de bajar del bus El Tío nos dijo que tuviéramos más cuidado al momento de alinear el squash y de echarlo en las cajas de madera. Según él dicha calabaza no se comercializaba inmediatamente en el mercado, sino que se almacenaba en las bodegas de la compañía, por eso era importante que no se maltratara, porque si no, se malograba. Enfatizó que debíamos

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

realizar bien el trabajo para que nos volvieran a recontractar en la próxima temporada.

Después, ordenó que ocho personas que no habían trabajado en el guayín lo hicieran ese día, los demás se iban a encargar de alinear el squash. A mí me tocó echarlo en el guayín. La jornada de trabajo fue muy ardua por las altas temperaturas de calor; recoger el squash de los surcos exigía agacharse constantemente lo que provocaba que sudáramos bastante.

El Venado manejó un tractor y un guayín. Alrededor de las 2:30 p. m. Lucas fue a supervisarnos, observó la cantidad de cajas que habíamos pizcado y contó los surcos que aún faltaban, luego se retiró.

A las 3:20 p. m. El Tío se puso a filmar durante un lapso de veinte minutos; primero estuvo con los que estábamos echando el squash, luego se dirigió con los que estaban cortándolo y alineándolo.

Travis pasó a supervisarnos a las 4:10 p. m., observó nuestro desempeño laboral, contó el número de cajas que habíamos cosechado y se retiró. Lucas volvió a las 5:15 p. m., contó los surcos que se habían alineado y se retiró. Con lo que observé me percaté de que los empleados estaban al tanto del trabajo que realizábamos, no lo descuidaban, llevaban un control preciso del corte y de la alineación.

La jornada laboral concluyó a las 7:00 p. m., terminamos muy cansados, sobre todo los que tuvimos que echar el squash en el guayín. A la casa de hospedaje llegamos hambrientos y lo primero que hicimos fue precisamente comer, luego nos echamos una ducha y descansamos. Después organizamos las cosas para el día siguiente. Yo escribí mi diario y antes de dormirme me tomé unas pastillas para el dolor muscular, me unté una pomada en las rodillas, en la espalda, y me dormí.

*Las cuadrillas de El Tío y del Shortys
miércoles 23*

Amanecí muy adolorido del cuerpo, me dolía la espalda porque en días pasados tuve que agacharme demasiado. Salimos a trabajar a las 6:40 a. m.,

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

volvimos a ir al campo agrícola de mini pumpkin. En dicho lugar no sólo estuvo nuestra cuadrilla sino también la del Shortys, pero pizaron pepino en un predio que se encontraba al lado, le dieron la segunda pasada. A nosotros nos tocó realizar el corte de mini pumpkin. Tuve que soportar un fuerte dolor de espalda, más cuando alzaba el cesto arriba de mi cabeza; afortunadamente sólo cosechamos dos camiones de carga —era lo que habían solicitado los patrones—, uno tenía doce cajas y el otro diez. A las 9:15 a. m. Lucas fue a supervisarnos y se retiró.

A las 10:25 a. m. nos cambiaron a un predio de squash en donde nos distribuyeron; la mitad de la cuadrilla se puso a cortarlo y a alinearlos y la otra mitad a juntarlo y a echarlo en las cajas. A mí me tocó realizar lo primero. Cerca de la 1:00 p. m. unos compañeros mataron una víbora en el surco que estaban alineando la calabaza.

La jornada fue extenuante porque el clima no nos favoreció debido a las altas temperaturas. A las 3:15 p. m. Lucas incorporó a la cuadrilla del Shortys. El Tío inmediatamente los distribuyó en los surcos. Luego llevaron al field tres tractores y tres guayines más, y se crearon dos grupos de cuatro personas para que juntaran y echaran el squash a las cajas. En total había siete tractores y siete guayines operando, cuatro se encargaban de cargar el squash y de trasladarlo a la orilla de los surcos. Los otros tres sustituían a los que terminaban de cargar, esa operación se realizaba para que no hubiera tiempos muertos en la pizca. El eficiente desempeño que tuvimos permitió que avanzáramos más rápido con la cosecha.

La jornada laboral concluyó a las 7:15 p. m., como el horario estaba cambiando ya casi oscurecía. A la casa de hospedaje llegamos cuando ya estaba oscuro, muy cansados y con poco apetito; la mayoría se echó primero una ducha y luego comió. Después todos organizaron sus cosas para el siguiente día, yo concluí mis actividades con la elaboración de mi diario de campo.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

*Charlar, bromear y escuchar música
jueves 24*

Volvimos al campo agrícola de mini pumpkin. La jornada de trabajo inició a las 7:25 a. m., yo traté de centrarme en mi desempeño laboral. En la pizca no era posible saber cuántos camiones de carga íbamos a llenar porque eso dependía de la demanda en el mercado, aunque regularmente eran entre tres a ocho camiones.

Como a las 10:30 a. m. cuando estábamos a punto de llenar el tercer camión llegó Lucas por dos contratados para llevárselos a otro predio, uno de ellos era tractorista y el otro manejaba el montacargas. Nosotros continuamos con la cosecha hasta que llenamos el cuarto y último camión.



Foto 31. Recogiendo el squash alineado.
Stafford, NY, septiembre de 2015

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

A las 11:25 a. m. nos cambiaron al *field* de squash; ahí también estaba la cuadrilla del Shortys así como los dos contratados que se habían retirado de la pizca de mini pumpkin. El Tío nos dividió en dos grupos, el primero cortó y alineó el squash, el segundo se encargó de juntarlo y echarlo en las cajas que iban en el guayín (véase foto 31). A mí me tocó hacer lo segundo, traté de concentrarme, evité pensar en el cansancio, el dolor de espalda y el tiempo para no desesperarme. Una estrategia que utilizábamos para aminorar el cansancio físico era charlar, bromear o escuchar música a través del celular lo que nos ayudaba a distraer la mente de la fatiga y del calor. Juntar el squash no sólo implicaba agacharse constantemente sino también exigía hacerlo a un ritmo acelerado lo que provocaba que nos agitáramos y nos empapáramos de sudor.

A pesar de la ardua jornada no sentí el mismo cansancio que el lunes, quizás porque el cuerpo iba acostumbrándose a este trabajo, o tal vez porque me centré en lo que iba haciendo, o porque mi cuerpo se había repuesto. No sé, lo cierto es que la fatiga no fue la misma. Aunque debo señalar que ver a tantos contratados purhépecha —aproximadamente cuarenta personas— me motivó a seguir adelante, quizás eso distrajo mi mente del cansancio porque sin duda la parte mental jugaba un papel importante para soportar las extenuantes jornadas laborales en Elba. Este día hubo mucho movimiento porque se estaban utilizando seis tractores para dar a basto a los que íbamos juntando y echando el squash; dos se ocuparon para suplir a los tractores que iban desocupándose, eso se realizaba con el propósito de evitar la pérdida de tiempo. Esa fue la dinámica de trabajo que se llevó a cabo hoy. A las 4:40 p. m. Lucas pasó a supervisarnos brevemente y se retiró.

La jornada laboral concluyó a las 6:30 p. m. Cuando salimos de los surcos llegamos a la orilla donde estaba lo cosechado, era impresionante ver el número de cajas que habíamos pizcado. No pude contarlas, pero estimé que había más de cien. El Tío estaba satisfecho por el trabajo realizado, no era para menos los resultados hablaban por sí mismos, aunque todos terminamos exhaustos.

Después, pasamos a un predio de calabacita que se encontraba en la orilla de Elba. Ahí se subieron quince contratados al bus, el mayordomo

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

general los llevó al lugar que se hospedaban, posteriormente nos llevó a nuestra casa. Lo primero que hice fue echarme una ducha, comer y descansar. Después me tomé unas pastillas para el dolor muscular, me apliqué Icy-Hot en la espalda y en las rodillas y descansé una hora, luego escribí mi diario de campo y me dormí.

*El segundo mejor pago de la temporada
viernes 25*

A partir de las 6:50 a. m. acudimos al trabajo, el Venado se encargó de manejar el bus porque El Tío y otras dos personas se llevaron dos tractores, dos guayines y un montacargas al predio; el recorrido duró más de cuarenta minutos. Antes de iniciar el corte y la alineación del squash el mayordomo general nos checó nuestras tarjetas.

En el field la mayoría de los surcos estaban alineados, al parecer otros migrantes temporales habían realizado ese trabajo sólo faltaban pocos surcos por alinear. El mayordomo general nos pidió que concluyéramos con los surcos que aún faltaban por alinear y que luego continuáramos con el campo agrícola que estaba al lado; después se retiró, no supimos a donde se había ido, sólo dijo que regresaría más tarde.

El Tío regresó a las 11:20 a. m. con la cuadrilla del Shortys y con dos tractores más; luego los dividió en grupos de cuatro personas para que se pusieran a juntar y a echar el squash en las cajas del guayín. A la hora del lonche nos pidió que subiéramos al bus y que fuéramos comiendo durante el trayecto; fuimos a otros predios donde había mini pumpkin y squash. Ahí nos pidió que cortáramos y alineáramos el squash. Los surcos eran muy largos llegaban a medir entre 400 a 500 metros. Antes de retirarse dejó como encargado a un compañero para que nos vigilara.

A las 6:10 p. m., llegó El Tío por nosotros. Por cierto, les llamó enérgicamente la atención a unos trabajadores agrícolas que iban atrasados en el corte y en la alineación, les dijo: “no porque no haya estado no me doy cuenta del trabajo que realiza cada uno; no, el hecho de que unos vayan adelantados y otros atrasados me dice que no le están echando

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

ganas”. Desde luego a los trabajadores no les agradó la llamada de atención, no contestaron ni buscaron justificarse, estaban apenados y molestos, según ellos, en sus surcos había más squash y eso fue lo que los demoró.

El Tío nos llevó directamente a las oficinas de la compañía por el pago semanal. El pago que recibimos fue de 722 dólares, el segundo mejor de la temporada. Todos estaban muy contentos, en sus rostros se reflejaba la felicidad a pesar del cansancio. Después regresamos a la casa de hospedaje, a esa hora ya nos esperaba la persona que nos preparaba la comida y el lonche, nos entregó los recipientes de comida y le pagamos 90 dólares. Por último, me tomé una ducha, comí, organicé las cosas para el día siguiente, me puse a escribir el diario de campo y me dormí.

*Sí no hacíamos bien el trabajo nos podían despedir
sábado 26*

El Tío nos llevó al campo agrícola de squash que no logramos cosechar completamente. Ahí ya estaba la cuadrilla del Shortys juntando y echando dicha calabaza en las cajas de madera del guayín. El mayordomo general cambió la dinámica de trabajo, a la cuadrilla del Shortys le pidió que se fuera al predio que nosotros no concluimos para que cortaran y alinearan el squash en los surcos. A nosotros nos pidió que realizáramos el trabajo que ellos estaban efectuando.

La jornada laboral que tuvimos fue muy ardua. Mike estuvo supervisándonos, pero también se dedicó a estibar las cajas de squash con el apoyo de un montacargas. A las 10:20 a. m. Travis pasó al campo agrícola para ver cómo íbamos con el trabajo, platicó brevemente con el mayordomo anglosajón y se retiró.

El día fue muy caluroso lo que incidió en nuestro desgaste físico sin embargo no había manera ni motivo para desistir, tuvimos que trabajar bajo esas condiciones climáticas. El ritmo de trabajo fue muy acelerado porque teníamos el reto de concluir con la cosecha. A las 3:35 p. m.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

Travis regresó, observó lo cosechado y vio que la calabaza estaba maltratada, por ello nos llamó la atención porque varios compañeros no estaban echando el squash con cuidado en las cajas, los aventaban y eso provocaba que se magullaran, sin duda eso le molestó mucho. Para corregirnos pasó por cada guayín a decirnos que no aventáramos el squash, luego se fue directamente con el mayordomo general para externarle su inconformidad. El Tío no tardó en llamarnos la atención a todos advirtiéndonos que si no hacíamos bien el trabajo nos podían despedir, descansar, o si no podrían cambiarnos por otros migrantes temporales. Todos se preocuparon con la advertencia, se culpaban y se responsabilizaban así mismos; para atender las exigencias de Travis buscaron realizar de mejor manera el trabajo.

La jornada laboral concluyó a las 6:00 p. m., terminamos muy cansados y hambrientos. En la casa de hospedaje lo primero que hicimos fue comer, luego nos tomamos una ducha, descansamos, platicamos sobre diversos temas y estuvimos viendo la televisión. Otros hablaron por teléfono a sus familiares y algunos se pusieron a navegar en internet a través del celular. Por último, me puse a escribir mi diario de campo y me dormí.

*Se invertía en ropa, calzado y aparatos electrónicos
domingo 27*

Aunque la rutina consistió en realizar la compra de víveres de la semana, lavar la ropa y hablar por teléfono con la familia, yo trataba de descansar y de librarme de la presión que me producía el trabajo. Para esas fechas el envío de remesas al terruño comenzó a disminuir porque los contratados purhépecha invertían mayormente sus ingresos en la compra de ropa, calzado, aparatos electrónicos, etcétera, o simplemente, guardaban o ahorran el dinero que pensaban llevarse a México. En la noche todos alistaron sus cosas para el día siguiente.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Ya no era visto como el extraño
lunes 28

Amaneció lloviendo, El Tío no pasó a la hora acostumbrada —a las 6:40 a. m.—, esperamos hasta que dejó de llover; yo aproveché el tiempo para avanzar con el informe del trabajo de campo. Los trabajadores agrícolas que habían ido al corte de calabacita regresaron a las 8:25 a. m. a la casa porque la lluvia no los dejó trabajar, pero a las 10:00 a. m. volvieron otra vez al field.

A las 10:15 a. m. nos tocó ir a trabajar, aunque seguía nublado. Fuimos directamente a un field de squash; ahí se encontraba la cuadrilla del Shortys esperándonos. El mayordomo general checó las tarjetas, luego ordenó a la cuadrilla del Shortys que juntara y echara el squash en las cajas del guayín. A nosotros nos llevó a otro predio que se encontraba a treinta minutos de distancia y nos pidió realizar el mismo trabajo. El reto era que termináramos —no faltaba mucho— con la alineación. El Tío se regresó otra vez a donde se encontraba la cuadrilla del Shortys pero antes de irse dejó a un compañero como encargado para que nos vigilara. Durante la alineación todos laboraron como si el mayordomo general estuviera supervisándonos, incluso respetamos y tuvimos la hora del lonche a las 12:00 p. m., después continuamos con la labor que se nos había encomendado.

A mediodía, lloviznó momentáneamente, pero eso no fue pretexto para no seguir trabajando. A las 4:35 p. m. concluimos con la alineación. El Tío pasó por nosotros cuarenta minutos después y nos llevó a la casa de hospedaje; a esa hora comenzó a llover con mayor intensidad. En la casa nos tomamos una ducha, comimos y descansamos.

Como a las 8:10 p. m. llegó Junior a visitarme, y me pidió que le pasara a su celular algunas fotografías que había tomado en el trabajo, así como algunas canciones. Los migrantes temporales sabían que yo disponía de una laptop entonces frecuentemente me solicitaban que les pasara música de la laptop a sus celulares. La petición que me hacían era por la confianza que me tenían. En mi estancia había logrado familiarizarme con todos, ya no era visto como el extraño, como el estudiante o como el

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

profesionista, sino como un contratado más. Yo también me sentía parte del grupo, tenía más de dos meses viviendo con ellos en los campos agrícolas, en las casas de hospedaje y en los diversos espacios de socialización. Había aprendido a vivir y a trabajar como un trabajador agrícola temporal.

Llueva o truene nosotros seguimos trabajando
martes 29

El Tío nos recogió a las 7:00 a. m. en la casa, de ahí nos dirigimos a la oficina de la compañía por el aparato que checaba las tarjetas. Después nos fuimos a un field de mini pumpkin, al bajar del bus comenzó a llover. Al principio pensé que no íbamos a trabajar porque parecía que iba a llover muy fuerte, pero no, la lluvia se desvió hacia otro lado, aunque más tarde sí cayó un aguacero. Según el mayordomo general había un pedido de mini pumpkin, así que por órdenes de Travis teníamos que cumplir con la pizca solicitada. En algunos momentos llovió muy fuerte pero aun así seguimos trabajando, usamos nuestros impermeables para protegernos principalmente la cabeza y la espalda de la lluvia, aunque era imposible no mojarnos por los movimientos que realizábamos en la pizca; además era muy incómodo trabajar con los impermeables y con las botas de plástico.

A pesar de las condiciones climáticas llenamos cinco camiones: dos de catorce cajas, dos de doce y uno de diez, hasta las 2:45 p. m. Íbamos a continuar con la cosecha, pero no lo hicimos porque el último camión, que llevaba catorce cajas, se atascó en el lodo. El Tío intentó sacarlo con el apoyo de un tractor, pero no pudo hacerlo porque las llantas del camión de plano no rodaban, el camión se sumergió en la tierra.

Tuvimos que entregarnos al trabajo, caminábamos entre el lodo y los charcos de agua, con frecuentes caídas y resbalones; estábamos empapados, pero no sentíamos el frío por el ritmo acelerado durante la pizca. Con lo que viví me quedó muy claro cómo los contratados purhépecha eran unos guerreros para el trabajo agrícola porque como me

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

habían dicho anteriormente: “llueva o truene nosotros seguimos trabajando”. Me tocó constatarlo, por eso no era fortuito que Torrey Farms Inc. los contratara temporada tras temporada, mucho se debía a su entrega, sumisión y obediencia.

La lluvia no sólo nos afectó a nosotros, también a los que se empleaban en la pizca de calabacita, de squash y en el corte de cebolla puesto que también tuvieron que dejar de laborar. Ya en la casa de hospedaje lo primero que hicimos fue cambiarnos de ropa, otros inmediatamente se tomaron una ducha. Luego comimos, descansamos y organizamos las cosas para el siguiente día. Yo descansé un par de horas y luego me puse a elaborar mi informe, después, continúe con el diario de campo y finalmente me dormí.

*Ya pasó la hora del lonche
miércoles 30*

El Tío no pasó a la casa a las 6:30 a. m. para llevarnos al trabajo porque amaneció lloviendo y con viento; al parecer había un huracán en esa zona de NY. Cuando llovía mucho en Elba no era posible trabajar en los campos de cultivo porque los tractores o los camiones de carga se atascaban, aunado a ello, el pepino, el mini pumpkin y el squash se maltrataban a la hora de pizarlos. Los contratados viejos insistieron en que no debíamos confiarnos y que teníamos que estar preparados porque en cualquier momento nos llevarían al trabajo. Durante el curso del día estuvimos esperando a que pasaran por nosotros, pero esto no ocurrió. Las horas pasaron y en ningún momento nos dieron alguna indicación. El aguacero continuaba con la misma intensidad y no se veía a qué hora iba a parar.

La mayoría de los trabajadores agrícolas no laboraron, lo supimos por la comunicación que había entre ellos. Todos esperaban a que cesara la lluvia. Los únicos que trabajaron fueron los que cortaban y echaban el repollo en un guayín similar al que utilizábamos en la pizca de pepino. Ellos si trabajaron bajo dichas condiciones climáticas porque supuestamente había mucha demanda de repollo en el mercado.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

Durante el día algunos compañeros continuaron durmiendo, otros platicaban o navegaban por internet a través de sus celulares. A las 9:45 a. m. decidimos desayunar; continuamos con la espera, pasaron las once, las doce de la tarde y aún no recibíamos alguna indicación. Los contratados viejos dijeron que ya no íbamos a trabajar, en efecto, eso fue lo que pasó.

La mayoría de los migrantes temporales se durmió. Después, cuando se despertaron, no sabían qué hacer porque no podían salir a ningún lado; se sentían aburridos y se quejaban por no haber laborado porque no les beneficiaba estar descansando. En Elba, cuando no se trabajaba era como si no se estuviera en EE. UU. porque no se obtenía ningún pago.

La lluvia cesó hasta a las 5:30 p. m., durante la tarde y la noche los compañeros se pusieron a hablar por teléfono, a navegar por internet, a escuchar música, a ver la televisión y a platicar sobre diversos temas. A las 7:40 p. m. llegaron a la casa dos personas que formaban parte de la cuadrilla del Shortys, se quedaron hasta las 2:30 a. m. porque iban a ir al aeropuerto de Búfalo, NY. Antes de retornar a México iban a pasar unos días en Phoenix, Arizona, para visitar a unos familiares. Un trabajador de la compañía se encargó de llevarlos al aeropuerto. Para esas fechas inició el retorno de los migrantes temporales porque comenzó a disminuir la demanda de trabajadores; las cuadrillas del Vaca y del Maestro ya tenían varios días sin laborar, o sólo lo hacían unas horas al día. Ese día aproveché para descansar, para avanzar con mi informe de trabajo de campo y también para observar las actividades que realizaban los contratados. Por último, hice mi diario de campo y me dormí.

*Octubre: el fin de la temporada laboral
Competencia en la pizza
jueves 1º*

Amaneció nublado y con mucho frío, los únicos que fueron a trabajar desde muy temprano —a las 6:00 a. m.—, fueron los contratados que se

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

empleaban en la pizca de repollo. El señor Javier, nos dijo que trabajaríamos hasta después de la hora del lonche —12:30 p. m.—, así que tuvimos que esperar varias horas. Pero a las 10:15 a. m. El Tío sorpresivamente pasó por nosotros para llevarnos al trabajo, afortunadamente todos estábamos preparados. En el bus no sólo íbamos los de la cuadrilla sino también los que pizcaban calabacita; en total íbamos treinta y ocho personas.

Durante el camino íbamos con la incertidumbre de a dónde iríamos a trabajar. El Tío se detuvo en un enorme predio de pepino. A las 10:30 a. m. Mike checó nuestras tarjetas. Se crearon dos cuadrillas de dieciocho personas, dos trabajadores fueron elegidos para manejar dos tractores junto con sus guayines. La primera cuadrilla estaba conformada por los pizcadores de calabacita, considerada como una de las mejores, la segunda estaba conformada por nosotros. Durante la pizca ambas cuadrillas tuvimos una *competencia* sin que nadie la hubiera anunciado; todos sabían que había que demostrar quiénes eran los mejores en el trabajo. El Tío aprovechó esa *competencia* laboral para filmar con su cámara de video.

A las 11:25 a. m. Travis pasó al *field* y le dio algunas instrucciones al mayordomo anglosajón, observó nuestro desempeño laboral y se retiró. A diferencia de otros días tuvimos que soportar fuertes ráfagas de viento. Para protegernos de los vientos usamos suéteres, sudaderas y paliacates porque también hacía mucho frío. Gran parte del día estuvo nublado, aunque por momentos salía el sol, pero no calentaba debido a los vientos. Los contratados viejos mencionaron: “el clima está cambiando, no va a tardar en caer agua nieve y va hacer mucho más frío en los próximos días”.

Después de la hora del lonche el mayordomo general eligió a catorce migrantes temporales —a los *calabaceros*— y los llevó a empacar ejote. Nos quedamos veintiséis trabajadores —incluyendo a los tractoristas—; para equilibrar a las dos cuadrillas tuvimos que conformarlas con doce personas.

La jornada laboral concluyó a las 6:30 p. m., sólo llenamos cuatro guayines y medio. Llegamos a la casa de hospedaje a las 7:00 p. m., nos

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

echamos una ducha, comimos y descansamos. Los compañeros que habían acudido al empaque de ejote regresaron a las 9:40 p. m. Por último, yo me puse a terminar mi informe, y lo envié por correo electrónico a la coordinación del CER del COLMICH con copia a mi asesor. A las 10:25 p. m. llegó el señor Javier para comunicarnos que estuviéramos preparados porque el siguiente día iban a pasar por nosotros a las 7:00 a. m.

Hacía un frío insoportable que calaba hasta los huesos
viernes 2

El Tío llegó a la casa a las 7:00 a. m., volvimos a ir a la pizca de pepino. En el bus iba nuestra cuadrilla y la que pizcó calabacita en la temporada. El campo agrícola que nos tocó cosechar era el mismo que no concluimos el día anterior —Mike se encargó de checar las tarjetas—. Ahí también se encontraban los doce migrantes temporales a quienes se les extendió el permiso de visa y su contrato de trabajo porque iban a quedarse en los próximos dos meses —noviembre y diciembre— a cortar el repollo *freezer*.

El vasto número de trabajadores permitió que avanzáramos y que a las 10:15 a. m. concluyéramos con la pizca. Luego nos cambiaron a otro predio a veinticinco kilómetros de distancia. Hacía mucho frío por lo que tuvimos que trabajar con ropa gruesa, bien abrigados. Todo el día tuvimos que soportar fuertes ráfagas de viento. No entendía qué estaba pasando con los cambios de clima, así que verifiqué a través de mi celular los pronósticos del clima, la información que encontré fue que había un huracán de nombre Joaquín afectando al estado de NY, de ahí los cambios drásticos del clima.

Después de la hora del lonche algunos compañeros se fueron a empacar ejote. Regularmente el ejote, en Elba, era cortado por una máquina, luego se trasladaba a la matriz de la compañía para su limpieza y para su empaque, por eso los migrantes temporales eran solicitados hasta después de la hora del lonche. Habitualmente los contratados

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

purhépecha que se empleaban en el empaque de ejote trabajaban a partir de las 12:00 p. m. hasta las 8:00 o 9:00 p. m., dependiendo de la demanda en el mercado.

En el *field* nos quedamos dos cuadrillas conformadas por doce integrantes, a pesar de las desfavorables condiciones climáticas tuvimos que continuar con la cosecha. Hacía un frío insoportable que calaba hasta los huesos, a cada momento se nos entumían las manos y los pies del frío. Llenamos cuatro guayines cada cuadrilla debido a que era la tercera y la última pasada y ya no había mucho pepino. A las 6:00 p. m. el mayordomo anglosajón dio por finalizada la jornada laboral.

El Tío nos llevó a las oficinas de la compañía porque era día de pago. Ahí coincidimos con los *cebolleros*. El pago semanal que recibimos se redujo a 420 dólares debido al menor número de horas que trabajamos de viernes a miércoles. Los trabajadores agrícolas no estaban satisfechos, pero tuvieron que resignarse y aceptar el pago. Finalmente retornamos directamente a la casa de hospedaje, comimos, nos echamos una ducha, descansamos y organizamos las cosas para el siguiente día. Yo realicé mi diario de campo y me dormí.

Omar y el Vaca
sábado 3

El frío continuó y los vientos aumentaron de intensidad. A partir de las 6:00 a. m. esperamos a que El Tío pasara por nosotros a la casa, pero no llegó sino hasta a las 9:00 a. m. Ese día no llevó a todos, dijo: “sólo necesito catorce personas para formar tres cuadrillas de cuatro personas, tres tractoristas, y uno para el montacargas”. Sospechamos que íbamos a juntar el squash. Los que no fueron electos se pusieron tristes porque pensaron que no iban a trabajar, pero luego se entusiasmaron porque El Tío les dijo: “ustedes van a ir a las 12:00 p. m. al empaque de ejote, así que prevénganse”.

Yo formé parte del grupo que iba a cosechar el squash. Nos llevaron al predio que aún no podíamos concluir a causa de las lluvias. Ahí Mike

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

estuvo supervisándonos. Lucas pasó a las 12:45 p. m. para verificar si había suficientes cajas de madera, platicó brevemente con el mayordomo anglosajón y se retiró. Posteriormente Travis pasó a las 3:25 p. m. y observó que la calabaza estuviera en buen estado, conversó momentáneamente con El Tío y con Mike y se retiró.

Durante el día tuvimos que soportar un fuerte frío y ráfagas de viento, incluso llovió por momentos de manera esporádica. Gran parte del día se cubrió de neblina; fue incómodo trabajar en esas condiciones climáticas, pero teníamos que hacerlo, no había otra opción. Terminamos de juntar el squash a las 5:20 p. m., para esa hora el frío y el viento seguían aumentando en intensidad. Posteriormente cayó una tromba; nosotros estábamos entumidos del frío en el bus y lo único que queríamos en ese instante era llegar a la casa de hospedaje para abrigarnos. En la casa lo que hicimos fue tomarnos una ducha, abrigarnos, comer y descansar.

Alrededor de las 8:30 p. m. El Tío llegó a la casa junto con dos personas a quienes hospedó. Uno de ellos, de nombre Omar, se empleaba en el empaque de ejote y también era chofer de bus. El otro, conocido como el Vaca, al cual ya me he referido en este diario, había sido el encargado de dos cuadrillas de pepineros en Barker y también era chofer de bus. A este último se le cambió a Elba porque iba a ser tractorista en la cosecha de repollo freezer en los próximos meses. Los migrantes temporales que había dirigido estaban a unos días de retornar a México debido a que se les había vencido el permiso de su visa y su contrato de trabajo. En el caso de Omar, él iba a retornar el día que fuera a regresar nuestra cuadrilla porque él ingresó el mismo día que nosotros a EE. UU. Ambos contratados se acomodaron en las literas de la sala.

*Ya andábamos muy fatigados
domingo 4*

No escribí mi diario de campo porque no me encontraba en condiciones de hacerlo, estaba por finalizar la temporada laboral. La rutina del

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

día sólo consistió en realizar la compra de víveres de la semana, lavar la ropa y hablar por teléfono con la familia. Los migrantes temporales ya no enviaban remesas a México porque no se estaban recibiendo buenos pagos. Preferían invertir sus ingresos mayormente en la compra de ropa, calzado y aparatos electrónicos, o simplemente, ahorran el dinero que pensaban llevarse a México. En la noche todos alistaron sus cosas para el día siguiente.

La pizza de kabocha o cara de chango
lunes 5

Amaneció un poco nublado, pasaron por nosotros a la casa de hospedaje a las 7:30 a. m.; al trabajo no sólo acudió nuestra cuadrilla sino también los *calabaceros*. Ese día nos llevaron en dos buses, uno lo conducía El Tío y el otro el Vaca. Nos tocó trabajar en un campo agrícola de squash, ahí Mike checó las tarjetas y pidió que cortáramos y alineáramos el squash.

A las 10:00 a. m. se retiraron veinte contratados purhépecha que iban a empacar ejote, por lo tanto sólo nos quedamos quince personas. Se crearon dos grupos de cuatro personas para que juntaran el squash y lo echaran en las cajas del guayín; tres personas se encargaron de conducir los tres tractores, los otros cuatro se encargaron de continuar con el corte y con la alineación de dicha calabaza, a mí me tocó formar parte de ese grupo. Cerca de las 2:00 p. m. terminamos con la alineación. Luego el mayordomo anglosajón nos dio la instrucción de tomar unos cuchillos que estaban en su camioneta porque los íbamos a utilizar en el próximo trabajo.

En efecto, a las 2:10 p. m. nos cambiamos a un predio que se encontraba a cien metros de distancia, ahí había una calabaza gruesa de color verde, similar al mini pumpkin, sólo que su tamaño era más grande y llegaba a pesar entre uno a dos kilos. Los contratados le llamaban *cara de chango* por la figura que tenía a un costado, pero su nombre oficial era kabocha. Esta calabaza se cortaba con el apoyo de un cuchillo porque no

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

era posible hacerlo con las manos debido a que su pedúnculo o tallo era muy gruesa (véase foto 32), después se alineaba entre los surcos. Travis llegó a supervisarnos a las 5:00 p. m., le dio algunas indicaciones a Mike y después se retiró. El mayordomo anglosajón se puso a cortar —por momentos— las calabazas que no estaban bien cortadas. Anteriormente otros migrantes temporales habían realizado el corte y la alineación en una parte del campo agrícola.



Foto 32. Cortando y alineando la kabocha.
Stafford, NY, octubre de 2015

La extenuante jornada laboral concluyó a las 6:30 p. m. El uso constante del cuchillo y la fuerza requerida para cortar la kabocha provocó que me salieran varias ampollas en la palma de la mano derecha. Retornamos a la casa de hospedaje muy cansados. Realizamos la rutina de siempre, yo escribí mi diario de campo en la laptop, aunque no soportaba el dolor en las manos, particularmente donde tenía las ampollas. Para calmar el dolor me tomé unas pastillas Tylenol y luego me dormí.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

No tiene caso quejarse, hay que quedar bien
martes 6

El Vaca nos llevó a los campos agrícolas que no terminamos de recoger el squash, de cortar y alinear la kabocha. La jornada inició a las 9:00 a. m., primero Mike checó las tarjetas, luego nos pusimos a trabajar. A las 10:00 a. m. llegó la cuadrilla del Shortys; ellos se encargaron de juntar la kabocha que nosotros alineábamos en los diferentes surcos. Los trabajadores agrícolas juntaban dicha calabaza de los surcos, luego tenían que ir al camión de carga, ahí dos personas arriba del camión se encargaban de recibir los cestos para depositarlos en las cajas³⁹ de madera. La kabocha era una calabaza muy pesada que implicaba mayor trabajo para sostener el cesto arriba de la cabeza,

Durante el día llovizó por momentos, pero nunca dejamos de laborar. A las 11:35 a. m., cuando terminamos de juntar el squash, el Vaca nos pidió que subiéramos todos al bus porque nos iba a cambiar a otro predio, pero había un problema, se tenían que cambiar cinco tractores junto con sus guayines y las cajas. Ahí únicamente había tres choferes y se necesitaban dos más, el Vaca me preguntó si sabía manejar —un vehículo—, le dije que sí pero que nunca había manejado un tractor, me dijo que no era difícil, entonces me preguntó si podría llevármelo, le contesté que sí si me explicaba cómo debía hacer los cambios de velocidad. Me dijo: “es igual que un carro, te voy a decir cómo vas a cambiar las velocidades, tú sólo concéntrate y no te pongas nervioso”. Sinceramente no sé en qué estuvo que acepté conducir el tractor; asumí el reto y la responsabilidad de conducirlo.

Varios contratados purhépecha no aceptaron conducir el tractor a pesar de que sabían conducir vehículos, quizás por la responsabilidad que implicaba manejar en EE. UU.; por el desconocimiento de las carreteras, por nervios o por otra razón. Cuando me subí al tractor le dije al

³⁹ Tenían el mismo tamaño de las que se utilizaban en el mini pumpkin y en el squash.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

Vaca que trataran de guiarme por el camino, me dijo: “no te preocupes, yo voy a ir adelante de los cinco tractores con el bus para guiarlos, tú vas a ir en medio”.

Al tomar el volante observé las maniobras que realizaban los demás choferes que conducían los otros cuatro tractores. En la carretera llevé la misma velocidad que los demás, aunque iba un poco nervioso por el temor a que me fuera a equivocar, pero no, todo salió bien en el traslado. El tiempo que hicimos en el recorrido fue de cincuenta minutos.

En cuanto llegamos al field comenzamos a juntar el squash y a echarlo en las cajas del guayín. No llevábamos ni diez minutos trabajando cuando de pronto llegaron tres mujeres en dos vehículos. Una de ellas era Molly —empleadora de la compañía—, y las otras dos dijeron ser del Departamento del Trabajo del Estado de NY. El motivo de la visita era porque nos iban a realizar unas preguntas relacionadas a las condiciones laborales. En efecto, nos hicieron preguntas sobre: a) el trato que recibíamos en el trabajo; b) el suministro de herramientas; c) el número de horas de la jornada laboral; d) la exposición a climas adversos; e) las condiciones y los servicios que se nos brindaban en la casa de hospedaje, entre otras cuestiones. Los trabajadores agrícolas respondieron a todas las preguntas de manera positiva, no con la verdad —en algunas respuestas—; lo hicieron para quedar bien con la compañía y para no salir afectados. Yo estuve atento a las preguntas que hacían las supervisoras y a las respuestas que daban los migrantes temporales.

Al concluir con las preguntas, las supervisoras observaron el trabajo que estábamos realizando, no se tomaron la molestia de recorrer algunos surcos, ni de observarnos cómo estábamos físicamente. En cuanto terminaron con su cometido nos dejaron un par de tarjetas para comunicarnos con ellas: “en caso de que tuviéramos algún problema”. La información que aparecía en las tarjetas era la siguiente: New York State of opportunity —Department of Labor, Kristen Hibit —Agriculture Labor Specialist, kristen.hibit@labor.ny.gov, y los siguientes números de teléfono: Of:716-851-2614 Met:585-815-5113 Fld:716-851-2607 alternate phone number 888-466-9757. Al parecer las dos supervisoras se convencieron

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

de que todo estaba bien porque no recibieron ninguna queja, luego se retiraron junto con Molly.

Después los contratados señalaron: “no tiene caso quejarse sobre lo que nos preguntaron porque nomás no nos traen la próxima temporada y es mejor así, hay que quedar bien”. Para los purhépecha la supervisión era una cuestión de rutina que se hacía año tras año, no le tomaban mucha importancia porque nunca se atrevían a manifestar alguna inconformidad por el temor a las represalias del intermediario o de los empleadores. Me percaté de que eran conscientes de que cuando acudían las supervisoras era el momento oportuno para externar su desacuerdo sobre las extenuantes jornadas laborales, pero no lo hacían por lo referido y también porque sabían que al no contar con un sindicato que defendiera sus derechos laborales podían quedarse sin trabajo. Para ellos lo importante era continuar migrando de manera legal porque eran conscientes de lo complicado que resultaba enrolarse en la migración por contrato.

Cerca de las 4:20 p. m. Travis vino a supervisarnos, observó nuestro desempeño y se retiró. La jornada laboral concluyó a las 6:30 p. m.; regresamos a la casa de hospedaje, comimos, nos echamos una ducha, descansamos, organizamos las cosas para el siguiente día, escribí mi diario de campo y me dormí.

*El retorno a México se avecinaba
miércoles 7*

A las 9:20 a. m., el Vaca nos llevó a trabajar al mismo predio. A las 10:00 a. m. Mike checó las tarjetas. El trabajo consistió en juntar el squash y echarlo en las cajas de madera del guayín. El clima estuvo templado, ni tan cálido ni tan frío, lo que de alguna forma nos permitió trabajar con mayor ímpetu; no sudábamos tanto como cuando hacía calor ni tampoco nos resbalábamos como cuando llovía.

Durante el día escuché varias pláticas que hacían alusión al retorno a México, sin duda algunos trabajadores agrícolas estaban ávidos de

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

regresar a su terruño por varios motivos: tenían compromisos que cumplir o porque se sentían muy extenuados para continuar laborando en Elba. Otros señalaron que el encargado de la casa —el señor Javier Cruz— les dijo a dos compañeros que posiblemente íbamos a retornar el 14 de octubre según la información que le había dado El Tío, por lo tanto, era importante que fuéramos pensando en qué regresaríamos, si en autobús o en avión, para que Molly fuera comprando los boletos del viaje con cierto tiempo de anticipación. Los que iban a viajar en avión con destino a la ciudad de Guadalajara tenían que aportar la cantidad de 250 dólares. Los que tuvieran como destino aéreo la ciudad de Morelia iban a aportar la cantidad de 300 dólares.

A la hora del lonche, el Vaca nos preguntó sobre nuestro retorno y nos pidió que le dijéramos en qué íbamos a regresar, si en avión o en autobús. Señaló que en caso de que nos fuéramos en avión le especificáramos si sería a Morelia o a Guadalajara, nos dio cinco minutos para pensarlo, luego realizó una lista y anotó cómo iba a retornar cada trabajador, así como el lugar de destino. Los contratados purhépecha eligieron irse por autobús y por avión. Yo elegí retornar en avión. Dicha información se la entregaría al mayordomo general.

Después, continuamos juntando el squash. Para los migrantes temporales las ventajas y desventajas que había sobre la modalidad de retorno obedecía al pago y a los días de viaje. Por ejemplo, los que retornaban en autobús lo hacían porque podían llevar varias maletas, además no pagaban ningún peso adicional por el boleto, sólo la cuota que se les pedía en la central de autobuses respecto al peso de sus maletas. Mientras que los que viajaban en avión tenían que pagar una parte del boleto de avión, dependiendo de su destino, y no podían llevar un peso mayor a 50 libras en sus maletas; en caso de que superaran el peso permitido se les cobraba un poco más dependiendo del peso de su equipaje. La mayoría de los trabajadores agrícolas optó por retornar en avión. Los noté muy emocionados, no sólo por el retorno sino porque la temporada había sido muy ardua y lo que buscaban era descansar.

La jornada laboral concluyó a las 6:30 p. m., regresamos a la casa de hospedaje, comimos y nos echamos una ducha. Los compañeros que

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

estaban yendo al empaque de ejote regresaron a las 8:00 p. m. con El Tío que vino para cerciorarse de quiénes iban a viajar en autobús y quiénes en avión, así como los lugares de destino: Morelia o Guadalajara. Luego le dijo al Vaca que al día siguiente nos llevara a Watson. Después, se retiró. Los contratados estaban emocionados por el retorno, se les notaba en su rostro. Aún no teníamos la fecha específica del regreso a México, pero sospechábamos que era cuestión de días. Yo estaba contando los días para esa fecha, me sentía muy cansado. No podía creer que estaba a punto de salir adelante de la temporada laboral.

La pizca en el field de Watson
jueves 8

A las 6:30 a. m. llegamos a Watson, ahí también llegó El Tío con otra cuadrilla. La jornada de trabajo inició a las 7:15 a. m. y realizamos la tercera pasada en el corte de pepino. En esos campos agrícolas no nos había tocado trabajar ni en la primera ni en la segunda pasada. No había mucho pepino, pero aún había demanda en el mercado, teníamos siete días sin realizar dicha cosecha. El mayordomo general ya nos había dicho que no íbamos a cortar y recoger más pepino durante el resto de la temporada, pero ese día lo hicimos.

A las 10:40 a. m. Travis pasó a supervisarnos, nos saludó, dialogó brevemente con El Tío y con Mike, les dio algunas instrucciones y se retiró. Terminamos de cosechar a las 11:40 a. m. y después nos cambiaron —antes de la hora del lonche— a otro predio que se encontraba a diez minutos de distancia. En ese lugar El Tío le dio indicaciones al Vaca y se retiró junto con la cuadrilla que él comandaba en los últimos días porque iban a la empacadora de ejote. Nosotros continuamos laborando ahí, hasta las 2:28 p. m. llenamos cinco guayines.

Posteriormente nos cambiaron a un field de mini pumpkin a treinta minutos de distancia en donde ya estaba pizcando la cuadrilla del Shortys; con nuestra incorporación éramos más de treinta personas, por lo tanto, tuvimos que dividirnos en dos grupos. Nosotros cosechamos

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

tres camiones de carga, dos que tenían catorce cajas y uno que tenía diez. Travis llegó a supervisarnos a las 5:20 p. m., sólo observó lo que habíamos pizcado y platicó brevemente con Mike y se retiró. Nosotros seguimos trabajando hasta las 6:30 p. m., terminamos agotados por la extenuante jornada laboral. Finalmente regresamos a la casa de hospedaje, realizamos la rutina de siempre y alistamos las cosas para el día siguiente.

*No importa si son dos, tres, cuatro o cinco dólares
viernes 9*

Amaneció lloviendo lo que impidió que fuéramos a trabajar desde las 6:30 a. m.; la lluvia cesó hasta las 11:20 a. m. Durante ese tiempo los contratados purhépecha se durmieron, desayunaron, se pusieron a platicar, a ver la televisión y a navegar por internet en sus celulares. Después, El Tío se comunicó por teléfono con el Vaca y le dijo que por órdenes de Travis trabajaríamos hasta las 12:00 p. m., por lo tanto, teníamos que comer para no ocupar la hora del lonche.

A las 11:40 a. m., el Vaca nos llevó directamente al *field* de pepino que no terminamos de cosechar. Ahí también se encontraba la cuadrilla que dirigía El Tío y el Shortys. En total éramos cuarenta personas. Mike llegó al campo agrícola a las 11:55 a. m., checó las tarjetas y comenzamos con la pizca.

El día estuvo nublado con mucho frío y viento, incluso por momentos parecía que iba a llover, pero afortunadamente no ocurrió. Aunque si tuvimos que batallar en el corte de pepino porque había mucho lodo, la tierra estaba muy blanda con charcos de agua en algunos surcos, pero no había otra opción más que trabajar en esas condiciones. Yo me mojé y me enlodé los pies, aunque traté de evitar los charcos de agua no fue posible porque era por donde había más pepino.

Tuve que usar otras botas durante la pizca porque las que había utilizado durante la temporada se me rompieron por el uso, así que tuve que tomar un par de botas de los trabajadores agrícolas que retornaron

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

en el mes de julio. Las botas de trabajo que había utilizado durante tres meses se me desgarraron en la parte de atrás así que se me complicaba trabajar, temía que me fuera a lastimar los pies al dar un mal paso, además se le metía el agua y el lodo a toda la parte de abajo. Para esas fechas también se habían roto las botas de plástico, ya tampoco las utilizaba. No quise comprar los dos pares de botas —de plástico y de trabajo— porque estábamos a unos días de retornar a México.

Cosechamos siete guayines a pesar de haber realizado la tercera pasada. La jornada laboral concluyó a las 5:00 p. m., a esa hora aún hacía mucho frío y seguía muy nublado. Después nos dirigimos directamente a las oficinas de la compañía Torrey Farms Inc. porque era el día de pago. En ese lugar también se encontraba El Tío y se encargó de ir por los sobres de pago a la oficina. Luego le entregó a cada trabajador su sobre y pidió que firmáramos en una lista de recibido. También aprovechó para comentarnos que otro compañero que se encontraba con los cebolleros se había lastimado la espalda y que no podía continuar más con el trabajo, por lo tanto, forzosamente tenía que retornar a México al día siguiente. De manera literal dijo:

les pido una cooperación voluntaria para ese compañero, no importa si son dos, tres, cuatro o cinco dólares, o lo que sea su voluntad para completar el pago de su boleto de avión y lo que sobre se le enviará a su familia.

Nadie se negó a cooperar y todos aportaron entre cinco a diez dólares. Aunque había mucha incertidumbre sobre el problema de salud que había tenido el trabajador referido; no se nos dio más información al respecto. Los contratados purhépecha se preguntaban cómo o por qué se había lastimado la espalda. Algunos conjeturaron que probablemente se debía al desgaste físico que tuvo en la plantación de cebolla durante los meses de abril, mayo y junio. Otros pensaron que quizás fue porque no se adaptó al corte de cebolla con tijera; era otro de los trabajos más temidos en Elba porque todo el tiempo se tenía que trabajar agachado.

Posteriormente retornamos a la casa de hospedaje en donde nos esperaba la persona que nos preparaba el lonche, nos entregó los dos recipientes

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

de comida, luego le pagamos lo de la semana. Después nos echamos una ducha, comimos y organizamos las cosas para el día siguiente.

*Invitación para ir a trabajar al estado de Florida
sábado 10*

Finalizaba oficialmente el contrato de trabajo con la compañía Torrey Farms Inc. en Elba, NY, pero acudimos a trabajar a un predio de pepino que habíamos cosechado anteriormente. A todos nos sorprendió que nos hubieran llevado ahí porque cuando hicimos la pizca en la segunda pasada no tenía mucho pepino así que tampoco esperábamos que tuviera en la tercera pasada. En ese lugar estuvo nuestra cuadrilla y la otra que entonces dirigía el mayordomo general. Esperamos a Mike desde las 7:05 a. m. que llegó a las 7:15 a. m. y checó las tarjetas. Después El Tío nos pidió que le echáramos ganas al corte de pepino porque teníamos el reto de cosechar todo el campo agrícola —era enorme— por indicaciones de los empleadores. Las dos cuadrillas nos esforzamos para cumplir el reto y avanzamos muy rápido con la pizca.

Mientras trabajábamos, El Tío se nos acercó a mí y a otros dos compañeros que íbamos juntos en los surcos y nos dijo:

¿les gustaría en diciembre ir a trabajar al estado de Florida? —Esa invitación era para los tres contratados nuevos: yo, el Junior y el Pocholo. Yo estaba sorprendido y le dije que lo pensaría, a los otros dos les dijo: — no tarden en llevar sus documentos a mi casa cuando regresen al pueblo. —Yo le pregunté: — ‘¿usted sí va a Florida?’ —porque tenía conocimiento de que sólo enviaba ahí a los migrantes temporales. Me contestó: — no, porque no alcanzo con tantas cosas. —Después Junior le preguntó: — ‘¿a quién le voy a llevar los documentos si tú estás aquí?’ —Respondió: — pues allá está mi hijo, él es mi secretario, por eso no se preocupen. —Después se retiró y continuó supervisándonos —.

En los surcos, no había mucho pepino lo que permitió que avanzáramos muy rápido con el corte, sólo llenamos dos guayines hasta la hora del

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

lonche. Posteriormente El Tío dividió a las dos cuadrillas, a una se la llevó al empaque de ejote y a la otra, en la que estaba yo, a un *field* de squash para que termináramos de juntarlo. Ahí laboramos hasta las 6:15 p. m., y concluimos con el trabajo encomendado. En el campo agrícola de al lado la cuadrilla del Shortys estuvo cosechando mini pumpkin, también estaban a punto de terminar cuando nos retiramos.

Finalmente regresamos a la casa de hospedaje, nos echamos una ducha y comimos. Durante la noche los compañeros platicaban sobre el retorno y sobre las cosas que comprarían para llevarse a México. Tenían conocimiento de que el contrato de trabajo había finalizado, sin embargo, aún no sabían hasta qué día iban a laborar, tampoco qué día iban a retornar a México. Sin duda estaban emocionados porque estaban a punto de culminar una temporada laboral exitosa por los ingresos económicos que obtuvieron en los tres meses. Yo también estaba contento, aún no podía creer que estaba a unos días de salir adelante de una ardua temporada laboral como trabajador agrícola. Habían pasado tres meses, vivido cosas buenas y malas en Elba; una experiencia inolvidable. Por la noche unos contratados solicitaron por teléfono a un raitero que les llevara cuatro doces de cerveza Bud Light. Luego se pusieron a beber por los últimos días de su estancia en Elba, la mayoría se tomó entre tres a cinco cervezas yo me tomé tres cervezas, otros también fumaron algunos cigarrillos. Durante la tertulia platicamos sobre diversos temas y escuchamos música de diferentes géneros, finalmente nos dormimos a las 2:15 a. m.

*Ya no se enviaron remesas a México
domingo 11*

No escribí mi diario de campo, pero la rutina consistió en realizar la compra de víveres de la semana, aunque no compramos la misma cantidad de víveres porque sabíamos que en cualquier día de la semana íbamos a retornar a México; además lavamos la ropa y hablamos por teléfono con la familia. La mayoría de los migrantes temporales no envió remesas

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

a sus familiares porque buscaban llevarse cierta cantidad de dinero en efectivo. Otros compraron ropa, calzado, aparatos electrónicos y maletas que utilizarían para su regreso al terruño. Por la noche todavía alistamos las cosas como cualquier otro día porque a pesar de que había finalizado el contrato aún no nos habían dado la indicación de que ya no íbamos a trabajar.

Varios contratados purhépecha no trabajaron
lunes 12

Nos levantamos a las 6:30 a. m. a calentar el lonche. El Vaca recibió indicaciones del mayordomo general por la mañana y nos dijo que iríamos a trabajar a las 8:20 a. m. En efecto así fue, a la hora acordada nos dirigimos a un predio en el que anteriormente estuvimos cosechando. Mike llegó a las 8:50 a. m. checó nuestras tarjetas y luego se retiró.

El trabajo que realizamos consistió en juntar la kabocha y echarla en unas cajas de madera, la dinámica fue similar a la que realizábamos en el squash y en el mini pumpkin. Únicamente se necesitaban ocho personas, es decir, seis personas juntaban dicha calabaza en los surcos y dos personas recibían arriba del camión los cestos para depositarlos en las cajas del guayín.

La jornada fue muy ardua porque llenamos varios camiones de carga, algunos tenían ocho cajas y otros diez. Al principio pensé que no estaría tan pesado el trabajo, pero a medida que iban pasando las horas se sentía el cansancio. Aunado a ello, el calor se sintió muy fuerte a partir de las 2:00 p. m. hasta las 4:30 p. m. Cerca de las 5:00 de la tarde los migrantes temporales se veían exhaustos, sus semblantes expresaban fatiga y hambre. No era para menos, alzar cientos de veces el cesto de kabocha que llegaba a pesar entre 15 a 20 kilos nos desgastó demasiado. A mí me dolían bastante los antebrazos por la fuerza que hacía para alzar el cesto. A las 6:30 p. m. el Vaca dio por finalizada la jornada laboral.

Regresamos a la casa de hospedaje. A las 7:16 p. m. El Tío llevó a la casa a compañeros que juntaron el squash. Varios contratados purhépecha

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

de otras cuadrillas no trabajaron ese día. Según los contratados viejos eso no les sorprendía porque en los últimos días de la temporada, antes de regresar a México, solían trabajar pocas horas o descansaban todo el día.

En la casa nos dimos una ducha, comimos y alistamos las cosas para el día siguiente. Yo estaba preocupado con mi retorno a México porque el período de trabajo de campo había concluido y en la misma semana de mi regreso teníamos que volver al COLMICH para presentar nuestros avances de investigación y para llevar un taller sobre el proyecto capitular de la tesis de doctorado —del trimestre IX: octubre- diciembre, de 2015—, el cual sería impartido por el doctor Miguel Hernández Madrid. Insisto, la incertidumbre del retorno me tenía preocupado porque tenía que volver a Zamora y continuar con las actividades académicas escolarizadas del doctorado. Finalmente, realicé la transcripción de mi diario de campo.

De compras, en la ciudad de Búfalo
martes 13

Nos tocó descansar a doce personas, en nuestro lugar acudieron a trabajar los trabajadores agrícolas que no fueron el día anterior. El Vaca los llevó a juntar la kabocha. El mayordomo general pasó a las 8:00 a. m. a la casa y pidió que subieran al bus los que no habían ido a trabajar —otro pequeño grupo—, a nosotros nos dijo que trabajaríamos hasta el día siguiente, así que nos tocaba descansar.

Por la mañana estuvo lloviendo intermitentemente, al parecer en los lugares donde les tocó trabajar a los migrantes temporales no llovió, o no con la misma intensidad, porque no regresaron. Finalmente, a las 10:47 a. m. dejó de llover.

A las 11:25 a. m. cinco compañeros de la cuadrilla me invitaron ir de compras a una Mall —un centro comercial— de la ciudad de Búfalo, acepté la invitación. Se comunicaron con un raitero quien pasó por nosotros a las 11:35 a. m. con su camioneta Chevrolet Suburban. Nos llevó directamente a la Mall, durante el viaje aproveché para platicar con el raitero

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

porque me tocó ir de copiloto. En la plática tocamos temas relacionados con su situación migratoria y sobre los lugares que conocía en EE. UU. El raitero era hijo de migrantes mexicanos, sus padres eran del estado de Guerrero, pero él nació en EE. UU. Tenía alrededor de treinta años y no acostumbraba ir a México porque su trabajo no se lo permitía, sólo visitaba a amigos y familiares que vivieran cerca de NY. Las visitas que realizaba eran para asistir a alguna fiesta, una reunión de amigos, de familia o para visitar algún parque o lugar turístico del país. A pesar de que la vida social era muy rutinaria, él y su familia estaban acostumbrados a ese estilo de vida, además para ellos era mejor vivir en EE. UU. que en México; de hecho no pensaban retornar nunca al terruño de sus padres para vivir supuestamente por lo complicado que era vivir en un país donde no había empleo.



Foto 33. De compras en la Mall.
Búfalo, NY, octubre de 2015

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

A la ciudad de Búfalo llegamos a la 1:10 p. m. La Mall era un centro comercial muy grande parecido a un Liverpool de México. Cada contratado compró una variedad de ropa y de tenis, desde luego eso que en México difícilmente se puede comprar con el sueldo de un jornalero agrícola. Yo también aproveché para comprarme algunas prendas y calzado. Visitamos varias tiendas de ropa, pero los locales de Hollister y Aeropostal eran los que más llamaron la atención a los purhépecha por el tipo de ropa que manejan; eran las marcas más cotizadas y de su agrado. En ambos locales compraron varias prendas, los notaba muy emocionados quizás porque en México difícilmente podían adquirir las originales. Luego fuimos a dos tiendas donde vendían tenis de diferentes modelos, ahí compraron varios pares de la marca Jordan, Nike, Adidas, Under Armour y Vans (véase foto 33), entre otros. Cabe mencionar que la compra de ropa y calzado no sólo era para los trabajadores agrícolas sino también para sus familiares y amigos: hijos, esposas, hermanos, primos, tíos, padres y conocidos. El gasto que realizó cada persona osciló entre 800 a 1,500 dólares. Los tenis fueron lo más costoso, sus precios fluctuaron entre 120 hasta 250 dólares.

Al concluir con la compra de ropa y calzado nos fuimos a comer a un restaurante mexicano, Agave, ahí degustamos de la tradicional comida mexicana, comimos carne asada con ensalada, frijoles y arroz, acompañados de una salsa ranchera, totopos y guacamole. En ese lugar nos tomamos dos cervezas Corona cada uno y de postre pedimos helado. En el restaurante se encontraban mayormente mexicanos quienes no sólo comían sino también bebían cerveza, tequila y mezcal. La música que se escuchaba en el restaurante era de Vicente Fernández, Los Tigres del Norte y Antonio Aguilar, entre otros artistas. Después de comer regresamos a la casa de hospedaje, cada quien tuvo que pagarle al raitero la cantidad de 30 dólares por el servicio.

A las 6.50 p. m. regresaron los compañeros que habían ido a trabajar, se notaban cansados; comieron, se echaron una ducha y descansaron. Cerca de las 8:50 p. m., llegó de sorpresa El Tío a la casa a buscar a el Vaca para darle unas indicaciones sobre el trabajo del día siguiente, le dijo: “llévate un grupo de catorce personas al mismo field de kabocha,

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

principalmente a aquellos que descansaron hoy”. Entre ellos estábamos nosotros. Luego, nos compartió brevemente su experiencia laboral en Kentucky, nos habló de cómo trabajó en el corte de tabaco, del clima que tenían que soportar durante las jornadas laborales, etcétera y se retiró. El Vaca notificó a los que irían a trabajar al día siguiente, para que se alistaran. Los que fuimos a la Mall organizamos las cosas para el trabajo y luego me puse a escribir mi diario de campo.

Juntar la kabocha
miércoles 14

Amaneció con un poco de lluvia, pero a pesar de las condiciones climáticas nos fuimos al trabajo a las 8:45 a. m. En el campo agrícola nos tocó juntar la kabocha, no estaba lloviendo, pero sí hacía mucho frío y estaba muy nublado. Ahí también trabajaba la cuadrilla de El Tío. Tuvimos que esperar hasta que nos checaran las tarjetas, Travis lo hizo hasta las 9:20 a. m. Después le pidió al Vaca que se subiera a su camioneta y se lo llevó a otro lugar.

Nuestra jornada de trabajo comenzó hasta las 9:35 a. m. hora en que regresó el Vaca con un camión de carga. Este día no resultó muy pesado juntar la kabocha porque éramos un grupo numeroso, entre todos llenábamos muy rápido las cajas, los camiones de carga no se daban abasto debido a que tardaban en regresar de la matriz de la compañía, por la distancia. El tiempo de espera nos permitió descansar por varios lapsos de tiempo de veinte a treinta minutos.

El día no fue caluroso, de repente salía el sol, pero gran parte del día estuvo nublado. A pesar de que eran los últimos días de trabajo los contratados purhépecha seguían manteniendo su ritmo de trabajo porque de ello dependía la recontractación para la próxima temporada. A las 6:30 p. m. concluyó la jornada laboral, luego regresamos a la casa de hospedaje, nos duchamos, comimos, descansamos y organizamos las cosas para el día siguiente.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

La pizca de bellota, el último trabajo en Elba
jueves 15

Nos llevaron a trabajar a diferentes lugares, nadie descansó. A mí me tocó ir junto con otras catorce personas, el Vaca comandó el grupo. Al resto de los migrantes temporales El Tío se los llevó a un campo agrícola de squash. Ambas cuadrillas nos fuimos a trabajar a las 7:30 a. m. A las 8:00 a. m., Travis nos checó las tarjetas y comenzamos a pizcar. En el campo había comentarios de que era nuestro último día de trabajo por lo que los patrones querían que termináramos, o al menos que avanzáramos lo más posible con las cosechas; yo tenía mis dudas porque esos comentarios se hacían desde varios días atrás y aun seguíamos laborando. El trabajo de la recolección de bellota fue extenuante; a pesar de que juntábamos y llenábamos rápido los camiones de carga; nos enviaban muy rápido de regreso los camiones con el propósito de que no descansáramos tanto. A las 2:05 p. m. concluimos con la cosecha.

Posteriormente nos llevaron a otro predio en el que faltaba por recogerse la kabocha, ahí no duramos mucho. Luego Travis le pidió al Vaca que nos cambiara a otro *field*. Tardamos más de treinta minutos en llegar a ese lugar, y nos tocó cortar otra calabaza de color verde oscuro parecida físicamente y en tamaño al mini pumpkin, esa calabaza tenía el nombre oficial de bellota, los contratados purhépecha le llamaban también *cara de chango* por su fisonomía (véase foto 34). Era muy estética y tenía un peso aproximado de 200 a 500 gramos.

La dinámica de trabajo fue similar a la que realizábamos en la pizca de mini pumpkin: primero cortábamos la bellota, luego la depositábamos en los cestos de plástico y posteriormente acudíamos al camión para que un compañero lo recibiera y lo depositara en las cajas de madera. El clima nos favoreció porque estuvo fresco lo que permitió que llenáramos rápido los camiones de carga. En los breves minutos de descanso tomé varias fotografías con mi celular porque la cámara fotográfica que me

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

había llevado se descompuso, afortunadamente había alcanzado a respaldar un número importante de fotografías en mi laptop.



Foto 34. La fructífera cosecha de bellota.
Stafford, NY, octubre de 2015

El desempeño laboral que tuvimos durante el día fue muy fructífero porque llenábamos muy rápido las cajas de los camiones de carga. Por la tarde le pregunté al Vaca que cuántas cajas habíamos llenado; me dijo: “como 124, fueron muchas” y añadió: “Travis anda muy contento por el trabajo que hicieron”. Íbamos a pizar más, pero los camiones de carga no se dieron abasto. Como a las 4:40 p. m. comenzó a nublarse el día y empezó a hacer mucho viento, pero nosotros continuamos trabajando bajo esas condiciones climáticas. Mike pasó a supervisarnos y luego se retiró. A las 6:30 p. m. finalizó la jornada laboral, aunque no concluimos con la cosecha. A esa hora comenzó a llover muy fuerte y el viento aumentó en intensidad.

Retornamos a la casa de hospedaje bajo la fuerte lluvia y ráfagas de viento que se prolongaron durante toda la tarde y la noche. Lo primero

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

que hicimos en la casa fue echarnos una ducha porque nos mojamos un poco, luego comimos y descansamos. Le preguntamos al Vaca si iríamos a trabajar el día siguiente y nos respondió que no según las indicaciones del mayordomo general. Ya se estaban creando nuevas cuadrillas que se encargarían de cortar el repollo *freezer*. Los migrantes temporales que las conformarían eran aquellos a quienes se les había extendido el contrato de trabajo para los meses de noviembre y diciembre.

Esa noche esperamos indicaciones y nadie de la cuadrilla organizó las cosas para el día siguiente, más bien estábamos ávidos de saber qué día íbamos a retornar a México. Esa noche me sentí liberado, por fin había concluido el trabajo de la temporada y sólo quería descansar porque me sentía muy cansado; recuerdo que no podía asimilar que había logrado salir adelante de mi travesía como trabajador agrícola temporal, el reto se había cumplido, el desafío, del cual estuve a punto de dimitir a los quince días de mi estancia en Elba, se logró.

*Finalizó formalmente el contrato laboral
viernes 16*

No trabajamos, pero nos levantamos a las 6:40 a. m. por si acaso recibíamos una orden imprevista. Únicamente el Motor y el Vaca acudieron a la pizca de repollo *freezer*, los demás esperamos toda la mañana aunque la mayoría dimos por hecho que no trabajaríamos más.

A las 9:25 a. m. llegó un contratado purhépecha a decirnos que más tarde iba a pasar la patrona a entregarnos el último pago y que nosotros debíamos pagarle la parte que nos correspondía del boleto de avión. Al recibir dicha noticia corroboramos que nuestro trabajo había concluido de manera oficial en la compañía Torrey Farms Inc.

Durante el día estuvimos descansando, yo tenía el cuerpo adolorido —del esfuerzo muscular— por el trabajo que realizamos en días pasados, así que me tomé unas pastillas para mitigar el dolor, me puse a reposar y a revisar las fotografías que tomé durante mi estancia en Elba. Los migrantes temporales comenzaron a empacar su ropa en sus maletas,

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

otros se pusieron a ver películas y a platicar sobre sus proyectos u objetivos a realizar en México, aunque todos estuvimos al pendiente de la visita de la empleadora.

Durante el día reflexioné sobre mi estancia en Elba, no podía creer que había terminado la temporada laboral; aprendí a llevar el ritmo de trabajo de los contratados purhépecha y a vivir su estilo de vida. En mi reflexión me dije a mí mismo: ¡Roberto, has logrado sobrevivir! Recuerdo que los primeros días durante la pizca de pepino sentía que no iba salir adelante por lo arduo que resultaba ser el trabajo, pero lo superé, tanto así que posteriormente me emplearon en la pizca de mini pumpkin, squash, kabocha y bellota. Afortunadamente pude mantener el mismo ritmo de trabajo y mi estado de salud, lo cual me permitió rendir al igual que los demás.

En Elba conocí y conviví con trabajadores agrícolas que anteriormente no había podido contactar, eran de Comachuén, Pichátaro, Arantepacua, Queréndaro, Zamora y Guadalajara. Sin duda aprendí mucho de ellos, no sólo en lo laboral sino también en su parte humana. Pasamos muchas cosas juntos en el trabajo, *buenas* y *malas*, en la casa de hospedaje y en los diferentes espacios de socialización. Siempre estaré muy agradecido con los contratados purhépecha a quienes estimo, respeto y admiro mucho.

A las 5:20 p. m. llegó Molly a la casa, citó en el patio a todos los que íbamos a retornar a México en los próximos días; la patrona iba nombrando a cada trabajador y le hacía entrega de su último pago dentro de un sobre blanco, al mismo tiempo solicitaba la tarjeta de trabajo que había utilizado cada trabajador durante la temporada (véase foto 35). Sammy, el migrante mexicano a quien me he referido en este diario, se encargó de realizar la traducción de lo que decía la patrona, y también nos explicaba en que consistían las indicaciones de Molly.

Después de entregarnos el último pago y de recoger las tarjetas, Molly nombró a las personas que se irían en avión a la ciudad de Guadalajara —eran tres—, les pidió que le dieran la cantidad de 217 dólares para cubrir el costo del boleto; a los que teníamos como destino la ciudad de Morelia nos cobró la cantidad de 289 dólares. En una hoja registró el

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

pago que le dimos por el boleto de avión. Cabe señalar que realizamos dichos pagos debido a que la compañía estaba aportando la mitad del costo del boleto de avión, en caso de que hubiéramos decidido regresar en autobús la compañía nos iba a cubrir el costo total del transporte de Elba a la ciudad de Matamoros. La mayoría de los trabajadores agrícolas optó por regresar en avión porque el retorno se hacía en un día —tomando en cuenta las diferentes escalas en los aeropuertos—, en cambio en autobús el retorno duraba entre cuatro a cinco días. La ventaja de viajar en autobús aparte de no realizar un pago extra, era que se podía transportar un mayor número de maletas. Hubo quienes prefirieron regresar en autobús.



Foto 35. La tarjeta de trabajo.
Elba, NY, octubre de 2015

Después, la patrona nos preguntó cuántas maletas llevaríamos cada uno y nos dio una hoja en la cual aparecía la hora y el lugar de la salida, así como las escalas que haríamos durante el viaje. Como los que íbamos a retornar en avión éramos un grupo numeroso nos dividieron en varios

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

grupos pequeños para el día de la partida. Íbamos a viajar en distintos aviones y en distintos horarios.

La empleadora también les dio indicaciones a las trece personas que iban a viajar en autobús, les dijo que se previnieran porque su salida era el día siguiente a las 11:30 p. m.; a esa hora iba a pasar por ellos un bus que los llevaría a la central de autobuses de la ciudad de Búfalo. Como he señalado, dichos trabajadores no pagaron ningún peso por la modalidad de retorno. Aunque de Matamoros a su terruño cada trabajador debía cubrir el costo de su viaje. Molly nos hizo la entrega de un pequeño documento en el cual se indicaba que se había cumplido con el contrato de trabajo de la compañía Torrey Farms Inc. el día diez de octubre de 2015. Por último, nos pidió que antes de que dejáramos la casa de hospedaje realizáramos el aseo, después se retiró junto con Sammy.

Con la información y las indicaciones que habíamos recibido de parte de la empleadora algunos compañeros empacaron su ropa en sus maletas, y se veían contentos porque estaban a punto de retornar a su terruño. Pero faltaba otra cosa muy importante, un asunto del cual se habló de manera discreta durante los últimos días: la despedida y el pago de una cuota económica. Sobre este asunto había varios comentarios respecto al monto que se solicitaba a cada trabajador agrícola dependiendo de la estancia temporal y del trabajo. Finalmente, realicé mi diario de campo.

La reunión de despedida con El Tío

Durante la tarde y la noche estuvimos esperando al mayordomo general, llegué a pensar que no llegaría porque ya eran las 9:40 p. m. y aún no pasaba a la casa, tenía que hacerlo porque nuestra partida era en los próximos dos días. A las 10:05 de la noche llegó El Tío a la casa y tomó asiento en una silla de la sala, todos los que nos hospedamos ahí nos reunimos; yo estuve atento a todo lo que nos iba a decir en nuestra despedida.

Primero nos saludó a todos, luego le preguntó a un contratado purhépecha sobre la compra de un vehículo que haría en la ciudad de

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Matamoros, al parecer se enteró por comentarios de otros trabajadores agrícolas. En efecto, el compañero del cuarto le manifestó que no le había comentado a él sobre la compra del vehículo porque lo había visto siempre ocupado, aunque sí pensaba decírselo antes de retornar a México para pedirle alguna sugerencia. El Tío le dijo:

te tardaste en comentármelo, pero de todos modos yo le voy a decir al encargado del hotel Los Lirios para que te oriente porque no es nada sencillo comprar un carro en Matamoros, además hay mucha inseguridad; te lo digo por experiencia. Lo que te recomiendo es que contrates a uno de los taxistas que ya nos conocen, son de confianza para que te lleven a los lugares donde vayas a ver los carros, eso sí ten mucha paciencia y no te vayas con la finta; comprar el carro te va a llevar dos o tres días, además tienes que legalizarlo o cambiarlo de propietario y eso implica tiempo. Eso sí, cuando hayas comprado el carro, chécalo, llévalo con un mecánico y si le hacen falta llantas, cómpraselas para que el día que salgan hacia el pueblo se vayan directo. Traten —el compañero que iba a comprar el vehículo iba a ir acompañado de otras dos personas— de salir temprano de Matamoros, yo les recomiendo que no se paren en ningún lugar si pueden hasta Querétaro, ahí pueden descansar y comer, además está más tranquilo, pero cerca de Matamoros no lo hagan por su seguridad.

El contratado escuchó atentamente sus recomendaciones y se lo agradeció, después le dijo que en caso de que tuviera algún problema se comunicaría con él para que lo orientara. Quiero aclarar que esas sugerencias las escuchamos todos los que estábamos reunidos en la sala. Aunque en un primer momento no entendí por qué tocó ese tema frente a todos, —quizás lo hubiera hecho de manera discreta—, pero al parecer el mensaje era para todos en el sentido de que los que estábamos en Elba teníamos que manifestarle a él, cualquier asunto de suma importancia. Su función de intermediario no se limitaba al ámbito laboral sino también fuera del mismo; además tenía que *comprobar* que bajo su responsabilidad todos tenían que regresar a sus terruños.

Con lo anterior supuse que El Tío conocía o, al menos identificaba, a ciertos grupos que controlaban la ciudad de Matamoros, incluso, llegué a

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

pensar que él pagaba una cuota junto con los encargados del hotel para que los dejaran trabajar. Eran mis conjeturas, no pude cerciorarme sobre dicho asunto por lo delicado que era y por la naturaleza del tema. Nunca obtuve alguna información relacionada al respecto. Aunque con las sugerencias que le hizo al compañero lo alertó sobre las precauciones que debía de tener porque constantemente enfatizó o insistió sobre la inseguridad. Con la charla trató de darle a entender que en Matamoros había personas del crimen organizado que se encargaban de controlar ciertos espacios, por ello era pertinente que anduviera con alguien de confianza y que conociera los lugares a donde fuera a comprar el vehículo. De ahí que le dijera que trataran de salir temprano de Matamoros por su seguridad. Posteriormente manifestó el motivo de su visita, y nos dijo:

pues cada que termina la temporada pido una *ayuda* —económica— a todos los que vienen a trabajar; así como yo los ayudo también quiero que me ayuden; no pido mucho porque el de arriba —refiriéndose a una deidad— está viendo todo, así que esto es voluntario, no obligo pero yo sé que ustedes no van a estar a gusto si no me dan nada, la intención es apoyarnos, yo los apoyo y ustedes me apoyan...

Un compañero le preguntó: “de cuánto va a ser”. El mayordomo general contestó: “pues ustedes ya saben”. Éramos ocho las personas que íbamos a retornar, estábamos preparados para darle la cantidad solicitada así que cada quien entregó su parte. Después nos dijo:

bueno gracias, solo quiero que esto quede entre nosotros, no me gustaría que esto se esté comentando porque esto —la cuota—, no está permitido. Aprovecho para comentarles —añadió— que en la segunda semana de enero estaré recibiendo los documentos para los que quieran venir en el mes de marzo a la plantación de cebolla y para los que quieran venir otra vez en julio. Les digo esto para que lleven con tiempo sus documentos y renueven sus pasaportes, algunos llegan unos días antes de la salida y pues esos ya no alcanzan a ser contratados, así que prevénganse con tiempo.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Esa noche también aprovechó para comentarnos que la inauguración y la bendición de los vitrales en Comachuén —en el mes de diciembre— sería cuando todos los migrantes temporales retornaran a la comunidad:

ese día se va a hacer una misa, pero yo voy a anunciar por el *tocadisco* —altoparlante— para que todos nos reunamos y hagamos una procesión. Lo que sí les pido es que llevemos una vela o veladora, cada uno, acompañados de sus esposas, y si pudieran, llevar alguna ofrenda al templo. También les pediría que ese día en la misa pidamos por los patrones porque gracias a ellos muchas familias dependen del trabajo que nos dan, porque si no, no sé qué sería de Comachuén. Esperemos que nos sigan contratando, hasta el momento las cosas van bien, pero ellos en cualquier momento nos pueden dejar sin trabajo, así que vamos a seguir echándole ganas.

Después se dirigió a mí: “Roberto —fue la primera vez que me habló correctamente por mi nombre—, espero que te haya gustado la experiencia”. “Claro que sí” —le dije—. “Espero que puedas venir en otra ocasión o tal vez ir a otro lugar” —añadió—. Luego aprovechó para exponer brevemente su experiencia como trabajador agrícola temporal:

yo no vendría a Estados Unidos jamás como *ilegal* porque sé cómo se siente. La primera vez que vine fue con gente de Azajo —Michoacán—, pero no es nada agradable andar con gente que no conoces. Yo estuve trabajando en Arkansas en la plantación de pino, en Kentucky, en el tabaco y ahora aquí en Nueva York; eso sí, siempre traté de ser de los mejores trabajadores, siempre me ha gustado ser puntual, responsable y honesto con los patrones y más en el trabajo, ustedes me han visto. Cuando comencé a traer gente aquí a Nueva York éramos diecisiete personas, luego la patrona me dijo: necesito que traigas cincuenta trabajadores más, luego cien y hasta los que somos ahora. Primero pensé ¿cómo le voy a hacer?, pero dije, si pude con diecisiete, cincuenta y cien personas ni modo que no pueda con más. No es nada fácil, porque tengo que estar al tanto de todo lo que pasa con todos; no crean que cuando estoy hablando por teléfono es porque no tengo nada que hacer, ¡no!, al contrario, estoy tratando de resolver los problemas que de pronto se están presentando con las demás cuadrillas (...). Por cierto, —agregó—

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

hace unos días me preguntó Travis, ‘¿cómo te sientes?’ le dije, la verdad no muy bien, me dijo: —en broma— ‘¿por qué? si la compañía en vez de llamarse Torrey Farms, debería de llamarse ‘El Tío Farms’. Luego me dijo, ‘tienes más de doscientos trabajadores que son tu gente, deberías de estar muy contento’. Yo le dije sí, pero no ando a gusto porque nosotros hacemos el trabajo más pesado en la plantación de cebolla y otra gente se encarga sólo de empacarla, el trabajo más sencillo y a mí me gustaría que mi gente hiciera ese trabajo, tal como lo hacemos en el empaque de repollo. Travis me dijo, ‘tienes razón, pero ya veremos después’. —Añadió: — voy a ver cómo le hago, pero la intención es meter a nuestra gente en el empaque de la cebolla, yo voy a ir primero a ese trabajo para demostrarle al patrón que podemos hacer bien ese trabajo, esperemos poder colocarnos muy pronto. — Luego, se despidió: — bueno espero que les vaya bien en el viaje de regreso, me despido de una vez porque a lo mejor ya no los veo después, de todos modos nos vemos en el pueblo, —y se retiró de la casa—.

El Tío era todo un personaje en la migración por contrato, *bien visto* por unos y *mal visto* por otros, pero él era consciente de eso. Después de la charla de despedida, los contratados purhépecha comenzaron a hablar sobre el retorno y de lo que harían al llegar al terruño.

*Nos vemos en el pueblo
sábado 17*

Nos despertamos a las 8:20 a. m., desde luego los migrantes temporales que iban a retornar a México se notaban muy contentos y empacaron lo último que les faltaba en sus maletas, luego esperaron la hora de su salida. Antes de su partida guardaron en un cesto de plástico la ropa que podrían utilizar en la próxima temporada; estos cestos los guardaron en la bodega de la compañía con el propósito de utilizar la misma ropa cuando volvieran a Torrey Farms Inc.

Durante la mañana dichos compañeros se echaron una ducha y se pusieron ropa nueva de pies a cabeza; con esta ropa no parecían ser trabajadores agrícolas, excepto por la típica gorra que identifica al

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

migrante mexicano. A las 10:20 a. m. desayunamos, preparamos huevo, café y leche con chocolate. En la casa se sentía una gran alegría producida por la emoción que había por el retorno a México. Los contratados purhépecha que iban a retornar estaban tan alegres que ni apetito tenían porque estaban al pendiente de la llegada del bus que los llevaría a la central de autobuses de la ciudad de Búfalo.

A las 11:25 a. m. llegó el bus, quien lo conducía era el mayordomo general quien pidió a todos que subieran sus maletas y las acomodaran. Los contratados llevaban un número importante de maletas en las que no sólo llevaban el equipaje personal sino también el de otras personas que les encargaron que llevaran algunas cosas que no podían llevar en el avión debido al peso. También llevaban algunas maletas de otros migrantes temporales que iban a quedarse más tiempo en Elba.

A las 11:45 a. m. los compañeros se despidieron de nosotros y nos dijeron, “nos vemos en el pueblo”. Antes de su partida los que aún nos quedábamos en Elba los despedimos deseándoles un buen viaje; nos sentimos tristes porque habíamos logrado conocernos entre todos durante la estancia, como una familia, les dijimos “allá nos vemos, que tengan buen viaje”. Nos despedimos con un apretón de manos y ellos se subieron al bus. Luego partió el camión con destino a Búfalo en donde tomarían el autobús que los llevaría de regreso hasta Brownsville, Texas; en la ciudad de Matamoros iban a transbordar a otro autobús que los llevaría hasta el estado de Michoacán.

Alrededor de las 2:00 p. m. comenzó a caer nieve, hacía mucho frío. Por la tarde cinco contratados se fueron a comprar ropa, calzado y algunos aparatos electrónicos a Walmart y a otras tiendas de Batavia. Otros nos quedamos a descansar, a ver la televisión y a dormir un poco.

*Alistando el regreso a México
domingo 18*

Amaneció con la caída de agua nieve, no hice el recuento en mi diario de campo, aunque a diferencia de otros domingos, en éste únicamente

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

fuimos a comprar algunas cosas más que nos llevaríamos a México. Ya no compramos muchos víveres, sólo los necesarios. Los trabajadores agrícolas ya habían comprado ropa y calzado. Lo que compraron ese día fueron las maletas en las que iban a llevar sus cosas, como celulares, televisiones con pantalla de plasma, bocinas de música, balones de fútbol y de basquetbol, herramientas de trabajo de carpintería, de albañilería, etcétera. También ya habían comprado laptops, tablets y cámaras fotográficas.

Los únicos que lavaron la ropa fueron los contratados purhépecha que querían guardarla para la próxima temporada. Ese día todos usaron y lucieron ropa y calzado nuevo. Por la tarde, nos pusimos a ver la televisión, a platicar sobre diversos temas, particularmente sobre lo que haríamos en México. Después, la mayoría de los compañeros se comunicó por teléfono con sus familiares y otros navegaron por internet. Desde luego había mucha emoción por el retorno, finalmente nos dormimos.

*Hacia el aeropuerto de Búfalo con destino a Chicago
lunes 19*

A partir de las 8:10 a. m. comenzamos a alistarnos para nuestro retorno a México. Primero pesamos nuestras maletas en una báscula que nos facilitó la compañía para cubrir las reglas del aeropuerto respecto al peso del equipaje, el cual debía ser de menos de 50 libras. El costo de llevar una maleta era de 25 dólares, en caso de que lleváramos dos maletas debíamos pagar la cantidad de 60 dólares.

Durante más de treinta minutos tratamos de ajustar las maletas al peso requerido. Los que llevaban pocas cosas y que no alcanzaban a cubrir las 50 libras brindaron un espacio en sus maletas a los que llevaban más cosas. Después hicimos el aseo tal como lo había solicitado la empleadora, luego desayunamos, nos echamos una ducha, y después todos se vistieron con ropa nueva, de pies a cabeza; con la vestimenta que portaban, no parecían ser trabajadores agrícolas.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

Como a las 10:30 a. m. pasó la empleadora a la casa para supervisar-nos y darnos las últimas indicaciones. Luego esperamos a que llegara el bus de la compañía que nos iba a llevar al aeropuerto de la ciudad de Búfalo. A las 2:35 p. m. pasó el bus, El Tío y Molly pasaron lista para cerciorarse de que todos los que íbamos a retornar subiéramos al camión.

Posteriormente nos llevaron a las oficinas de Torrey Farms Inc. con otro grupo de migrantes temporales que también iban a retornar ese mismo día. Ellos habían tenido una estancia prolongada debido a que se les extendió su permiso de visa de julio hasta octubre. En la matriz de la compañía, El Tío pidió que bajaran del camión las personas que iba a nombrar porque iban a viajar más tarde. A mí me tocó quedarme ya que formaba parte del grupo que tendría la primera salida del aeropuerto. En las oficinas de la compañía, Molly solicitó a Salvador, mejor conocido como Chava, que junto con Sammy nos llevaran al aeropuerto de Búfalo. En ese bus íbamos dieciocho personas.

De la alegría a la nostalgia

Durante la partida, mientras nos alejábamos de Elba, al observar los campos agrícolas fui recordando los trabajos que realicé durante más de tres meses. Me puse nostálgico porque aún no podía creer que había logrado cumplir con la temporada laboral. Me había acostumbrado al trabajo y al estilo de vida de los contratados purhépecha sin que me hubiera dado cuenta. Ya no me sentía como un *extraño* porque me veían como parte de su comunidad; para ellos no era el estudiante ni el profesionalista, mucho menos el investigador, sino un trabajador agrícola más que supo ganarse su dinero con el sudor de su frente, tal como lo hicieron ellos.

Con los migrantes temporales no sólo aprendí la manera de pizcar sino también la alimentación *adecuada*, el consumo de ciertos analgésicos, la toma de varias latas de refresco o de alguna bebida energética. También me acostumbré a escuchar música a través de los auriculares de mi celular mientras pizcaba, esto me ayudaba a seguir trabajando

con mayor ímpetu a pesar de los climas adversos, de la sed, del hambre y de la fatiga. La música que comúnmente escuchaba era música disco de los 80 y 90 en inglés, cumbia, salsa y regional mexicano. Dichos géneros de música me mantenían activo y me impulsaban a seguir adelante y a no rendirme a pesar de los *gritos de guerra*. Como he referido en este diario, escuchar música contribuía a olvidar por momentos el cansancio, era un aliciente que estimulaba a la mente para seguir pizcando bajo un mismo ritmo de trabajo. Pero al igual que la música que nos impulsaba a trabajar cada quien tenía su música melancólica, aquella que hacía añorar al terruño, a la familia y a los amigos. Generalmente la música grupera, las *pirekuas* y la banda regional mexicana se escuchaba durante el retorno a la casa de hospedaje, en los diferentes espacios de socialización, por las noches, o cuando no se acudía a trabajar.

En lo personal, cuando regresábamos a la casa de hospedaje en el bus, a pesar del cansancio y del hambre me ponía muy nostálgico al observar el atardecer y los *fields* de Elba, Barker, Stafford, Lyndonville, Clarendon, Watson y Canandaigua, entre otros. En ocasiones sentía que estaba en un sueño del cual aún no podía despertar, no podía *aceptar* que formaba parte de esos trabajadores *explotados*. Reflexionaba sobre la explotación que sufríamos cotidianamente y sobre cómo los purhépecha tenían que continuar migrando año tras año *por necesidad y no por gusto*. Según ellos difícilmente en nuestro país iban a encontrar empleos mejor remunerados, no tenían las esperanzas de un cambio, o de que algún gobernante les beneficiara en un futuro. Para ellos su futuro estaba en la migración por contrato y su preocupación giraba en torno a la recontractación porque de ello dependía su subsistencia y la de sus familias.

La nostalgia que se sentía era tal que, en ocasiones, me llegaron a brotar algunas lágrimas por la triste realidad que vivíamos en los campos agrícolas. Regularmente la música que escuchaba eran las baladas de los clásicos en inglés, de los 80 y 90, particularmente las siguientes canciones: *Please Forgive Me, I Do It for You y Heaven*, de Bryan Adams. Estas canciones quedaron grabadas en mi memoria y cada que las vuelvo a escuchar me hacen recordar mi estancia en Elba. Por último, al

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

alejarnos de Elba dije mentalmente: “como todo tiene un principio también tiene un final y ese final llegó hoy; no sé si vuelva a retornar por estas tierras, lo cierto es que me llevo una experiencia inolvidable, gracias por todo Elba y Torrey Farms Inc.”.

Los contratados purhépecha iban muy contentos durante el recorrido de Elba a Búfalo, escuchaban música a través de sus auriculares, algunos platicaban, otros dormían, y hubo quienes iban en silencio y reflexivos. Llegamos al aeropuerto de Búfalo cerca de las 4:00 p. m., ahí nos esperaba la patrona Maurren —ella era la mamá de Molly, Travis y Lucas—, nunca la había visto hasta ese día (véase foto 36).



Foto 36. En el aeropuerto de Búfalo, Nueva York.
Búfalo, NY, octubre de 2015

En el aeropuerto Sammy se encargó de traducirnos, orientarnos y solicitarnos los boletos del viaje, desde luego con el consentimiento y asesoría de Maurren. Primero, Sammy nos pidió los pasaportes y las visas, luego las maletas para que las pesaran y las fueran subiendo al avión.

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

En ese proceso nadie tuvo problemas. Después nos entregaron los pases de abordar y el recibo de nuestras maletas. Maurren nos dio las gracias en español y se despidió amablemente de todos. Luego nos dirigimos a tomar nuestro vuelo en grupos de seis personas. A mi grupo le tocó tomar el avión a las 5:29 p. m., ese primer vuelo nos llevó hasta la ciudad de Chicago, fue la primera escala que realizamos durante el retorno. Debo mencionar que el avión era muy grande, dentro de él iban más de cien pasajeros a bordo. Me tocó sentarme entre un asiático y un anglosajón.

En Chicago, a las 7:15 p. m., tomamos el segundo vuelo con destino a Houston, Texas. Al aeropuerto de Houston llegamos a las 10:00 p. m.; el avión que nos tocó abordar era más pequeño que el que tomamos en Búfalo. Nos quedamos a dormir en las instalaciones del aeropuerto ya que nuestro próximo vuelo estaba contemplado para el siguiente día. Esa noche cenamos hamburguesas y pizzas en los restaurantes del aeropuerto. Luego platicamos, otros hablaron por teléfono con sus familiares y algunos estuvieron escuchando música por medio de sus auriculares. Como a las 12:15 a. m. buscamos algunos espacios cómodos o aceptables para recostarnos para pasar la noche.

Houston, Morelia, Quiroga y Comachuén
martes 20

Amanecimos en los asientos del aeropuerto de Houston, Texas. A partir de las 5:00 a. m. comenzamos a buscar el vuelo que nos llevaría directamente a la ciudad de Morelia, Michoacán. Para ello tuvimos que preguntarle al personal que laboraba en el aeropuerto para que nos orientaran; unos elementos de seguridad nos dijeron que debíamos dirigirnos a la sala C del aeropuerto. Para llegar a dicha sala tuvimos que tomar el transporte del metro. En la sala C coincidimos con otros contratados purhépecha que en Chicago abordaron otro avión, el cual tuvo un retraso en su vuelo programado a Houston. Llegaron a este aeropuerto hasta las 12:05 a. m. y, al igual que nosotros, tuvieron que dormir en las instalaciones del aeropuerto.

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

El vuelo a Morelia estaba programado a las 8:45 a. m., tuvimos que esperar en la sala C desde las 6:00 a. m. A esa hora ya había un número importante de viajeros de distintos lugares en la sala. Desde luego no todos esperaban el vuelo a Morelia sino a otros lugares de destino. Antes de abordar el avión varios agentes del Departamento de Seguridad Nacional nos solicitaron los pasaportes y las visas, luego sellaron la fecha de retorno en el Formulario I-94 —registro de entrada y salida— de cada contratado, después nos autorizaron a subir al avión; en éste íbamos mayoritariamente mexicanos. A diferencia de los dos primeros aviones que abordamos en Búfalo y en Chicago, el avión era muy pequeño, pertenecía a la compañía United y tenía capacidad para cincuenta pasajeros. Cuando íbamos a la mitad del viaje el personal del avión nos pidió llenar un documento que tenía como título: *Declaración de Aduana para pasajeros procedentes del extranjero*, así como un *Formato Estadístico para mexicanos* —tenía que ser llenado de manera individual para todo mexicano o extranjero que entrara y saliera del país—. Durante el vuelo pudimos apreciar la belleza de la Sierra Madre Oriental, decenas de pueblos, ciudades, cerros, ríos, lagos, etcétera.

A las 10:55 a. m. llegamos al aeropuerto de Morelia, ahí los encargados del Instituto Nacional de Migración solicitaron los documentos que habíamos llenado y también les mostramos los pasaportes. Luego recogimos nuestras maletas y fuimos a la revisión del equipaje. En mi caso no hubo ningún problema, sólo me preguntaron qué llevaba en las dos maletas y si eran para mí las cosas o para la familia. Yo les contesté que era para mí todo lo que llevaba: ropa, calzado y algunos aparatos electrónicos. Me pidieron que abriera mis maletas, vieron que llevaba lo que les había mencionado y no tuve ningún problema. Pero eso no ocurrió con los demás contratados purhépecha que llevaban también ropa, calzado, herramienta de trabajo y diferentes aparatos electrónicos como una televisión de pantalla de plasma, una laptop, una cámara fotográfica o de video. A ellos les pidieron \$200 y hasta \$300; para solicitar dicho monto económico los elementos de seguridad se justificaron señalando que era “por la cantidad de cosas que llevaban en sus maletas”. Incluso los llegaron a intimidar con la amenaza de que

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

“si no pagaban lo solicitado no los iban a dejar pasar con su equipaje”; los trataron como si fueran extranjeros.

El personal de seguridad que realizaba la revisión en el aeropuerto se percató de que los purhépecha, por su perfil y su vestimenta, eran migrantes exitosos que traían consigo dinero y cosas valiosas. Observé que con los demás pasajeros no se portaron tan *especiales* en la revisión. Dicho personal buscaba aprovecharse para obtener beneficios personales. Sobre este asunto ya tenía conocimiento cuando realicé algunas entrevistas en Comachuén, y ese día me tocó comprobarlo. Según los trabajadores agrícolas sufrían discriminación, maltrato, y como señalé, los trataban como foráneos. Comprobé que en efecto eso pasaba. Esto no sólo sucedía en el aeropuerto de Morelia sino también en los aeropuertos de Guadalajara y de la Ciudad de México, lugares a donde comúnmente llegaban sus vuelos de retorno.

En la sala de espera del aeropuerto esperé al grupo de compañeros que retornó en el mismo vuelo, algunos se demoraron más tiempo en la revisión porque según ellos, forzosamente querían que les pagaran en dólares. Otros buscaron reducir y negociar el pago; hubo a quienes les solicitaron \$500 y hasta \$800. Cuando los migrantes temporales pasaron el filtro de la revisión compartieron lo que les tocó vivir, desde luego estaban molestos porque consideraban injusto el cobro y el maltrato.

Al reunirnos todos en la sala del aeropuerto nos despedimos de salud y de abrazo. Luego, hicieron pequeños grupos de tres o cuatro personas para retornar a Comachuén y a Pichátaro. Después tomaron un taxi del aeropuerto y se dirigieron a sus lugares de destino. A mí me tocó irme con un grupo de cuatro personas en un vehículo particular de un paisano que habíamos solicitado un día antes. El paisano era un exmigrante que llegó a las 11:35 a. m. al aeropuerto con su camioneta pick-up de doble cabina; nos saludó y nos ayudó a subir las maletas en la parte trasera de su camioneta. Le pedimos que nos llevara a la ciudad de Quiroga porque aún no desayunábamos, pero antes tuvimos que pasar por la hermosa ciudad de Morelia.

Los migrantes temporales eligieron Quiroga por la variedad y por la típica comida que ofrecía su mercado. A la 1:20 p. m. llegamos a Quiroga

Parte II. Praxis de un trabajador agrícola

—con mucha hambre—, dejamos la camioneta en un estacionamiento, nos dirigimos al mercado y degustamos de unas ricas carnicas como nunca antes. Después retomamos el viaje. La última escala que hicimos fue en la comunidad indígena de Pichátaro, ahí el Pingüino y el Huarachito, bajaron a comprar en una tienda de abarrotes dos seis de cerveza Modelo de lata, me invitaron a tomar una cerveza pero no acepté porque no me sentía bien físicamente, lo único que quería era llegar a la casa y descansar. El Pingüino y el Huarachito se tomaron las cervezas durante el camino; lo hacían por la emoción y por la satisfacción de haber retornado al terruño de manera exitosa.

A las 3:20 p. m. llegamos a Comachuén, el conductor de la camioneta pick-up me dejó en la puerta de mi casa, cobró por el servicio \$300. Cuando entré a mi casa, mi esposa, junto con mis hijas, estaban muy contentas por mi retorno; en particular mi esposa estaba muy sorprendida, al parecer no podía creer que había logrado salir adelante de la temporada laboral. Recuerdo que me dijo: “regresaste muy delgado, te extrañé mucho y me abrazó”. Le comenté brevemente por qué estaba tan delgado, luego me invitó a comer. Después me fui a dormir porque estaba muy desvelado y cansado.

CONCLUSIONES

La experiencia como trabajador agrícola temporal fue una de las etapas más complicadas que he vivido, pero también una de las mejores en mis 34 años de vida, no sólo en lo que concierne al trabajo de investigación sino también en mi vida personal. Formar parte de la migración por contrato implicó todo un proceso de reconocimiento, de aceptación, de adaptación y de integración. No se puede ser migrante contratado por decreto, por tener un papel, por una designación oficial, sino que se forja a través de numerosos recorridos, idas y vueltas, de redes de relaciones sociales y de ciertas habilidades adquiridas en la práctica misma. Una persona no se vuelve migrante contratado de la noche a la mañana, necesariamente tiene que pasar por diferentes etapas en dicho proceso migratorio que va desde el reclutamiento, el enganche, la contratación, la aprobación de la visa y la estancia en EE. UU.

La reflexión subjetiva del investigador en la observación participante

La narrativa que realicé en este diario de campo ejemplifica cuándo, cómo, dónde y por qué fue que me involucré en el programa de visas H2-A. Han pasado siete años desde que me contraté como trabajador agrícola temporal pero los recuerdos de mi experiencia migratoria continúan vigentes como si hubiese migrado hace un par de meses porque está bien dicho que: lo que bien se aprende nunca se olvida y perdura en la memoria de las personas.

Conclusiones

Haber elegido la observación participante como estrategia metodológica de investigación fue una de las elecciones más acertadas que he tenido en mi formación académica, no sólo porque me haya permitido conocer, comprender y aprender sobre la situación sociolaboral que viven los contratados purhépecha en EE. UU., sino también por la enriquecedora experiencia que tuve como investigador. La observación participante como trabajador agrícola migrante contribuyó a vivir y analizar aquello que muchas veces el investigador supone cuando busca aproximarse —lo más que puede— a la *verdad* del objeto de estudio.

En un principio supuse que migrar de manera autorizada a través del programa de visas H₂-A era una cuestión de una *simple* elección. Sin embargo, en la medida que fui adentrándome en dicha modalidad de migración, me di cuenta que tenía que pasar por diferentes etapas. Incluso aun siendo contratado por el intermediario no estaba garantizado mi tránsito a EE. UU. Obligadamente tenía que pasar por las diferentes fases de la gestión de la visa, hasta obtener su aprobación; aunque el mayor reto era salir adelante de la temporada laboral porque, como se expuso en este libro, hay quienes no logran concluir con la estancia ya sea porque deciden desertar, por cuestiones de salud o porque son obligados a retornar a México.

Durante mi estancia en Elba, llegó un momento en el cual me cuestioné si estudiaba a los contratados purhépecha como tal o también me estudiaba a mí mismo. En el trabajo de campo, —al principio, como todo investigador—, guardé distancia para poder apreciar y entender de mejor manera las relaciones sociales que establecían los migrantes temporales con el intermediario pero no era posible corroborar lo anterior con el distanciamiento, así que tuve que vivir y observar más de cerca las relaciones interpersonales que establecían los trabajadores con el intermediario. Para ello tuve que convivir, escuchar atentamente sus pláticas, sus acciones, su desempeño en el trabajo, incluso viví sus estilos de vida. Desde luego siempre analicé y realicé un balance crítico sobre cada acción y cada comentario que emitía un trabajador, porque una cosa era lo que decían y otra era lo que hacían. Mantenían dos discursos: un discurso oculto que se producía de manera discreta a partir

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

del sufrimiento, el cual se manifestaba a través de pláticas informales, de movimientos corporales y de actos de refunfuño. En dicho discurso enunciaban las inconformidades, los abusos, los desacuerdos, el coraje, la tristeza, el dolor, la debilidad, la fatiga, la valentía y la hombría. El segundo discurso era público y en éste se mostraba el respeto, la lealtad, la obediencia y la sumisión frente a los mayordomos y a los empleadores. No se cuestionaban las sugerencias, las llamadas de atención, ni las arduas y extenuantes jornadas laborales, se acataban todas las órdenes y siempre se buscaba quedar bien a través del buen comportamiento y del buen desempeño laboral.

En la migración laboral regulada con visas H₂-A hay cosas que suceden de las que “se tiene prohibido hablar”, aquello que no se busca ni se desea publicar, cuestiones que únicamente se comentan y se queda entre los contratados. Tal como me compartió un trabajador lo que una vez le dijeron: “si vienes y no te gustó, no grites, no hables, nomás no vuelvas; lo que aquí —en EE. UU.— se habla y sucede, aquí se queda”.¹ Para los migrantes temporales hay cosas que no se pueden hablar por precaución y para evitar represalias. Lo que no se dice, el silencio y el secreto, son elementos importantes que ellos resguardan por su bien con el objeto de no ser perjudicados en su próxima recontractación. La cuestión del compromiso y la lealtad del trabajador hacia el contratista y al empleador es fundamental para asegurar su empleo en los próximos años. Tal como lo manifestaron unos trabajadores agrícolas en Elba, “no tiene caso quejarse porque nomás no nos traen la próxima temporada y es mejor así, hay que quedar bien”.

Otro ejemplo: no es muy usual que los contratados purhépecha hablen de su explotación laboral, del hambre, de la sed, del cansancio, del malestar físico, de los accidentes, de las inconformidades, de los climas adversos, de las extenuantes jornadas laborales, del fracaso en la pizca, de las riñas, de los altercados y de las discusiones verbales. En cambio es muy común que hablen de sus logros, de los ingresos económicos

¹ No mencionaré su nombre por respeto. Dicho trabajador agrícola ha migrado de manera contratada a los estados de Carolina del Norte y Nueva York.

Conclusiones

que reciben durante la temporada, de la ropa, del calzado, de los aparatos electrónicos que logran adquirir en EE. UU., de las inversiones que realizan en el terruño con sus remesas. Incluso aquellos que se destacan en el trabajo presumen de su hombría y de su valía como trabajadores perseverantes y productivos ante los demás, pero también ante los comuneros. En suma, hablan más de los éxitos que de los fracasos porque es lo que le deleita al contratado que se difunda.

En mi experiencia como trabajador agrícola migrante ganarme la confianza de los contratados me permitió conocer más de cerca las causas de su migración así como los objetivos que tenían trazados a corto, mediano y largo plazo. Los migrantes purhépecha en edad más productiva, cuyas edades oscilaban entre dieciocho y treinta años, señalaban que sus ingresos los destinarían a la compra de celulares, aparatos electrónicos, ropa y calzado; otra parte la invertirían en la construcción de una vivienda, en la compra de un vehículo, en el padrinazgo de un bautizo, en la contratación de bandas musicales para la fiesta de San Judas Tadeo y del Niño Dios. Los trabajadores cuyas edades oscilaban entre treinta y cincuenta años mencionaban que sus ingresos los invertirían en la construcción de una vivienda, en la educación de sus hijos, en la compra de un terreno, de un vehículo o para cumplir un padrinazgo de una boda. También mencionaron que ahorran su dinero para la creación de un negocio porque posiblemente después no serían recontratados debido a su edad.

La explotación que se vive en el field no tiene palabras

En México se habla mucho de las remesas que envían los migrantes pero se desconoce o se menciona poco la manera en que se obtienen dichos ingresos. Cuando una persona no conoce cómo se ganan los dólares en EE. UU. piensa o imagina que estando allá se obtienen fácilmente, pero no es así. En el trabajo de campo pude percatarme de cómo los trabajadores agrícolas tienen que mostrar buena conducta y buen

desempeño en el trabajo y, más que nada, tener la capacidad de soportar arduas y extenuantes jornadas laborales y disponibilidad para asumir una explotación hasta el límite de sus capacidades físicas, para demostrarle al mayordomo y al patrón su valía como trabajadores empeñosos y productivos. En el *field* me preguntaba continuamente si los empleadores imaginaban el desgaste físico que sufríamos al laborar más de diez horas al día, con un solo alimento, bajo las altas temperaturas, a veces bajo fuertes lluvias y ráfagas de viento. Pero de lo que sí me pude percatar fue de que les preocupaba más no cosechar a tiempo sus hortalizas. En Elba llegué a pensar que los empleadores nos utilizaban como máquinas porque no nos querían ver descansar para nada a pesar de las adversas condiciones climáticas; lo que sí esperaban de nosotros era que les diéramos buenos resultados cotidianos en la pizca sin importar nuestro desgaste físico. Muchas veces tuvimos que lidiar con el dolor de espalda, de pies, de rodillas y de cabeza, pero lo que a diario teníamos que soportar era la sed, el hambre y la fatiga.

Francamente yo no imaginaba la dureza del trabajo agrícola en EE. UU., se obtiene un pago que quizás en México no se podría obtener como jornalero agrícola pero la explotación que se vive allá no tiene palabras. En Elba no comprendía, ni mucho menos podía asimilar, cómo continuaban contratándose los purhépecha aun sabiendo el tipo de explotación que tenían que vivir en los campos agrícolas. Según ellos migraban *por necesidad*, no *por gusto*, pero ¿únicamente era eso?; era complejo entenderlos. Dicha expresión iba más allá que referirse a una *necesidad*, porque si lo viéramos como tal, todo aquel que trabaja en la sociedad lo hace por la misma razón. Sin embargo, ellos hacían alusión a que, al no contar con un empleo bien remunerado en México tenían que salir de su terruño forzosamente en busca de mejores oportunidades laborales. Otros decían, “por no estudiar, así nos vamos a acabar por aquí”. De alguna manera los contratados viejos habían interiorizado la explotación que tenían que sobrellevar temporada tras temporada, aunque eso no significaba que no se quejaban de las condiciones laborales, de la fatiga, del hambre y de la sed. A los contratados nuevos les costaba trabajo aceptar dicha explotación, se quejaban constantemente

Conclusiones

por su falta de adaptación a la pizca, pero se alegraban cuando obtenían sus pagos semanales, por ende tenían la opción de valorar si querían ser parte de la comunidad de los migrantes temporales o desistir en la próxima temporada.

La observación participante que realicé en Elba me permitió ver cómo los purhépecha se resistían a las extenuantes jornadas laborales, no sólo a través del consumo de bebidas energéticas, de sueros y de analgésicos, sino también mediante actos de refunfuño. Regularmente realizaban tales actos cuando la jornada de trabajo se prolongaba o cuando se tenía que seguir cosechando en condiciones adversas. Dichas actitudes se demostraban por medio del semblante: miradas fijas, preocupadas y reflexivas, silencios prolongados, gestos de cansancio, suspiros de molestia y de descontento. El silencio después de muchas horas de trabajo era muy común porque reflejaba la fatiga, el hambre, la sed, la ira, la inconformidad; era una manera de pasarle el mensaje al mayordomo y al empleador.

Al igual que los actos de refunfuño, las bromas, las travesuras y las pláticas informales eran elementos que no se limitaban a distraer la mente del cansancio sino que también formaban parte de los actos de resistencia. No cortar correctamente el pepino, la calabaza mini pumpkin o maltratar la calabaza squash se realizaba como un acto de desquite, de molestia por la presión que ejercían el mayordomo y el empleador. No obstante, cabe señalar que las travesuras también se realizaban entre los mismos trabajadores con el propósito de afectar o perjudicar a un compañero o a una cuadrilla en particular. Lo anterior se realizaba para que el mayordomo les llamara la atención, los descansara o para que los incorporara a la lista *negra*; por supuesto esta cuestión también incidía en su reputación, porque eran vistos como los flojos, los que trabajaban más lento y los que posiblemente no volverían a ser considerados para la próxima temporada.

La construcción de la masculinidad y la disputa
por demostrar la hombría

Si bien en Elba los trabajadores agrícolas llegaban a solidarizarse en el trabajo, la *competencia* laboral entre cuadrillas era una cuestión que generaba una disputa por demostrar cuál era la mejor cuadrilla en el *field*. De hecho por este motivo en algunas ocasiones llegaron a desatarse riñas, altercados, discusiones verbales en el trabajo y en otros espacios de socialización. La “envidia” y el “capricho” eran evidentes entre ellos, nadie quería ser superado en la pizca, todos buscaban demostrarle al mayordomo y al empleador que eran buenos trabajadores.

La *competencia* laboral no se realizaba únicamente para agradar a los empleadores sino también para demostrar la hombría ante los demás, de ahí que los ritmos elevados de trabajo en la pizca fueran manejados por la fuerza de trabajo productiva. Aquellos que no lograban adaptarse al ritmo de la cuadrilla eran señalados como *xepes* —flojos— o *mañosos*. La explotación, la *competencia* laboral y la expresión de la hombría se realizaba con varios fines: para no formar parte de la *lista negra*, para escalar a las mejores cuadrillas, para obtener prestigio y para volver a ser recontratados. En otras palabras, los migrantes temporales tenían la capacidad de comprender las reglas “no escritas” y de hacerlas jugar a su favor dentro de su condición de extrema precariedad.

Durante mi estancia en EE. UU. pude constatar que la construcción social de las masculinidades de los contratados purhépecha estaba relacionada con la decisión de asumir riesgos y de enfrentar peligros, donde el coraje, la valentía y el orgullo eran clave para comprender la hombría entre los contratados. La recreación de las masculinidades se expresaba continuamente en las conversaciones cotidianas que realizaban los purhépecha en los diferentes espacios de socialización, por la dosis de valor y de osadía que representaba el haberse empleado en los trabajos más arduos en los campos de cultivo. Por ejemplo, los que se habían empleado en la plantación de cebolla y en la pizca de pepino mostraban un orgullo por ser considerados como los trabajadores más fuertes, resistentes y habilidosos. La disputa por demostrar la hombría,

Conclusiones

de “quien es más hombre” era una cuestión que se presentaba frecuentemente entre los migrantes temporales.

La construcción de las masculinidades en los contratados purhépecha era una cuestión que no sólo se presentaba en el ámbito laboral sino también en los diferentes espacios de socialización como en las casas de hospedaje, en la cancha de fútbol, en la lavandería y en las tiendas. En Elba, en las casas de hospedaje, las masculinidades de los purhépecha se expresaban cotidianamente en los quehaceres domésticos, en la preparación de la comida, en el aseo de los cuartos y en la convivencia. Algunos se rehusaban a preparar la comida, a lavar los trastes, a barrer, a trapear y a lavar el baño. Esos quehaceres domésticos los catalogaban como trabajos que sólo las mujeres debían realizar. Desde luego, lo anterior generaba diferencias entre los contratados, tanto así que algunos preferían comprar la comida, otros para no preparar la comida —porque no sabían prepararla o porque no querían hacerlo— optaban por realizar la limpieza en casa.

El Tío y su función como reclutador, enganchador, contratista y mayordomo

La migración por contrato no se puede entender cabalmente si no se toma en consideración la función que realizan las personas que fungen como intermediarios, llámense reclutadores, enganchadores, contratistas, mayordomos o mediadores. En este texto pudimos apreciar cómo El Tío ha desempeñado un papel importante en la migración documentada con visas H2-A. Su función como intermediario es clave porque se ha convertido en un *agente de mercado* que conecta la oferta y la demanda, gestiona las relaciones laborales y organiza el proceso de trabajo además de ser un traductor lingüístico y cultural. El capital social y cultural que ha adquirido en su trayectoria migratoria le ha servido como recurso para mediar en tres culturas diferentes. El dominio y manejo de tres idiomas: purhépecha, español e inglés, lo distingue de los demás intermediarios anglosajones, latinos y mestizos. El Tío se ha convertido en un traductor

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

cultural al ser el principal vínculo del empleador; traduce la cultura del trabajo anglosajón y en general las costumbres locales a la cultura de los trabajadores agrícolas en su propio código e idioma.

A pesar de la ardua y laboriosa función que realiza El Tío en la migración por contrato los contratados purhépecha lo ven como una “buena” persona por el empleo temporal que logra conseguirles, pero para otros es simplemente un mediador que ha sido el vínculo directo del empleador. También hay contratados que creen que gracias a su trabajo personal se han mantenido en la compañía, mientras que otros piensan que la continuidad del intermediario ha dependido, en buena parte, de la buena conducta y el desempeño laboral de los trabajadores que engancha. En síntesis, las opiniones en torno a su personalidad divergen, por algunos es bien visto y por otros no.

La función que ejerce El Tío va más allá de lo que realiza cualquier otro contratista mestizo, latino o anglosajón, porque no solamente se encarga de ser el enlace con el patrón, también es responsable del trabajador desde el momento en que éste confirma y decide apuntarse con él para migrar de manera contratada. Como se expuso en el diario, se encarga de todo el proceso: desde la mediación con el patrón, el reclutamiento, el enganche, la contratación, la gestión de la visa H2-A, la logística del transporte y del hospedaje. En EE. UU. ejerce la función de un mayordomo general porque no sólo se encarga de supervisar a los migrantes temporales en los campos agrícolas sino también busca mantener el orden y el control en las casas de hospedaje y en los diferentes espacios de socialización. Aunado a ello realiza la función de interlocutor, negociador, mediador y traductor cultural. Finalmente retorna al terruño con los migrantes temporales cuando concluye la temporada laboral.

En el proceso migratorio que me tocó vivir con los trabajadores agrícolas, pude percatarme que la clave de ser intermediario consiste en tener y ejercer el conocimiento, la capacidad y la responsabilidad para asumir un cargo de esa naturaleza: tener los contactos, la iniciativa personal, el dominio de por lo menos dos idiomas, la fuerza de carácter para disciplinar y organizar a sus trabajadores. Al igual que los contratados, no se puede ser intermediario por decreto, por tener un papel,

Conclusiones

una designación oficial; una persona deviene tal a través de numerosos recorridos, idas y vueltas, redes de relaciones sociales y de ciertas habilidades adquiridas en la práctica misma. El Tío es un claro ejemplo de cómo su función ha implicado contar con cualidades y habilidades de personalidad que se forjan a través de la experiencia migratoria y, lo que es muy importante, tener un conocimiento fino y de primera mano de las reglas “no escritas” que rigen al medio. Habrá que señalar que tanto para el mayordomo general como para los trabajadores agrícolas temporales, continuar en la migración por contrato depende mucho de su conducta, de su subordinación y de su desempeño en el trabajo.

La migración por contrato como estrategia familiar de sobrevivencia

A pesar de los pros y contras que pueda traer consigo la migración laboral regulada con visas H2-A en los purhépecha. Los impactos y los efectos de dicha modalidad de migración se han manifestado en Comachuén de distintas maneras: a) alrededor de cuatrocientas familias dependen del envío de remesas y han mejorado en su calidad de vida; b) el capital económico de los migrantes se invierte en vivienda, en la compra de un vehículo, en comercio, vestido, educación, transporte, salud y fiestas; c) la migración por contrato ha tenido un impacto en el desarrollo local, el capital económico se ha invertido también en la creación de negocios como tiendas de abarrotes, locales de venta de ropa, papelerías, carnicerías, zapaterías, en la producción de aguacate, en la compra de herramientas de trabajo para carpintería, para la construcción y en equipos de sonido para fiestas; d) los contratados cumplen con la mayoría de los requisitos que se requieren para asumir un compromiso dentro del sistema de cargos comunitarios, como ser carguero de un santo, padrino de boda, bautizo o confirmación, eso les ha permitido obtener un reconocimiento y un prestigio social en la comunidad; e) en Comachuén, la migración internacional ha sido un factor de tantos otros que ha incidido en las separaciones y reconfiguraciones

Diario de un trabajador agrícola purhépecha

familiares; f) los jóvenes en Comachuén no ven como prioridad estudiar los diferentes niveles educativos ante la falta de oportunidades laborales, de contratos de trabajos estables y de larga duración en el país. Más bien, ahora ven en la migración contratada con visas H2-A y H2-B una alternativa laboral más atractiva que la educación universitaria o normalista.

Por último, mientras en el país no se generen empleos bien remunerados y estables y mientras no haya políticas públicas que atiendan a este sector vulnerable de la sociedad, los trabajadores agrícolas purhépecha seguirán migrando a EE. UU. *por necesidad y no por gusto.*

COMENTARIOS A LAS NOTAS DE TRABAJO DE CAMPO

GUSTAVO LÓPEZ CASTRO
EL COLEGIO DE MICHOACÁN

Hace diez años llegó un tímido estudiante a mi oficina para pedirme ser lector de su tesis de maestría; el tema de investigación era muy interesante pues planteaba una mirada desde el punto de vista de los actores (*emic*) del sistema de contratación de trabajadores temporales con visas H2-A. Ese mismo tema me había interesado durante una temporada de trabajo de campo en los límites de Michoacán y el Estado de México; en el pueblo de Tupátaro se combinaba el trabajo temporal con visas H2-A con participaciones en el Programa de Trabajadores Temporales a Canadá y el trabajo como migrantes indocumentados en Estados Unidos. Esa mezcla de patrones migratorios representaba una táctica desarrollada con los años y daba señales de hasta qué punto la migración era una pieza clave en la reproducción social del municipio, pues incluso quienes no migraban de alguna manera participaban de la dinámica económica que imprimían los dólares. Así es que cuando Roberto González se presentó en mi cubículo del COLMICH con un buen proyecto y con un mejor entusiasmo, decidimos un plan de trabajo a futuro. Ese futuro se fue concretando en el transcurso de sus estudios doctorales.

El tímido muchacho purépecha, originario de Comachuén, con el tiempo y un ganchito fue adquiriendo destreza y sagacidad tanto para la discusión académica como para la indagación, sobre todo de tipo cualitativo, al tiempo que iba puliendo su redacción etnográfica. Lo que ahora publica Roberto es el fruto de una temporada de trabajo de campo auténticamente participativa, en la mejor tradición investigativa

de ciencias sociales, aquella donde el investigador no solo es un observador acucioso y atento al detalle, sino que participa de las mismas actividades y experiencias en las que están inmersos los sujetos de su investigación.

Observar, preguntar, analizar me decían mis viejos profesores, son la tríada dorada de la investigación cualitativa; en realidad y de una manera más simple, son ejercicios cotidianos de los seres humanos para entender el mundo en que vivimos, incluyendo las relaciones entre sus congéneres. Al igual que en todos los centros de formación de investigadores, en el COLMICH se pone un fuerte acento en observar, preguntar y analizar en el contexto del trabajo de campo que todos los estudiantes deben realizar para sus trabajos de grado. De una manera más lograda o de maneras menos afortunadas, la mayoría de los estudiantes utilizan la técnica de la observación participante, aunque muy pocos son los que encarnan las experiencias mismas de los sujetos de investigación con los que interactúan. Es decir, no es lo mismo, aunque sea importante, participar en una faena o tequio comunitario que es por definición temporal y situado, que vivir exactamente las mismas experiencias vitales del grupo que uno estudia. No digo que una sea más valiosa que la otra, pero me parece que se sitúan en una escala diferente que atiende a diferentes objetivos de investigación.

En el caso de Roberto, a pesar de conocer al dedillo el proceso de contratación para el trabajo con visas H2-A, información que había obtenido de múltiples y detalladas entrevistas a migrantes, aspirantes a migrantes, familiares de todos ellos y de investigaciones previas en la región, como las de Casimiro Leco (Leco Tomás 2009) o Alicia Lemus (Lemus 2008), juzgó necesario seguir y participar de todo el proceso de contratación y el período de trabajo en los campos del Norte para entender desde dentro los detalles no contados públicamente, los mensajes ocultos, las convenciones no dichas, las expectativas íntimas y, en fin, la vida desde dentro de un grupo de migrantes trabajadores temporales. En la mejor tradición del trabajo sociológico cualitativo de Howard Becker (Howard S. Becker 1977; 2018), Roberto se arriesgó a seguir el paso en el surco de experimentados trabajadores

cosechando calabaza, recogiendo pepino o pizcando calabacita. Y después de largas y extenuantes jornadas, regresaba a la barraca a escribir su diario de campo.

Al ser originario de la misma comunidad de donde procedían la mayor parte de los sujetos investigados, incluyendo al principal contratista, de inicio no fue particularmente difícil vivir como y con las personas objeto de su estudio pues eso era natural. Lo difícil vino a ser seguirles el paso en unas labores agrícolas sumamente pesadas, demandantes de fuerza física y resistencia y al mismo tiempo observar con ojos críticos y atentos, preguntar por sus vidas y preocupaciones, sus motivaciones para la acción e interpretar para comprender ese mundo de interacciones particular.

Inscripción, descripción y transcripción son las tres escenas de redacción etnográfica que Clifford propone como parte de un todo (Clifford 1990) en ese proceso que llamamos trabajo de campo. Dice Clifford que “El trabajo de campo es un complejo conjunto de experiencias históricas, políticas e intersubjetivas que escapa a las metáforas de participación, observación, iniciación, compenetración, inducción, aprendizaje, etc., que a menudo se emplean para explicarlo” (Clifford 1990, 53); es decir, aun cuando el trabajo de campo y los diarios de notas resultantes sean originalmente redactados por el investigador al calor de los acontecimientos, esa originalidad está mediada por sus propias experiencias y la interpretación de las mismas y de las experiencias de los otros que hace el investigador. De cualquier manera, ese conjunto de información, de notas, de impresiones escritas, reflexiones apresuradas, conjeturas aterrizadas en los eventos, todo el contenido de ese conjunto de cuadernos y libretas, es la materia prima con la que el investigador trabaja.

Ese trabajo de coleccionar información con las herramientas apropiadas y el trabajo con esa materia prima pasa necesariamente por un esquema de organización mental producto de la propia cultura del investigador; la ya muy debatida y rebatida idea de la asepsia mental, de la subjetividad positivista a ultranza, de la mente en blanco que va en busca del dato, es algo de lo cual los nuevos investigadores están muy a las vivas; saben y sabemos que es necesario estar conscientes de nuestro

etnocentrismo, de nuestras preconcepciones y sesgos, aún inconscientes, que introducimos en el trabajo de campo.

Roberto fue al trabajo de campo armado con esos conocimientos y con un profundo entendimiento que su procedencia étnica, su género, su edad, la procedencia familiar y barrial, su escolaridad y su *fisicalidad* se entreveraba de una manera muy específica en las relaciones sociales de un grupo étnico, su propio grupo étnico, que tiene muy estrictas reglas culturales de convivialidad, de jerarquía social y muy codificados los valores de lealtad, reciprocidad, solidaridad y orgullo. Sabía que no podía estar a la par del esfuerzo físico de los demás de su cuadrilla no solo por una cuestión de hombría sino porque no hacerlo implicaba disminuir las ganancias de todos. Además, sabía que no todo lo que observaba o averiguaba podría ponerlo por escrito y publicarlo, pues arriesgaba incluso su membresía étnica.

Para un investigador, como es el caso de Roberto, estar consiente y atento a las características personales que uno encarna en el trabajo de campo a partir de su cultura, ayuda a reducir los sesgos impuestos por nuestra forma de entender el mundo en las notas e interpretaciones que ponemos por escrito en el diario de campo.

Frecuentemente cuando nos iniciamos como investigadores, sobre todo si hacemos trabajo cualitativo, no sabemos qué anotar, ni sobre qué anotar o incluso cuando y como encontrar el tiempo de anotar. Debo decir que cuando Roberto preparaba su trabajo de campo le sugerí que anotara *todo*; en realidad era una sugerencia para que anotara lo más que pudiera pues sé por propia experiencia que es imposible anotar *todo*. Hizo todo lo que pudo para sacar fuerzas de flaqueza y no cejó en su empeño de tener un tiempo (a veces unos minutos, a veces unas horas) para redactar sus anotaciones en el diario de campo, el tiempo de la descripción, en términos de Clifford.

El diario de campo es el resultado de la redacción de notas completas, vívidas que son más o menos representaciones coherentes de una realidad cultural observada. Aunque todavía son fragmentarias y toscas, estas descripciones de campo están diseñadas para servir de base de datos para la posterior redacción e interpretación con el fin de producir

un recuento final. Este momento de la escritura en el campo genera lo que Geertz (1973) ha llamado *descripciones densas* (Clifford 1990, 51).

Entonces, las notas del diario de campo van más allá que la simple descripción o la anotación apresurada de lo que uno está viendo o escuchando en un momento dado, sino que contienen ya una interpretación inicial por parte del investigador. Roberto, en este diario de campo que ahora publica, nos muestra precisamente sus notas anotadas, sus reflexiones, las preguntas que surgieron, su interpretación de lo que vio, escuchó y experimentó en las 10 o 12 horas de trabajo en los *fields* de Nueva York. Como casi todos los etnógrafos, Roberto sabe que los hechos no hablan por sí mismos, sino que hay que interpretarlos, y él lo hace poco a poco en su diario de campo. Pero, además, la interpretación también es algo literal en su trabajo, ya que muchas entrevistas, muchas interacciones planeadas y casuales, eran habladas en *purépecha*, así es que la interpretación de los hechos que hace Roberto es en muchos casos, a partir de traducciones e interpretaciones del lenguaje. Por demás está decir, que el dominio de la lengua le ofreció a Roberto la oportunidad de establecer relaciones de confianza con los migrantes que formaban parte de su grupo de trabajadores temporales. Muy importante también fue, ganarse la confianza del principal contratista, quien, habiendo sido seminarista, apreciaba los logros académicos de Roberto.

Desde luego, ser un *insider* cultural lingüísticamente, le daba un lugar privilegiado a Roberto como investigador, pero también el poder constantemente ver reflejada su propia experiencia de vida en los otros. Pudo ver reflejada su vida en los jóvenes de su mismo grupo *etéreo*, ver la vida de su padre en los de mayor edad, o la de sus hermanos migrantes en su propia vivencia. Así es que su voz autobiográfica se ve mezclada con las voces de todos ellos. El ejercicio reflexivo y analítico de la implicación que tenía eso para su investigación, fue una discusión de muchas horas, pero logró tornar esas preocupaciones en una herramienta *heurística*, una fuente de introspección y conocimiento más que en una fuente de sesgos.

Sin asumir el rol de investigador encubierto, Roberto explicó someramente que era un estudiante doctoral y que tenía que hacer una tesis

con la información que obtuviera en el período que pasó como trabajador agrícola temporal, pero también con otro tipo de informaciones derivadas de entrevistas a profundidad, pláticas informales, análisis de documentos y otras técnicas, todas las cuales efectivamente utilizó en el extenso trabajo de campo realizado tanto en Estados Unidos como en diversos pueblos de la región purépecha en Michoacán. Sus compañeros de cuadrilla y el resto de los migrantes temporales simplemente lo asumieron como uno más de ellos. Eso facilitó la tarea, pero también impuso límites éticos a su trabajo. Esto último lo obligó a adoptar seudónimos para sus entrevistados y a dejar fuera de la redacción tanto del diario de campo como del informe final, acontecimientos delicados o situaciones que involucraban ciertos riesgos para sus informantes. Esto, desde luego, no quita riqueza a sus anotaciones ni disminuye el valor de sus interpretaciones.

Publicar un diario de campo con las notas de investigación no es un medio muy socorrido por los investigadores sociales. Pensamos, y me cuento entre ellos, que los diarios de anotaciones de campo son herramientas de naturaleza individual que pertenecen al ámbito de lo privado, íntimo incluso. Los famosos diarios de Malinowski publicados por su esposa a la muerte del antropólogo (Malinowski 1989), levantaron más de una ceja entre los investigadores de ciencias sociales y abrió el debate acerca de la conveniencia de publicar notas crudas, sin procesar, de lo observado, escrito e interpretado. No obstante, el valor pedagógico de hacerlo me parece que supera, en la mayoría de los casos, el prurito de lo personal y privado.

La publicación del informe de investigación *The Religion of Java* de Clifford Geertz, si bien no es un diario estrictamente, si es un reporte completamente basado en sus anotaciones de campo y hace una interpretación densa de las entrevistas y observaciones hechas en campo e incluye cientos de entradas de su diario; no es un ensayo interpretativo sino un reporte descriptivo según lo señala el propio autor (Geertz 1976). Advierte Geertz que:

Comentario a las notas de trabajo

todas estas citas no son, tal vez, absolutamente necesarias para la simple descripción de la religión de Modjokuto, pero me parece que una de las características de un buen informe etnográfico —y este ensayo no pretende ser más que un informe— es que el etnógrafo es capaz de salir del camino de sus datos, de hacerse translúcido para que el lector pueda ver por sí mismo algo de lo que parecen los hechos y así juzgar los resúmenes y generalizaciones del etnógrafo en términos de las percepciones reales del mismo (Geertz 1976, 7).

En términos de Geertz, Roberto se hace translúcido para que los lectores interpretemos a nuestra vez las vicisitudes del trabajo temporal con contrato de cientos de miles de migrantes que, como lo demuestra Roberto en esta publicación, son movidos por la necesidad económica, pero también por valores culturales en una comunidad en movimiento laboral, político, social y cultural permanente.

REFERENCIAS

- Becker, Howard S. 1977. *Boys in White: Student Culture in Medical School*. New Brunswick, N.J.: Transaction Books.
- . 2018. *Outsiders: hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Clifford, James. 1990. “Notes on (Field)notes”. En *Field Notes: The Making of Anthropology*. Ed. Roger Sanjek, 47-71. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.
- Geertz, Clifford. 1976. *The Religion of Java*. Chicago-London: University of Chicago Press.
- Leco Tomás, Casimiro. 2009. *Migración indígena a Estados Unidos: purhépechas en Burnsville, Norte Carolina*. 1. ed. Morelia, Michoacán, México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Económicas y Empresariales, Centro de Investigaciones México-Estados Unidos: Coordinación de la Investigación Científica, Secretaría del Migrante Michoacán: Facultad de Historia.
- Lemus, Alicia. 2008. “Migración en la sierra p’urhépecha a los Estados Unidos de Norteamérica durante la primera y segunda etapa del Programa Bracero, 1942-1954”. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.
- Malinowski, Bronislaw. 1989. *A Diary in the Strict Sense of the Term*. 2. ed. London: Athlone Pr.

DIARIO DE UN TRABAJADOR AGRÍCOLA PURHÉPECHA EN ELBA, NUEVA YORK

Roberto González

En México se destaca la gran importancia de las remesas en dólares que envían los migrantes para la economía nacional, pero muy poco se dice de sus penurias para obtener esos ingresos monetarios. En Estados Unidos de América los trabajadores agrícolas purhépecha contratados por medio de visas H2-A tienen que trabajar y esforzarse hasta el límite de sus capacidades físicas en el field para demostrarle al mayordomo y al empleador su valía como trabajadores empeñosos y productivos. Si bien obtienen un pago imposible de lograr en México como jornaleros agrícolas, ello es a costa de sufrir una explotación incommensurable.

Las remesas se invierten en el sostén familiar, construcción de viviendas, compra de un vehículo, salud, educación, vestido, en la creación de un negocio, compra de tierras, pago de deudas y el subsidio de fiestas comunitarias y tradicionales. La migración a Estados Unidos de manera legal se ha convertido en una alternativa laboral importante en México y mientras no se generen empleos formales bien remunerados y políticas públicas que atiendan las necesidades que aquejan a los campesinos e indígenas, los trabajadores agrícolas purhépecha seguirán migrando al vecino país del norte como una estrategia familiar de sobrevivencia, esto es, por necesidad más que por la ilusión de alcanzar el “sueño americano”.